

DANTE

ALIGHIERI

LA

DIVINA

COMEDIA

PQ4318

J3

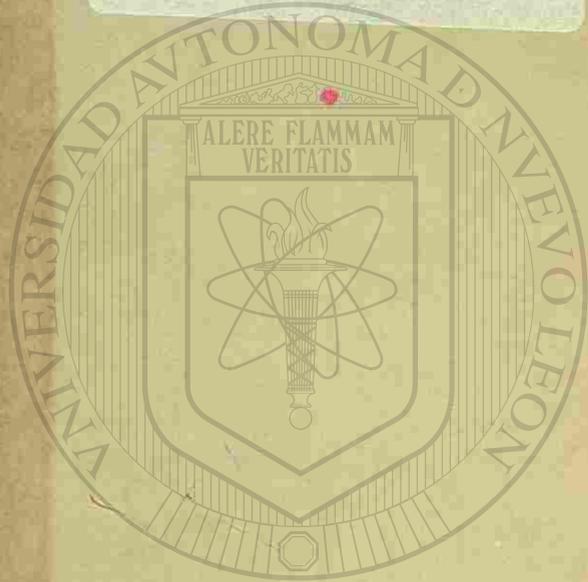
1890

851

0192d



1020017060

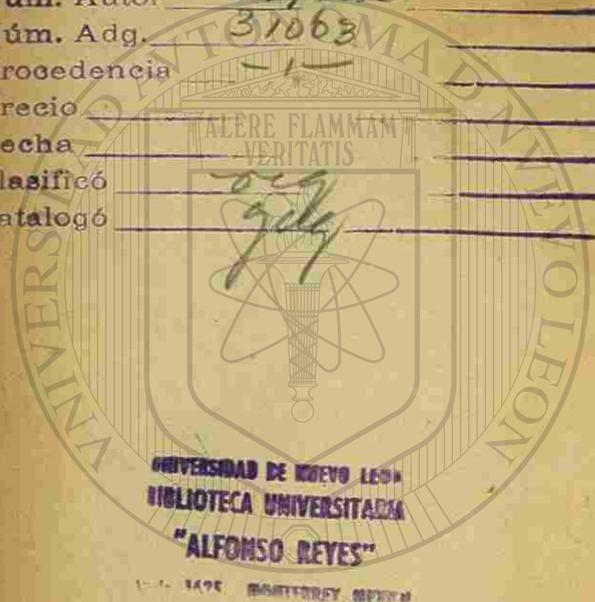


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas 851
Núm. Autor D192d
Núm. Adg. 31063
Procedencia —
Precio —
Fecha —
Clasificac —
Catalogó —



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA
DIVINA COMEDIA

POR
DANTE ALIGHIERI

TRADUCCIÓN DEL ITALIANO

por
J. A. R.

EDICIÓN ILUSTRADA CON GRAN NÚMERO DE VIÑETAS INSPIRADAS
EN LOS FAMOSOS DIBUJOS DE

GUSTAVO DORÉ

DONADO POR

TERCERA EDICIÓN
BIBLIOTECA PARTICULAR
DE LA

Prof. Felicitas Lozoya
PROFESORA DE CANTO

ELONA 31003

ADMINISTRACIÓN
DE SAN FRANCISCO, 11 y 13
NUEVO.



BIBLIOTECA

PQ 4318

L3

1890



VINA COMEDIA

U.A.N.L.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS Y ACERVO DE LITERATURA



112687

No 4382

Tpa. de J. B. Lop. Nuevo L.



DANTE ALIGHIERI

Estatua en mármol, por D. Jerónimo Suñol

INFIERNO

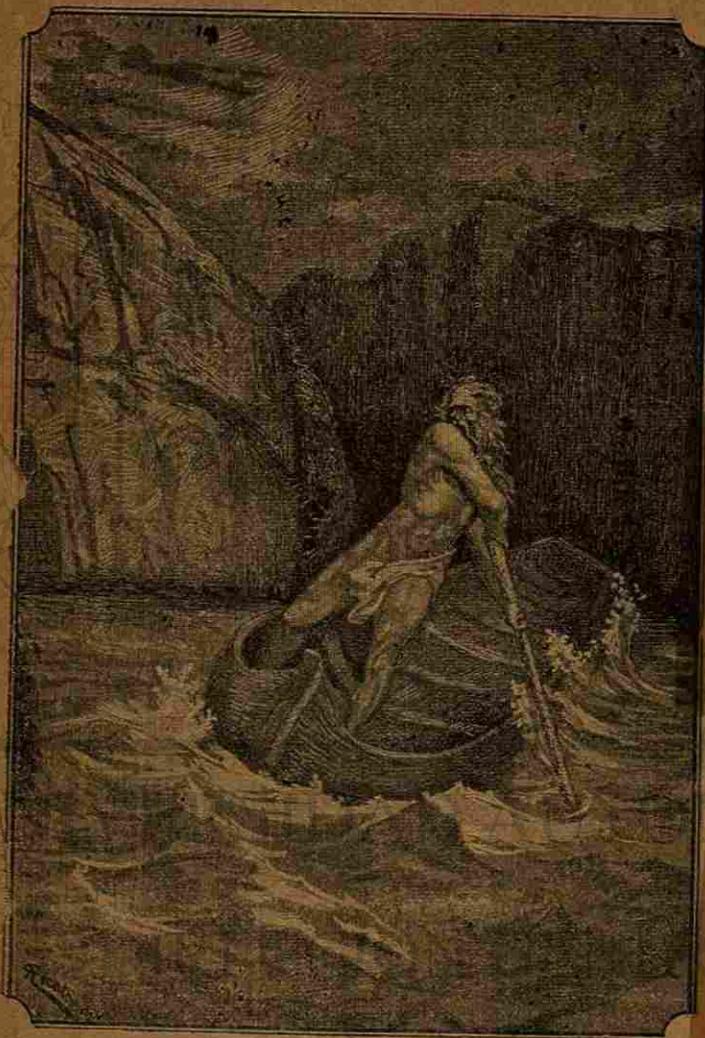
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO

o
a
su
o en
lo y
les
r

11
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56
57
58
59
60
61
62
63
64
65
66
67
68
69
70
71
72
73
74
75
76
77
78
79
80
81
82
83
84
85
86
87
88
89
90
91
92
93
94
95
96
97
98
99
100



CANTO III—Un anciano de blanca cabellera se dirigió á nosotros en un barquichuelo exclamando: ¡Desventurados de vosotros!

INFIERNO

CANTO PRIMERO

A la mitad de la carrera de la vida se aparta Dante del recto camino, conducido por tres poderosas pasiones: la Lujuria, el Orgullo y la Avaricia.—Beatriz (ó sea la Teología), su amada de la niñez, le remite en su auxilio al gran Génio en poesía (Virgilio), que por medio del estudio de lo bello y grande, le llevará poco á poco á contemplar las cosas celestiales.—Método platónico.—Este poema de detalles oscuros es harto claro en su primordial idea ó en el orden de sus partes.—Virgilio, ó sea la Poesía, irá guiando á Dante al Infierno y al Purgatorio; Beatriz, ó sea la Teología lo guiará en el Paraíso.

Y A mitad de la carrera de la vida me encontré en una lóbrega é intrincada selva (2), por haberme separado del camino recto. ¡Cuán difícil me será pintar la aspereza de aquel sitio, cuya sola idea renueva mis temores! Era más triste que la muerte. No obstante, procuraré decir cuanto allí ví.

Es casi imposible decir de qué modo penetré en el terrible bosque; tal era el sueño que me dominaba al dejar la buesenda; al llegar al pié de la colina, término del valle que me horrorizó, miré á su cumbre, dorada por los rayos del sol que sin duda nos guía por todo camino; sólo á su vista cesé

(1) Dante bajó al Infierno á los 33 años de su edad, en la noche del Jueves Santo de 1300, y lo recorrió todo en veinticuatro horas.

(2) Símbolo de las pasiones.

algun tanto la angustia de mi enazon en aquella terrible é interminable noche, y á semejanza del naufrago que moribundo sale del mar, y desde la orilla vuelve su vista hácia el



peligroso elemento, así se volvía mi espíritu á considerar el punto del que nunca salió hombre viviente (1).

Después de haber tomado algun descanso, seguí por la desierta playa (2), procurando siempre sentar el pié más firme. Pero al empezar á subir la cuesta, de súbito se presentó á mi vista una airosa pantera (3), cubierta de una bonita piel á anchas, la cual no apartaba su vista de mi, cerrandome el paso de tal suerte, que intenté retroceder más de una vez.

A amanecía; el sol emprendía su carrera en medio de las neblinas de que estaba rodeado, y el divino amor impulsaba á las maravillas de la creacion. La hora de la madrugada y lo glorioso de la estacion, despertaron en mi el deseo de lograr la linda piel de aquella fiera; pronto sucedió el temor á la esperanza, al presentármese un leon (4) á los pocos pasos. Al aparecer, venia sobre mi, con la cabeza erguida é impulsado

(1) Aquel sitio es el pecado mortal.

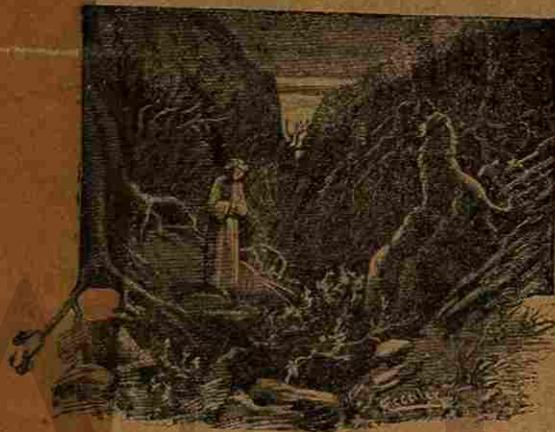
Camino de la Virtud.

Símbolo de Lujuria.

Símbolo de la Ambicion y del Orgullo.

por el hambre; su aspecto era tan siniestro, que creí que retemblaba todo en torno suyo.

Al propio tiempo apareció una loba (1), que en su extenuacion manifestaba tener muchos deseos, y haber ya aniquilado



que

mucho de mis miembros. El fuego de sus ojos me embargó en términos que perdí la esperanza de pasar la colina. Como quien sólo siente el placer de atesorar, y llora cuando pierde, del mismo modo me dejó la aparicion de aquella fiera, retrocediendo pausadamente hácia donde él sol se pone. Según regresaba hácia el valle, se presentó ante mi uno que parecía mudo, á causa de su prolongado silencio; al punto le grité:—«Quien quiera que seas, compadéceme.» Y respondió:—«Fuí hombre, y dejé de serlo; los autores de mis días eran mantuanes. Yo nací á lo último del reinado de Julio, y luego habité en Roma, mientras el de Augusto, por los tiempos de los falsos dioses.» Después dijo:

«He sido poeta, y he cantado al bondadoso hijo de Arquises, venido de Troya, luego de ser entregada á las llamas la orgullosa Ilion; mas tú, ¿por qué no mitigas tu pena? ¿cómo

(1) Emblema de la Avar

no vas al magnífico monte, principio de todas las dichas?—
¡Oh! le respondí avergonzado, ¿eres tú, Virgilio, inagotable
manantial de poesía?»

«¡Ah, honra y luz de los poetas; que el amor y estudio que
me han movido á buscar tu obra, sean mi recomendacion
te til! Tú eres mi amado maestro; tuyo es el divino estilo
que tanto lauro me ha dado. Ayúdame, oh sabio, contra esa
era, que tanto me aterroriza.»

—«Has de seguir distinta senda, me dijo, viendo que lloraba;
si deseas salir de este temido laberinto, no ignores que esa
era que te espanta, no consiente que ningun mortal cruce su
camino; es de condicion tan dañina, que jamás considero
satisfechos sus anhelos, y después de comer queda con más
necesidad que antes. Infinitos animales le sirven de alimento,
y aun sacrificará muchos más hasta la venida del Lebré (1),
que la matará de dolor. No se mantendrá este de tierra ni
estaño fino; su alimentacion será la sabiduria, el amor y la
fuerza, será su patria entre Feltro y Feltre, siendo la salvacion
de la humilde Italia, por la que perecieron llenos de heridas
Camilo, Turno, Eurialo y Niso.

«Cazará á la loba de poblacion en poblacion hasta restituirla
al infierno, del que la Envidia la sacó en otro tiempo. Por
tu bien, te digo que acertarás en seguirme; seré tu égida, y te
llevaré fuera de aquí á través del eterno reino; allí apercibi-
rás los rugidos de desesperacion y notarás las almas de los
condenados que á voces piden segunda muerte.

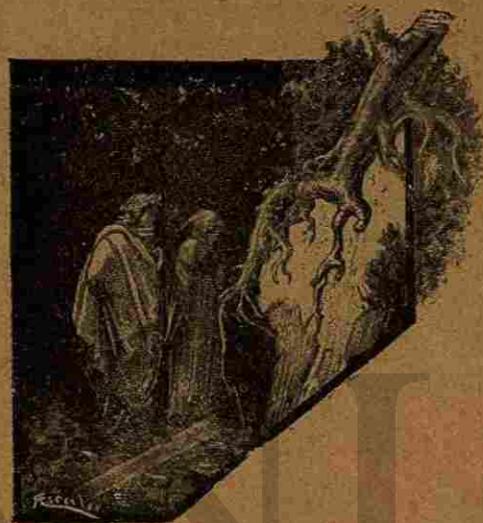
«Tambien podrás ver los que estan satisfechos, en las
llamas, aguardando (á su tiempo) tener un sitio en las biena-
venturadas sombras; si quieres llegar hasta ellas, te guiara
otra alma más digna que la mia, y al apartarme de tí, te que-
darás con ella, porque el emperador que allí domina no quiere
que me lleven á su ciudad, por haber yo faltado á su ley. En
todas partes rige, más allá en lo alto es donde reina; aquello es
su gran ciudad y elevadísimo trono. ¡Venturoso el escogitado
para su reino!»

Yo: «Poeta, te ruego por ese Dios que no has podido cono-
cer, me libres de este mal como de otro peor que me pueda

(1) La Seta, señor de Verona, protector de Dante.—Segun co-

sobrevenir, y que me lleves donde dices, para que vea la
puerta de San Pedro y á los que yacen en desconsuelo.»

Aquí comenzó á andar, y le seguí.



CANTO SEGUNDO

*Sigue Dante á Virgilio, y ambos, entrada la noche, parten.—
Inocacion á las musas.—Dante se sobrecoge de espanto á la
idea del infernal viaje.—Sosegado al decirle Virgilio que es
enviado de Beatriz, se decide á seguir á su guia y maestro.*

EL día tocaba á su fin, y lo pesado del aire manifes-
taba á todos los mortales que debian ya entregarse
al descanso; únicamente yo me disponia á los com-
bates del camino, imaginando los asuntos de piedad
que iban á ofrecerse á mi vista, y que relatará mi memori-
fielmente.

¡Musas, genio poderoso, venid en mi favor! ¡Oh, memoria que retratas lo que ví, sé noble y leal!



«Poeta maestro, exclamé: mide mis fuerzas antes de precipitarme; tú dices que el padre de Silvio (1) bajó en cuerpo sensible y pútrido al reino inmortal; acaso el enemigo del mal le sería propicio, calculando los hermosos efectos que debiera traer su viaje.

«¡Oh, qué hombres y qué calidades de seres!

«Desde luego no parece indigno á ningún mortal inteligente, ya que había sido escogido en el empireo por padre y emperador de Roma. Ambos, en verdad, fueron creados á favor del sacro lugar de mora el sucesor de Pedro.

«En aquel viaje, por el que le ensalza, vió cosas que fueron presagios de su gloria y del manto papal; el vaso de predileccion (2) se elevó hasta el cielo para cimentar la fe, principio de salvacion. Mas yo, ¿á qué he venido aquí? ¿quién me lo permite? Ni soy Eneas ni Pablo, por lo que ante nadie soy merecedor de tal honra.

(1) Eneas.

(2) Suo Pablo en el Paraíso extasiado santamente.

«De suerte, que al empezar esta empresa temo por mi desvario; mas tú, que eres tan sabio, comprenderás que no aclaro el sentido de mis ideas. Y á imitacion del que no desea lo que anhelaba, y que por influencia de una nueva concepcion cambia de parecer, olvidando lo acometido, he empequeñecido la empresa con tal denuedo comenzada, al llegar á la aspereza de la subida.»

—«Si he entendido tus palabras, repuso la grandiosa sombra, tu alma es presa del espanto; ¡con cuánta frecuencia se apodera del hombre y le hace cejar en una magnánima idea, precisándole en ocasiones, como al bruto, á volver atrás ante una quimera!



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYS"

Vol. 1625 MONTELET, BERNARD

«Para darte aliento, te diré el motivo de mi presencia, y lo que he sabido en el instante de condolerme de ti. Moraba entre los que ni se han salvado ni se han perdido (1), y fui lla-

(1) Che son sospesi. Están en suspenso ó en el Limbo.

mado por una mujer tan hermosa y pura, que no titubeé en ponerme á su disposicion (1).» Sus ojos eran más brillantes que los luceros, y con armoniosa voz me dijo:

«Alma magnánima de Mántua, cuya gloria vive aun en el mundo, y durará tanto como él, mi amigo, y no de la fortuna, está tan perdido en la playa desierta, que á la mitad de su viaje el terror le ha hecho volver atrás. Temo (por lo que he sabido de él en el cielo) llegar tarde en su sócorro.

«Anda, y con tu elocuencia ayúdale hasta lograr que yo consiga algun consuelo. Soy Beatriz, y te digo que vayas. Llego de un paraje al que deseo regresar: Amor es quien me inspira. Al estar al lado de mi dueño, celebraré haberte encontrado á mi paso.» Aquí calló, y yo contesté:

«Gran señora, sólo la virtud que atesoras sobrepuja á la de todos los seres de la humana especie que cubre la bóveda celeste. Tan grato me es tu mandato, que aun habiéndolo ya cumplimentado, creeria tardar; no me vuelvas á indicar tu deseo. Mas dime: ¿es posible que no temas venir á estos sitios, desde lo alto de los inmensos lugares donde deseas volver?»

Voy á calmar tu curiosidad, me dijo, y á manifestarte por qué no temo al venir á estos abismos. Únicamente debe temerse por las cosas que puedan perjudicar á otro, pero no por las que no puedan ser temidas. Por voluntad de Dios, soy de tal especie, que no pueden sumirme vuestras miserias ni cercarme el fuego de ese incendio.

En el cielo existe una mujer (2) que se apena tanto por los peligros de los que te remito, que á su caridad se debe la revocacion del fallo de la Justicia divina. Se ha dirigido en sus plegarias á Lucia (3), diciéndole: «Tu fiel necesita de tí, y yo te lo recomiendo.» Lucia, enemiga de los corazones crueles, enternecida, viniendo al sitio en que yo estaba, al lado de la antigua Raquel (4), me ha dicho así:

«Beatriz, verídica alabanza de Dios, ¿por qué no corres en auxilio del que tanto te adoró y que sólo por tí salió del rebaño vulgar? ¿No escuchas sus quejas? ¿No ves su combate contra las furibundas tempestadas más temibles que las del mar?»

(1) Beatriz, emblema de la teología.

(2) La divina clemencia.

(3) La gracia divina o que ilumina: Lucia, luz, luz.

(4) Hija de Laban, esposa de Jacob, emblema de la vida de contemplacion.

«Nadie fué tan veloz corriendo tras un galardón ni apartándose de un riesgo, como yo al escuchar aquellas palabras. Súbito bajé de mi trono de ventura, y vine volando, esperanzada en la sabiduría de tu palabra, que tanto te honra ante los que la han oído.»

Quando hubo hablado así, volvió á mi sus llorosos ojos, lo que me hizo partir con más ligereza.

Ségun su voluntad, me he llegado á tí, salvándote de la fiera que te cerraba el paso más breve que conduce al hermoso monte. ¿Por qué, pues, te paras? ¿A qué tanta cobardía en tu corazón, cuando tres benditas personas velan por tí en la corte celestial, y mis palabras te ofrecen tanta ventura?

Ségun se animan y entreabren las flores despues de la noche fria, á la salida del sol, así se reanimó mi abatido espíritu, notando penetrar en mi corazón un benéfico calor que me hizo prorrumpir como el hombre más decidido: «Tan caritativa es la persona que te manda, como tú, que tan breve has cumplimentado las palabras verdaderas que te ha dirigido. De tal manera tu voz ha penetrado en mi corazón, que vuelvo á decidirme á emprender el viaje. Anda, pues, y en lo futuro será sólo uno nuestro deseo; tú eres mi guía, señor y dueño.» Quando acabé, emprendió la marcha y entré en el profundo y solitario camino.

CANTO TERCERO

Ambos poetas arriban á las puertas del Infierno.—Conforme la opinión de Dante, el Infierno tiene forma cónica hacia arriba.—Se compone de un vestibulo y nueve círculos, que segun se estrechan, crecen los suplicios en intensidad.—A la entrada hallan los poetas las almas sin virtudes ni vicios, continuamente agujoneadas por millares de insectos.—Aqueronte.—Se niega Caronte á pasar alma viciosa en su barca, mas acata el mandato de Dios.—Dante es atacado de un sueño profundo.

«A la ciudad de los lamentos se va por mí, por mí, al dolor sempiterno; por mí se llega á la raza de los condenados; mi grau arquitecto fué inspirado en la justicia; me construyó el divino poder, la sublime sabiduría y el amor primitivo (1). Nada se creó antes que yo,

(1) Trinidad: Poder, Sabiduría y Amor.

si se exceptúa lo eterno; también soy eterno. Los que penetráis aquí dejad toda esperanza.» Estas frases las vi trazadas en caracteres negros en lo más elevado de una puerta, y exclamé: «Duras me parecen estas frases, Maestro.»

Él, como hombre convencido, me contestó: «Es preciso despojarse de todo temor; aquí debe terminar la cobardía.»

»Ya estamos en el paraje donde te dije verías las infelices gentes que perdieron el bien de la inteligencia.» Tomó en aquel momento mi mano entre las suyas con tan buen acierto,



que me infundió valor y me instruyó en los arcanos de los secretos. Las quejas, suspiros y llantos que se percibían allí, bajo una bóveda celeste sin estrellas, excitaron mis lágrimas; los diversos idiomas, horribles discursos, imprecaciones, voces destempladas y coléricas, algazara y palmadas, daban forma á una especie de tumulto, que retumbaba continuamente por aquel espacio, siempre lóbrego, parecido á la arena empujada por el huracán.

Aun poseído por el terror, exclamé: «Maestro, ¿qué es lo que oigo? ¿Qué pueblo es este así abandonado á la desesperación y al dolor?»

Y me respondió: «Esta es la triste suerte deparada á los vivientes que ni merecieron loa ni desprecio; son confundidos entre los ángeles que ni se rebelaron ni sirvieron á Dios, que vivieron sólo para ellos. El cielo, por no perder su belleza, los arrojó, y el Infierno no los vió con admiración, porque los causantes no tuvieron gloria alguna.»

Yo objeté: «Maestro, ¿de qué gran dolor se querellan tanto?» A lo que contestó: «Al punto lo sabrás. No poseen la esperanza de otra muerte; tal es su ceguera, que preferirían cualquier suerte á la que les cabe. Ninguna idea tiene el mundo de su existencia; la Justicia y la Caridad los desprecian; y... sigamos adelante, no nos ocupemos más de ellos.»

Yo que observaba con atención, fijéme en una bandera que se movía con tal rapidez de uno á otro sitio, que no parecía sino que se proponía impedir todo descanso. Tanta gente la seguía, que no pude comprender su destrucción por la muerte. Conoci á algunos, y mirando con más fijeza, ví al cobarde que se negó á cumplimentar el más sagrado deber (1). Pronto tuve la seguridad de que la gran cohorte que tenía delante, era la de los entes tan despreciables á los ojos de Dios como á los de sus contrarios. Los desventurados aquellos, que jamás lograron el placer de la vida, estaban desnudos, y enjambres de avispas y moscas les clavaban sus agujones sin cesar, brotándoles sangre, que mezclada con sus lágrimas, era devorada á sus piés por inmundos gusanos. Extendiendo más mi vista, observé otras almas á la orilla de un gran río, y dije á mi Maestro:

«¿Harás la merced de indicarme qué almas son aquellas, y por qué su solicitud á pasar el río, según creo ver á pesar de esta tenue luz?» «Te satisfaré cuando pisemos la orilla del Aqueronte (2).»

os espí-
nte. Estos
tismo; esa

(1) En opinión de varios comendadores, era Essú, quien re-
primogenitura; según otros, era Diocleciano, que renunció el in-
son los juicios formados en este particular; pero la idea más acrímen, nes
Pilatos fué el que se negó á cumplir con el más grande y sar-
beres. ivir con deseo

(2) El Aqueronte es el río que se halla á la puerta

Con la vista baja y el rubor en el semblante, no hablé más hasta la llegada al río, por miedo de hacer preguntas inoportunas. Un anciano de blanca cabellera se dirigió á nosotros en aquel instante en una barquichuela, exclamando: «¡Desventuradas de vosotras, almas malignas! Perder la esperanza de volver á contemplar el Cielo; vengo para llevaros á la orilla opuesta, envueltos de tinieblas perpétuas, do rige el frío y el calor. Tú, que eres viviente y osas venir aquí, auséntate de los que ya murieron.» Mas, observando mi inmovilidad, añadió: «Diferente es el camino, distinto el puesto que ha de llevarte á la playa; no llegarás á ella pasando por aquí; más ligera debe ser la nave que ha de conducirte.»

Mi guía le repuso: «No te alteres tanto, Caronte, es disposición de donde todo se logra; no quieras saber más.» Estas frases calmaron al formidable y velludo barquero de las tristes lagunas, el que tenía sus ojos rodeados de llamas (1). Desde que las desnudas almas oyeron aquellas frases, cambiaron de color y temblaron. Blasfemaban de Dios, de sus antecesores, de la humana especie, de aquel sitio, de su nacimiento y de los descendientes de sus descendientes.

Juntas y llorando con amargura se retiraron hácia la orilla maldita, en la que sólo es esperado el que no temió á Dios. El horrible Caronte las reunió, y dió con su remo á las más tardías. Segun caen las ojas en el otoño, una de otra en pos, así iba cayendo la raza de Adán á una pequeña señal del barquero, á imitación del pájaro al reclamo del cazador.

No habian comenzado aquellas almas á cruzar las negras hondas, cuando ya se habia reñido en la ribera que ellas acababan de dejar otra numerosa cohorte. «Hijo, me objetó mi gran Maestro, aquí vienen de todos los países, los que dejaron de existir sin ser acreedores al perdón de Dios; hostigados por la Divina justicia, tienen tal prisa de vadear el río que me miedo se cambia en deseo. Jamás alma pura pasó por bajo una bóveda,»
 «...to, el campo de las sombras retembló de tal suerte destemplada,»
 «...te espanta su recuerdo; de la tierra del llanto alzóse á una especie

aquel espacio,»
 «...laguna Estigia, luego el Flegeton, y últimamente el Cocito; por el huracán.»

(1) Purgatorio, donde se olvidan las faltas.
 (2) No presentes estos versos para su magnífico fresco.

otro viento que llevaba centellas en sus rojizas alas; perdí el sentido y caí como dominado por el sueño.

CANTO CUARTO

Dante despierta, descendiendo al círculo primero del Infierno, en que está el Limbo.—Allí moran las almas inocentes y buenas, pero que no han sido bautizadas.—Hermosas praderas y verdes bosquecillos donde viven ilustres poetas, guerreros y sabios.

Un estrepitoso trueno me hizo despertar agitado; me levanté y dirigí una investigadora mirada en torno mío, para ver dónde me encontraba. Vi que estábamos junto al abismo del dolor, tristísimo valle, del que se alzan y confunden mil gemidos, que producen un ruido semejante al estampido del trueno.

Tan profundo, nebuloso y oscuro era el abismo, que en vano busqué su fondo, la vista no lo distinguía. «Bajemos ahora al tenebroso mundo, me dijo mi querido Maestro con el rostro descompuesto y lívido; yo te precederé.»

Mas notando su semblante, le respondí: «Si tú te espantas, ¿cómo podré yo descender? siendo como eres quien anima mi indecisión.»

Entonces me objetó: «La pena por las desgracias de los que están ahí abajo, marca en mi rostro un tinte de piedad, que tú interpretas por de terror. Marchemos pronto, pues así lo exige el mucho espacio que debemos recorrer.» Y sin hablar más palabra, entró y me hizo penetrar en el círculo primero, que da vuelta al abismo. A pesar de mi atención, allí, no llegó á mi oído queja alguna, y si algunos gemidos que hacian temblar la bóveda eterna, producto del dolor sin sufrimiento de multitud de hombres, mujeres y niños. Aquí me dijo el poeta célebre: «¿Nada se te ocurre preguntar acerca de los espíritus que ves? Quiero enterarte antes de pasar adelante. Estos no han pecado, pero les ha faltado el mérito del bautismo; esa puerta de la fé, en la que tienes tú entera creencia; si antes del cristianismo vivian, no tuvieron á Dios la adoración debida; yo soy de ese número tambien. Por esto, y sin otro crimen, nos condenamos, siendo nuestra continua pena el vivir con deseo y sin esperanza alguna.»

Estas palabras me alligieron en extremo, por reconocer entre los condenados infinidad de hombres dignos que se



hallaban en el Limbo en suspenso: «Dime, mi sabio Maestro, exclamé al punto, para afirmarme en la fe que triunfa de todos los errores, ¿ninguna de esas sombras, por sus méritos ó el de otros, ha podido salir del Limbo para arribar á la beatitud?»

Para aclararme estas frases oscuras y rebozadas, respondió: «A poco de mi venida á este lugar, vi que llegó á él un poderoso sér, laureado con la señal de la victoria (1); y sacó la sombra del primer hombre, la de su hijo Abel, las de Noé y Moisés, legislador y obediente súbdito. Libró también á Abraham, patriarca; á David rey; á Israel (2) con su padre é hijos; á Raquel, por la que tanto hizo Israel, labrando también la dicha de otras muchas. Conviene que sepas que antes no podían salvarse las almas.»

Mientras mi guía me hablaba así, cruzábamos el bosque de los espíritus, sin detencion. Ya distábamos muy poco de la entrada del abismo, y observé un fuego que dominaba el hemisferio de las tinieblas, mas no estábamos tan alejados que no viese á las dignas personas que moraban en aquel lugar.

(1) Descenso de Jesús al Limbo.

(2) Jacob.

«Y tú, gloria de las ciencias y las artes, ¿quienes son esos, cuya honra es tan inmarcesible, que les vale un puesto completamente apartado de los demás?» A lo que me respondió: «La fama que atestigua su nombre allá en lo alto, do tú vives, les valió esta gracia del Cielo, que de esta suerte los distingue.»

Entonces percibi una voz que decia: «Honra al magnífico poeta (1); mirad su sombra, que nos vi-ña luego de habernos dejado!» La voz dejó de oirse, y entonces vi que se nos dirigian cuatro grandes sombras, sin rostros que denotasen tristeza ni alegría. Mi maestro me dijo en el acto: «¿Ves el que va delante de los otros tres, espada en mano, cual si fuera el jefe? Es el príncipe de los poetas. Homero; le sigue Horacio, el satírico; el tercero es Ovidio, y el otro Lucano; todos y cada uno merecen, como yo, el renombre que ha repetido la unánime voz; bien hacen al dispensarme esta honra.»

De esta suerte vi reunida la divina escuela del príncipe del sublime canto, que cual aguila vuela sobre todos los demás. Despues de hablar entre sí, se volvieron y me saludaron de un modo que hizo sonreír á mi Maestro; en seguida me dispensaron nuevo honor, dándome cabida en su compañía, de manera que fui el sexto entre aquellos célebres genios. Fuimos adelantando hácia la luz, conversando sobre cosas que conviene tanto callar aquí, como publicarlas en el sitio en que nos encontrábamos. Arribamos á un fuerte y noble castillo, circuido por siete órdenes de murallas, defendido por las aguas de un claro riachuelo (2), que cruzamos sin mojarnos, cual por tierra firme; entré en él á mi vez con los siete sabios, por otras tantas puertas, encontrándose luego en un ameno prado. También se encontraban allí varios personajes de mirada grave y tranquila, y cuyo aspecto denotaba grande autoridad; sus voces eran dulces y hablaban muy poco. Nos retiramos á un lado de la pradera, en un sitio elevado y luminoso, desde el que podia ver todas aquellas hermosas almas, y aun me estremece de placer la ventura que su vista me proporcionó.

(1) Virgilio.

(2) Según opinión de Clairion, este castillo es la fama imperiosa que adquieren los poetas por sus obras. Las murallas indican las siete virtudes: Justicia, Fortaleza, Templanza, Prudencia, Inteligencia, Sabiduría y Ciencia. El riachuelo significa la elocuencia.

Vi á Electra (1) con varios compañeros, entre los cuales reconocí á Hector y Eneas, lo mismo que á César, con su mirada de Argos, y bien armado. En otro sitio observé á Camilo y Penteliseo, como al rey Latinó, sentado junto á su hija Lavinia: ví también á aquel Bruto que arrojó á Tarquino, y á Lucrecio, Julio, Marcio, Cornelio; Saldino también estaba, aunque solo y apartado. Alzando algo más la vista, noté al universal Maestro del saber (2) sentado en el centro de un gran número de filósofos: todos le rendían homenaje y admiración; ví también á Sócrates y á Platon, que son los que tenía más cercanos. Estaba Demócrito, que hizo salir al mundo casualmente. Anaxágoras y Thalés Empedocles, Heráclito y Zenon. Miré al observador de la cualidad, Dioscórides (3); así como á Orfeo, Tulio, Lino y Séneca el moralista; el geómetra Euclides, Ptolomeo, Hipócrates, Avicena, Gallieno y Averrhoes, gran comentarista (4).

En vano los querría recordar todos: el asunto que deba seguir, á mi pesar me arrastra, y el tiempo y las palabras son breves. La compañía de los seis pronto se redujo á cuatro: mi sabio guía me llevó por otro camino, en el que el aire, en lugar de estar inmóvil, retiembla, y luego llegamos á otros parajes, en los que no irradia resplandor alguno.

(1) Madre de Dardano, padre de Eneas, que fundó el imperio romano.

(2) Aristóteles.

(3) Escribió sobre los vegetales.

(4) Hizo el de Aristóteles.

CANTO QUINTO

Segundo círculo, do están los lujuriosos.—Agitados por los vientos, vagan errantes sin cesar.—Minos es juez de las almas.—Halla Dante á Francisca de Rimini y á su amante Pablo.—Al conmovedor relato de su desdicha, se desmaya el poeta.

DESCENDIMOS del primero al segundo círculo, menos espacioso, pero más doloroso; tanto, que arranca ayes desesperados. El horroroso Minos reina en él, rechinando los dientes; él juzga las faltas de los que allí acuden, y decreta su condenación con un movimiento de su cola. Cuando se le presenta una alma pecadora y le hace confesión de sus crímenes, aquel implacable inquisidor le señala el puesto que en el Infierno le corresponde, ciñéndose con su cola tantas veces cuantos sean los grados inferiores á que debe enviarse.

Innumerables almas que constantemente acuden á su juicio, una de otra en pos, hablan, oyen, y por último las arrojan al abismo. «Oh, tú, que llegas á la mansión desesperada, me objetó Minos al contemplarme, parando en sus graves juicios, calcula cómo penetraste aquí, ve en quién fias y no te equivoque la latitud del sitio.»

Mi guía le respondió: «¿A qué alborotas de esta suerte? No hagas oposición á su viaje, dispuesto por el destino, pues así lo quieren en lo alto, donde es el poder más fuerte; no indagues más.»

Pronto oímos las quejas de varias voces; ya estábamos en el sitio en que los lamentos horrorizan el alma, y penetramos en un lugar exhausto de toda luz, que brama cual el mar al hallarse combatido por contrarios vientos. La infernal borrasca, en su perenne curso, arrastra los espíritus, los atormenta

Vi á Electra (1) con varios compañeros, entre los cuales reconocí á Hector y Eneas, lo mismo que á César, con su mirada de Argos, y bien armado. En otro sitio observé á Camilo y Penteliseo, como al rey Latinó, sentado junto á su hija Lavinia: ví también á aquel Bruto que arrojó á Tarquino, y á Lucrecio, Julio, Marcio, Cornelio; Saldino también estaba, aunque solo y apartado. Alzando algo más la vista, noté al universal Maestro del saber (2) sentado en el centro de un gran número de filósofos: todos le rendían homenaje y admiración; ví también á Sócrates y á Platon, que son los que tenía más cercanos. Estaba Demócrito, que hizo salir al mundo casualmente. Anaxágoras y Thalés Empedocles, Heráclito y Zenon. Miré al observador de la cualidad, Dioscórides (3); así como á Orfeo, Tulio, Lino y Séneca el moralista; el geómetra Euclides, Ptolomeo, Hipócrates, Avicena, Gallieno y Averrhoes, gran comentarista (4).

En vano los querría recordar todos: el asunto que deba seguir, á mi pesar me arrastra, y el tiempo y las palabras son breves. La compañía de los seis pronto se redujo á cuatro: mi sabio guía me llevó por otro camino, en el que el aire, en lugar de estar inmóvil, retiembla, y luego llegamos á otros parajes, en los que no irradia resplandor alguno.

(1) Madre de Dardano, padre de Eneas, que fundó el imperio romano.

(2) Aristóteles.

(3) Escribió sobre los vegetales.

(4) Hizo el de Aristóteles.

CANTO QUINTO

Segundo círculo, do están los lujuriosos.—Agitados por los vientos, vagan errantes sin cesar.—Minos es juez de las almas.—Halla Dante á Francisca de Rimini y á su amante Pablo.—Al conmovedor relato de su desdicha, se desmaya el poeta.

DESCENDIMOS del primero al segundo círculo, menos espacioso, pero más doloroso; tanto, que arranca ayes desesperados. El horroroso Minos reina en él, rechinando los dientes; él juzga las faltas de los que allí acuden, y decreta su condenación con un movimiento de su cola. Cuando se le presenta una alma pecadora y le hace confesión de sus crímenes, aquel implacable inquisidor le señala el puesto que en el Infierno le corresponde, ciñéndose con su cola tantas veces cuantos sean los grados inferiores á que debe enviarse.

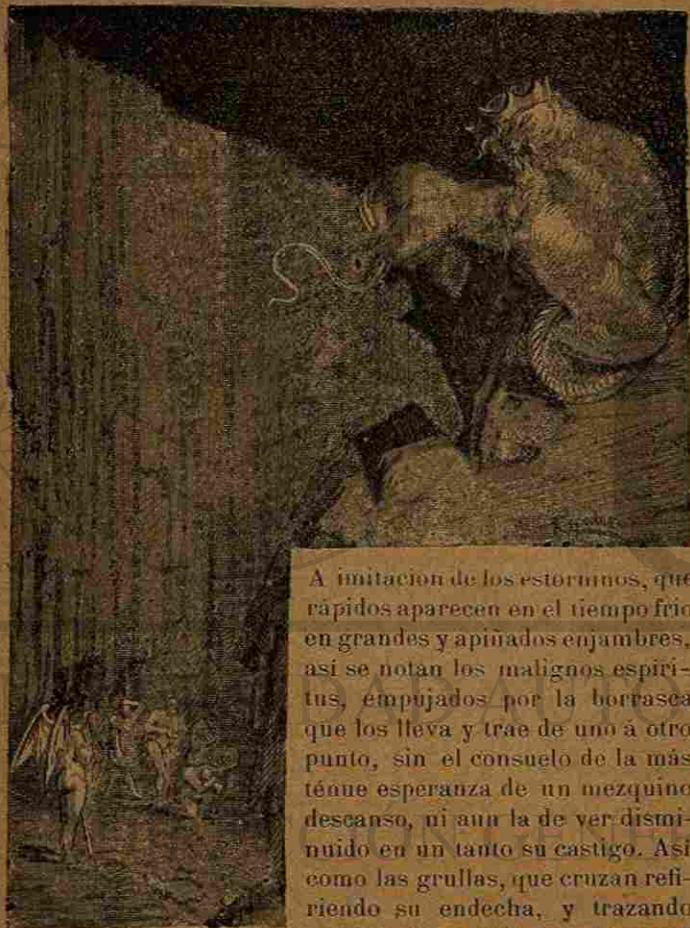
Innumerables almas que constantemente acuden á su juicio, una de otra en pos, hablan, oyen, y por último las arrojan al abismo. «Oh, tú, que llegas á la mansión desesperada, me objetó Minos al contemplarme, parando en sus graves juicios, calcula cómo penetraste aquí, ve en quién fias y no te equivoque la latitud del sitio.»

Mi guía le respondió: «¿A qué alborotas de esta suerte? No hagas oposición á su viaje, dispuesto por el destino, pues así lo quieren en lo alto, donde es el poder más fuerte; no indagues más.»

Pronto oímos las quejas de varias voces; ya estábamos en el sitio en que los lamentos horrorizan el alma, y penetramos en un lugar exhausto de toda luz, que brama cual el mar al hallarse combatido por contrarios vientos. La infernal borrasca, en su perenne curso, arrastra los espíritus, los atormenta

y hiere; al hallarse cerca de su soplo, que es el martirio más cruel, rechinan los dientes, se lamentan, quejan y maldicen de la divina virtud.

Allí supe que aquel tormento era para los pecados carnales que postergan la razón al voraz apetito de los sentidos.



A imitación de los estorninos, que rápidos aparecen en el tiempo frío en grandes y apinados enjambres, así se notan los malignos espíritus, empujados por la borrasca que los lleva y trae de uno á otro punto, sin el consuelo de la más tenue esperanza de un mezquino descanso, ni aun la de ver disminuido en un tanto su castigo. Así como las grullas, que cruzan refiriendo su endecha, y trazando por los aires una línea extensa, vi llegar, profiriendo sus cuitas, las

sombras arrastradas por el huracán; ante su presencia me vi precisado á esclamar: «¡Oh, Maestro! ¿qué almas son esas tan castigadas por el fiero viento?» Entonces me dijo: «La primera

que ves, reinó en una infinidad de pueblos en los que se hablaban diferentes idiomas; de tal manera se dió al nefando vicio de la lujuria, que admitió en sus leyes cuanto conducía ó excitaba al placer, para así ocultar el fodo en que yacía. Es la reina

Semirámide, que, según las crónicas, sucedió á Nino y fué esposa suya; reinó en los países donde impera el soldan.

«La segunda es la que se suicidó por amor, rompiendo la fé jurada á los restos inanimados de Siqueo. La tercera es la lasciva Cleopatra.»

Luego vi á Helena, á la que se debieron tan funestos tiempos; también vi el grande Aquiles, que por fin se vio

obligado á luchar contra el amor. Del mismo modo vi á Paris, á Tristan, y millares de sombras, á las que Amor arrojó del mundo. Así que mi guía me nombró á las antiguas damas y caballeros, dominado por la piedad, tuve que decir: «Maestro, desearía hablar á esas dos que vuelan unidas con tal rapidez, en alas del viento.» Contestóme: «Espera que las tengamos más cerca, y rogádoselo por el amor que las va guiando, se dirigirán á ti.»

Cuando el aire las impulsó hacia nuestro lado, alcé la voz: «Almas apenadas, les dije,

venid á nosotros, si no hay quien se oponga.»

Semejando las palomas que, atraídas por su anhelo, vuelan al dulce nido con el ala firme y tendida, llevadas por los aires y por una misma voluntad, así subieron las dos almas de entre la infinidad en la que estaba Dido, viniéndose á nosotros, sin amedrentarles el fétido aire que debían atravesar; tal fué la fuerza de mi afectuosa llamada.

«Ser bello y compasivo, que llegas á visitarnos en esta lóbrega mansion, á nosotros, que llenamos el mundo de luto y sangre; si el Rey de los reyes nos amara, le suplicaríamos

tu reposo, puesto que te apiadas de nuestra profunda pena. Cuanto te plazca decir y oír, lo oiremos y diremos gustosas, si



cesa el huracán que ruge. La tierra de mi nacimiento (1) se halla situada en el golfo donde el Pò baja con los ríos que le siguen, buscando su asiento en el mar. Amor, que súbito enardece al corazón noble, juntó este á aquel divino cuerpo,

(1) Ciudad de Rávena, á tres millas del mar. Francisca era hija de Guido de Padenta, Sr. de Bávona. Amando á Pablo de Rimini, casó con su hermano mayor Lancioto, cojo y deforme. Los dos amantes no perdieron su primera inclinación. Un día que iban los dos las aventuras de Lancioto, y del Lago, el marido que los observaba, lo hizo pasar de una estacada.

que se me robó (aun siento el dardo que me dirigió aquel inesperado golpe).

Amor, que no dispensa de amar á ningún sér, me sujetó con tan fuerte lazo al placer, de que se embriagaba éste, que,



cual ves, jamás me abandona. Amor nos destinó á la misma muerte, allí guarda Cain (1) al que nos arrebató la vida.» Estas fueron las palabras de aquellas dos almas.

Desde que las vi heridas, incliné la cabeza, y como permaneciera así mucho tiempo, me dijo el poeta: «¿Por qué tan abstraído?» «¡Ah! exclamé. ¿Qué ideas tan dulces, qué ardientes deseos les han traído á este lugar?» Volvíme en seguida á ellas, y les dije: «Francisca, tus desventuras me llenan de pesar y compasión, y me hacen derramar copiosas lágrimas. Mas dime: ¿de qué manera os concedió Amor, en la época de la dulzura, conocer vuestros variables deseos?»

Y ella me contestó: «No hay mayor tormento que recordar la miseria de los felices tiempos; tu guía hártó lo sabe. Pero puesto que deseas conocer la primera raíz de nuestro

(1) Círculo de Cain.

mútuo amor, hablaré y lloraré á la vez. Un día, por pasatiempo, leíamos las aventuras de Lancelote, y la manera cómo cayó en las intrincadas redes del Amor; nos hallábamos solos y con desvelo, varias veces hizo aquella lectura que nuestros ojos se buscasen y que cambiase el color de nuestras mejillas, y un solo pasaje decidió de nuestra suerte. Al ver la dulce sonrisa de la interrumpida amada, por el beso del amante, éste, que jamás se apartará de mí, me besó en la boca, trémulo por la emoción; desde aquel punto el libro y su autor se tornaron para nosotros un nuevo Galleto (1), sin que se nos ocurriera leer más en aquel día.»

En tanto hablaba un espíritu, el otro lloraba tan angustiósamente, que sintiéndome desfallecer, caí exánime, como cuerpo muerto.

CANTO SEXTO

Después de recobrar el sentido, se encuentra el poeta en el círculo tercero do son castigados los golosos.—Bajo una perpétua lluvia y casi enterrados en el fango, se ven mordidos y zaleados por el can Cerbero (perro de tres cabezas), que tiene en vez de pelo, serpientes en la garganta.—Halla Dante a Ciaccio, quien le habla sobre las disensiones de Florencia; despues baja al círculo cuarto, destinado á los pródigos y avaros.

DESVANECIDO el accidente que me causara la pena y piedad que excitó en mí la desventura de mis dos parientes, nuevos torcedores y tormentos tuve que experimentar; por donde se dirigia mi mirada ó mi planta, allí estaba el extremo del dolor. Me encuentro en el tercer círculo de la sempiterna, fría y maldita lluvia, que siempre se desploma con la misma violencia. Torrencialmente caen confundidos de un negro cielo, granizo, agua y nieve; infecta es la tierra que en su seno los recibe.

Cerberó, cuadrúpedo horrible y cruel, lanza ladridos con sus tres bocas, contra los allí condenados; sus ojos son encarnados, su pelo negro y grueso, su vientre es inmenso y sus

(1) Que secundó los amores de Lancelote y la reina de Ginebra.

patas están armadas de afiladas garras; coge y desuella á los espíritus, los desgarrá y desenartiza. Aquella lluvia les hace



aullar como perros, y todos los condenados reunidos forman una muralla con sus costados, revolviéndose incesantemente.

Apenas nos divisó Cerberó, abrió sus descomunales bocas, mostrándonos sus dientes con todos sus miembros en agitación. Entonces mi guía abrió las manos, cogió varios puñados de tierra, arrojándolos á las ávidas fauces de aquella fiera, que como perro que se calma al morder su presa, para entretenerse, devorandola en secreto, cerró sus bocas inmundas que aterran á las almas, en términos que preferirían ensordecer. Cruzábamos á través de las almas, abatidas por la lluvia pesada, posando nuestra planta sobre sus fantásticos cuerpos. Todas yacian en el suelo, excepto una sola que hizo supremo esfuerzo por sentarse al vernos pasar.

«Oh, tú, me dijo, que atraviesas los infiernos, reconócame, si sabes, puesto que antes de ser yo destruido, fuiste hecho tú.» A lo que respondí: «Tu torcedor tal vez te aleja de mi memoria, creo no haberte visto jamás, pero dí quién eres, que á tal tormento fuiste condenado, que si lo hay mayor, no puede repugnar más.»

Me repuso á su vez: «Tu envidiosa ciudad (1), que cual un vaso se desborda, me contempló dentro de sus muros, donde hacia la vida más agradable: vosotros los hijos de aquella ciudad, me apellidastes Ciaccio (2). Solo por el grande pecado de

(1) Florencia.

(2) Ciaccio ó puerco.—Este florentino fué un bufon muy chistoso, pero completamente entregado al vicio ó pasión de la Gula.

la Gula, me encuentro aquí rendido y expuesto á la lluvia; otras almas tristes me acompañan, condenadas á la misma pena por idéntica falta.» Mas como permaneciese en silencio despues de preferir estas palabras, díjelo:

«Ciaccio, tu martirio me hece llorar; pero, dime, si no lo ignoras, ¿cuál será el paradero de los moradores de esta ciudad tan fraccionada? ¿Hay en ella un solo justo? ¿por qué motivo ha penetrado en sus muros la discordia?»

Y me contestó: «Tras largos debates, verterán la sangre á torrentes, y la fraccion del monte (1) arrojará á la otra fraccion (2), causándole numerosas pérdidas. Despues será necesario que el vencedor partido, á su vez, sucumba luego de tres solares revoluciones, y el partido vencido antes, se alce con el apoyo del príncipe que hoy se halla en completa tranquilidad (3).



»Largo tiempo irá este partido con la cabeza erguida, poniendo á la fraccion rival en ominoso yugo, lo que deploro y me ruboriza. Aún quedan dos justos en la ciudad (4), mas no

(1) El partido de los Cherts, vástagos de la moderna nobleza, acabado de salir de los bosques de Valdi Nievoli. Partido de los blancos, al que Dante estaba afiliado.

(2) Partido de los Negros cuyo jefe era Corso Donati.

(3) Carlos de Valois, hermano de Felipe el Hermoso que vino en auxilio de los Negros, restableciéndolos en Florencia en el año 1304.

(4) Se refiere á Dante y Guido Cavalcanti, amigo suyo.

se les oye, porque el Orgullo, la Envidia y la Avaricia son los tres soles móviles que enardecen todos los corazones.» Ciaccio terminó así sus melancólicas palabras y le dijo:

«Deseo que me hagas el obsequio de contestarme á algunas preguntas más. De dónde se halla Farinata (1) y Tegghiajo, que tan honrados fueron, así como Jacobo Rusticucci, Arigo y Mosca, y los otros que constantemente invirtieron su ingenio en pró del bien, y haz que pueda reconocerlos. Tengo grande afán por saber si disfrutaban de los gozes celestiales ó padecen las torturas del averno.»

En seguida me respondió: «Moran entre las negras almas, por haberles empujado otros pecados en círculo más estrecho: si tienes valor para bajar hasta él, los podrás contemplar. Pero si te hallas en el agradable mundo, te suplico me presentes á la memoria de mis conciudadanos; no digo más, ni podré volverte á responder.» Aquí se oblicuó su vista, súbitamente me miró y bajó la cabeza, volviendo á caer mezclado con los demás ciegos. Mi Maestro me dijo: Ya no volverá á levantarse hasta el sonido de la trompeta del ángel, al venir el poder contrario del pecado. Entonces cada uno volverá á su triste tumba, tomará otra vez su forma y carne y oirá el recto fallo que ha de decretarse en la eternidad.

Así atravesamos poco á poco la repugnante amalgama de sombras y lluvia, reflexionando sobre la futura vida y exclamé: «Maestro, ¿crecerán aun estos martirios luego de la gran sentencia? ¿Tal vez seran más pequeños ó continuarán del mismo modo?» «Recuerda tu ciencia me objetó, puesto que te demuestra que cuanto más perfeccion hay en una cosa, más se querella del bien y del mal. A pesar de que esa maldita raza jamás debe llegar á la perfeccion, tiene esperanza de aproximarse más á ella despues del gran juicio.»

Pasamos aquel círculo hablando de varias cosas que no refiero ahora, y arribamos á un sitio do el camino señala un punto de descenso: allí hablamos con Pluton, el enemigo de la humanidad.

(1) Farinata degli Uberti, jefe ilustre de los gibelinos.

CANTO SÉTIMO

A la entrada del círculo cuarto se encuentra á Pluton, señor de dicho círculo.—Obtenido permiso para pasar adelante, por la intervención de Virgilio, ve á los tristes condenados á empujar constantemente y entre sí moles inmensas.—Bosquejo de la fortuna.

PLUTON gritó con voz cavernosa: «*Pape Satan, Pape-Satan, aleppe,*» y el gentil sabio, que lo alcanzaba todo, dijo para alentarme: «No te dañe el pánico de que estás poseído, pues por mucho que sea su poder, no podrá evitar el que descieras á este círculo.» Después, dirigiéndose al monstruo de hinchados labios, le dijo: «Calla, lobo (1) maldito, y consumete en tu propia rabia. Este viaje á los abismos no se hace sin motivo; dispuesto está de lo alto, donde Miguel vengó la violación que produjo el Orgullo.»

Como al romperse el mástil caen desplomadas las hinchadas velas, así se desploma la horrible fiera; entonces descendimos al cuarto espacio, acercándonos á aquella mansión del dolor, do reside todo el mal del universo entero. ¡Oh divina Justicia! ¿quién dispone y junta todas las penas y castigos que he contemplado? ¿Por qué nuestros pecados ó faltas de tal modo nos roen? Según una ola se estrella contra otra ola en el escollo de Caribdis, así chocan unos contra otros los condenados. Era el primer círculo en que veía tan enorme cantidad: estaban separados en dos secciones, y hacían rodar pesos enormes, con toda la fuerza de que disponían; al chocarse, se herían retrocediendo súbita y bruscamente gritando, «¿Por qué detienes, por qué arrojas?»

En esta forma iban incesantemente al punto opuesto, en aquel lóbrego círculo, repitiendo sin cesar las mismas frases. Cuando cada uno llegaba á la mitad de su camino, volvían todos compactos á reñir nuevo choque; no pudiendo resistir

(1) En el canto primero la loba es emblema de la Avaricia, y Pluton, dios de los avaros.

más mi corazón, exclame: «Maestro, ¿á qué clase pertenecieron estos infelices? ¿Fueron sacerdotes todos esos tonsurados que se ven á la izquierda?» A lo que me respondió: «Tan ciegos fueron todos en su primitiva vida, que no hicieron un



solo gasto moderado; demasiado lo declaran en sus aullidos cuando llegan á los dos puntos del círculo en que los divide su opuesta vida. Los que carecen de pelo para tapar su cabeza, fueron clérigos, papas y cardenales, á quienes la avaricia infunde su terrible yugo.» Y le observé: «Creo que yo debería conocer algunos de éstos, que tan inmundos son por sus vicios.»

Mi maestro me contestó: «Vana es tu idea, porque la sordida vida, causa de su deformidad, los pone completamente desfigurados. Eternamente seguirán chocándose entre sí, y estos saldrán de la tumba con el puño cerrado, y aquellos con las cabezas rapadas. Por dar mal y guardar peor, han perdido el mundo celeste, y fueron condenados á ese terrible choque, cuyo suplicio bien comprenderás.»

«Observa, hijo mío, qué veloces discurren esos efímeros bienes de la fortuna, tanto, que por ellos se enorgullece la humana raza. Cuanto oro se halla debajo del sol, sería impotente para comprar un poco de descanso á una sola de esas

abrumadas almas.» «Maestro, le dije: ¿de qué fortuna me hablas? ¿Cómo puede disponer á su capricho de cuanto agrada



al mundo? Aquí me respondió: «¡Oh, necias criaturas! ¡Qué crasa es la ignorancia, que logra extraviaros! Por eso quiero que te alimentos de mi doctrina. Aquel, cuyo saber excede á todos, formó los cielos y les nombró un conductor, de suerte que cada parte luce para cada parte, por un reparto idéntico de luz; del propio modo para las humanas grandezas, dió una regularizadora que, administrandolo todo, hiciera pasar de época en época las riquezas vanas de una á otra nación, sin embargo de los inconvenientes de la humana prudencia. Esta es la razón por que mientras una nación sube, se debilita la otra, por criterio de la que está oculta como la serpiente en la yerba. Vuestro saber es impotente con ella (1), porque observa, juzga y prosigue reinando, cual las demás deidades. No tienen tregua sus cambios,

porque la necesidad la obliga á ser rápida; de aquí que se le ve mudar de aspecto con frecuencia. Así es la que en tantas ocasiones se ve puesta en cruz por los que sólo le deben alabanzas, y que sin causa la hacen el blanco de sus querellas y maldiciones. Mas ella es virtuosa, y desoye tanta injuria; porque sosegada entre las primitivas criaturas, sigue girando en su esfera, gozando en su beatitud. Ahora descendamos hasta los más graves y trascendentales males; ya baja cada estrella (2), que cuando emprendí mi curso subía y nos está vedado el retardarnos.»

(1) La Fortuna.

(2) Era media noche.

Cruzamos el círculo por otro lado, cerca de un manantial en ebullicion, que aumenta el caudal del riachuelo, cuyas aguas son oscuras; despues tomamos un camino menos elevado que el anterior, siempre acompañados de la tenebrosa corriente. Hay una laguna nominada Estigia, formada por aquel desventurado riachuelo al descender á sus rojizas é inmundas playas. Yo lo observaba todo con mirada atenta: vi almas cenagosas en aquel pantano, desnudas y de aspecto feroz, que no conformes en herirse con las manos, la cabeza, el pecho y los piés, se desgarraban con los dientes. Mi sabio Maestro me dijo: «Hijo mio, estas son las almas de los que se entregan á la cólera; quiero tambien que sepas que debajo de esta agua se halla una condenada raza suspirando, la que hace borbolar el agua en toda la superficie, segun podrás observar por todas partes do fijas tu vista.»

Efectivamente, desde el limo, donde estaban sujetas aquellas almas, exclamaban: «Siempre reinó en nosotros la tristeza, aun al dulce ambiente que engalana el sol, sustentando en nuestro interior un denso y pesado humo; pero ahora tambien nos hallamos tristes en este oscuro pantano (1). Este limo, medio lo balbuceaban en el fondo de sus gargantas, sin que pudieran pronunciar una frase completa. De esta suerte trazamos un gran cerco en torno de la inmunda laguna, entre la ribera enjuta y el estanque, fija nuestra vista en los que se tragaban el fango. Por fin, llegamos al pié de una torre.

CANTO OCTAVO

Ambos poetas bajan al quinto círculo.—En él se hallan los odios y la cólera.—Atraviesan la Estigia en el barco de Flegyas.—Encuentran á Felipe Argenti.—Ciudad de Dite.—Los demonios, con gran sorpresa de Virgilio, cierranles las puertas de la ciudad.

Digo, prosiguiendo (2), que mucho ántes de que arribásemos al pié de la torre, se fijó nuestra vista en la parte superior de aquella, donde se veían dos llamas pequeñas; la misma señal se notaba en otra torre, pero que ésta se hallaba á tan larga distancia, que apé-

(1) Se refiere á los perezosos.

(2) Su camino ó su narracion.

nas si se podía distinguir. Dirigiéndome entonces hacia el océano de la sabiduría (1) exclamé: «¿Qué significado tiene ese fuego al que corresponde el otro? ¿Quién da esas señales?»

«Bien puedes contemplar, me contestó, lo que se aguarda en estas revueltas aguas, si no te lo impiden las emanaciones de la laguna.» Nunca vi exhalacion tan veloz como lo era el barquichuelo que vi en aquel momento dirigir su rumbo hacia nosotros; era conducido por un solo remero, que gritaba: «¡Al fin has llegado, alma traidora!»—Flegyas, Flegyas (2). «Vanas son per ahora tus voces, le contestó mi guía; sólo estaremos a tu lado mientras pasamos la laguna.» Flegyas, en su reconcentrada cólera se parecía al mortal que acaba de reconocer el engaño de que fué víctima. Paso mi guía el pie en el barquichuelo, en el que me hizo entrar seguidamente, sin que pareciese sustentar carga alguna hasta que yo estuve dentro. Cuando estuvimos colocados, se deslizo el esquife, marcando en las aguas un surco bastante más profundo que el que acostumbraba a marcar cuando llevaba a los demás viajeros. En tanto cruzábamos aquel canal de aguas muertas, se me presentó una sombra enlodada completamente, diciéndome: «¿Quién puedes ser tú, que acudes a este sitio prematuramente?»

A mí vez le contesté: «No vengo a quedarme; mas dime: ¿quién eres tú, convertido en tan asqueroso sér?» La sombra me respondió: «Ya puedes ver que soy uno de los que gimen.» «Quédate, pues, entre los gemidos y el llanto, alma maldita; a través del fango que te cubre, te reconozco.» Entonces dirigió sus brazos hacia el barquichuelo, y mi Maestro lo detuvo, diciéndole: «¡Déjanos, y marcha con los otros perros!» Después me abrazó, besó y me dijo: «¡Alma santa y desdenosa, alabada sea la mujer que te alimentó en su noble seno! Ese ha sido en el mundo un sér ciego de orgullo, sin que virtud alguna honrara su memoria, por lo cual está aquí su sombra eternamente furiosa. Infinitos son los que allá arriba gozan de la consideracion de reyes, que lo mismo que los puercos, serán arrojados a este pantano, sin legar a los hombres más

(1) Virgilio.

(2) Flegyas, emblema de cólera y orgullo, hijo de Marte y rey de los Lapitas; sus hijos fueron Axion y Coronis. Indignado de la afrenta inferida por Apolo a su hija, incendió el templo de aquel dios, que en castigo de su osadía lo mató a flechazos.

que desprecio profundo.» «Maestro, le respondí; desearia antes de dejar este pantano, ver al pecador que nos habló cubierto de lodo.» «Satisfecho serás, me dijo, antes de abandonar el lago.»

Efectivamente, tan estrechado le vi al poco rato por las demas sombras, que aun doy gracias a Dios, que me permitió ver aquel espectáculo. Las sombras gritaban: «¡Ah, Felipe Argenti!»

Y este florentino, alma orgullosa, tornándose contra si mismo, se arrancaba sus propios dientes. En ese estado le dejamos, sin que pueda decir más de él.

De pronto percibí mi oído un acento triste que me obligó a girar la vista en torno mio; el buen guía me dijo: «Hijo mio, nos aproximamos a la ciudad de Dite (1); sus moradores son desventurados y muy numerosos.» A lo que respondí: «Maestro, verdaderamente distingo sus mezquitas en lo hondo del valle; mas están tan enrojecidas, que no parece sino que acaban de salir de entre las llamas.» «El fuego eterno que en su interior las consume, repuso, las da ese rojizo color que se ve en el bajo Infierno.»



Al fin penetramos en los profundos fosos abiertos alrededor de aquella desolada tierra; sus murallas me parecían de bronce. No sin hacer antes un gran rodeo, fuimos a dar en un sitio en el que el barquero nos gritó (2) en voz muy pronun-

(1) Dite se deriva de Dis, nombre de Pluton.

(2) El barquero era Flegyas.

ciada: «Salid, hé ahí la entrada.» Al mismo tiempo vi en las puertas más de mil sombras arrojadas del Cielo cual la lluvia, que con entrecortada voz por la cólera, decían: «¿Quién es el vivo que viene al reino de los muertos?» Mi guía les indicó que deseaba hablarles en secreto; así es, que procurando disimular su cólera, dijeron: «Ven solo tú, y que se aleje el audaz que osó penetrar en este reino. Que regrese solo por su loco camino, si puede, puesto que tú te vas a quedar en este sitio después de haberle servido de guía hasta nuestra oscura región.»

«Juzgad de mi intranquilidad al oír tan terribles palabras; creí no volver a ver la tierra. «Oh, Maestro amado, que tantas veces me has devuelto la calma, libertándome de cuantos riesgos me han cercado, no me abandones en el triste estado en que me hallo, le dije; si no se me permite pasar adelante, volvamos.» Mi guía respondió: «No temas; aquí nadie nos puede disputar el paso, por traer permiso del que puede más que todos juntos. Pero aguarda aquí y reanima tu abatido espíritu, ya que no he de abandonarte en este bajo mundo.»

Y dicho esto, se fué mi buen protector solo, dejándome incierto, combatiendo entre el sí y el no. No fué posible oír lo que les proponía, mas no estuvo mucho rato con ellos, porque todos se lanzaron a correr hacia la ciudad. Habiendo cerrado las puertas nuestros enemigos, al llegar a ella, mi Maestro tornó hacia mí con paso lento. Venía cabizbajo, y decía abatido y suspirando: «¿Quién podrá haberme negado la entrada en la mansión del dolor?» Entonces me dijo: «No te altere mi indignación: venceré esa prueba, cualesquiera que sean los que se juntan en su interior para defenderse. Su osadía no es nueva, pues ya la demostraron ante una puerta no tan secreta, que aun permanece sin cerradura (1). Bien habrás notado sobre ella la inscripción de muerte, pero más acá de aquella puerta descendiendo por el monte atravesando los círculos, el que nos abrirá la ciudad (2).»

(1) Porque a pesar de la resistencia de los demonios, la puerta fué hecha pedazos por el Cristo cuando descendió al Limbo. (Sábado Santo, oficio.)

(2) El ángel por Dios enviado.

CANTO NOVENO

Tres furias y varios monstruos se presentan y amenazan a los poetas.—Un ángel los socorre y abre las puertas de la ciudad de Dite.—Circulo sexto: de los herejes é incrédulos cerrados en ardientes sepulturas.

El pánico que se retrataba en mi semblante al ver que mi guía se volvía atrás, causó también en él súbita palidez.—Paró su atención, como hombre que escucha, por no poder penetrar su mirada a través de aquel negro cielo y densa nube; y «a pesar de todo, hemos de salir vencedores en esta lucha, exclamó, cuando tal aliado se nos ofrece (1)... ¡Ah, cuánto tarda la llegada de otro!...» No se me ocultó que dejaba a un lado la primitiva idea por otra que le sugirió luego, y que sus postreras frases fueron distintas de las anteriores; sus palabras, sin embargo, me aterrorizaron, por tomarlas en distinto sentido al que fueron pronunciadas.

Entonces le pregunté: «¿Ha bajado algún espíritu del primer círculo a la triste concha do rige la sola pena de perder la esperanza?» Y me respondió: «Si es verdad que en cierta ocasión me vi precisado a descender aquí abajo por conjuraciones de la cruel Ericto (2), que llamaba las sombras a sus cuerpos, por rareza sucede que haga este viaje ninguno de nosotros. Poco tiempo hacía que mi alma estaba alejada de su cuerpo, cuando me hizo introducir dentro de estas murallas para extraer un espíritu del círculo de Judas; este círculo es el más profundo, oscuro y remoto del Cielo, que lo rodea todo. Está tranquilo; sé perfectamente el camino que conduce a él. Esa fétida laguna es la que rodea la ciudad del dolor, en la que en lo sucesivo penetraremos sin cólera.»

Otras cosas me dijo, las que ya no recuerdo, porque mis

(1) En este monólogo oscuro se refiere Virgilio al ángel.

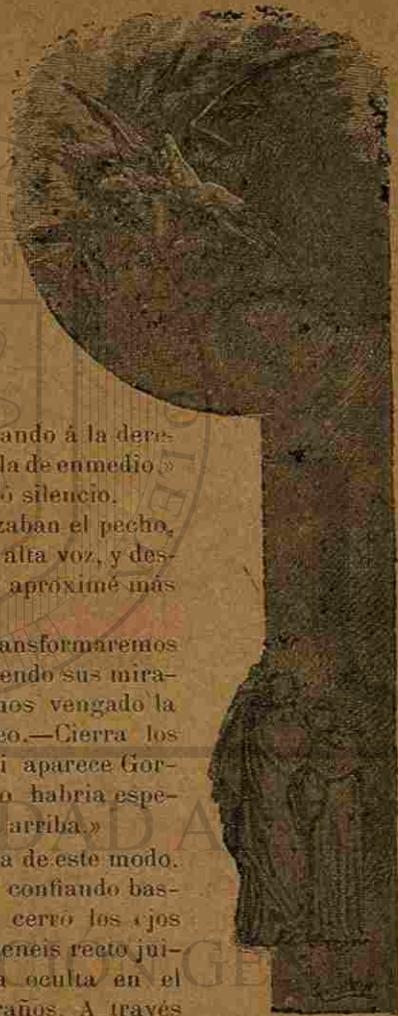
(2) Ericto, maga de Tesalia.

ojos me arrastraban hacia la gigantesca torre, coronada por las llamas. Allí vi de pronto aparecer tres furias infernales tintas en sangre, cuyos gestos y miembros eran de mujer; estaban ceñidas por verdosas hidras, y sus cabellos eran pequeñas serpientes que se enroscaban en derredor de sus sienes horribles. El que desde luego conoció la servidumbre de la reina del dolor sempiterno, «observa, me dijo, las terribles Erinizas; la de la izquierda es Mejera; la que está llorando á la derecha es Alecto, Tisifona es la de en medio.» Luego que dijo esto guardó silencio.

Con sus uñas se destrozaban el pecho, se azotaban y gritaban en alta voz, y desconfiando de su rabia, me aproximé más al poeta.

«Venga Medusa, y la transformaremos en piedra, gritaban dirigiendo sus miradas hacia abajo: mal hemos vengado la entrada del audaz Teseo.—Cierra los ojos y vuélvete, porque si aparece Gorgona y la llegas á ver, no habría esperanza de que tornases allá arriba.»

Luego de hablar mi guía de este modo, me hizo retroceder, y no confiando bastante en mis manos, me cerró los ojos con las suyas. Los que tenéis recto juicio, revelad la doctrina oculta en el velo de estos versos extraños. A través de las oscuras ondas se oía un ruido espantoso, que hacía conmover las dos orillas, á imitación del impetuoso huracán que arranca de raíz el arbolado del bosque, que mata las flores y los frutos, y que alzándose en nubes de polvo, ahuyenta á los pastores y ganados. Al despertar, me dijo: «Dirige tu



vista ahora hacia la «antigua espuma, que es de donde parte el vapor de más maldad.»

Como las ranas que escapan ante la enemiga serpiente, y se esconden entre las aguas para rennirse en el cieno, huían más de mil almas condenadas al ver que alguno atravesaba á



pié enjuto la laguna Estigia. Apartaba con su rostro el aire pesado, llevando alguna vez que otra su mano hacia adelante, de cuyo único ejercicio parecía ya estar cansado. Como conociera desde el primer momento que era un mensajero del Cielo, me volví á mi guía, que con una seña me indicó me parara é inclinase. ¡Ay! ¡Qué desdeñoso me pareció aquel enviado! Se aproximó á la puerta y la abrió con una varita sin ningún inconveniente. «Demonios arrojados del Cielo, raza espúrea y condenada, esclamó desde la horrible entrada: ¿cómo conserváis vuestra arrogancia? ¿A qué oponerse de esta manera contra la voluntad que ha de lograr siempre su deseo, y que en tantas ocasiones ha aumentado vuestros martirios? ¿A qué luchar contra vuestro destino? Si lo recordáis, vuestro Cerberó tiene pelado aun cuello y hocico.»

Después se volvió hacia el camino lleno de lodo, sin decirnos una palabra, como hombre que tiene otros cuidados, que nada tenían que ver con los presentes. Nosotros, fiando en las santas palabras, dirijimos nuestra marcha á la ciudad de Dite, en la que entramos sin el menor obstáculo. Mas deseando yo



saber la suerte de los habitantes de aquella fortaleza, dirigí mi curiosa vista cuando hube penetrado en ella, y noté en cada lado un dilatado campo poblado de dolores y de crueles tormentos. Como en los alrededores de Arles, do está estancado el Ródano, y en Pola, cerca de Quarnaro, que cierra la Italia y lame sus fronteras (1), hay tumbas formando promonterios numerosísimos, también aquí se alza sepuleros por todas partes, con la sola diferencia de que aquí son de más terrible aspecto, por estar separados por un mar de llamas, convirtiéndolos en lechos de fuego: jamás se vió hierro más candente. Todas sus cubiertas estaban alzadas, llegando tristísimos gemidos al exterior, parecidos á los de los infelices que van á ajusticiar. Entonces dije á mi querido Maestro:

(1) Ciudad de Istria, en el Adriático (Pola).

«¿Qué almas son esas, que se anuncian con suspiros tan amargos, sepultas en semejantes cajones?» A su vez me respondió: «Son los heresiarcas y partidarios de todas sectas: esas tumbas están más llenas de lo que puedes imaginar. Cada uno está sepultado, con su semejante, y todos los sepulcros arden más ó menos.» Volvióse entonces á la derecha, y atravesamos por entre los mártires y las corpulentas murallas.

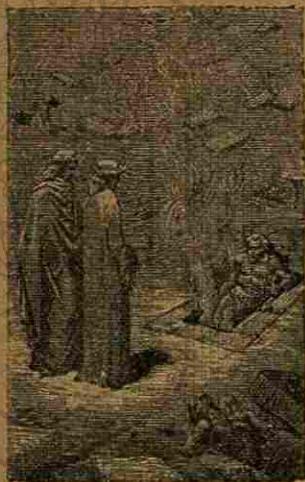
CANTO DÉCIMO

Deseario Dante hablar á alguno de aquellos condenados, Virgilio lo lleva ante Farinata y Cavalcante; con gran sorpresa observa que los condenados conocen de lo futuro y no de lo presente.

Un protector tomó por un sendero estrecho, que se hallaba entre los muros de la ciudad y los sepuleros de los mártires, y yo seguí sus pasos. «¡Oh, soberana virtud! exclamé, que á tu voluntad me llevas por los impíos círculos, dignate satisfacer mis deseos. ¿Me sería posible ver á los que yacen en las tumbas? Las piedras están levantadas, y no se ve guardia que lo pueda impedir.» Y me contestó: «Todos los sepulcros están cerrados al volver las almas de Josafat con los cuerpos que dejaron allá arriba. Epicurio y los sectarios que pretenden que el alma muera al par que el cuerpo, tienen sus tumbas á este lado. De suerte, que pronto responderán á tu pregunta y hasta al deseo que todavía me ocultas.» A lo que le dije: «Querido Maestro, únicamente oculto mi sentimiento por no pecar de indiscreto; dispuesto me encuentro siempre á guardar la reserva que antes y ahora supistes imponerme.»

«¡Oh, toscano, tú que atraviesas en vida la ciudad de las llamas, hablando modestamente, dignate parar aquí. Tus frases me demuestran con claridad el país noble al que acaso yo fui harto funesto.» Estas palabras salieron súbitamente de una tumba, y me obligaron á acercarme azorado á mi guía, que me dijo: «¿Qué haces? Repara que Farinata se ha incorporado en su sepulero, y podrás contemplarle de medio cuerpo

Después se volvió hacia el camino lleno de lodo, sin decirnos una palabra, como hombre que tiene otros cuidados, que nada tenían que ver con los presentes. Nosotros, fiando en las santas palabras, dirigimos nuestra marcha á la ciudad de Dite, en la que entramos sin el menor obstáculo. Mas deseando yo



saber la suerte de los habitantes de aquella fortaleza, dirigí mi curiosa vista cuando hube penetrado en ella, y noté en cada lado un dilatado campo poblado de dolores y de crueles tormentos. Como en los alrededores de Arles, do está estancado el Ródano, y en Pola, cerca de Quarnaro, que cierra la Italia y lame sus fronteras (1), hay tumbas formando promonterios numerosísimos, también aquí se alzan sepuleros por todas partes, con la sola diferencia de que aquí son de más terrible aspecto, por estar separados por un mar de llamas, convirtiéndolos en lechos de fuego: jamás se vió hierro más candente. Todas sus cubiertas estaban alzadas, llegando tristísimos gemidos al exterior, parecidos á los de los infelices que van á ajusticiar. Entonces dije á mi querido Maestro:

(1) Ciudad de Istria, en el Adriático (Pola).

«¿Qué almas son esas, que se anuncian con suspiros tan amargos, sepultas en semejantes cajones?» A su vez me respondió: «Son los heresiarcas y partidarios de todas sectas: esas tumbas están más llenas de lo que puedes imaginar. Cada uno está sepultado, con su semejante, y todos los sepulcros arden más ó menos.» Volvióse entonces á la derecha, y atravesamos por entre los mártires y las corpulentas murallas.

CANTO DÉCIMO

Deseario Dante hablar á alguno de aquellos condenados, Virgilio lo lleva ante Farinata y Cavalcante; con gran sorpresa observa que los condenados conocen de lo futuro y no de lo presente.

Un protector tomó por un sendero estrecho, que se hallaba entre los muros de la ciudad y los sepuleros de los mártires, y yo seguí sus pasos. «¡Oh, soberana virtud! exclamé, que á tu voluntad me llevas por los impíos círculos, dignate satisfacer mis deseos. ¿Me sería posible ver á los que yacen en las tumbas? Las piedras están levantadas, y no se ve guardia que lo pueda impedir.» Y me contestó: «Todos los sepulcros están cerrados al volver las almas de Josafat con los cuerpos que dejaron allá arriba. Epicurio y los sectarios que pretenden que el alma muera al par que el cuerpo, tienen sus tumbas á este lado. De suerte, que pronto responderán á tu pregunta y hasta al deseo que todavía me ocultas.» A lo que le dije: «Querido Maestro, únicamente oculto mi sentimiento por no pecar de indiscreto; dispuesto me encuentro siempre á guardar la reserva que antes y ahora supistes imponerme.»

«¡Oh, toscano, tú que atraviesas en vida la ciudad de las llamas, hablando modestamente, dignate parar aquí. Tus frases me demuestran con claridad el país noble al que acaso yo fui harto funesto.» Estas palabras salieron súbitamente de una tumba, y me obligaron á acercarme azorado á mi guía, que me dijo: «¿Qué haces? Repara que Farinata se ha incorporado en su sepulero, y podrás contemplarle de medio cuerpo

arriba (1).» Yo fijaba mi mirada en la suya, en tanto que él, con el pecho y la frente erguida, parecía hacer menosprecio del Infierno. Entonces mi protector con energía me impelió hacia él, diciéndome: «Que tus palabras sean inteligibles.»

Al llegar al borde de su sepulcro me observó breve rato, y desdenosamente me preguntó: «¿Quiénes han sido tus abuelos?» Yo, que sólo deseaba complacerle, nada le oculté. Entonces levantando un poco los párpados, me dijo: «Han sido enemigos capitales de mi familia y de mi partido, por lo que dos veces los desterré.—Si bien fueron expulsados, volvieron las dos veces, le respondí, no pudiendo hacer otro tanto los vuestros.» En aquel instante apareció una sombra de la parte en que estaba abierto el sepulcro, que en mi concepto se alzó sobre sus rodillas (2), y observó en torno mio, como deseando saber si me acompañaba alguien; cuando estuvo convencido, me dijo sollozando: «Si, hijo, ¿por qué no se halla á tu lado?» Y le contesté: «No he venido por mi voluntad propia; aquel que está allí me guía en este viaje; tal vez vuestro Guido le miró con demasiado desden.»

Por las frases y tormentos de aquella sombra habia comprendido su nombre, de suerte que mi respuesta fué cuerda y repentina. Oído que hubo esto, se alzó presuroso y gritó: «¿Qué has dicho? *le miró*: ¿no vive ya tal vez? ¿En sus ojos no brilla ya la refulgente luz del día?»

Al observar mi tardanza en contestarle, cayó de espaldas sobre la tumba y desapareció. Pero aquel magnánime (3) por quien me habia acercado, no se demudó, ni volvió la cabeza, ni inclinó el pecho. «El que no pudieran hacer otro tanto, me dijo, prosiguiendo su interrumpida conversacion, me lastima más aun que este lecho. La deidad que aquí impera (4), no iluminará su rostro cincuenta veces, sin que tú te persuadas de cuán difícil es hacer lo que has dicho. Y para que tornes al dulce mundo, dime, ¿por qué es ese pueblo tan implacable con

(1) Farinata, de la familia de Uberti en Florencia, fué el jefe de los gibelinos, amigos de los emperadores; triunfo en la batalla de Monte Aperto. Se halla en las tumbas de fuego, como partidario de Epicuro.

(2) Cavalcante de Cavalcanti, padre de Guido, amigo de Dante, que sacrificó la poesía al estudio de los filósofos.

(3) Farinata.

(4) La luna llamada Proserpina en aquel lugar.

los míos en todas sus leyes?» A lo que le contesté: «La inmensa matanza que enrojeció el Arabia, da por resultado aquellas discusiones en nuestro templo.»

ESTADO DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Vol. 1625 MONTERREY, MEXICO



31003

Luego suspirando hizo un movimiento de cabeza. «No me encontraba yo solo en el Arabia, dijo, y verdaderamente no obré con falta de razon respecto á los demás (1). Pero me hallaba solo allí donde se propuso por cada uno la destruccion de Florencia y fui quien la defendió cara á cara (2).» «¡Ah! le respondí, ¡ojalá que vuestra raza sea repuesta! Pero os ruego deshagais el nudo que sujeta mi imaginacion. Creo, si mal no he comprendido, que premeditais lo que el tiempo debe traer en pos de sí, por más que os suceda lo contrario con respecto al presente.» «Nosotros, contestó á imitacion de los míopes, vemos lo lejano á favor de una luz que nos concede el soberano guía. Al acercarse ó existir las cosas, es inútil nuestra inteligencia, y si otro no nos informa de ellas, nada

(1) El Arabia, río pequeño cerca del Monte Aperto, do lograron una victoria los gibelinos.

(2) Hace algunos años que Florencia levantó una estatua á su salvador bajo la galería de los oficios, la de Dante está enfrente de ella.

podemos saber de vuestros humanos hechos. Por lo que comprenderás que nuestra limitada inteligencia será nula el día que se cierre la puerta del porvenir.»

Pesaroso de mi falta, le dije: «Participad á aquel que tan pronto desapareció, que su hijo aun está con los vivos. Si he callado cuando debía responder, decidle que ha sido por preocuparme la idea que vos habeis sabido desvanecer.» Dábame el título de Maestro, por lo que le rogué más pronto al espíritu me dijera cerca de quien se hallaba. «Aquí, me contestó la sombra, estoy echado entre más de mil; allí dentro está el segundo Federico, y también el cardenal (1). Respecto á los demás, guardo silencio.»

Dicho esto, se ocultó, y dirigí mis pasos hacia mi protector, pensando en sus frases creyéndolas terribles y amenazadoras. Cuando ya estábamos andando, me dijo: «¿Por qué estás turbado?» Y luego que le hube contestado, añadió: «Haz por estar atento.» Y después alzando el dedo, dijo: «Cuando estés ante la mirada dulce de los que todo lo ven, sabrás por ella el viaje de tu vida (2).»

En seguida tomó hacia la derecha, dejando los muros y dirigiéndonos hacia el centro por una senda que conduce á un valle, el que despedía una irresistible fetidez.

CANTO DECIMOPRIMERO

Prosiqúe el círculo sexto, de los herejes. —Horrible hediondez. —Sepulcro del papa Anastasio. —Se paran los poetas y Virgilio enseña á Dante la manera cómo se castigan las violencias, el fraude y la usura en los círculos siguientes.

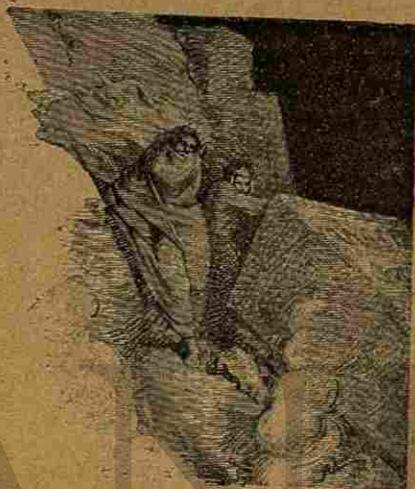
AL arribar á lo último de una escarpada orilla formada por grandes piedras rotas y hacinadas en círculo, nos hallamos sobre un grande abismo.

Para libertarnos de las horrendas exhalaciones y de la fetidez que emanaba del profundo abismo, nos pusimos

(1) Federico II, que solía estar en guerra con los papas, contra los cuales escribió versos, fué excomulgado por Gregorio IX é Inocencio IV; murió en 1250. Octaviano Degli Ubaldini, cardenal y gibelino, dijo que, caso de tener alma, la perdería por la causa de los gibelinos.

(2) Beatriz.

tras de la losa de un enorme sepulcro, en la que lei una inscripción que decía.»



«Contengo al papa Anastasio, arrastrado por Fortin fuera del camino recto.»

Es necesario descender lentamente para habitar nuestros sentidos á este insoportable hedor; luego ya no haremos caso.»

De este modo me habló el gran poeta, y yo á mi vez le contesté: «Discurrir un medio para que no pasemos el tiempo sin provecho;» á lo que me objetó: «Ya ves que medito sobre ello.»

«Hijo mio, prosiguió; hay tres círculos en medio de estas peñas que se van estrechando, segun los que acabas de dejar.

«Llenos están todos ellos de malignos espíritus; pero para que tengas suficiente con verlos, te diré cómo y por qué permanecen encerrados.

«La justicia es el final de todo lo que se atrae el odio de Cielo; y siempre se llega á aquel fin que lastima á otro, por los agentes de la violencia y del engaño.

»Mas como el fraude es un vicio inherente al hombre, ofende mucho más á Dios; por eso los tramposos están debajo, aguijoneados de dolores más penetrantes.

»El círculo primero es el de los violentos, que tiene tres departamentos (1), por ser tres las personas, á quienes se puede hacer violencia.

»A Dios, á sí mismo y al prójimo. Digo que se les puede hacer violencia, en sus bienes ó personas, como te lo haré conocer:

»Se hace violencia al prójimo, cansándole la muerte ó infiriéndole dolorosas heridas; se le violenta destruyendo sus bienes, por medio del robo ó el incendio.

»Por los que los homicidas, los que hieren, los incendiarios y los salteadores, sufren los tormentos en el primer departamento.

»El hombre puede haber hecho uso de una mano violenta contra sí ó contra sus bienes; es muy justo que pague su falta en el segundo, sin que abrigue esperanza de mejorar de destino.

»Aquel que por su voluntad se destierra del mundo en que vive, que juega y derrocha sus bienes, llora, donde no debería haber sino alegría para él.

»Puedes hacer violencia á la Divinidad, no creyéndola en su corazón, blasfemando de ella, menospreciando á la naturaleza y sus bondades.

»Esta es la causa porque el más pequeño departamento ha señalado con su sello á Sodoma y Cohors (2) y á todo el que, despreciando á Dios, le injurie con sus palabras ú obras.

»Todo fraude deja remordimiento en todas las conciencias: el hombre puede practicarle con el que tiene confianza y hasta con el que desconfie.

»Este fraude parece que rompe los lazos del amor, creados por la naturaleza; por lo que están cargados de cadenas en el círculo segundo.

»Los hipócritas, aduladores, augureros falsos, estafadores, ladrones, simoníacos, rufianes, tramposos y todos los que así mismo están manchados.

(1) Círculo ó círculo.

(2) Ciudad en la que abundan mucho los usureros.

»El fraude primero destroza el amor establecido por la naturaleza, y el sentimiento ¡que le sigue, del que emana la confianza.

»Cuya causa es el móvil de que el traidor se ve atormentado en el más pequeño círculo, centro del universo y principio de Dite.»

A mi turno le dije: «Querido Maestro, tu preclaro razonamiento me enseñó con exactitud ese abismo con todas sus clasificaciones y pueblo que le habita. Mas dime, los que se hallan metidos en esa laguna, los que el viento se llevó, los que castigó la lluvia y los que continuamente chocan entre sí, ¿por qué, si se han hecho acreedores á la cólera de Dios, no son castigados en la ciudad de las llamas y lo son de esa manera?» A lo que me respondió: «¿Y por qué deliras contra la costumbre? ¿En qué piensas? ¿no recuerdas las frases de la Ética (1) que estudiaste, en la que se habla de las tres disposiciones reprobadas por Dios: la incontinencia, la malicia y la loca bestialidad, y que la incontinencia es la menos ofensiva á Dios, por ser la menos grave?»

»Si analizas esta sentencia, al ver quiénes son los penitentes que se hallan fuera de este recinto, observarás por qué están apartados de estos traidores, y por qué, aunque menos enojada la Divina justicia, todavía los castiga.»

«¡Oh aureola luminosa! exclamé, que acudes á toda duda, tanto me complaces al explicarme una idea, que casi me es tan grato permanecer en la duda como saber.»

»Retrocede de nuevo un poco más, y dime, cómo la usura ofende á la divina bondad; corta este nudo.»

«La filosofía, me respondió, demuestra en más de un punto al que estudia, que la naturaleza emana del intelecto divino y su arte, y si te fijas bien en tu física, hallarás, sin que tengas que revolver muchas hojas, que el humano arte remeda en lo posible á la naturaleza, como el discípulo al maestro; de suerte, que el humano arte es como el nieto de Dios.

»Y á partir de estos dos principios, la naturaleza y el arte, si tienes presente el Génesis, no ignorarás que la naturaleza nos dá vida, y que despues viene en su apoyo el arte.

»El usurero sigue diferente sendero, y despreciando naturaleza y arte, estriba en otra parte su esperanza.

(1) Ética de Aristóteles.

»Sin embargo, sígueme ahora, pues me complaceo en avanzar. La señal de los Peces asciende en el horizonte, el Carro se ha derrumbado en el Coro (1).

»Mas á lo lejos el peñasco se inclina.»

CANTO DECIMOSEGUNDO

Recinto primero del círculo séptimo, ó el de los violentos.—Los poetas hallan á Minotauro, encargado de su vigilancia.—Los violentos contra la vida y bienes del prójimo se ven sumergidos en un río de sangre.—Más abajo hallan una manada de centauros.—El centauro Nessó lleva á Dante en su grupa más allá del Flegeton.

EL sitio donde debíamos descender por el precipicio, estaba de tal modo obstruido y era tan impracticable, que la vista se apartaba de él horrorizada.

Parecía las ruinas del destruido Adige en la ladera más acá de Trento, por resultado de un terremoto ó por la falta de apoyo (2).

Desde la cima de la montaña en que se desmoronó hasta el llano, es tan boquiacha la roca, que de ninguna manera podría servir de paso para el que se hallase arriba.

Tal era el descenso del precipicio; y en la parte alta de la peña estaba echado el monstruo, baldon de Creta, que fué concebido por una supuesta vaca (3).

Al notarnos, se mordió los labios, como el que se ve devorado interiormente por la cólera.

Mi protector le gritó: «¿Crees que se halla aquí por ventura el jefe de Atenas que te dió la muerte allá en el mundo? (4).

»Aparta, monstruo; no viene este mandado por tu hermano, y sí sólo para presenciar tu castigo.»

Como el toro que se resuelve hacia el lado que recibe la herida, y que sin poderse volver, brinca á uno y otro lado.

Yo observé lo que hacia Minotauro; mi sabio Maestro me dijo entonces: «Vé hacia la abertura; será conveniente que bajes mientras está exasperado.»

(1) Significa, hé aquí la aurora.

(2) Desplomes del monte Berco, entre Trento y Verona.

(3) Minotauro.

(4) Theseo.

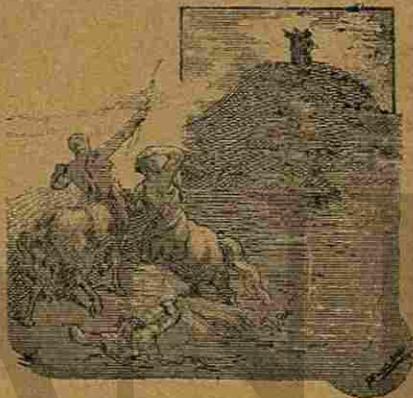
Avanzamos hacia la multitud de piedras desgajadas que á cada momento hacian rodar nuestras pisadas.

Marchaba yo muy preocupado, por lo que él me dijo:

«¿Vas pensando acaso en la ruina custodiada por aquella furia bestial á quien he extinguido?»

»Quiero advertirte que la última vez que bajé al Infierno, todavía no estaba desmoronado.

»Lo fué poco antes (si no me equivoqué) que viniese del círculo divino, el que arrebató á Dite su gran presa (1)



»Por todas partes se conmovió tan profundamente el impuro valle, que el orbe entero creí sentía aquel rumor; por el que se puede creer haya caído varias veces el mundo en el caos, entonces se desprendió de todas partes la antigua roca.

»Por tu mirada en el valle; mas aquí está el río de sangre en el que ha de zambullirse todo el que use de la violencia con el prójimo.

»¡Oh funesta pasión! ¡Oh ciega cólera, que así nos acosas en nuestro breve tránsito, y luego por toda una eternidad nos sepultas en tan nefandas agnas.»

Noté una enorme fosa en figura de arco, según la que comprende todo el llano, como había dicho mi Maestro.

Entre la base de aquella roca y la fosa, corrían en hilera los centauros armados con flechas, como acostumbraban á marchar en el mundo cuando iban de caza.

(1) Jesucristo cuando descendió al Limbo luego de su pasión.

Todos se pararon al vernos bajar, y separándose tres de la cuadrilla, prepararon sus arcos y sus flechas.

Desde lejos grito uno de ellos: «¿Qué martirio os está depurado á vosotros que bajais por la cuesta? decid de dónde sois ó disparo el arco.»

Mi guía dijo: «Se lo diremos á Chiron aquí presente; para tu infortunio siempre han sido tus deseos harto vivos.»

Después tocándome: «Ese es Nesso, me dijo, que murió por la bella Dejanire y él mismo vengó su propia muerte.

»El de enmedio, que está mirándose el pecho, es el gran Chiron, maestro de Aquiles; el otro es Folo, que continuamente estuvo poseído de ciega colera.»

En torno de la fosa habia millares de ellos pasando con sus flechas á toda alma que saliera más de lo que su pecado le consentia.

Como íbamos aproximándonos á aquellos ágiles monstruos, Chiron cogió una flecha, retorciéndose la barba detrás de las quijadas.



Así que descubrió su horrible boca, dijo á sus compañeros: «¿No habeis visto que el de detrás mueve cuanto toca?

»Esto no lo suelen hacer las plantas de los muertos.»

Y mi Maestro que se hallaba ya tocándole el pecho, respondió:

«Es un sér viviente, y debo yo solo mostrarle el sombrío valle. Es la precision y no su capricho lo que aquí le trae.

»La que me confió este nuevo servicio, cesó por un instante de entonar *alleluya*. Ni es él un saltador ni yo un criminal.

»Mas en nombre de aquella sublime virtud que guía mis pasos en tan ruda senda, déjame uno de los tuyos para que, acompañándonos, pueda decirnos un sitio vadeable y llevé en su grupa á este que no es espíritu que pueda elevarse por el aire.»

Chiron, volviéndose, dijo á Nesso. «Vé guiándoos; y si hallan alguna cuadrilla, apartala.»

Escotados con toda fidelidad, dirigimos nuestra marcha á lo largo de la ribera de aquella enrojecida espuma, donde los en ella anegados, lanzaban gritos horribos.

Habiéndolos sumergido hasta los párpados, el gran centauro exclamó: «Estos son los bárbaros tiranos que se sustentaron de la rapiña y la sangre.

»Aquí se lamentan las impías faltas; tambien están aquí los crueles Alejandro (1) y Dionisio, que tantos tiempos de luto sembró en Sicilia.

»Ese de pelo negro, es Ezzelino (2), y aquel rubio, Obezzo de Este (3), que fué muerto por su yerno allá arriba en el mundo.»

En aquel punto me volví hacia mi guía, y me dijo: «Que sea Nesso tu intérprete en este sitio, yo seré el segundo.»

Algo más lejos se paró el centauro, sobre unos condenados que notamos sacaban la cabeza fuera del rio, diciéndonos una sombra que estaba un poco apartada de las demás:

«Este hirió en el círculo de Dios á un corazón que todavía está honrado en las riberas del Tamesis (4).

Después vi á otros que tenían casi todo el cuerpo fuera del lago, de los que reconoci un buen número. Como la sangre cada vez iba en disminucion, y sólo cubria ya los piés, pasamos la fosa.

«Ya que en este lado ves aminorar la sangre, observó el centauro, quiero que te convenzas que en el otro aumenta á cada paso, hasta que se junta con la en que se halla la tiranía condenada al llanto.

»Allí la divina justicia sumió á Atila; azote del orbe, á Pirro y á Sesto (5), y que eternamente arranca las lágrimas

(1) Marqués de Ferrara y de la Marca de Ancona.

(2) Segun opinion de varios comentadores, Alejandro de Ferres, tirano de Tesalia.

(3) Tirano de Padua. Fué aprisionado por los principes de Lombardia, y herido lo llevaron á Soncino, donde rehusó que le curasen las heridas y tomar alimento. Falleció de hambre y desesperacion en 1260.

(4) Curio de Monforte, quien en venganza de la muerte de Simon, su padre, asesinado en Inglaterra por Eduardo el año 1271, mató á Enrique, hermano del mismo Eduardo, en una iglesia, en tanto que estaba celebrando un sacerdote.

(5) Pirro, Rey de Egipto ó hijo de Aquiles, que mató á Priam é inmoló á

que surgen al más pequeño borbotón á Renato de Corneto y á Renato de Pazzi (1), que tan cruel guerra hicieron en las grandes vías.»

Después retrocedió, repasando el vado.

CANTO DECIMOTERCERO

Recinto segundo del círculo séptimo, ó de los violentos contra sí mismos.— Los suicidas permanecen metidos entre árboles ó zarzas.— Los disipadores se ven continuamente perseguidos por perros.— Pedro de la Vigne, Lano de Sannese, Jacobo de Padua.

No había Nesso llegado aun á la otra parte, cuando penetramos nosotros en un bosque sin salida. El follaje, en vez de verde, era negruzco: las ramas nudosas y enmarañadas; se echaban de menos los frutos, pero no las plantas venenosas y los espinos.

Las selvas agrestes de las fieras que talan los cultivados campos entre la Cecina y Corneto (2) son menos ásperas.

Allí se anidan las arpias bestiales que echaron á los troyanos de la Strofades con el presagio desconsolador del mal futuro.

Ostentan anchas alas, cuellos y rostros humanos, patas con grandes garras, y enormes vientres cubiertos de pluma. Sus continuados lamentos parecen multiplicados entre aquellas extrañas arboledas.

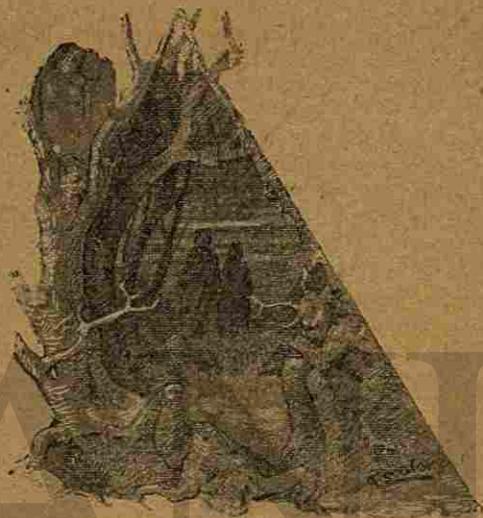
Y dijo mi querido Maestro: «Antes de pasar adelante has de saber que te hallas en el recinto segundo, y que continuarás en él hasta que penetres en los horrendos arsenales. Fíjate bien, pues notarás cosas que tal vez no las creerías aunque yo te las contase.»

Poligono sobre el sepulcro de Aquiles. Sexto, descendiente de Tarquino el Soberbio ó hijo de Pompeyo.

(1) Renato Corneto, famoso noble, por sus asesinatos y robos. Renato de Pazzi, noble, descendiente de la renombrada familia de los Pazzi de Florencia. También fué bandido en des poblado; llegó á hacerse tan temible que no podían transitarse las comarcas invadidas por él.

(2) Cecino, río de la Toscana, que se pierde en el mar entre Liorna y el Piombino. Corneto, poblacion en los Estados Pontificios.

De todos lados percibía lastimeros gemidos sin que pudiese ver á las personas que los exhalaban; por lo que admirado me paré.



Yo ereo que él creyó que yo pensaba que aquellas voces eran salidas del pecho de personas ocultas á nuestra vista; por lo que me dijo mi guía: «Si rompes alguna rama de esos árboles, verás cuán vana es tu idea.»

En aquel instante tendí la mano, cogí una rama de un corpulento árbol, y su tronco exclamó: «¿Por qué me tronchas?»

Y después, negro por la sangre, lamentóse de nuevo: «¿Por qué de esta suerte me arrancas? ¿No tienes ningún resto de piedad?»

«Hombres fuimos, y somos árboles; tu mano debiera ser más piadosa, aunque hubiésemos sido almas de reptiles.»

A semejanza de la leña verde, que mientras arde por una parte, chisporrotea y gime por la otra, á causa del aire que despide, así aquel tronco arrojaba á la vez sangre y palabras; por lo que solté la rama temeroso.

«Alma herida, contestó el sabio, si él hubiera creído lo que, sin embargo, vió en mi poema, no hubiese alzado la mano hasta ti; mas lo inverosímil del asunto me hizo aconsejarle lo de que me arrepiento; pero manifiéstale quién fuiste, para que en cambio haga renacer tu memoria en el mundo, al que le es dado volver.»



Y dijo el tronco: «Tal imán tienen para mí tus dulcísimas frases, que no puedo callar; que no os parezca pesado si me paro a reflexionar antes de hablaros.

«Yo soy quien tuvo las dos llaves del corazón de Federico (1), y quien las manejó con tal destreza para abrir y cerrar, que casi negó a todos su confianza, tal fué mi entusiasmo por aquel cargo glorioso, que perdí por él el sueño y la vida. La cortesana (2), que jamás desvió del palacio de César (3) su atrevida mirada, epidemia y vicio de todas las cortes, enardeció en contra mía todos los ánimos, y éstos el de Augusto (4), de tal manera, que mis preclaros honores se cambiaron en luto y tristeza.»

«Mi alma, en un transporte de desden, creyendo evitarlo con la muerte, me convirtió en injusto contra mí mismo, que tan justo había sido.

«Os juro por las tiernas raíces de estos bosques, que jamás dejé de ser leal con mi amo, que tan mercedor fué de toda gloria.

(1) Pedro de la Vigne, jurisconsulto de Capua, por largo tiempo fué favorito del emperador Federico. Acusado de traición, le fueron sacados los ojos. En su desesperación se estrelló la cabeza contra las paredes de su calabozo en 1210.

(2) La Envidia.

(3) Emperador.

(4) Federico II

«Si alguno de vosotros torna al mundo, que realce mi memoria, ya que aun se halla bajo la presión del golpe que la envidia le asestará.»

Después de corto silencio, el poeta me dijo: «Ya que se calla, preguntale si deseas saber algo más.»

A lo que respondí: «Tú mismo puedes preguntarle lo que me pueda interesar; yo no podría, tanto me ha conmovido.

Y volvió á comenzar de esta manera: «Si este ser hace lo que tu ruego le dice, aprisionado espíritu, dignate decirnos aun, cómo el alma se encierra en esos nudos, y si hay alguno que pueda desprenderse de tal cuerpo.»

Entonces resopló con violencia el tronco, y el aire exhalado se convirtió en esta voz: «Responderé brevemente.

«Así que la feroz alma sale del cuerpo del que ella misma se desprendió, Minos lo manda al círculo séptimo. Cae en el bosque sin escoger lugar; pero donde quiera que la suerte le arroje, brota como grano de trigo.

«Germina en rotoño y árbol; las arpias, al alimentarse en sus hojas, abren las puertas á su dolor.

«Como todas las almas, quisiéramos recoger nuestros despojos, sin embargo de que ninguno pueda revestirse con ellos, pues no es justo poseer aquello de que uno por acción propia se privó.

«Los atrastramos hasta aquí, y en este triste bosque, cada uno de nuestros cuerpos será colgado del árbol do se ve su sombra castigada.»

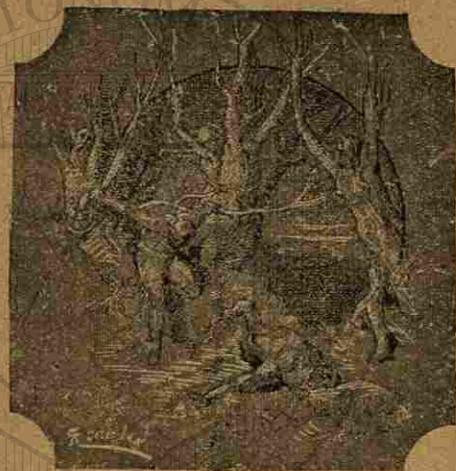
Seguíamos atentos, figurándonos que iba á proseguir el árbol, cuando nos sorprendió un ruido semejante al que percibe el cazador cuando el jabali se le acerca acosado por los perros, cuyos aullidos reproduce la selva.

Y vimos asomar por nuestra izquierda dos desventurados, desnudos y rotos, corriendo con tal velocidad, que tronchaban las pequeñas ramas que en su carrera se les oponían.

El que venía delante gritaba: «¡Llega, muerte, llega!» Y el otro, que tenía complacencia en caminar despacio: «Lano, le decía, no tenías tan veloces piernas en la batalla de la *Pierre del Toppo*,» luego debió faltarle aliento, y de él y un arbusto se hizo un tronco solo (1).

(1) Lano de Siennes, habiéndose visto acosado por las tropas de Arezzo, prefirió la muerte á la fuga, y murió combatiendo como un héroe.

El bosque estaba cuajado de perras negras que corrían tras ellos como lebreles desencadenados. Dentellando, se lanzaron sobre el condenado que se hallaba oculto, y luego de despedazarle, se llevaron sus palpitantes miembros.



Mi protector me cogió de la mano, conduciéndome hasta el arbusto, que se quejaba inútilmente de sus sangrientas heridas.

«¡Oh Jacobo de San Andrés! (1), decía: ¿por qué te has refugiado en mí? ¿Es culpa mía tu vida disipada?»

Después de haberme parado mi guía cerca de aquel arbusto, dijo: ¿Quién puedes ser tú, que tan lleno de heridas exhalas con tu sangre tan dolorosas quejas?»

(1) Joven noble de Padua que malversó su fortuna en poco tiempo. Se dice de él, que yendo a Venecia con otros jóvenes también nobles, al ver que todos poseían la habilidad de tocar algún instrumento o cantar, Jacobo se entretenía por matar el tiempo, en arrojar sus escudos al río. Habiendo ido a visitarle a su quinta en otra ocasión varios amigos, al verlos de lejos, incendió todas las cabañas y alquerías de sus colonos para festejar a sus compañeros con más fausto.

Y nos respondió (1) «¡Oh almas, que habeis llegado para ser testigos del estrago que me acaba de separar de mis hojas! juntadlas en derredor de su contristado arbusto; fui de la ciudad que abandonó su primitivo patrono, por san Juan Bautista (2), así que, resentido aquel patrono, le dará tristeza siempre con su terrible arte, y aunque no estaba más que en el puente del Arno, todavía queda de él algun vestigio.

»Los patricios que reconstruyeron aquel pueblo sobre las cenizas que Atíla dejara a su paso, trabajaron inútilmente. Yo convertí mi casa en un suplicio.»

CANTO DECIMOCUARTO

Tercer recinto del séptimo círculo, ó el de los violentos para con Dios, contra la naturaleza y la sociedad.

ENTERNECIDO por el sentimiento del patrio amor, junté las hojas esparcidas y se las devolví.

De aquel lugar marchamos hacia el sitio en que el círculo segundo se aparta del tercero, do se ve el poder de la justicia.

Para más claridad en la explicación de las nuevas cosas, digo que arribamos á una planicie que rechaza de su superficie toda planta. El bosque del dolor le sirve de guirnalda, así como lo es del bosque el gran foso de la sangre; allí nuestros piés quedaron como enclavados. El suelo estaba cubierto de espesa y árida arena, como la que en otros tiempos fué pisada por Catón (3).

¡Oh venganza de Dios! ¡qué terrible será para el que lea cuanto se presentó á mi vista! Observé numerosas greyes de desnudas almas que lloraban inconsolables, siendo sus sentencias diferentes. Unas se hallaban echadas boca arriba, otras sentadas en angosto círculo, y otras caminaban sin cesar.

(1) Se cree que fuera la sombra de Bocio de Mozzi, que se suicidó luego que hubo derrochado sus bienes.

(2) Florencia.

(3) La arena de Sibla que traspaso Catón de Utina, luego de la muerte de Pompeyo, para unirse al ejército de Juba.

Las que formaban el círculo eran más numerosas; las menos estaban echadas para su tormento, teniendo en cambio más suelta la lengua para lamentarse.

Lentamente llovía fuego sobre la arena en grandes copos, semejantes á los de la nieve que se desploma de los Alpes cuando no azota el viento. Como Alejandro, en las zonas abrasadoras de la India, vió caer llamas sobre su ejército, que ni siquiera se extinguían en el suelo, mandando á sus soldados que las mataran con sus piés, por apagarse más pronto el vapor solo, así descendía el eterno fuego, devorando la arena como devora el pedernal á la yesca, para acrecentar el dolor de las almas.

Sus infortunadas manos no tenían descanso, por tener que apartar continuamente las brasas ya de un lado, ya de otro.

Aquí no pude contenerme: «Maestro, dije, ¿cómo has podido vencer todos los obstáculos, menos los que nos opusieron los demonios inflexibles en aquella puerta? (1)

«¿Qué sombra es aquella que parece no sobrecogerse ni



inmortalarse, permaneciendo tan fiera y desdeñosa cual si fuese insensible á esa lava abrasadora?»

Adivinando la sombra que mi guía hablaba de ella, exclamó: «Tal fui vivo, tal soy muerto. Aunque Júpiter cansara á su forjador, del que cogió en su cólera el agudo rayo con el que fui herido en mi hora postrera, y aun cuando cansara á todos los negros forjadores del Etna, gritándoles: «¡Ayudadme, ayudadme, oh Vulcano!» según lo ejecutó en la batalla de Flegia (2),

(1) Se refiere á la de la ciudad de Dite.

(2) Flegia en Thesalia, do se libró el combate de los dioses y gigantes.

y me atravesara con todas sus flechas, no conseguiría vengarse de mí debidamente.»

Entonces mi guía se expresó con tal fuerza, como jamás le había oído hablar: «¡Oh Capaneo, dijo, tu orgullo es el móvil de tu gran castigo. No hay martirio comparable con el dolor de tu rabia.»

Después, volviéndose á mí, me dijo en tono suave: «Ha sido uno de los siete reyes que cercaron á Thebas (1). Desdeñaba y aun parece desdeña á Dios, sin que al parecer le dirija preces; preso, como le he dicho, su despecho es el debido premio de sus hechos.

«Ven y colócate detrás de mí, y no asientes aun el pié en la candente arena; permanece cerca del bosque.»

Llegamos silenciosos al sitio donde sale del bosque un riachuelo cuyo fulgor siniestro me asusta todavía.

Como el torrente que sale del Bulicano (2) y que se reparten entre sí las mujeres de mala vida, corria aquel riachuelo por la tostada arena.

El fondo y las riberas eran de piedra, por lo que creí que podía andar por ellas.

«De todo lo que te he enseñado, desde que penetramos por la puerta, cuyo umbral puede pisar cualquiera, nada observó tu vista más digno de atención que esta corriente, en la que vienen á morir todas las llamas.»

Estas fueron las palabras de mi Maestro, por lo que le rogué el alimento que tanto me había hecho anhelar.

«En el centro del mar hay un país convertido en ruinas, añadió entonces, llamado Creta, en el que hubo un rey (3) bajo cuyo mando fué casto el mundo; también allí hay un monte, titulado Ida, en el que no escaseaban antes las aguas y el follaje, y como todo lo antiguo, se halla hoy desierto.

«Rhea lo escogió en otros tiempos para cuna fiel de su hijo; y para ocultarlo más fácilmente cuando lloraba, dispuso que hubiese grande y continuado clamoreo.

«En lo interior del monte se sostiene de pié un gran anciano

(1) Los siete reyes eran: Adrasio, Polinice, Tydeo, Hippomedon, Ambaraus, Parthenopes y Capaneus.

(2) Nacimiento de aguas manantiales, de dos millas, á Viterbo, donde iban á bañarse las mujeres prostitutas.

(3) Saturno.

no (1), vuelto de espaldas hacia Damietta (2) y fija la mirada en Roma (3) cual si se mirase en un espejo.

»Es su cabeza de puro oro, y de fina plata sus brazos y pecho; la horcajadura es de cobre, y todo lo demás del cuerpo, de hierro escogido, á excepcion del pié derecho, que es de barro, sobre el que descansa mejor que sobre el trono.

»Cada parte, menos la de oro, tiene una hendidura, de la que destilan lágrimas, que al juntarse, taladran la montaña, formando el Aqueronte, la Estigia y el Flegeton; despues descienden por un cauce angosto hasta los sitios de los que ya no se puede descender más, donde toma forma el Coccyto; ya examinarás aquel lago, del que no te he de hablar.»

Entonces le pregunté: «Si el pequeño río que tenemos á la vista tiene su nacimiento en nuestro mundo, ¿por qué no es notable hasta que se llega al extremo de este bosque?»

Y me respondió: «No ignoras que este sitio es redondo; así es que, aunque se haya caminado mucho y bajado siempre hacia el fondo por la izquierda, no se ha recorrido aun el círculo completo; por más que parezca novedad, no debes sorprenderte.»

Luego observé: «¿Dó están el Flegeton y el Letheo? Te callas sobre uno de los dos, diciéndome tan sólo que se forma el otro de este torrente de lágrimas.»

«Tus preguntas me placen, repuso, pero el rumor de esa agua roja debia haberte evitado una á lo menos.

»Ya verás el Letheo fuera de este recinto, allá de las almas van á lavarse cuando se les ha perdonado la expiada falta (4).»

Despues dijo: «Tiempo es ya de dejar el bosque; haz por seguirme; las márgenes no arden, y nos brindan paso; en ellas se extingue todo ardiente vapor.»

(1) La descripción de esta estatua se parece á la que hace Daniel en su profecía. Dante quiere aquí figurar el tiempo.

(2) Damietta ó idolatría.

(3) Roma ó la verdadera religion.

(4) El Purgatorio.

CANTO DECIMOQUINTO

Continuacion.—Habla Dante á su Maestro Bruno Latini, que le augura su destierro á Florencia.—Le encomienda su «Tesoro.»

EMPRENDIMOS entonces por uno de los caminos de piedra; el humo del riachuelo formaba sobre él una niebla que preservaba del fuego la corriente. A imitación de los flamencos, que temiendo la fuerza de las aguas que se dirigen avanzando hacia ellos, entre Cadsandt y Bruges, alzan un dique para rechazar el mar, ó como lo verifican los paduanos contra el Brenta, para amparar sus castillos y ciudades antes que el Chiarentana (1) aperceba el calor, edificó allí el ingeniero, cualesquiera que fuese, diques en igual forma, aunque no tan anchos ni elevados.

Nos hallábamos ya tan lejos del bosque, que no me hubiera sido dado descubrirlo, aun cuando hubiese vuelto la mirada hacia atrás, cuando dimos con una cuadrilla de almas que se encaminaba hacia nosotros á lo largo de la ribera, observándonos todas ellas cual se acostumbra á mirar á través de los rayos de la luna nueva, fijando sobre nosotros su vista como la fija en el ojo de la aguja un sastre viejo.

Luego de este minucioso exámen, fui reconocido por una de ellas, que, cogiéndome del vestido, exclamó: «¡Oh maravilla!»

Mientras ella me dirigia los brazos, miré tan atentamente su tostado rostro, que sin embargo de lo muy desfigurada que estaba, pude reconocerla á mi vez; por lo que, llevando mi mano hasta su rostro, le dije: «Vos aquí, Sr. Brunetto? (2).»

A lo que me respondió: «¡Hijo mio! no te enfade que Bru-

(1) Chiarentana, monte en los Alpes; en el nace el Brenta.

(2) Brunetto Latini, famoso poeta, orador, historiador, filósofo y teólogo; Florencia fué su cuna, y estuvo dirigiendo una escuela, de la que salió Guido Cavalcante y Dante Alighieri. Fué secretario de la república y embajador. Escribió una obra llamada *Tesoretto*, sobre matemáticas y física, dedicada á san Luis. Teniendo que desterrarse como guelfo, se fué á París do escribió el *Tesoro*.

no (1), vuelto de espaldas hacia Damietta (2) y fija la mirada en Roma (3) cual si se mirase en un espejo.

»Es su cabeza de puro oro, y de fina plata sus brazos y pecho; la horcajadura es de cobre, y todo lo demás del cuerpo, de hierro escogido, á excepcion del pié derecho, que es de barro, sobre el que descansa mejor que sobre el trono.

»Cada parte, menos la de oro, tiene una hendidura, de la que destilan lágrimas, que al juntarse, taladran la montaña, formando el Aqueronte, la Estigia y el Flegeton; despues descienden por un cauce angosto hasta los sitios de los que ya no se puede descender más, donde toma forma el Coccyto; ya examinarás aquel lago, del que no te he de hablar.»

Entonces le pregunté: «Si el pequeño río que tenemos á la vista tiene su nacimiento en nuestro mundo, ¿por qué no es notable hasta que se llega al extremo de este bosque?»

Y me respondió: «No ignoras que este sitio es redondo; así es que, aunque se haya caminado mucho y bajado siempre hacia el fondo por la izquierda, no se ha recorrido aun el círculo completo; por más que parezca novedad, no debes sorprenderte.»

Luego observé: «¿Dó están el Flegeton y el Letheo? Te callas sobre uno de los dos, diciéndome tan sólo que se forma el otro de este torrente de lágrimas.»

«Tus preguntas me placen, repuso, pero el rumor de esa agua roja debia haberte evitado una á lo menos.

»Ya verás el Letheo fuera de este recinto, allá de las almas van á lavarse cuando se les ha perdonado la expiada falta (4).»

Despues dijo: «Tiempo es ya de dejar el bosque; haz por seguirme; las márgenes no arden, y nos brindan paso; en ellas se extingue todo ardiente vapor.»

(1) La descripción de esta estatua se parece á la que hace Daniel en su profecía. Dante quiere aquí figurar el tiempo.

(2) Damietta ó idolatría.

(3) Roma ó la verdadera religion.

(4) El Purgatorio.

CANTO DECIMOQUINTO

Continuacion.—Habla Dante á su Maestro Bruno Latini, que le augura su destierro á Florencia.—Le encomienda su «Tesoro.»

EMPRENDIMOS entonces por uno de los caminos de piedra; el humo del riachuelo formaba sobre él una niebla que preservaba del fuego la corriente. A imitación de los flamencos, que temiendo la fuerza de las aguas que se dirigen avanzando hacia ellos, entre Cadsandt y Bruges, alzan un dique para rechazar el mar, ó como lo verifican los paduanos contra el Brenta, para amparar sus castillos y ciudades antes que el Chiarentana (1) aperceba el calor, edificó allí el ingeniero, cualesquiera que fuese, diques en igual forma, aunque no tan anchos ni elevados.

Nos hallábamos ya tan lejos del bosque, que no me hubiera sido dado descubrirlo, aun cuando hubiese vuelto la mirada hacia atrás, cuando dimos con una cuadrilla de almas que se encaminaba hacia nosotros á lo largo de la ribera, observándonos todas ellas cual se acostumbra á mirar á través de los rayos de la luna nueva, fijando sobre nosotros su vista como la fija en el ojo de la aguja un sastre viejo.

Luego de este minucioso exámen, fui reconocido por una de ellas, que, cogiéndome del vestido, exclamó: «¡Oh maravilla!»

Mientras ella me dirigia los brazos, miré tan atentamente su tostado rostro, que sin embargo de lo muy desfigurada que estaba, pude reconocerla á mi vez; por lo que, llevando mi mano hasta su rostro, le dije: «Vos aquí, Sr. Brunetto? (2).»

A lo que me respondió: «¡Hijo mio! no te enfade que Bru-

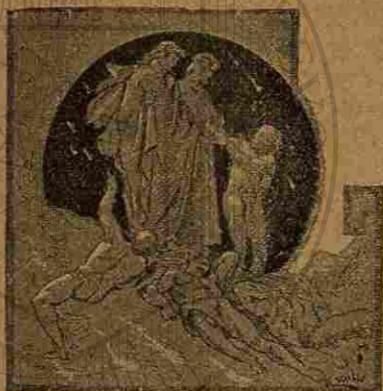
(1) Chiarentana, monte en los Alpes; en el nacimiento del Brenta.

(2) Brunetto Latini, famoso poeta, orador, historiador, filósofo y teólogo; Florencia fué su cuna, y estuvo dirigiendo una escuela, de la que salió Guido Cavalcante y Dante Alighieri. Fué secretario de la república y embajador. Escribió una obra llamada *Tesoretto*, sobre matemáticas y física, dedicada á san Luis. Teniendo que desterrarse como guelfo, se fué á París do escribió el *Tesoro*.

netto Latini se quede un poco atrás contigo y deje adelantarse la cuadrilla.»

Y le contesté: «Os lo suplico de corazón, si quereis que me sienta con vos, lo haré, siempre que éste lo permita, pues voy con él.»

«Hijo mío, me dijo: el que de nosotros se separe un momento, queda sufriendo esta lluvia por espacio de un siglo, sin poder sacudir el fuego que le abrasa.»



«Continúa, pues, adelante, y yo marcharé á tu lado, volviendo luego á incorporarme á la cuadrilla que va llorando los tormentos eternos.»

No tuve valor para descender hasta él, mas seguí el camino con la frente inclinada en ademán respetuoso.

Comenzó de este modo: «¿Qué suerte ó destino es el tuyo que te trae aquí antes de tu hora postrera? y ¿quién te indica el camino?»

«Allá en las alturas en la serena vida, le respondí, me perdí en un valle antes de llegar á la edad conveniente.»

«En la mañana de ayer, y cuando ya retrocedía, se me presentó éste; y por esta vía me puso en camino.»

El me dijo á su vez: «Si sigues tu estrella, debes llegar á un glorioso puerto, pues he consultado tu destino.»

«Y si yo hubiese vivido más, al ver cuan favorable te era el Cielo, te hubiera adelantado para la prosecucion de tu obra.»

«Mas aquel ingrato pueblo que descendió en otros tiempos de Fiesole (1), que todavía conservaba la aspereza de sus montañas y su peñon, se declaró enemigo tuyo, por la sola causa del mucho bien que estás dispuesto á hacer, como acontece generalmente; que entre ásperos servales no madura jamás el sabroso higo.»

«La antigua fama los apellida ciegos; avara raza, soberbia y envidiosa. ¡No te manches jamás en sus costumbres!»

«Tanta es la gloria que la fortuna te depara, que los dos bandos desearán su regreso; mas cuida que la yerba no esté nunca al alcance de sus picos.»

«Que aprovechen sus cuerpos para lecho á las bestias de Fiesole; y que no puedan coger las plantas, si es que crece todavía alguna entre su estérco, en la que vuelva á brotar la semilla santa de aquellos romanos que aun quedaron despues de edificado aquel nido de perversion.»

«Si mis ardientes votos se vieran cumplidos, le respondí, aun estariáis vos en la naturaleza humana, porque continuamente conservo en mi mente, y me apesadumbra en este momento vuestra amada y paternal imagen, al enseñarme allá en el mundo de qué manera debía eternizarse el hombre; tan reconocido os estoy, que no cesaré de publicarlo mientras tenga vida.»

«Lo que decís respecto de mi destino, lo escribo y guardo para que me lo explique con otro texto (2) una dama, muy á propósito, con tal que no tenga que resentirse por ello mi conciencia; dispuesto estoy á practicar cuanto de mí exija la fortuna.»

«Tales arras no son para mí una novedad, gire como quiera sus ruedas la fortuna y su azada el labrador.»

Entonces mi Maestro se volvió á la derecha; y mirándome, me dijo: «Está bien; oye á quien lo nota (3).»

No por eso dejaba de hablar con *ser* (señor) Brunetto, al que pregunté cuáles eran sus compañeros más notables.

(1) Villa situada allende de Florencia, tenida por cuna de los florentinos.

(2) El vaticinio de Farinata (Canto X), que lo explicará Beatriz.

(3) Virgilio quiso decir: Ya recordarás mi verso: *Superanda omnis fortuna perendo est.*

Y me contestó: «Estará bien que sepas los nombres de algunos; mas no podré hablarte de todos por falta de tiempo.

»Te diré, en resumen, que fueron todos clérigos ó letrados de mucha nota, manchados en el mundo por igual pecado.

»Va Prisciano (1) con aquella desolada multitud, y también Franciseo de Accorse (2); si tan triste espectáculo te hubiera halagado, podrías haber visto al que fué transferido por el siervo de los siervos de Dios del Arno al Bachiglione, do dejó todos sus miembros crispados (3).

»Muchas otras cosas te diría, pero ni puedo adelantar ni hablar más, porque veo salir de la arena nuevo humo; llega otra gente con la cual no puedo estar; te encomiendo mi Tesoro, en el que aun vivo, y no te pido más.»

A semejanza de los que en Verona se disputan el paño verde (4), en seguida se volvió en una carrera; parecía, al correr, que pretendía ganar el premio.

CANTO DÉCIMOSEXTO

Llegados Dante y Virgilio casi al fin del último círculo, hablan á Guidoquera, Tegghiajo y Rusticucci, guerreros insignes de Florencia.—Ya en el borde del abismo, en el que está el círculo octavo, ven á Gerion, ó sea el Fraude.—Bosquejo de Gerion.—Después habla Dante de los usureros encerrados en el recinto tercero de los iracundos.

ESTABA ya en el sitio do se oía el susurro del agua al caer en el otro círculo, semejando al zumbido de las colmenas, cuando á un tiempo se apartaron tres sombras de un grupo que cruzaba bajo el torrente del áspero suplicio.

Las tres se encaminaron hácia nosotros gritando: «Detente, tú que pareces por tus vestiduras hijo de nuestra pecadora patria.»

(1) Gramático de Cesárea.

(2) Jurisconsulto de Florencia.

(3) Andrés de Mozzí, destituido de la diócesis de Florencia por sus vicios, y luego trasladado á la de Bizancio, donde pasa al Bachiglione.

(4) Paño verde, premio para el que se distingue en la velocidad de la carrera.

¡Cuántas llagas antiguas y frescas advertí en sus encendidos miembros! Su recuerdo me conmueve aun. A sus voces quedó parado mi guía, y fijó su vista en mí, diciendo: «Espera aquí, si quieres presentarte cortés con esos. Si no viese la llama que consume este sitio, te diría que es á tí más que á ellos á quien conviene esta entrevista.»

«A qué nos paramos,» repitieron las sombras, y al llegar á nosotros, formaron las tres en círculo, como lo hacen los gladiadores desnudos y yuntados, advirtiéndome su presa y la ventaja antes de comenzar la lucha.

En tanto daban vueltas, cada una me dirigía miradas de suerte que sus cabezas se movían en el sentido inverso de sus piés.

«Por más que lo misero, triste y nefando de este movedizo suelo nos legue al desprecio y haga que se desoigan nuestras preces, observó una de ellas, pueda mover tu corazón la fama nuestra á comunicarnos quién eres tú, que sin terror asientas tu planta en el Infierno.

»Ese, cuyas huellas me ves borrar, sin embargo de su asquerosa desnudez, ocupó un lugar más alto de lo que puedes imaginarte. Nieto fué de la púdica Gualdrada, se llamó Guidoquera ó hizo maravillas en vida con su espada y con su ciencia (1).

»El que aplasta la arena detras de mí, es Tegghiajo Aldobrandi (2), cuya voz debió escucharse allá en el mundo.

»Y yo, que estoy cruzado con ellos, soy Jacobo Rusticucci, y verdaderamente mi esposa fué la que más daño me causó (3).»

A poder libertarme de la lluvia de fuego, me hubiera arrojado entre los de abajo, pues creo que lo hubiera consentido mi Maestro; mas como me había quemado y cocido, el miedo pudo más que la buena intención que me inspiraba el deseo de abrazarles.

(1) Fue Guidoquera caballero valiente y hombre de gran tacto y prudencia; en la batalla de Benevento entre Carlos I y Manfredo, se le atribuyó la victoria en su mayor parte.

(2) Perteneció á la familia Adimari; no opino que los florentinos marchasen contra los sieneses, donde fueron derrotados aquellos en el valle de Arbia.

(3) Jacobo atribuye á su esposa la culpa de su desgracia que por ser tan mala, se vio precisado á escaparse de ella.

Después empecé de este modo: «No desprecio sino, permanente dolor, es el que vuestra condición ha excitado en mí, en cuanto mi Maestro me ha dicho las frases que me debían indicar la llegada de una gente tan distinguida como vosotros.

»Soy de vuestro país, y siempre he oído y citado vuestros preclaros nombres; me aparto de la hiel para buscar los frutos sabrosos que me han sido ofrecidos por mi sincero guía, pero me es necesario descender antes hasta el centro.»

«¡Por largos tiempos guíe todavía el alma tus miembros, respondió la sombra entonces, y que después de ti ilumine tu fama! Dinos si el valor y la cortesía tienen su residencia como antes en nuestra ciudad, ó si los han proscrito de ella; porque Guillermo Borsiere, que hace poco que llora con nosotros y va allí con nuestros compañeros, nos estremece con sus palabras (1).»

«La gente nueva y las ganancias súbitas han sembrado en tí, Florencia, tal orgullo é immoderación, que tú misma principias ya á dolerte de ellos.»

Les respondí, erguida la frente; y al esenchar mi contestación, las tres sombras se miraron una á otra, como se suele hacer al oír una verdad sin réplica.

«Si á tan poca costa sabes complacer á los demás, me dijeron las tres sombras, afortunado de tí que así te es dado hablar cuando te viene bien. Por eso, si sales de estos tristes lugares y vuelves á admirar las divinas estrellas, cuando digas: «yo estuve,» haz que entre los hombres se hable de nosotros.» Después rompieron el círculo, y fué tan veloz su evasión, que sus piernas parecían haberse trocado en alas.

En menos tiempo que se gasta para decir amen, desaparecieron, por lo que resolvió mi guía que partiéramos. Yo le seguía, y no bien dimos algunos pasos, cuando percibimos tan cerca el ruido del agua, que apenas nos podíamos entender al hablar.

Como el río, que prosigue su curso al salir de Montuoso hacia Levante, á la izquierda de los Apeninos, llamado Acqua-

(1) Borsiere fué un caballero de Florencia, de familia noble, que solía ir á las cortes de los príncipes. Se dice de él que encontrándose en Gerona se le presentó Herminio Grimaldi, hombre rico y avaro, preguntándole qué pintura se podría poner á una sala que no se hubiese visto hasta entonces; y Borsiere le respondió: «Os enseñaré una cosa que desconoceis; pintad la liberalidad.»

cheta, antes de precipitarse en un cauce de más profundidad, donde cambia su nombre por el de Forli, y que dibujando luego una cascada, ruge sobre el San Benedetto, en el que pudieran retirarse mil hombres (1).

Así nosotros, desde la parte baja de la escarpada roca, oímos retumbar con tal estrépito el agua teñida de sangre, que en breve quedó atronado mi oído. Llevaba ceñida una cuerda con la que antes pensaba apoderarme de la pantera de atigrada piel; luego de habérmela quitado, según me ordenó mi guía, se la presenté enroscada. Entonces él, volviéndose á la derecha y de bastante trecho del borde, la arrojó al profundo abismo.

Es preciso, dije en mi interior, que corresponda alguna cosa á la señal nueva que da mi Maestro: «¡Ah! ¡Qué circunspectos debieran ser los hombres respecto de aquellos que no sólo ven los actos, sino que leen con claridad en el interior del entendimiento!»

Y él me dijo: «En breve llegará lo que espero, y entonces será necesario que sepas y veas claro lo que tanto te preocupa ahora.»

Siempre debe sellar sus labios el hombre, mientras pueda, ante la verdad que se asemeja á la mentira, si no quiere caer en falta, sin exponerse á la vergüenza. Pero aquí no puedo callar, y por los versos de esta *comedia* (2), para la que anhelo eterno aplauso, te juro, lector, que vi venir nadando por un oscuro cielo una figura sorprendente hasta para el más esforzado ánimo, parecida al marino que descende á veces para soltar el ancla, presa en el escollo, ó á buscar algún objeto escondido en las entrañas del mar, y que tendiendo los brazos, se pliega sobre los piés.

(1) La abada de San Benedetto, por su capacidad, podría contener hasta el número de mil religiosos.

(2) Nombre que Dante dio á su poema.

CANTO DÉCIMOSÉTIMO

*Los poetas salen del círculo sétimo, acompañados por Gerion.
—Círculo octavo; el de los fraudulentos.*

Aquí está la fiera de acerada cola, que taladra las montañas y rompe muros y armas; hé aquí la peste del mundo entero.»

De esta manera comenzó á hablarme mi Maestro, haciendo una seña al monstruo para que se aproximase á la orilla de nuestro sendero.

Y aquel horrible trasunto del Fraude se fué acercando, con la cabeza y el cuerpo, sin fijar, sin embargo, su cola en el borde. Su cara era la de un hombre justo; su piel era muy fina mas el resto del cuerpo era de serpiente. Tenía dos franjas velludas que le llegaban al sobaco, y su pecho, costados y espalda estaban llenos de nudos y manchas redondas. Jamás se vió entre los tártaros y turcos tela alguna cuyo derecho y revés fuesen de más variados y ricos colores, ni los lienzos de Aragné fueron nunca más pintados.

A imitación de las barquillas que con frecuencia se ven en la orilla, metidas mitad en agua y otra mitad en tierra, ó como el castor se recoje para hacer la guerra entre los glotonos germanos, así se hallaba la fiera horripilante en el borde de piedra que contiene la arena. Su cola la agitaba en el vacío, levantando su encorvada punta llena de veneno como el escorpion.

Mi Maestro me dijo: «Es necesario dirigirnos ahora hácia aquella bestia feroz, que allí yace recostada.»

Por lo que bajando á la derecha, dimos dos pasos hácia atrás teniendo cuidado de evitar la arena y la llama. Una vez cerca de ella, vi algo más allá alguna gente sentada junto al abismo (1). Mi guía dijo entonces:

«Para que conozcas perfectamente este círculo, entérate de su condición, mas que sea rápida tu diligencia. Mientras

(1) Los usureros.

hablaré yo con éste para que nos proporcione sus hombros robustos.»

Avancé solo hacia el final del círculo sétimo, en el que yacían aquellos desventurados. De sus ojos brotaba el dolor; con sus dos manos iban apartando ya los vapores, ya la arena abrasadora, asemejándose á los perros que con el hocico y las patas persiguen las pulgas, moscas y tábanos que los devoran en la esacion del verano.

Luego de haber mirado el rostro á varios de aquellos sobre quienes llueve la abrasadora llama, sin haber conocido ninguno, observé que pendía del cuello de cada uno una bolsa de determinado color con cierta marca, y en la que fijaba cada uno de por sí su ansiosa mirada (1).

Al aproximarse á ellos para examinarlos, vi en una bolsa cierto matiz azul, que dibujaba la forma de un leon (2).

Después, continuando el curso de mis investigaciones, vi otra bolsa roja, que ostentaba una oca más blanca que la nieve (3).

Uno de tantos, en cuya bolsa blanca se observaba una gran mancha azul (4), me dijo: «¿Qué buscas en este círculo? Vete; ya que aun vives, has de saber que mi vecino Vitaliano (5) acudirá á sentarse aquí á mi izquierda. Entre todos estos florentinos, yo soy paduano, por lo que me ensordecen gritando: «Que venga el soberano caballero que traerá la bolsa con tres picos (6).» Después, torciendo la boca, sacó la lengua, como un buey al lamerse las ventanas de las narices.

Pero temiendo que mi tardanza incomodara á mi guía, que me habia encargado la presteza, volví la espalda á aquellas miserables almas. Ya hallé á mi Maestro que habia saltado á la grupa de la fiera horrible (7), el cual me dijo «Ahora, sé valiente y fuerte.

»Únicamente en escalas como ésta se puede descender por

- (1) El poeta no los nombra, pero empaña sus escudos.
(2) Los Guianfigliuzzi florentinos, cuyos blasones ó armas eran un leon azul en campo de oro.
(3) Los Umbriachi, que ostentan gules y una blanca oca.
(4) Armas de Scavigni de Padua.
(5) Vitaliano del Dante, gran usurero de Padua.
(6) Buismonte, usurero florentino.
(7) Gerion, rey de Erytia, trasunto del Fraude. Fué vencido por Hércules.

aquí. Sube á la delantera; pues quiero estar entre la cola y tú, para que no recibas daño alguno.»

A semejanza del calenturiento que tiene las uñas amarillas y tiemblan sus miembros todos, con sólo mirar la sombra, me puse yo al oír aquellas palabras; más sus amenazas me inspiraron el rubor que alienta á un criado á presencia de un amo benigno.

Coloquéme sobre sus grandes hombros, con la idea de decir: «Haz por sostenerme,» pero se ahogó mi voz, lo que yo no esperaba.

El, sin embargo, que ya me había favorecido distintas veces ante el riesgo, apenas hube subido, me asió con sus brazos, y sosteniéndome, dijo:

«Gerion, comienza á marchar; no evites los grandes rodeos, y haz que sea rápido el descenso: calcula la nueva carga que llevas.»

Como la barca que se aparta de la orilla, empezó á retroceder, y cuando advirtió lo libre de sus movimientos, giró la cola hácia el pecho, y estirándola, la agitó como una anguila, atrayendo hácia sí el aire con sus agudas garras.

No creo más apurado á Faetonte, al abandonar las riendas y abrasarse el Cielo, como aun puede verse, ni al pobre Icaro, cuando al reblandecerse la cera, sintió que iba á perder sus alas, y su padre le gritaba: ¡Mal camino llevas! que lo estaba yo cuando me encontré por los aires, sin ver por todas partes más que la horripitante figura de la fiera.

Empezó á nadar lenta y pausadamente; después dió vueltas, siempre descendiendo, sin que yo lo pudiera notar más que por el aire que azotaba mis mejillas, y que debajo de nosotros gemía.

Al mismo tiempo oí en el abismo un estruendo espantoso á mi derecha, tanto, que tuve que inclinar la cabeza y los ojos; en aquel instante fué cuando subió de punto mi pánico, pues vi fuegos, oí gemidos, y todo convulso me reconcentré en mí mismo.

Del propio modo que antes no veía, noté entonces que descendíamos, volteando en torno de agudos dolores, que cada vez se nos aproximaban más por todos lados.

Como el halcón, que ha elevado sus alas por mucho tiempo sin descubrir rastro de ave, y que por fin dice el halconero: «¡Desciende, pues!» rendido descende á su voz de las

alturas do trazaba rápidos círculos, y despechado va á posarse lejos de su dueño, así nos dejó Gerion en el fondo del abismo junto á un ruinoso peñasco; y al verse desembarazado de nuestros cuerpos, como flecha disparada del arco, se alejó.

CANTO DECIMOCTAVO

El poeta relata la forma y situación del círculo octavo, cuyo fondo se divide en diez departamentos; en este canto trata sólo de dos.—Se clasifica en diez calabozos.—En el primero están los rufianes y seductores, apaleados por los demonios.—Halla Dante en él á Caccianimico y á Jason.—En el segundo están los aduladores y cortesanos, sumidos en un océano de inmundicia.

HAY en el infierno un sitio nominado Malebolge, que es de piedra cobriza, como el del circuito que lo encierra (1). En el mismo centro de aquella fúnebre llanura se abre un pozo ancho y profundo, del que oportunamente detallaré la estructura.

El espacio intermedio entre el pozo y el extremo de aquella triste ribera es circular y dividido su fondo en diez valles. Para la custodia de sus murallas hay infinitos fosos que circunvalan los castillos, que por este medio son más seguros; de la base del monte arrancan grandes peñas que cortan los fosos y los abismos hasta el foso en que se unen y se pierden.

Al apearnos de la grupa de Gerion, nos hallamos en aquel tético lugar. Mi guía tomó por la izquierda y yo le seguí; á mano derecha contemplé nuevos objetos de piedad, nuevos castigos y nuevos verdugos que invadían el primer valle.

Las víctimas se hallaban desnudas en el fondo; la mitad de ellas se dirigía á nosotros, en tanto que la otra mitad seguía nuestra misma dirección acelerando el paso.

Lo mismo que los romanos, que á causa de la multitud que atraviesa el puente San Angelo en año de Jubileo, adoptaron la medida de que los que se dirigen al castillo, yendo á San Pedro, sigan por un lado, y por otro los que se encaminan al

(1) Malebolge. Fosos maldecidos.

Monte Giordano, así vi á uno y otro lado en el negro peñon varios demonios con cuernos y armados de grandes trallas, con las que azotaban inhumanamente por la espalda á los infelices condenados.

De tal suerte levantaban los piés al primer latigazo, que ninguno esperaba el segundo ni el tercero. Siguiendo mi camino, se fijaron mis ojos en un condenado, y desde luego me dije: «Esta no es la primera vez que le he visto.» Y me paré para verlo mejor: mi amado Maestro también se detuvo conmigo, y hasta me permitió que retrocediera un poco.

El azotado se figuró sustraerse bajando la cabeza, mas no fué así, y le dije: «Por mucho que inclines la vista, si no mienten tus facciones, sabe que eres Venedico Caccianimico. ¿Qué delito puedes purgar con pena tan cruel?»

Y á su vez respondió: «Con empacho lo digo, cediendo á tu sonora voz, que me recuerda el mundo de otros tiempos. Fui yo quien indujo á la preciosa Ghisiola á complacer la voluntad del marqués, á pesar de lo que se haya dicho respecto á esta historia (1).



(1) Hay quien disculpa á Venedico.

Yo no soy el solo bolonés que llora aquí; *antes* los hay en este lugar, en tan gran número, como entre el Savana y el Reno (1). No hay tantas lenguas en este momento que acostumbren á decir *sipa* (2); y si de ello te quieres convencer, acuérdate de nuestra sabida avaricia.»

Y como continuará hablando, un demonio, sacudiéndole un latigazo, le dijo: «Adelante, rufian, que aquí no hallarás mujeres para vender.»

Reuníme entonces á mi guía, y luego de andar algunos pasos, llegamos al sitio donde arrancaba un peñasco del monte; le cruzamos con brevedad, y girando á mano derecha por la peña, nos hallamos fuera de aquel sempiterno recinto.

Al llegar al punto en que se abre por debajo para dejar paso á los condenados, me observó mi Maestro: «Detente, y haz por ver á estos otros condenados, cuyos semblantes no has podido examinar porque llevaban nuestra misma dirección.»

Desde el antiguo puente vimos la hilera que se dirigía hacia nosotros de la otra parte, la cual era igualmente azotada. Mi Maestro, sin preguntarle, me dijo: «Repara esa gran sombra que se acerca, y que sin embargo de su dolor, parece no exhalar un ay. ¡Qué continente tan noble conserva aun! Es Jason, que por prudencia y valor arrancó el toison á la Colchida: pasó por la isla de Lemnos, luego que sus bárbaras mujeres cometieron la viliania de dar muerte á todos los varones que en ella se encontraban. Allí, con su habilidad y dulces palabras, engañó á la bella Hipsipyle, que antes engañó á sus compañeras. La dejó en cinta, sola y abandonada, condenándola aquel erizón al torcedor, que á un tiempo fué la venganza de Medea (3).

»Le acompañaron todos los que engañan del propio modo, esto te basta saber respecto á los que son torturados en este primer valle.

Ya nos hallábamos en el sitio en que un angosto sendero penetra en el foso segundo, y en que un puente se cruza con otro. Vimos en el otro ámbito á los que, celéricos é hiriéndose á sí mismos, se lamentan.

(1) Ríos de Bolonia.

(2) En vez de *sia*, si; los boloneses dicen *sipa*.

(3) Medea, á quien Jason abandonó también.

Están las riberas llenas de un moho, producto del vapor de abajo, que sin cesar fatiga la nariz y los ojos. El fondo es tan hueco, que fué necesario subir á la cumbre del arco, de cuyo punto domina más el peñasco. Allí en el fondo del foso vimos mucha gente metida en un estiercol, parecido al de las letrinas humanas.

En tanto hacia por penetrar mi vista en el interior, ví una cabeza tan llena de excremento, que era imposible distinguir si pertenecía á clérigo ó á seglar. Dicha cabeza me gritó: «¿Por qué te fijas más en mí que en los otros desfigurados?»

Yo le contesté: «Porque si mi memoria es fiel, te he mirado otras veces con la cabeza limpia; tú eres Alejo Interminelli, de Luca; esta es la razón porque me fijo en tí más que en los otros (1).»

Entonces, golpeándose la cabeza, dijo: «Si de este modo estoy sepultado, es por la adulación perpetua que prodigó mi labio.»

Luego de esto, mi guía me dijo: «Haz de suerte, que adelantando la cabeza, veas la faz de aquella sucia esclava

desgrenada, que se destroza con sus uñas repugnantes, y que ya se encoge, ya se endereza.

«Es la cortesana Thais, que cuando su amante le dijo: «¿Tengo muchos méritos á tu vista?» le respondió: «Maravillosos.»

«Que queden saciadas aquí nuestras miradas.»

(1) Espléndido y liberal caballero, pero según Dante, un gran adúlador.



CANTO DECIMONOVENO

Calabozo tercero del círculo octavo do están los simoníacos.— Sus cuerpos se hallan hundidos en el calabozo, y sus piernas son presas de las llamas.— En este círculo encuentra el Dante al papa Nicolás III, y recrimina sus obras como las de los otros prelados, aunque otros cronistas pretenden que aquel pontífice, oriundo de la casa de Orsini, fué un varón dignísimo.

O El mago Simon, oh míseros sectarios, almas viles que prostituís con el oro las cosas de Dios, que debían ser compañeras de la virtud (1).

En la orilla y en el fondo ví la piedra livida, plagada de agujeros de la misma anchura, y todos igualmente redondos. Ni me parecían más grandes ni menos anchos que los que se hallan en mi hermoso San Juan, sirviendo de bautisterio (2).

Hace años que rompí uno, porque un niño estaba ahogándose en él: ojalá sirva esto para desengaño de todos (3).

Por la boca de cada uno de aquellos agujeros asomaban los pies y piernas de un pecador, y el resto del cuerpo permanecía dentro. Como los pies arrojaban llamas, se sacudían con tal violencia las junturas, que eran capaces de romper cuerdas y lazos. Como la llama de los objetos que encierran grasa sube á la superficie, así aquella llama permanecía fija en las plantas de los pies.

«Querido Maestro, le dije: ¿Quién es aquel que furioso se agita más que los otros, y en el que la llama se ceba con más fuerza?»

«Si descendes á la parte inferior de la ribera, me contestó, sabrás sus delitos por él y los de los demás.»

(1) En las Actas hay escrito, que el mago Simon de Samaria ofreció dinero á san Pedro para que le vendiera el don de hablar todos los idiomas y hacer milagros, y que fué maldecido por los apóstoles; los simoníacos son aquellos que negocian con las cosas espirituales.

(2) San Giovanni, bautisterio en Florencia.

(3) Cuando Dante rompió el cobertor del bautisterio, fué acusado de sacrilego.

A lo que observé: «Con gusto haré cuanto me digas; eres mi guía y Maestro, y no me aparto de tu voluntad; tú sabes hasta lo más recóndito.»

Ascendimos entonces á lo más elevado de la cuarta calzada, y dando la vuelta, declinamos por la izquierda al fondo del angosto foso en que estaban los agujeros. Mi buen Maestro no se apartó de mi lado hasta conducirme al agujero de aquel que parecía más torturado.

«¡Ay cualquiera que seas, tú que tienes la cabeza hácia el suelo y los piés en el aire, alma desgraciada: tranquilízate si te es dado (1).»

«Mi posición era la de un religioso que confiesa al inicuo asesino que, estando perdido, le llama á sí para evadir la muerte.»

A su vez, exclamó: «Bonifacio, ¿estás aquí ya (2)? Hace muchos años que ha dejado de cumplirse la profecía. ¿Tan pronto te han cansado aquellos bienes por los que te atreviste á casar por el fraude con la ilustre dama y ultrajarla (3)?»

Me quedé como los que se ruborizan de ignorar lo que se les pregunta y no pueden responder.

Virgilio dijo entonces: «Dile pronto, «no soy aquel, ni soy el que tu eres;» yo obedecí. Por lo que el espíritu, crispando sus dos piés y dando un lánguido suspiro, me dijo con acento quejumbroso: «¿Que pides, pues?»

«Si quieres saber quién soy, hasta el punto de haber venido por ello salvando estas breñas, sabe que fui revestido con el gran manto, que verdaderamente fui hijo de la Osa (4), y tan concupiscente, que con objeto de criar los osesnos, guardé todo el oro de la tierra en mis arcas, y yo mismo me metí en la de aquí abajo (5).»

«Debajo de mi cabeza están los demás simoníacos que me precedieron, enterrados en esta grieta de piedra. Yo caeré en ella cuando llegue aquel por quién te tomé, al dirigirte mi súbita pregunta. Mas desde que mis piés arden y me veo en esta triste postura, ha pasado más tiempo del que tendrá que

(1) La sombra del papa Nicolás III, de la casa de Orsini, electo en 1277.

(2) Bonifacio VIII, falleció en 1303.

(3) La iglesia.

(4) Se refiere á Orsini, nombre de su familia.

(5) En los fosos titulados de *Malebolge*.

soportar él este acerbo dolor, porque llegará luego de él y de la parte de Occidente, encorvado por sus crímenes, un pastor sin ley (1), á quien corresponderá cubirme. Será otro Jason, semejante al del libro de los Macabeos, y como su rey fué débil para éste, también lo será el de Francia para con el otro.»

No sé si estuve algo duro, pero le respondí de este modo: «Dime, sin embargo, ¿qué tesoro exigió Dios á san Pedro para poner en su poder las llaves?» «No le pidió nada, y sólo le dijo: «Sígueme.»»

Ni Pedro ni los otros quitaron su oro á Matías al elevarlo al puesto vacante por la traidora alma (2).

«Quédate aquí, pues, ya que tan justo ha sido tu castigo, y conserva tu mal adquirido dinero, que tan atrevido te hizo contra Carlos (3). Y si no fuera por el respeto á las soberanas llaves que guardaste en la dulce vida, usaría contigo de términos más duros, porque el mundo se horroriza al contemplar vuestra avaricia, que hunde á los buenos y ensalza á los malos.»

«Pastores, el Evangelista os vió al considerar á la que se sienta sobre las aguas, prostituida ante los reyes, á la que vino al mundo con siete cabezas, y extrajo su fuerza de sus diez cuernos, en tanto que su virtud plugo á su esposo. Os convertisteis en dioses del oro; sólo existe entre el idólatra y vosotros la diferencia de que él adora á uno y vosotros adorais á millares.»

«¡Oh Constantino! ¡Cuántos males trajo, no tu conversión, sino la renta que de ti recibió el primer papa opulento!»

Y en tanto le cantaba yo estas notas, no sé si por la rabia ó por el remordimiento, súbito sacudí convulsamente sus piés. Creo que mi guía me oyó complacido, pues escuchaba con satisfacción mis sinceras frases. Así pues, me abrazó, y al apretarme, tornó á subir por el camino que antes descendíeramos, y no dejó de estrecharme contra su pecho hasta que llegamos á lo encumbrado del puente, que marcha de la cuarta á la quinta calzada.

(1) Clemente V, arzobispo de Burdeos, que por favor de Felipe el Hermoso, fué papa en 1303, luego de muerto Bonifacio VIII.

(2) Judas, reemplazado por Matías.

(3) Carlos I, rey de Pulla, procedente de la casa de Francia.

Allí dejó suavemente su carga sobre el duro y escabroso peñasco, que aun era para cabras ruin sendero.

Desde allí se descubría un nuevo valle.

CANTO VIGÉSIMO

Tercer calabozo del círculo octavo, donde están los adivinos.—

Van hacia atrás con la cara vuelta á la espalda.—Teresias, Arona y Manto Tebano, que cuenta á Virgilio el origen y nombre de Mantua.—Eurypiles, Miguel Scott, Guido Bonatti.—Ambos poetas continúan su viaje.

Quis versos deben cantar aquí un nuevo suplicio. El vigésimo canto será objeto del primer cántico, que se refiere á los condenados.

Ya me preparaba á contemplar la extensa llanura que tenía á la vista, roseada de angustiosas lágrimas, cuando vi venir gente por el valle, llorando en silencio; iban con paso mesurado, como las procesiones por el mundo. Al mirarlos más cerca, me pareció que todos aquellos condenados estaban torcidos de una manera particular, desde la barba al tórax. El rostro lo tenían inclinado hacia los lomos, y no podían andar sino hacia atrás, pues habian perdido la facultad de mirar por delante.

Tal vez un hombre pueda quedar así por efecto de parálisis, pero jamás lo he visto ni puedo llegarlo á creer. ¡Oh lector! Si Dios permite que saques algun fruto de esta lectura, calcula por tí si mis ojos podian permanecer enjutos, cuando vi de tan cerca nuestra cara torcida hasta el extremo de correr las lágrimas por la canal de la espalda.

Entonces he de confesar que verdaderamente lloré, apoyado en una peña de la áspera montaña, y mi Maestro me dijo: «¿Eres tambien tú de los insensatos?» Aquí mora la piedad cuando se ha muerto enteramente. ¿Hay mayor crimen que enternecerse por los actos de la Justicia divina?

«Alza la cabeza y observa á aquel, por el que se abrió a tierra á vista de los tebanos, cuando gritaban: «Anfia-

rao (1), ¿dónde caes? ¿por qué abandonas la guerra?» Y él no paró de caer en el abismo, hasta que hubo llegado á Minos, que asió á todos los culpables.

«Ve sus hombros convertidos en pecho; por haber mirado harto pronto hacia adelante, ahora mira hacia atrás y sigue una marcha retrógrada.

«Mira á Tiresias, que cambió de aspecto, al trocarse de varon en hembra, transformado de los piés á la cabeza, teniendo que vencer con su vara á las dos serpientes unidas, antes de recuperar el pelo viril (2).

«El que anda tras su vientre es Aron (3); en los montes de Luni, cuidados por el carrarés que mora á su pié, tuvo de los mármoles blancos la cantera por vivienda, sin que desde aquel punto limitase nada su vista al contemplar el Océano y las estréllas.

«Y la que con sus trenzas sueltas se cubre el seno que ver no puedes; y tiene en el otro lado la piel velluda, fué Manto (4), que recorrió varios paises, hasta fijarse en el que yo nací; por lo que me complacerás en escucharme.

«Luego que su padre dejó la vida y la ciudad de Baco (5), fué sumida á la esclavitud, y recorrió ella el mundo por largo tiempo.

«Allá arriba, en la preciosa Italia, existe un lago cerca de los Alpes que ciñe la Alemania hacia la parte del Tirol, llamado Benaco. Tengo entendido que mil corrientes, y aun más, aumentan entre Garda, Val-Camonica y el Apenino, el agua que reposa en aquel magnífico lago.

«En el centro se ve un punto desde el que el pastor de Trento y los de Brescia y Verona, podrian dar las bendiciones y seguir aquel camino. En la parte más baja tiene su asiento Peschiera, gran fortaleza, suficiente á cobijar á los habitantes de Brescia y Bérgamo. Allí precisamente cae todo lo que no

(1) Anfiarao, uno de los reyes que sitiaron á Tebas. Predijo que moriria en aquel sitio, y efectivamente, se abrió la tierra en lo más fuerte del combste, y lo tragó con su carro.

(2) Tiresias se volvió tebano. Vid. Ovid. Metam. Lib. III.

(3) Aron se volvió toscano. Vid. Lucano. Farsalia, P. 1.

(4) Manto, maga, hija de Tiresias. Muerto su padre, abandonó su país por libertarse de la tiranía de Creon; luego de haber ido errante mucho tiempo, llegó á Italia. Tuvo de Tiberino á Omo ó Bianor, que fundó á Mantua.

(5) Tebas.

cabe en el seno de Benaco, formándose un río que baja por medio de verdes prados. Desde que emprende su curso la corriente, ya no se llama Benaco, y si Mincio, hasta Groberno, de donde Baja el Pó.

»A corta distancia encuentra una llanura en la que se esparce y estanca, haciendo que el verano sea novicio á la salud. Al cruzar por allí la esquiva virgen, vió sin cultivo y sin moradores la pantanosa tierra, detúvose con sus esclavos para preaver todo humano consorcio y practicar sus sortilegios, donde vivió y murió.

»Entonces todos los hombres que dispersados vagaban por su contorno, se reunieron en aquel sitio, defendido por todos lados por la laguna; alzaron una ciudad cimentada sobre los huesos de la difunta y le pusieron el nombre de la primera moradora, ó sea Mantua, sin otro motivo. Sus habitantes fueron mucho más numerosos antes que Casadoli fuese víctima de la falacia de Pinamonte (1).

»Te hago estas declaraciones para que no ignores el origen de mi patria.»

A mi vez le dije: «Maestro, tan luminosas son tus palabras, y de tal manera absorben mi alma, que todas las demás son ligeras pavesas de carbon. Mas dime si entre las sombras que avanzan hay alguna digna de atención, porque esta idea es la que ahora me domina.»

Y me contestó: «Aquel cuyas barbas van á posarse á sus atezados hombros, cuando la Grecia carecia de varones, pues apenas si los habia en las cunas, fué Augur y dió con Calcas en Aulide la seña para cortar el primer cable. Se llamó Eurípiles, y así lo canta mi tragedia en algun punto; no lo ignoras, tú que la sabes de memoria.

»El otro que tiene tan huecos sus costados, fué Miguel Scott, que supo con certeza la combinacion de los fraudes mágicos (2).

»Mira á Guido Bonalti (3), á Asdente (4), que desearia ahora no haber abandonado sus cabos y cueros; pero es tardío su arrepentimiento.

(1) Pinamonte de Bonacorsi rogó á Casadoli que desterrase á muchos nobles que temia, y con facilidad derribó luego al cró tulo conde de Mantua.

(2) Scott, astrónomo de Federico II. emperador.

(3) No hacia nada el conde Guido Montefeltro sin consultarlo con él.

(4) Zapatero y astrólogo de Parma.

»Observa las desgracias que echaron á un lado la aguja, la lanzadera y el huso, para hacerse adivinas, y que efectuaron maleficios, ya con yerbas, ya con imágenes.

»Mas ven, porque ya el astro en que se descubre á Cain y los zarzales, invaden los límites de ambos hemisferios, y toca el mar por la parte baja de Sevilla.

»En la postrera noche era redonda la luna; ya te acordarás que no te enojó siempre en la selva.»

Así me hablaba, mientras seguíamos nuestra marcha.

CANTO VIGESIMOPRIMERO

Foso quinto del círculo octavo, en el que moran los que hicieron comercio de la justicia.—Están sumidos en un lago de pez hirviendo.—Los demonios armados con arpones, se arrojan con furia contra los poetas; pero á una orden del que los manda, les dejan franco el paso.—Infierno bufo.

DE puente en puente, y tratando de varias cosas que mi lira no piensa cantar, íbamos avanzando; ya estábamos en el foso quinto, cuando paramos para contemplar la otra hendidura de Malebolge y oír vanos lamentos; estaba visiblemente oscura.

Como hierve la pez en el invierno en el arsenal de Venecia, para reparar las averías de los buques inútiles, y en el que tan fácilmente se construye uno nuevo, como se calafatean los lados de otro que ha viajado mucho, y donde unos golpean la popa, otros la proa, en tanto que otros hacen los remos, tuercen los obenques y preparan la mesana.

Así, no por la influencia del fuego, sino por la de la divina voluntad hervia en el fondo del hoyo una espesa materia, que embadurnaba el borde por una y otra parte.

Yo la contemplaba, mas sólo veia el borboton que el hervor levantaba, el cual iba creciendo y dilatándose, para caer aplastado de nuevo.

Yo estaba absorto contemplando el fondo, cuando me dijo mi Maestro: «Ten precaucion;» y me llevó hacia su lado, arrancándome del sitio en que me hallaba.

cabe en el seno de Benaco, formándose un río que baja por medio de verdes prados. Desde que emprende su curso la corriente, ya no se llama Benaco, y si Mincio, hasta Groberno, de donde Baja el Pó.

»A corta distancia encuentra una llanura en la que se esparce y estanca, haciendo que el verano sea novicio á la salud. Al cruzar por allí la esquiva vírgen, vió sin cultivo y sin moradores la pantanosa tierra, detúvose con sus esclavos para preaver todo humano consorcio y practicar sus sortilegios, donde vivió y murió.

»Entonces todos los hombres que dispersados vagaban por su contorno, se reunieron en aquel sitio, defendido por todos lados por la laguna; alzaron una ciudad cimentada sobre los huesos de la difunta y le pusieron el nombre de la primera moradora, ó sea Mantua, sin otro motivo. Sus habitantes fueron mucho más numerosos antes que Casadoli fuese víctima de la falacia de Pinamonte (1).

»Te hago estas declaraciones para que no ignores el origen de mi patria.»

A mi vez le dije: «Maestro, tan luminosas son tus palabras, y de tal manera absorben mi alma, que todas las demás son ligeras pavesas de carbon. Mas dime si entre las sombras que avanzan hay alguna digna de atención, porque esta idea es la que ahora me domina.»

Y me contestó: «Aquel cuyas barbas van á posarse á sus atezados hombros, cuando la Grecia carecia de varones, pues apenas si los habia en las cunas, fué Augur y dió con Calcas en Aulide la seña para cortar el primer cable. Se llamó Eurípiles, y así lo canta mi tragedia en algun punto; no lo ignoras, tú que la sabes de memoria.

»El otro que tiene tan huecos sus costados, fué Miguel Scott, que supo con certeza la combinacion de los fraudes mágicos (2).

»Mira á Guido Bonalti (3), á Asdente (4), que desearia ahora no haber abandonado sus cabos y cueros; pero es tardío su arrepentimiento.

(1) Pinamonte de Bonacorsi rogó á Casadoli que desterrase á muchos nobles que temia, y con facilidad derribó luego al cró tulo conde de Mantua.

(2) Scott, astrónomo de Federico II. emperador.

(3) No hacia nada el conde Guido Montefeltro sin consultarlo con él.

(4) Zapatero y astrólogo de Parma.

»Observa las desgracias que echaron á un lado la aguja, la lanzadera y el huso, para hacerse adivinas, y que efectuaron maleficios, ya con yerbas, ya con imágenes.

»Mas ven, porque ya el astro en que se descubre á Cain y los zarzales, invaden los límites de ambos hemisferios, y toca el mar por la parte baja de Sevilla.

»En la postrera noche era redonda la luna; ya te acordarás que no te enojó siempre en la selva.»

Así me hablaba, mientras seguíamos nuestra marcha.

CANTO VIGESIMOPRIMERO

Foso quinto del círculo octavo, en el que moran los que hicieron comercio de la justicia.—Están sumidos en un lago de pez hirviendo.—Los demonios armados con arpones, se arrojan con furia contra los poetas; pero á una orden del que los manda, les dejan franco el paso.—Infierno bufo.

DE puente en puente, y tratando de varias cosas que mi lira no piensa cantar, íbamos avanzando; ya estábamos en el foso quinto, cuando paramos para contemplar la otra hendidura de Malebolge y oír vanos lamentos; estaba visiblemente oscura.

Como hierve la pez en el invierno en el arsenal de Venecia, para reparar las averías de los buques inútiles, y en el que tan fácilmente se construye uno nuevo, como se calafatean los lados de otro que ha viajado mucho, y donde unos golpean la popa, otros la proa, en tanto que otros hacen los remos, tuercen los obenques y preparan la mesana.

Así, no por la influencia del fuego, sino por la de la divina voluntad hervia en el fondo del hoyo una espesa materia, que embadurnaba el borde por una y otra parte.

Yo la contemplaba, mas sólo veia el borboton que el hervor levantaba, el cual iba creciendo y dilatándose, para caer aplastado de nuevo.

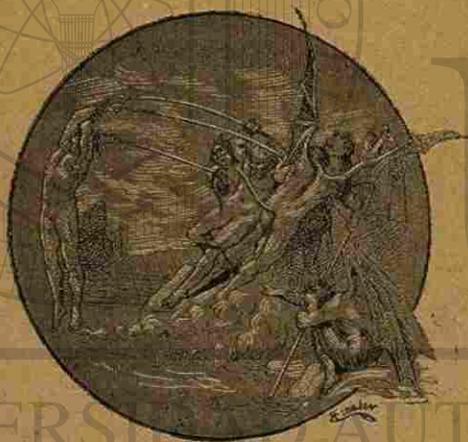
Yo estaba absorto contemplando el fondo, cuando me dijo mi Maestro: «Ten precaucion;» y me llevó hacia su lado, arrancándome del sitio en que me hallaba.

En aquel entonces me volví cual hombre que anhela ver aquello de lo que debe alejarse, y que se halla sobrecogido de súbito miedo, y que por ver no retarda su partida; entonces pude ver que detrás de nosotros venía al galope por el puente, un diablo negro.

¡Cuándo horrendo y feroz era su aspecto, y qué amenazas me parecían sus gestos, cuando venía hacia mí con las alas abiertas y ligero paso!

En su abultada espalda llevaba un pecador, y lo tenía asido por el nervio del pie.

Al llegar a nuestro puente, dijo: «¡Oh Malebranche! (1) Aquí está uno de los antiguos de Santa Cila (2); colocadle debajo, que yo me vuelvo aun a la tierra en que tantos hay. No se



halla hombre allí que sea bueno, á excepción de Bonturo (3); por dinero allí, lo blanco se hace negro.»

Lo arrojó al fondo, y retrocedió por el duro peñasco, corriendo más que mastín suelto persiguiendo á un ladrón.

(1) Malebranche, malditas garras.—Nombre usual de los demonios del foso quinto, do están los que han traficado con la justicia, los que dice Grangier que tienen garras de León.

(2) Santa Cila o la ciudad de Luca, donde se venera dicha santa.

(3) Cruel ironía contra aquel Benito Bonturo, de la familia Daiti, tenido por el hombre más venal de la ciudad de Luca.

Se hundi6 el pecador y no tardó en subir completamente manchado, pero los demonios que se refugiaban en el puente, gritaron: «Aquí no se trata de la santa Faz (1).

»El nadar de aquí es muy diferente al del Serchio (2). Si quieres precaverte de nuestros rasguños, no rices la flor de la pez.»

Después lo cogieron con más de cien arpones, diciendo: «Es necesario que bailes aquí á cubierto, y si prevaricas si quiera será oculto.»

De igual suerte lo ejecutan los cocineros para hundir con los tenedores los pollos que no quieren que sobrenaden en el caldo.

Mi guía me dijo: «Para evitar tu presencia, ampara te de una roca que te oculte.

»No temas nada, cualquiera que sea la ofensa que me puedan inferir, pues ya es la segunda vez que me hallo en esta contienda.»

Acabó luego de pasar el puente, necesitando de toda la serenidad que en su aspecto revelaba al llegar á la ribera sexta.

Con el ímpetu que se arrojan los perros sobre el infeliz que pide socorro á la casa en que se para, treparon los que estaban debajo del puente, y volvieron sus aguzados garfios contra mi Maestro, que gritó: «¡Qué nadie me toque!

»Primero que me alcancen vuestras horcas, que se adelante uno, que me oiga, y que luego pregunte si debe ser perdonado.

A lo que todos dijeron: «Anda, Malacoda (3).» Uno de ellos se aproximó, en tanto los demás permanecieron inmóviles, y al llegar, exclamó: «¿En qué te puedo servir?»

«¿Te figuras Malacoda, que me contemplarias sano y salvo aquí, sin embargo de vuestras armas, dijo mi guía, si no fuera por la divina voluntad y el próspero destino? Consíenteme el paso, porque en el Cielo se ordena que muestre á otro ese salvaje camino.»

De tal manera quedó vencido entonces el orgullo del demo-

(1) La santa Faz, imagen de Jesucristo, perteneciente á Nicodemus su discípulo, y que muestran los lucanos en la iglesia de San Martín.

(2) Serchio, río que baña las cercanías de Luca.

(3) Objeto maldito.

«nio, que la horca cayó á sus piés, y dijo á sus compañeros: «Marchemos; que no se le toque.»

Y mi Maestro se dirigió á mí: «Tú, que tan oculto estás entre las rocas, ven ahora á mí sin cuidado.»

Por lo que en el momento fui á reunirme con él; los demonios avanzaron también, tanto, que llegué á temer faltasen á lo tratado.

Temblé como en cierta ocasión vi temblar á los que por virtud de un tratado salían de Caprona (1), al verse rodeados de multitud enemiga.



Me aproximé cuanto pude á mi Maestro sin desviar la vista del rostro de aquellos que nada bueno presagiaban, puesto que disponían sus garfios: «¿Quieres que le toque con el arpon?» dijo uno de ellos á otro; y contestaron todos: «Sí, plantásete.»

Mas el demonio que había hablado con mi guía, súbito se volvió diciendo: «Poquito á poco, Scarmiglione (2).

Después se dirigió á nosotros, diciendo: «Dad más rodeo; no podeis seguir por esa peña, porque el arco sexto yace hecho trizas en el fondo.

(1) Caprona, fortaleza de los pisanos en la ribera del Arno, de la que se hicieron dueños los lucanos, y por capitulación devolvieron á los pisanos.

(2) Que arranca los cabellos.

«Sin embargo, si quereis pasar más adelante, dirigios por esa roca escarpada, cerca de ella hay otro puente por el que podeis atravesar.

«Mil doscientos setenta y seis años hizo hayer, cinco horas después de la presente, que quedó interceptado este camino (1).

«Envío allí á varios de los míos para que observen si alguno saca la cabeza al aire: marchad con ellos, pues no os causarán el menor daño.

«Adelante, Alichino (2) y Calcabrina, comenzó á decir, y tú también, Cognazzo; Barbariccia dirigirá la decena.

«Vengan además Libicocco y Draghinazzo, Ciriatto, el de los grandes colmillos; Graffianne, Farfarello y el loco Rubicante.

«Buscad alrededor de la hirviente liga; que lleguen salvos esos dos hasta el puente entero que lleva el foso.»

«¡Oh Maestro! dije yo entonces, ¿qué es lo que estoy viendo? si es que tú conoces el camino, marchemos solos, sin esa escolta, que por mi parte no la necesito.

«Sé prudente cual acostumbras. ¿No ves cómo rechinan los dientes y nos amenazan con su ademan?»

Y me respondió: «No quiero que te amedrentes; déjalos que castañeteen con sus dientes. Solo lo hacen por los infelices que aquí hierven.»

Se lanzaron por el camino de la izquierda, no sin haber apretado antes sus lenguas entre los dientes, como muestra de inteligencia con su jefe.

El cual hizo trompeta de su ano.

(1) Por terremoto acaecido cuando la muerte de Jesús.

(2) Alichino, que obliga á inclinarse á los demás.—Cognazzo, perro malvado.—Barbariccia, barba erizada.—Libicocco, deseo voraz.—Calcabrina, que pisotea el rocío, ó sea la divina gracia.—Graffianne, perro que araña.—Farfarello, charlatan.—Rubicante, inflamado. Estos eran los nombres que les da Landino.

CANTO VIGÉSIMOSEGUNDO

Prosección del foso quinto.—Hallan los poetas á Giampolo, ministro del rey Teobaldo, que comerciò con el favor de su dueño.—Inventiva de Giampolo para precaverse de los garfios de los demonios.—Caen riñendo dos demonios en la pez hirviendo.

Vo había visto marchar varios ginetes, trabar combate, batirse, y á veces emprender la retirada.

Había presenciado el hacer excursiones á vuestra patria, moradores de Arezzo, y devastarla casi por completo; había visto luchar en justas y torneos, ya al eco de las trompetas, ya al tañido de las campanas, como al son de los tambores y otros bélicos instrumentos, con todo el aparato consiguiente.

Pero jamás ningún instrumento de aire tan raro había visto indicar marcha á infantes ni á ginetes; nunca en los mares sirvió de guía á ningún buque feroz parecido.

Nosotros íbamos detrás de los diez demonios (¡qué terrible compañía!), pero debí hacerme cargo de que en la iglesia con los santos, y en la hostería con los glotones.

A pesar de todo, mi imaginación se preocupaba para investigar todos los rincones del foso, y de los que en la pez ardían.

A semejanza de los delfines, cuando formando arco, saltan del agua y dan seña á los marineros para que salven su embarcación.

Así varios condenados, para dar alivio á su padecer, asomaban la espalda, y súbito la volvían á ocultar.

Y como en la laguna tienen la cabeza á flor del agua, escondiendo el resto del cuerpo, permanecían allí los pecadores asomando también su cabeza: mas tan pronto como se aproximaba Barbariccia, se sumergían veloces en la ardiente pez.

Aun siento mi corazón lleno de horror al recordar que ví á uno que tardó en ocultarse, como acontece á las ranas más perezosas, cuando Graficanne, que era el que tenía más pro-

ximo, lo enganchó por los cabellos y lo sacó fuera como si se tratara de una nutria.

Yo sabía los nombres de aquellos demonios por haberlos oído nombrar al ser escogidos.

«Rubicante, plántale tu horea por la espalda; desuélalo,» voceaban aquellos maldecidos.

Entonces dije á mi guía: «Procura indagar, si puedes, quién es el infeliz caído en las garras de sus enemigos.»

Mi Maestro le interrogó de dónde era, y le contestó: «En el reino de Navarra tuve mi cuna (1).

»Mi madre me acomodó en casa de un noble; me tuvo por un disipador que había consumido su salud y su fortuna; más tarde tuve el favor del rey Teobaldo, é hice comercio con los empleos y honores, cuyo crimen expió en este caldo volcánico.»

Ciriato, al que le asomaba un colmillo por cada lado de la boca, como á los jabalies, le hizo conocer cuán terribles eran aquellos colmillos.

También acudió el raton entre aquellos malos gatos, mas Barbariccia lo cogió y dijo: «Estate aquí en tanto le planto los garfios.»

Y dirigiéndose á mi guía, le dijo: «Preguntale si alguna cosa más deseas antes de descuartizarlo.»

Mi Maestro: «¿Conoces entre los condenados sumidos en la pez algún latino?» A lo que respondió: «Acabo de separarme de uno que fué vecino de Italia. ¡Ah, si estuviese oculto como él, no temería las garras y los garfios!»

Libicocco exclamó entonces: «Harta es nuestra paciencia;» y con su arpon le agarró los brazos, arrancándole el antebrazo del primer golpe.

Draghignazzo pretendió cogerle por las piernas, mas su decurion se volvió hácia ellos con indignados ojos.

Al ver mi guía que se habían calmado los ánimos, preguntó presuroso al infeliz herido:

«¿Quién es aquel de quien en hora menguada te separaste para venir á la orilla?» Y contestó: «Es el hermano Gomite, gobernador de Gallura, fiera de indignidad, que se apoderó de los adversarios de su maestro, y se compuso de suerte que todos le rindieron alabanza.

(1) Era Giampolo ó Ciampolo.

«Cogió el oro y les dió libertad, según él lo confiesa, y en los demás cargos que ejerció no fué un mediocre, sino un completo prevaricador.

«Está muy unido á él D. Miguel Sancho de Logodoro, sin que se vean hartas sus lenguas de hablar de Cerdeña.

«¡Oh! ved cómo rechina los dientes aquel; temo que se prepare á herirme.»

Pero el capataz de los demonios miró á Garfarello, que giraba su vista de una á otra parte, queriendo darle martirio, y le dijo: «¡Quitate de ahí, alimaña!»

«Si deseais ver á algunos lombardos ó toscanos, observó despues la aterrada sombra, los haré llegar.

«Mas, que se desvien un tanto las crueles garras, para que no teman el castigo; yo mismo sentado en este lugar, sin embargo de estar solo, haré que vengan siete de ellos, sólo con silbar, como acostumbramos cuando algun condenado asoma la cabeza.» A esta frase levanté el hocico Cagnazzo, y moviendo la cabeza, dijo: «¿Veis la nueva traza que ha inventado para penetrar nuevamente en el estanque?»

Entonces la sombra que tenia muchos lazos tendidos, respondió: «Efectivamente me doy trazas para exponer así á mis compañeros á tormentos mayores.»

No le hizo ninguna resistencia Alichino; y en oposicion notoria contra los demás, le dijo: «Si te echas á la pez, no te seguiré yo de ningún modo, pero me cerneré por la superficie. Vé, déjanos la altura y el borde por custodia, para poder contemplar si tú solo vales más que todos nosotros.»

El navarro estuvo acertado en sus operaciones; fijó los piés en tierra, y arrojándose súbitamente de un salto, se puso á cubierto de sus nefandos designios.

Los demonios se quedaron cariacontecidos al ver su torpeza, especialmente el que fué causa de la desgracia, por lo que diciendo «te tengo» se lanzó al estanque.

Mas en vano, sus alas no pudieron aventajar en destreza á las del miedo; el uno penetró en la pez, mientras el otro se detuvo en la superficie, remontándose por el aire.

Cual se zambulle el pato al acercarse el halcon, sin que le quede á éste otro medio que retroceder fatigado y mohino.

Giego de cólera, al verse burlado Calcabrina, voló tras el demonio, anhelando vivamente que la sombra escapase, para encausarle de querella.

Así que desapareció el prevaricador, giró sus garras contra su compañero, y se las hundió en el cuerpo sobre la misma superficie del estanque.



Mas este gavilan valiente hizo uso de las suyas, y los dos cayeron en la abrasadora pez.

Poco tardó en separarlos el calor, pero no les fué dado levantarse por hallarse sus alas completamente embadurnadas. Irritado Barbariccia como todos los suyos, hizo que volasen hasta cuatro á la otra parte con sus horcas, sin perder un instante.

Despues que hubieron declinado hasta el sitio, alargaron los garfios á los dos diablos caidos en la pez, que ya se hallaban casi abrasados.

Nosotros les dejamos riñendo todavía.

CANTO VIGÉSIMOTERCERO

Sexto foso del círculo octavo; el de los hipócritas.—Vagan inclinados, bajo la prision de una plancha de plomo.—Hallan en él los poetas á Catatano y Loderingo de Boleña.

SILENCIOSOS, solos y sin escolta marchábamos el uno tras el otro, á imitación de los frailes menores.

El altercado que habíamos visto me recordaba la fábula de Esopo, en que se habla de la rana y el ratón.

Las palabras *mo é isa* me parecían no estar más relacionadas entre sí, que la fábula, el móvil y fin de aquella camorra (1).

Y como de una idea brota otra idea, nació de aquel pensamiento otro, que dió más cuerpo á mi primer pánico.

Hé aquí la idea: «Nosotros hemos sido origen del chasco de aquellos demonios, y tantas ofensas y golpes que han recibido, que me figuro que deberán darles mucho dolor.

«Si la rabia va unida á su mala voluntad, nos perseguirán cruelmente, tanto como el perro á la indefensa liebre.»

Ya se me erizaban de miedo los cabellos; en esta situación, miré hácia atrás y dije á mi guía: «Si no puedes ocultarnos á los dos en el instante, temo á los diablos y sus garras maldicidas; ya nos siguen la pista, y estoy tan cierto, como que los percibo detrás.»

Y él me respondió: «Si fuera yo una vasija de estaño doble, no conseguiría atraer tu imágen con más velocidad que con la que penetro en el fondo de tu alma.

«En este momento, estaban tan afines tus pensamientos con los míos, que de los dos he tomado un mismo consejo.

«Si la costa que está á nuestra derecha se inclina lo suficiente para que descendamos al otro foso, podremos esquivar la caza que te figuras tan inminente.»

Acabada de emitir esta idea, ví á los demonios con disple-

(1) *Mo é isa* palabras lombardas, sinonimas.

gadas alas avanzar hácia nosotros, y alargar sus garras para cogernos, tan pequeña era la distancia que nos separaba.

Instantáneamente mi guía me tomó, como madre que, despierta por el fulgor, ve brillar las llamas cerca de ella, abraza á su hijo con ambos brazos y huye presurosa, pensando más en él que en su propio peligro, sin embargo de estar casi desnuda.

Dejóse resbalar de lo alto de la calzada, volviendo la espalda á la roca escarpada que cierra un lado del otro círculo.

El agua que hace dar vueltas á la rueda de un molino, es menos véloz que lo fué en su evasión mi querido Maestro, ciñéndome contra su pecho, más bien que como un amigo, como un hijo.

No bien tocaron nuestras plantas el suelo del abismo profundo, se vieron los demonios en la cúspide de la peña sobre nuestras cabezas; mas yo no tenía ningun cuidado, porque la Divina Providencia, que les habia conducido allí para ser ministros del quinto foso, les ordenaba permanecer perpétuamente en él.

Notamos allí abajo una porcion de almas brillantes que andaban con lento paso, dando vueltas continuas y llorando, que parecían rendidas al dolor y al cansancio.

Todas ellas ostentaban capas de coro, provistas de cogullas que les llegaban hasta la cara, de la misma forma que las que usan los monges de Colonia (1).

Siendo doradas por el exterior aquellas capas, deslumbraban, pero en su interior eran de plomo, y tan pesadas, que á su lado parecían de corcho las de Federico (2).

¡Oh manto eterno y aterrador! Vólvimos hácia la izquierda y proseguimos nuestra marcha, al lado de aquellas almas, oyendo sus tristes lamentos.

Agobiadas por su enorme peso, andaban tan despacio aquellas infelices, que á cada paso cambiábamos de pareja.

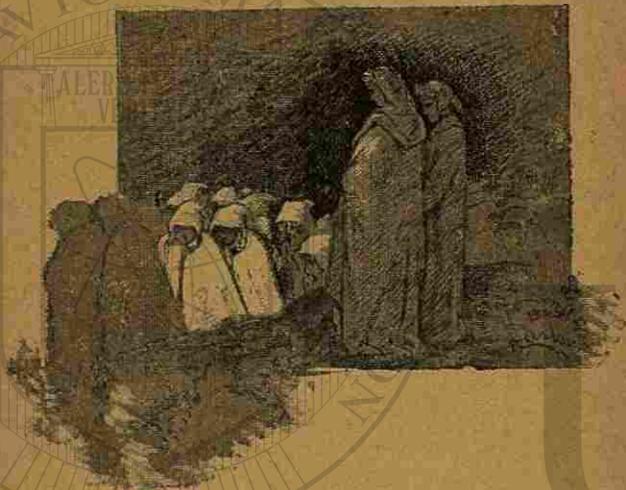
Y dije á mi Maestro: «Ve si hallas alguno cuyo nombre y

(1) Se dice que en Colonia hubo un insolente abad que pidió permiso al Papa para que sus monges llevasen capas de escarlata, cinto, espuelas y estribos de plata dorada cuando cabalgasen. El Papa, en vez de acceder, ordeno que en adelante sus monges y él usasen capas mal hechas negras y estribos de madera.

(2) Federico II encerraba á los reos de lesa majestad entre planchas de plomo para de aquel modo entregarles á las llamas.

alguna circunstancia sepas: al efecto, gira tu vista en derredor.»

Una de ellas que oyó el idioma toscano, exclamó: «Detened vuestros pasos, los que correis tanto a través del viento sombrío.



«Tal vez podrás lograr de mí lo que pides.» Luego, volvióse á mi guía, diciéndole: «Modera tu paso hasta que iguales el suyo.»

Me paré y vi á dos que en sus ojos demostraban mucho afán por hablar conmigo; mas el peso enorme que llevaban y lo estrecho del camino les hacia retardar.

Luego de alcanzarme, se fijaron en mi vista, torvos y sin proferir una sola palabra; despues se volvieron el uno al otro, diciéndose:

«Este parece vivo por el movimiento de su garganta; y caso de que sean muertos, ¿qué privilegio tienen para librarse del pesado manto?»

En seguida me dijeron: «¡Oh, toscano, que conseguiste penetrar hasta la morada de los infelices hipócritas, dignate indicarnos quién eres!»

A mi vez les contesté: «He nacido y crecí en las hermosas riberas de río Arno, en la magnífica ciudad (1), y conservo aqui mi cuerpo de siempre.



«Mas vosotros, en cuyos semblantes se retrata el dolor ¿quiénes sois, y qué castigo pesa con tal brillantez sobre vosotros?»

«Estas capas, repuso uno de ellos, son de plomo tan pesado, que nos hacen inclinar, cual el peso á la balanza.

«Ambos fuimos alegres frailes boloneses. Yo me llamo Catalano y éste Loderingo. Tu pueblo nos hizo magistrados, siguiendo el hábito de escogitar á un hombre neutral para conservar la paz, lo que ejecutamos nosotros muy bien, segun se puede ver a un en las cercanias de Gardingo (2).»

«Yo repuse: «Hermanos, vuestros malos...» No pude proseguir, por haber visto un hombre en el suelo crucificado sobre tres maderos (3).

(1) Florencia.

(2) Pueblo que, refiriéndose á la alegre vida de los frailes de Santa Maria, orden caballeresca fundada por Urbano IV, les valió despues el dictado de frailes alegres. Napoleón Catalano y Loderingo Andérola, nombrados magistrados de Florencia en 1456, despues de ejercer una sabia administracion, vendiéronse á los gibelinos, y quemaron los palacios de los Eberti, sitos en un barrio de la ciudad llamada Gardingo.

(3) Segun el poeta, Caifas, su suegro Ananias y los que asistieron al consejo en que se decretó la muerte de Jesucristo, estan crucificados en el Infierno.

Así que él se fijó en mí, hizo una contorsion de dolor, y comenzó á agitar su barba con la fuerza de sus suspiros; fray Catalano me objetó:

«Ese crucificado que ves, convenció á los fariseos de que un hombre debía sufrir martirio per el pueblo.

»Está desnudo y tendido á través del camino, segun ves, para que sufra el peso de cada uno de los que transitan por este sitio.

»Su suegro padece idéntico castigo en aquel foso, como todos los del famoso consejo, que fué semilla de desgracias para los judíos.»

Entonces vi á Virgilio, que miró asombrado al que tan vergonzosamente estaba tendido en la cruz en eternal destierro.

Despues se dirigió de esta manera al religioso: «¿Nos diriais si á mano derecha hay alguna abertura por la que podamos salir sin obligar que nos saquen del abismo los ángeles negros?»

Y contestó: «Mas cerca de lo que te puedes figurar se alza una gran peña, que nace del gran círculo y atraviesa todos los sombríos valles; mas está cortada en esta parte y no prosigue sobre él. Podeis ir por las ruinas que descansan en la pendiente y obstruyen el fondo.»

Mi Maestro permaneció un rato con la cabeza baja, y dijo: «Como nos ha engañado el que atormenta á los pecadores!»

Entonces dijo el fraile: «Oí contar en Bolonia los infinitos vicios del demonio, y ente ellos era el mayor la falacia y la mentira.»

Mi Maestro se alejó entonces precipitadamente, con el rostro algo descompuesto por la cólera. Yo tambien me aparté de aquellos culpables que llevaban tan enorme peso, para seguir las huellas de mi buen protector.

CANTO VIGÉSIMOCUARTO

Sétimo foso del círculo octavo, ó el de los ladrones.—Se les ve agujoneados por horrendas serpientes.—Vanni, Fucci de Pisidia.—Sus profecias contra la patria y contra Florencia.

EN la parte del año nuevo que el sol baña su cabellera en el Acuario y que las noches comienzan á no usurpar nada á los dias; cuando asemeja la helada en la tierra la color de su blanca hermana, para durar poco y mitigar su aspereza, se levanta el labrador que carece de forraje, observa, y viendo la campiña blanca, se desespera, torna luego á su casa, la recorre por todos sus ámbitos lamentándose como el que no sabe de qué manera salir de sus apuros. Luego vuelve nuevamente al campo y renace su esperanza al ver mudada la faz de la tierra en pocos momentos; toma entonces su cayado, hace que salgan sus ovejas y se encamina al monte precedido de ellas.

De igual manera mi guía me aterrorizó cuando vi los nublados de su frente, si bien tardó poco en tranquilizarme, pues cuando llegamos al puente roto, mi Maestro se volvió y me miró con semblante placentero, como ya lo habia verificado antes en la falda de la montaña.

Paróse reflexivo, y luego de tomar determinacion y notar bien las ruinas, abrió sus brazos, me rodeó con ellos, y como el trabajador que calcula siempre lo que hará una vez terminada su labor, así al levantarme mi guía sobre la cúspide de una roca, distinguia otra diciéndome: «Cógete á esta primero, pero mira antes si como esta podrá sostenerte.»

En verdad que aquel camino no era el más á propósito para los que se envolvian en capas de plomo, pues que el ágil Virgilio y yo, á quien él sostenia, apenas podiamos trepar de cresta en cresta.

Y si no hubiera acertado el camino por aquella parte más que por la otra, no sé qué hubiera sido de mi Maestro; de mí puedo decir que me hubiese rendido la fatiga.

Mas como Malebolge declina siempre hácia la boca del profundo pozo, cada valle que se visita, presenta una parte ele-

vada y otra en descenso. Por fin, llegamos al pico en que rompe la última piedra.

Tan poca fuerza me quedaba cuando estuve en lo más elevado, que no me era dado pasar adelante, de suerte que me vi precisado á sentarme.

«Es necesario ahora sacudir toda pereza, dijo mi guía; no adormeciéndose en blandos cines, es como se llega al templo de la Fama.

«El que pasa el tránsito de la vida sin gloria, deja en la tierra una huella parecida á la del humo en el aire ó la de la espuma en el agua.

«Levántate, pues, y vence el cansancio con ánimo triunfante, sin dejarte rendir por el peso del cuerpo.

«Aun hemos de subir más larga escala: no basta haber dejado detrás esas breñas. Mi voz, si la oyes, que te preste aliento.»

Entonces me levanté, mostrando más ánimo del que en efecto tenía, y diciendo: «Marcha adelante, fuerte y osado soy.»

Proseguimos nuestro camino por otra peña más áspera, angosta y difícil que la anterior.

Yo andaba y hablaba por no parecer débil, cuando una voz nacida del otro foso pronunció una frase poco inteligible; no pude saber lo que articuló, sin embargo de encontrarme en la cumbre de la bóveda que daba encima de él; sólo pude notar que el que hablaba era presa de concentrada cólera.

Me incliné; mas como la vista de un vivo no podía penetrar en el fondo, enmedio de la oscuridad, dije: «Maestro, haz por arribar al otro círculo, y procura que descendamos por la pared; desde aquí oigo y no entiendo, veo y no distingo.»

«Yo te contestaré, me dijo, cediendo á tu antojo, cuando sea justo; debe atenderse á él, pero en silencio.»

Descendimos al puente por la parte en que se junta á la ribera octava, y entonces vi todo el foso.

Noté allí una horrible infinidad de serpientes de tan diversas castas, que aun me horroriza su recuerdo.

Que Libia y sus arenales no se vanaglorien ya de poseer hidras y amfisbenas (1).

(1) Preciosa piedra, que segun creencia, deslumbraba hasta el caso de hacerlo todo invisible.

Que la Etiopía y el país á esta parte del mar Rojo, no ostenten ya más los monstruos y plagas que nacen en su seno.

Enmedio de aquella muchedumbre cruel y terrible de reptiles corrian gentes desnudas y aterradas, sin la menor esperanza de hallar asilo ó piedra heliótropo.

Tenian sus manos atadas á la espalda, por ligaduras de serpientes, que enroscadas formaban muchos nudos, y les apretaban los riñones con sus cabezas y colas enlazadas.

En aquel momento, uno de aquellos desventurados, que se hallaba en el mismo lado que nosotros, fué mordido por una serpiente en el punto en que el cuello se une á los hombros.

Y en el pequeño intervalo que se necesita para trazar dos letras, se inflamó aquel pecador, y cayó hecho cenizas.

Mas apenas quedó consumido, se unió por sí sola la ceniza y se volvió á formar el cuerpo igual que antes.

De este modo pretenden los sabios que muere el fénix para volver á nacer cerca de su quinto siglo.

Ni se alimenta de trigo ni de yerbas durante la vida, y si de amomo y lágrimas de incienso, formando el nardo y la mirra, su último lecho (1).

Como el hombre que cae sin darse cuenta del motivo, bien por la fuerza del demonio, ó bien por la de un accidente, y se alza aterrado por la angustia que ha sufrido mirando en torno suyo y suspirando.

Se alzó ante nosotros el pecador. ¡Oh! ¡cuán severa es la justicia de Dios, al revelar de este modo la venganza por virtud de tales castigos!

Mi guía le preguntó quién era, y respondió:

«Poco hace que fui lanzado de Toscana á este horrible foso.

«Fui seducido por la vida bestial, no por la humana; fui un verdadero mulo. Soy Vanni Fucci, el bruto, y Pistoia fué mi digno cubil.»

Yo dije á mi maestro: «Pregúntale por qué causa fué lanzado aquí abajo. Yo le conocí sanguinario y colérico.»

Sin embargo de oirme, no se ocultó el condenado, sino que atento volvió hácia mí su avergonzado rostro.

Y me dijo: «Deploro que me veas sumido en semejante miseria, más que sentí verme privado de la vida.

(1) El poeta copia á Ovidio Met. Lib. XV.

»No puedo rehusar lo que pides. Me encuentro aquí por haber robado en la sacristia los preciosos ornamentos, y por acusar falsamente á otro (1). Mas para que te recogije mi miseria, si sales alguna vez de estos sitios inmundos, oye lo que voy á decir:

«En un principio se liberta Pistoia de los Negros; y despues Florencia renueva costumbres y patricios. Marte alza del valle de Magra un vapor que, formando negras nubes amenaza descargar una tempestad furiosa y horrible sobre los campos de Piceno; alli se desgaja súbitamente la nube que ha de confundir á todos los Blancos (2).

»Te lo comunico para contristarte (3).»

CANTO VIGÉSIMOQUINTO

Continuacion del foso séptimo del círculo octavo; el de los ladrones y cohechadores.—Halla el poeta á Caco en forma de centauro; ostenta un dragon en sus hombros.—Hallazgo de cuatro florentinos.—Transformacion particular de dos sombras.

TERMINADAS aquellas frases, el ladron levantó sus manos é hizo con ellas una grosera accion gritando:

«Toma, eso para tí, Dios de los cielos.»

En el mismo momento, una serpiente, y desde entonces me agrada su casta, se le enroscó en el cuello, como diciéndole: «No consiento que blasfemes más.»

Otra se le agarró á los brazos, y atándose los por delante con varios nudos, lo sujetó, de suerte, que al condenado ya no le fué posible moverse.

«¡Oh, Pistoia! ¿Por qué no te consumes tú misma para dejar de existir completamente, ya que cada vez avanzas más tus hijos en el camino del mal?»

En todos los abismos no he visto un espíritu más rebelde á Dios, ni siquiera el que cayó de los muros de Tebas (4).

(1) Vanni Fucci, al verse preso por robo de los sagrados vasos, acusó al notario Vauini della Nona, en cuya casa los tenia, y fué ahorcado éste siendo inocente.

(2) Piceno, do fueron derrotados los Blancos en 1301 por el marqués Marcelo Malaspina, que mandaba los negros.

(3) Dante que estaba afiliado á los Blancos, fué desterrado.

(4) Capaneo.

El ladron se dió á correr sin pronunciar una palabra, y en el propio momento vi un centauro furioso que venia bramando: «¿Dó está el vano, dó está el réprobo?»

Los Marismas no es posible que contengan tantas culebras como llevaba en su grupa el centauro, hasta el sitio que principia la humana forma.

Sobre sus hombros, y tras la nuca, llevaba un dragon con alas tendidas, que arrojaba llamas á todo el que se le aproximaba.

Mi guia dijo: «Mas de una vez ese mónstruo, debajo de las peñas del monte Aventino, formó un mar de sangre.

»No permanece con sus hermanos, por haber tomado fraudulentamente el inmenso rebaño que pacia en sus cercanías.

»Mas tuvieron fin sus crímenes, bajo el peso de la maza de Hércules, de cuyos cien perrazos no advirtió ni la parte décima.»

En tanto que mi guia hablaba, el centauro desapareció; despues fueron avanzando tres espíritus por debajo de nosotros, sin apercibirnos de ellos, hasta que nos llamaron:

«¿Quiénes sois?» Desde luego suspendimos nuestra conversacion para contemplarlos. Yo no los conocia, mas coincidió que uno de ellos llamó al otro diciendo:

«¿Cianfa (1), dónde se quedó?» Yo, para que mi Maestro mirara con atencion, puse mi dedo entre la nariz y la barba.

No extrañaré ahora, lector, que dejes de creer lo que voy á decirte, puesto que habiéndolo visto yo mismo apenas lo creo.



(1) Cianfa, de la familia Donatti, en Florencia.

»No puedo rehusar lo que pides. Me encuentro aquí por haber robado en la sacristia los preciosos ornamentos, y por acusar falsamente á otro (1). Mas para que te recogije mi miseria, si sales alguna vez de estos sitios inmundos, oye lo que voy á decir:

«En un principio se liberta Pistoia de los Negros; y despues Florencia renueva costumbres y patricios. Marte alza del valle de Magra un vapor que, formando negras nubes amenaza descargar una tempestad furiosa y horrible sobre los campos de Piceno; alli se desgaja súbitamente la nube que ha de confundir á todos los Blancos (2).

»Te lo comunico para contristarte (3).»

CANTO VIGÉSIMOQUINTO

Continuacion del foso séptimo del círculo octavo; el de los ladrones y cohechadores.—Halla el poeta á Caco en forma de centauro; ostenta un dragon en sus hombros.—Hallazgo de cuatro florentinos.—Transformacion particular de dos sombras.

TERMINADAS aquellas frases, el ladrón levantó sus manos é hizo con ellas una grosera accion gritando:

«Toma, eso para tí, Dios de los cielos.»

En el mismo momento, una serpiente, y desde entonces me agrada su casta, se le enroscó en el cuello, como diciéndole: «No consiento que blasfemes más.»

Otra se le agarró á los brazos, y atándose los por delante con varios nudos, lo sujetó, de suerte, que al condenado ya no le fué posible moverse.

«¡Oh, Pistoia! ¿Por qué no te consumes tú misma para dejar de existir completamente, ya que cada vez avanzas más tus hijos en el camino del mal?»

En todos los abismos no he visto un espíritu más rebelde á Dios, ni siquiera el que cayó de los muros de Tebas (4).

(1) Vanni Fucci, al verse preso por robo de los sagrados vasos, acusó al notario Vauini della Nona, en cuya casa los tenia, y fué ahorcado éste siendo inocente.

(2) Piceno, do fueron derrotados los Blancos en 1301 por el marqués Marcelo Malaspina, que mandaba los negros.

(3) Dante que estaba afiliado á los Blancos, fué desterrado.

(4) Capaneo.

El ladrón se dió á correr sin pronunciar una palabra, y en el propio momento vi un centauro furioso que venia bramando: «¿Dó está el vano, dó está el réprobo?»

Los Marismas no es posible que contengan tantas culebras como llevaba en su grupa el centauro, hasta el sitio que principia la humana forma.

Sobre sus hombros, y tras la nuca, llevaba un dragon con alas tendidas, que arrojaba llamas á todo el que se le aproximaba.

Mi guía dijo: «Mas de una vez ese mónstruo, debajo de las peñas del monte Aventino, formó un mar de sangre.

»No permanece con sus hermanos, por haber tomado fraudulentamente el inmenso rebaño que pacía en sus cercanías.

»Mas tuvieron fin sus crímenes, bajo el peso de la maza de Hércules, de cuyos cien perrazos no advirtió ni la parte décima.»

En tanto que mi guía hablaba, el centauro desapareció; despues fueron avanzando tres espíritus por debajo de nosotros, sin apercibirnos de ellos, hasta que nos llamaron:

«¿Quiénes sois?» Desde luego suspendimos nuestra conversacion para contemplarlos. Yo no los conocia, mas coincidió que uno de ellos llamó al otro diciendo:

«¿Cianfa (1), dónde se quedó?» Yo, para que mi Maestro mirara con atencion, puse mi dedo entre la nariz y la barba.

No extrañaré ahora, lector, que dejes de creer lo que voy á decirte, puesto que habiéndolo visto yo mismo apenas lo creo.



(1) Cianfa, de la familia Donatti, en Florencia.

Estando contemplando aquellos espíritus, una serpiente de seis piés de larga se lanzó sobre uno de ellos, agarrándole fuertemente.

Con los eslabones del centro le apretó el vientre, con los delanteros los brazos, y luego le mordió las dos mejillas.

Alargando los eslabones traseros sobre sus muslos, le pasó la cola entre sus piernas, la estiró por detrás hasta sus riñones. Jamás la yedra se agarró al muro con más fuerza, que aquel horrible animal al rededor de los miembros del pecador.

De tal modo se confundieron y entremezclaron aquellos dos seres, que ninguno de ellos parecía lo que era.

Así la fuerza del fuego produce en un papel que se quema un color cobrizo que todavía no es negro, si bien dejó de ser blanco.

Los otros dos espíritus miraban á su compañero, diciéndole: «¡Oh Aguel (1), qué transformado estás! Ni eres uno ni dos.»

Las dos cabezas ya no formaban más que una sola, y se asemejaban á dos figuras confundidas en la única parte en que se habían extraviado.

De cuatro brazos sólo quedaron dos, las piernas y los muslos; el vientre y el cuerpo se transformaron en miembros que nadie había visto.

Toda forma anterior quedó borrada: la imágen de perversión parecía aumentada, y no siendo un solo ser, tal cual era, comenzó á caminar con lento paso.

Como el lagarto que á la influencia del ardor canicular cambia de espino, asemejándose á una exhalacion al cruzar el camino, venía arrastrándose hácia los otros dos espíritus una pequeñuela serpiente inflamada, lívida, y negra como los granos de pimienta.

Mordió á uno de aquellos en la parte por donde el hombre recibe el alimento antes de nacer, y despues cayó tendida á su presencia.

El herido la miró sin decir palabra, inmóvil, de pié y bostezando como el soñoliento ó el que tiene calentura.

La serpiente y él se miraban; el uno por la herida y la otra por la boca arrojaban bocanadas de humo que se confundía.

(1) Aguel Brunelleschi, florentino.

Calle ya Lucano, donde refiere las miserias de Sabello y Nasidio (1), y que oiga con atencion lo que yo describo.

Que tambien Ovidio se calle respecto de Cadeno y Aretusa; no le envidio ciertamente el que en su poema trasformara al uno en serpiente y en fuente á la otra.

Nunca trasformó una enfrente de otra, dos naturalezas; hasta el caso de que sus formas, en un instante, pudiesen trocar su materia.

El mortal y la serpiente, de tal manera se correspondieron que el reptil abrió su cola en figura de horca, y el herido juntó sus dos piés.

Sus muslos y piernas se unieron entre si y de tal modo, que brevemente la juntura no dejó señal alguna.

La hendida cola iba tomando la forma que se perdía en el hombre, en tanto que en una parte se aflojaba la piel, en la otra endurecía.

Ví que los brazos del hombre entraban en los sobacos y los piés del animal, que eran muy cortos, se prolongaban tanto como disminuían los brazos del pecador.

Los piés traseros de la serpiente enroscándose, tomaron la forma del miembro que oculta el hombre y el del condenado se convirtió en dos piés.

En tanto el humo iba variando el color de los dos, y hacia brotar en la serpiente el pelo que quitaba al hombre.

El uno se levantó, cayendo el otro, mas sin apartar sus furiosas miradas, en las que cada uno variaba de rostro.

Al que se hallaba de pié se le agrupó el rostro hasta las sienes, y del resto de la carne le salieron las orejas, en la parte superior de sus mejillas aplastadas.

Lo supérfluo de la carne que dejó de inclinarse hácia atrás, aprovechó para formar la nariz y marcar debidamente los labios.

El que se arrastraba llevó su hocico hácia adelante y retiró las orejas al fondo de su cabeza, como lo verifica el caracol con sus cuernos.

La lengua del hombre, que se componia antes de un pedazo

(1) Véase *Farsalia*, lib. IX, muerte de los soldados Sabello y Nasidio mordidos por dos serpientes. — En Ovidio, lib. II, mét. de Cadmo. — Virgilio, lib II, de la Eneida, episodio de Locoón.

solo, se partió, y la partida lengua de la serpiente se unió, parando el humo.

El alma trasformada en bestia huyó silbando hacia el valle, y la otra la escupió, diciendo algunas palabras.

Después, volviéndola su flamante espalda, dijo: «Quiero que Buoso (1) se arrastre por tierra como yo lo he hecho.»

De esta suerte vi yo cambiar las naturalezas en el foso sétimo; ¡ojalá que la novedad de mi relato disimule la torpeza de mi pluma.

Por muy confusos que estuviesen mis ojos y turbados mis sentidos, no pudieron escapar tan ocultas aquellas sombras que no reconociesen a Puccio Sciancato (2), solo entre los tres espíritus que no sufrió trasformación.

El otro ¡oh Gaville (3) era el que todavía lloras.

CANTO VIGESIMOSEXTO

Llegan los poetas al valle octavo del octavo círculo, el de los malos consejeros.—Están en medio de las llamas.—Ulises relata al poeta su errante vida y su muerte.

FLORENCIA, alégrate; tan grande eres, que bates tus alas por la tierra y por el mar; tu nombre tiene eco hasta en el infierno.

Entre los ladrones, encontré en él cinco de tus hijos, lo que me abochorna y no es gran lauro para ti (4). Si los ensueños de la aurora son los más verídicos, sabrás en breve lo que te desean Prato y los demás.

Si estuvieras herida ya por la desgracia, no hubiera sido prematuramente; venga, pues, ya que venir debe; cuantos más años tenga yo, más pesada me será.

(1) Buoso, florentino, de la casa de los Abatti.

(2) Puccio Sciancato, florentino también.

(3) Guercio Cavalcanti, a quien mataron los habitantes de Gaville en el valle de Arno. Irritados sus parientes y amigos, ejercieron una horrible venganza contra los moradores de Gaville.

(4) Son los cinco hijos de Florencia: Cianfa, Donatti, Aguello Brunelleschi, Buosodogli, Abatti, Pucio, Sciancato y Francisco Guercio Cavalcante.

Nos fuimos, y mi Maestro trepó nuevamente la escalera que nos prestaran las rocas para bajar, llevándome consigo.

Y siguiendo la solitaria vía por entre las afiladas puntas de las breñas, únicamente con la ayuda de la mano se levantaba el pie. Entonces me contristé como ahora al recordar lo que he visto; mas es preciso que refrene mi espíritu para que la virtud no pierda su noble guía, si a buena suerte, o gran influjo debo algún bien, no quiero envidiármelo yo mismo.

Como en la época en que él ilumina el orbe nos muestra por más tiempo su faz, ve el labrador que reposa en la colina a la hora en que reemplaza el zancudo a la mosca, cruzar bajo sus plantas infinidad de luciérnagas alrededor de sus viñas y sus trigos; vi yo iluminarse por las llamas todo el foso sétimo desde que divisé su fondo.

Y como aquel a quien los osos siguieron en su venganza (1), vió marchar el carro de Elías, al ascender los caballos al cielo, en tanto pudo seguirles su vista, terminando por no poder vislumbrar más que una llama tenue que se elevaba cual roja nube, también se agitaba cada llama, llevando un condenado en el fondo de aquel nuevo abismo, sin demostrar su raptó.

Me paré en el puente para ver aquella escena, y a no asirme de un trozo de roca, hubiera rodado al abismo sin ser impedido de nadie.

Mi Maestro al observar mi fijeza, dijo: «En el centro de ese fuego están los espíritus, cada uno revestido de una llama que le consume.»—Maestro, le respondí; tus palabras me afirman más en lo que veo, pero ya lo había observado é iba a decírtelo.

¿Qué llama es aquella que se nota sobre el abismo, semejante a la hoguera donde arrojaron a Eteocles y a su hermano?»

Y me respondió: «Allí sufren Ulises y Diomedes, sometidos a la propia venganza por haberse abandonado los dos a la misma cólera. En aquella llama se llora la celada del caballo de madera que abrió las puertas a la gran raza romana.

«También se lamenta el arte con que Deidamia, después de muerta, se querrela todavía de aquiles, y sufre la pena por el raptó de Palladium.»

«Si le es posible hablar desde el fondo de la hoguera,

(1) Eliseo, profeta.

observé entonces á mi guía, te ruego y pido, para que valga por mil mi demanda, que consentas que me espere hasta llegar aquí la doble llama; ya ves que mi anhelo me hace avanzar hácia ella.»

El repuso: «Digna de encomio es tu petición, y por ello la acojo; mas harás de manera que tu lengua se esté quieta; déjame hablar; entiendo lo que deseas, pero temo que estos condenados, griegos de origen, menosprecien tu lengua.»

Así que la llama se aproximó á nosotros, y mi guía juzgó llegado el instante, le oí expresarse de este modo:



«Vosotros, que en el mismo fuego sois dos, si os merecí bien en el trascurso de mi vida, al trazar mi gran poema en el mundo, no os alejais: antes deseo que manifieste uno de los dos dónde fué á morir, arrastrado por su funesto valor.»

La punta más crecida de la antigua llama comenzó á

moverse murmurando, como agitada por el aire; despues, moviendo de un lado á otro su punta, segun lo hubiese ejecutado la lengua al querer romper á hablar, lanzó algunos ecos hácia el exterior, y se expresó en esta forma:

«Al lograr sustraerme á Circeo, luego de haberme tenido encerrado más de un año en las cercanías de Gaeta, antes que Eneas hubiera nombrado aquel punto (1); ni la dulzura de los ósculos de un hijo, ni la piedad debida á un padre anciano, ni el mútuo cariño que habia de labrar la felicidad de Penélope, fueron capaces á vencer mi deseo de recorrer el mundo, y conocer los vicios y las virtudes de los hombres.

»Decidido me lancé al mar, desafiando su cólera, sólo con mi nave y un puñado de hombres que no debia abandonarme.

»Ví de una á otra orilla hasta España y Marruecos, la Cerdeña y las otras islas que envuelve y baña el mar con sus olas. Mis acompañantes y yo éramos viejos ya, é inútiles para la fatiga, cuando arribamos á la angosta garganta en que Hércules puso las dos señales, para mostrar al hombre que no debia pasar adelante. A mi derecha dejaba á Sevilla, como se habia quedado Ceuta á mi izquierda.

Entonces dije: «Hermanos míos, vosotros que habeis corrido mil riesgos para llegar á Occidente, no debeis privaros, en la poca vida que os resta, de girar una visita al otro lado del sol, á aquel mundo despoblado.

»Recordad vuestro origen; pensad que no vinisteis al mundo para hacer vida de brutos, sino para llegar á la ciencia y á la virtud.»

De tal manera decidí á mi gente con aquellas breves palabras á continuar el viaje, que apenas pude refrenarlos despues.

Y girando hácia Levante nuestra popa, á fuerza de remos, dimos alas á nuestro vuelo insensato, y fuimos avanzando más y más hácia la izquierda.

La noche hacia brillar ya las estrellas de distinto polo, y el nuestro estaba tan bajo, que apenas parecia alzarse sobre la superficie del mar.

Cinco veces se habia encendido y apagado la luz de la luna, desde nuestra entrada en aquel ancho océano, cuando apare-

(1) Nombre de su nodriza.

ció una montaña, que la distancia oscurecía, y que creía la más gigantesca que había contemplado en mi vida (1).

Nos regocijamos en gran manera, más pronto nuestro gozo se trocó en lágrimas; levantóse de aquella nueva tierra un torbellino que llegó á la proa de nuestro buque, al que obligó á dar tres vueltas, levantando la popa á la cuarta, tanto como hacia bajar la proa, mientras fué voluntad del otro (2), hasta que se volvió á juntar el mar sobre nosotros.

CANTO VIGÉSIMOSÉTIMO

Continuacion.—Relato del conde Guido Montefeltro.

TORNABA la llama (3) á seguir su ascendente curso, y permanecía inmóvil sin pronunciar palabra, é iba dejándonos con licencia del sabio poeta, cuando otra que venia detrás me hizo volver la vista, por el sordo rumor que producía.

A semejanza del toro Siciliano que, arrojando por primer mugido (como era justo) el grito del operario que le trabajó con la lima (4), mugia por boca de los desventurados que guardaba, como si en efecto el dolor hubiera atravesado su cuerpo del alambre; del mismo modo la frase del espíritu envuelto en aquella llama, sofocada desde el principio, no hallando salida, se trasformaba en un rumor semejante al que produce el fuego.

Mas al conseguir abrirse paso por la punta é imprimirle aquel movimiento que al pasar le dió la lengua, percibimos estas palabras: «¡Oh, tú, á quien me encamino, y que hablabas ahora mismo el idioma lombardo, diciendo: Vete, pues nada más me ocurre preguntarte.»

«Aunque haya venido algo tarde, no dejes de hablarme; ya

(1) Con arreglo á la opinion de antiguos autores, Dante indica el Purgatorio con aquella montaña, sobre la que está el Paraiso terrestre.—Segun los modernos, la Atlántida de Platon ó la América.

(2) Al otro, quiere decir á Dios.

(3) La llama que envolvía de nuevo á Ulises y á Diomedes.

(4) El ateniense Pericles fué el primero á quien metieron en aquel toro de alambre, que él inventó para Falares, tirano de Sicilia.

que estoy ardiendo (1), y sin embargo, me avengo á ello. Si acabas de caer en este oscuro mundo, desde la dulce tierra latina donde yo cometí todos mis pecados, dime: ¿permanecen los romaños en paz ó en guerra? Sabe que nací entre los montes de Urbino y los en que nace el Tiber.»

Aun estaba absorto escuchando sus ecos, cuando me tocó mi guia diciendo: «Háblale; es latino.»

Yo, que ya tenia pensada mi contestacion, empecé al punto de este modo: «Oh alma aquí abajo oculta, tu Romaña ni está ni jamás estuvo sin guerra en el alma de los tiranos, sin embargo, no la dejé yo en guerra abierta.

»Ravena sigue siendo lo que fué hace mucho tiempo; el águila de Polenta hizo de ella su guarida, y aun cubre á Cervia con sus alas (2). La tierra que tan pesada prueba viene sosteniendo y que guarda tantos ensangrentados miembros de franceses, se halla en poder de las verdes garras (3).

»El antiguo dogo y el moderno mastin de Verrachio, que tan malquisto dejaron á Montaña, impera allí do tienen costumbre de ensangrentar sus dientes (4).

»Los pueblos de Lamona y Santerno son gobernados por el leoncillo de madriguera blanca, que del verano al invierno (5) cambia de partido.

»La ciudad cuyas murallas (6) lame el Savio, como situada entre el llano y el monte, vive entre libertad y tiranía.

»Ahora te ruego me indiques quién eres. No seas más duro de lo que lo fueron contigo, y que ocupe tu nombre un lugar en el mundo.»

Despues que el fuego rugió á su manera, agitó de uno á otro lado su afilada punta y resopló así:

(1) El espíritu que habla en las llamas, es el conde de Guido Montefeltro.

(2) El águila de Polenta es Guido Novello, que ostentaba en sus armas una águila de plata y de gules en campo de oro azul.

(3) Del verde leon que Simbaldo Ordelaffi llevaba en sus armas en la ciudad de Forlì; había rechazado con pérdidas á los franceses, que la cercaban por orden de Martin IV.

(4) El antiguo dogo fué Malatesta, padre, señor de Rimini; el moderno mastin de Verrachio, era Malatesta, hijo, poseedor del castillo del mismo nombre. Montaña, jefe del bando de los gibelinos en Rimini, sentenciado á muerte por Malatesta, hijo.

(5) La ciudad de Faenza, próxima al Lamomo, y la ciudad de Immola, cerca de Santerno, eran mandadas por Mainardo Pagani, que ostenta de plata el leon azul.

(6) Cesena.

«Si creyera hablar á un sér que tuviese que regresar á la tierra, ahora mismo esta llama quedaria reposando.

»Mas ya que jamás, á ser positivo lo que dicen, ningun mortal sale de este abismo sin temor á la infamia, te voy á contestar:

»Primero fui guerrero y despues franciscano: me figuré que me enmendaria tomando el cordon (1), y pudiera haberlo creído con seguridad, si el gran sacerdote (2), á quien deseo desgracia sempiterna, no me hubiese vuelto á llevar á mis primeras faltas. Deseo que sepas el modo y causa.

»En tanto conservé la forma de carne y hueso que me diera mi madre, mis actos no se parecieron á los de ningun leon, sino á los de una zorra. Comprendí todas las astucias, todos los caminos embozados, y usé con tal tacto del fraude, que mi nombre tuvo fama en todos los ámbitos de la tierra.

»Pero cuando me hallé en la edad en que cada uno debiera plegar velas y enrollar el cordaje, me disgustó lo que me agradaba antes y me entregé al arrepentimiento. ¡Pobre de mí! al hacer entonces confesion de mis culpas, hubiera podido ser perdonado.

»El príncipe de los flamantes fariseos (3) se hallaba á la sazón en guerra cerca de Latran (4), y no contra sarracenos ni judíos. Pues todos sus enemigos eran cristianos, y ninguno de ellos fué á conquistar la ciudad de Acre, ni á hacer su agosto en las tierras del soldan.

»Aquel pontífice se olvidó de su sublime ministerio y de las sagradas órdenes: tampoco observó en mí el cordon que tanto enflaquecía á la sazón á los que lo llevaban.

»Como Constantino en las montañas de Soracte suplicó á Silvestre para que le sanase la lepra, él me suplicó que le sanase de su fiebre orgullosa; mas, yo me callé, por parecerme sus frases hijas de la embriaguez.

»Despues añadió: Que no mantenga sospecha alguna tú corazon, pues antes te absuelvo; enséñame á derrocar los muros de Palestina (5).

(1) Al final de su vida, Guido Montefeltro tomó el hábito de la orden de Menores en el monasterio de Asis, do murió.

(2) Bonifacio VIII.

(3) El mismo Bonifacio.

(4) Con los Colonna.

(5) Palestina pertenecía á los Colonna.

»Sabes bien que puedo abrir y cerrar el cielo, pues tengo las dos llaves, cuyo uso ignora su antecesor.»

«Tan graves razones me impresionaron vivamente, y creyendo que era mejor hablar que callar, dije: «¡Oh padre mio! ya que absuelves el pecado que voy á cometer, oye: el mucho prometer y poco cumplir, te dará la victoria en tu magnífica sede.»

«Al acaecer mi muerte, Francisco (1) me fué á reclamar; mas uno de los negros querubines le dijo: «No te lo puedes llevar: no me prives de lo que es mio. Ha de venir allá abajo entre mis condenados, por consejero del fraude, y desde aquel punto le tengo asido por los cabellos.

»Es imposible absolver á quien no se arrepiente; nadie puede á un tiempo desear y arrepentirse de un pecado; no lo consiente la contradicción.»

«¿Cuan grande fué mi desgracia al agarrarme el negro querube diciendo: ¿No creerias tal vez que fuera tan lógico? Me presentó ante Minos, cuyo juez dió ocho vueltas á su cuerpo con su cola, y mordiéndosela con furia, exclamó:

«Este es de los pecadores que debe ser entregado á las llamas.

»Por la misma causa estoy yo sepultado en el abismo en que me contemplas, y gimo bajo el peso de semejante librea.»

Al terminar, se alejó la quejumbrosa llama más encrespada aun, y agitando su punta.

Mi Maestro y yo continuamos hácia adelante, hasta llegar á la cumbre del peñasco, en el cual hay otro arco que cae sobre el calabozo do lloran los que mancharon su conciencia atizando á la discordia.

(1) San Francisco fué á reclamar á Guido porque era franciscano.

CANTO VIGÉSIMOCTAVO

Valle noveno del círculo octavo, donde se castiga á los autores de escándalo, cismas y heregias.—Continuamente se ven acuchillados en la espalda por un demonio.—Dante ve allí el suplicio que sufre Mahoma, Aly, Pedro de Medicina, Mosca y Bertran de Bornio.

No existen palabras con que narrar todas las miserias, sangre y llagas dolorosas que entonces vi, como no hay idioma entre nosotros, en el que se pueda sin debilitarlo, bosquejar lo que á duras penas entiende el espíritu.

Reünanse tantos cuantos vertieron su sangre en los llanos de la Pulla, tan disputados á la Fortuna, durante el combate de los romanos en aquella prolongada guerra, en la que se hizo, segun Tito Livio dice con mucho acierto, tan horrible siega; los que por haberse armado contra Roberto Guiscardo sintieron las consecuencias de los rudos golpes (1); y por último, todos aquellos cuyos huesos se recogen aun en Cepperano, donde cada apulio fué un traidor (2), segun en el valle de Taglacozzo, donde el viejo Allard venció á sus armas (3).

Y ni aun juntándose todos aquellos mutilados miembros podrán igualar la horrible perspectiva del calabozo noveno. Nadie habrá visto una cuba agujereada como vi yo un espíritu hendido desde las quijadas hasta el bajo vientre; los intestinos le colgaban hasta las piernas; veíasele palpar el corazón, y el arca triste, donde los alimentos se trasformán en humano excremento.

Viendo que yo le observaba con atención, él me miró, y entreabriendo su pecho con las manos, me dijo: «Ve cómo me destrozó! Observa el misero estado de Mahoma; Aly marcha

(1) Roberto Guiscardo, hermano de Picarde, duque de Normandía, que se apoderó de Pulla y la Calabria; murió en 1011.

(2) Los moradores dejaron á Manfredo su hermano, que combatía contra Carlos de Anjou.

(3) El viejo Allard era un caballero francés, de Tierra Santa, al que debió su victoria el de Anjou, alcanzada sobre Coradino.

delante de mí hecho un raudal de lágrimas y con las mejillas hendidas desde las quijadas al cráneo (1).

»Los otros que aquí ves han sido vivientes, y por haber estendido el escándalo y cisma en la tierra, yacen de este modo.



DE BIBLIOTECAS

»Allí detrás hay un demonio que nos lastima inhumanamente, tantas veces como alcanza con su cortante espada á cualquiera de esta banda; luego de haber dado una vuelta por esta senda de las lágrimas, cierra nuestras heridas, para volver á abrirnos otras nuevas más hondas todavía.

(1) Aly, primo de Mahoma.

«¿Y quién puedes ser tú, que permaneces en lo alto del peñasco, para acudir más tarde quizá al suplicio que tus mismas acusaciones te han merecido?»

«Este no ha muerto aun, ni lo traen sus faltas á estos lugares, y si sólo para que vea todos los suplicios, repuso mi guía.

«Yo, que ya he muerto, tengo el encargo de guiarle por todos los círculos del Infierno; y es tan verdad, como lo es que yo te hablo en este instante.»

Al oír estas frases, más de cien condenados se pararon para mirarme, olvidándose de sus tormentos con la sorpresa.

«Tú, que acaso volverás en breve á ver el sol, dile á fray Dolcino que, si no quiere venir á unirse conmigo aquí, y pronto, haga acopio de víveres y no se deje rodear por la nieve, pues sin hambre y nieve, dificultosamente podría vencerle el novares (1).

«Luego de haber alzado ya el pié para marchar, fué cuando Mahoma dijo aquellas frases; despues sentó las plantas y desapareció.»

Otro, que tenia abierta la garganta, cortada la nariz hasta las cejas y carecia de una oreja, quedóse á contemplarme asombrado como los demás, y abriendo la herida de su boca ensangrentada, exclamo: «Oh tú, á quien no trae aquí ninguna falta; tú á quien he visto allá arriba en la patria latina, á no ser que me engañe un gran parecido; recuerda á Pedro de Medicina (2), si alguna vez vuelves á la magnífica llanura que descende de Vercelli á Marcabo; di á los dos mejores de Fano, ó sean Guido y Angioloello, que si no es inútil en estos lugares la prevision, ambos serán arrojados de un barquichuelo, y ahogados cerca de Cattólica, por traición de un desleal tirano (3).

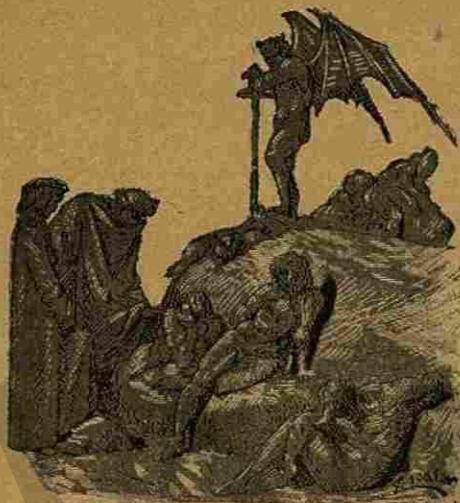
«Desde la isla de Chipre á la de Mallorca jamás Neptuno

(1) Fray Polcino predicaba en 1395 la comunidad de bienes y mujeres. Consiguio reunir más de tres mil sectarios. Asediado por las tropas del obispo de Benevento fué preso con su esposa Margarita, y quemados ambos en la ciudad de Novora. En el suplicio manifestaron los dos un heroico valor.

(2) Medicina llevaba el nombre de *Medicina*, pais del Bolonesado. Era un Iarsante que encendió la tea de la discordia entre el pueblo y los nobles boloneses, señores de Ravena y de Rimini.

(3) Malatesta, tirano de Rimini.

habrá visto cometer semejante crimen por los piratas que infestan aquellos mares.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Edad. 1625 BOSTON, MASS.

«El traidor que sólo ve con un ojo y gobierna la tierra, y que segun se halla aquí á mi lado quisiera no haber existido jamás, los citaré á una conferencia, y lo hará de tal suerte, que ni súplicas ni votos serán necesarios para obrar contra el viento de Focara (1).»

Y repuse: «Si deseas que hable de tí allá arriba, dime quién pueda ser el que al aspecto de aquel pais fué tan amargo.»

Entonces llevó su mano á la quijada de uno de sus compañeros, y abriéndole la boca, gritó: «Es éste; mas no habla.»

Era el que, echado de Roma, ahogó la duda en el corazón de César, asegurando que, para el hombre decidido, es peligrosa siempre la espera ó el retardo (2).

¡Oh! qué horroroso me parecia con su lengua tronchada á

(1) Quiere decir, no podrán temer el viento de la montaña de Focara.

(2) Arroja to Curion del Senado, como amigo de César, fué á reunirse con él y le decidió á pasar el Rubicon.

raíz del gazzate, aquel Curion que tan temerario fué en el hablar.

Otro condenado, que tenía mutiladas ambas manos, alzó sus muñones al aire, tan sombrío, que la sangre que vertía le ennegrecía el rostro, y exclamó: «No te olvides de Mosca (1):» ¡oh! yo he sido quien dijo: «La cosa comenzada, debe terminarse.» Estas palabras fueron origen de la perdición de Toscana.

«Y la muerte de tu raza entera,» dije á mi vez. El, entonces aglomerando pena sobre pena, se alejó cual un hombre que tiene perdida la razón.

Seguía yo observando la banda infernal, cuando ví lo que á contar no me atrevería sin otro testimonio, á no prestarme aliento la conciencia; esa bondadosa amiga que con el baluarte de su pureza, fortifica de tal modo el corazón del hombre; vi en aquel momento, y aun me figuro verlo, un cuerpo sin cabeza, que andaba lo mismo que sus compañeros; en su mano sustentaba la cabeza cortada, asida por los cabellos á modo de linterna, y la cabeza, mirándonos, exclamaba: «¡Ah!»

El iluminábase á sí propio, resultando dos en uno, y uno en dos: ¿cómo puede suceder esto? sólo lo sabe el que á la vez es vengador y maestro:

Cuando llegué al pie del puente, alzó sus brazos y con ellos la cabeza, para aproximarnos más su palabra, y se expresó así: «Mira mi cruel tormento, tú que aun respiras al visitar los muertos; contempla si habrá suplicio que iguale al mío.

»Y con objeto de que puedas hablar de mí, sabe que fui Bertran de Born, el pérfido consejero del rey D. Juan (2).

»Yo armé al padre y al hijo, el uno contra el otro; ni Aquisfofel excitó con más saña á Absalon contra David.

»Por dividir á los que unió naturaleza, llevo ¡oh dolor! mi

(1) Buondelmonte ofreció casarse con una hija de la casa de Amidel, y los Uberti y Lamberti se les reunieron para dar castigo á Buondelmonte, por haberse casado de improviso con una Donati. Los más ancianos querían que se obrase con prudencia, pero Mosca, ciego de furor, aconsejó que se diera muerte inmediata á Buondelmonte, al que asestó varias puñaladas. Esta tragedia fué origen de todas las discusiones, que tan funestas fueron para la república de Florencia.

(2) Bertran de Born vizconde de Autafort, fué el que á fines del siglo XII hizo sublevar á Juan IV, hijo de Enrique II, rey de Inglaterra, contra su padre.

cabeza separada, sin que por ello deje desde que lo fué de estar unida á su tronco de un modo tan extraño.

»Así se realiza en mí la pena del Talion.»

CANTO VIGÉSIMONOVENO

Décimo y postrer calabozo del círculo octavo, donde están los charlatanes y los falsarios.—Permanecen cubiertos de lepra.—Graffolino de Arezzo y Capochio de Siena.

Lo innumerable de aquella diversidad de tormentos, tenía tan turbados mis ojos, que hubiera deseado pararme para llorar: mas mi Maestro me dijo: «¿Qué es lo que miras? ¿Por qué se empañan tus ojos en ver aquellas mutiladas sombras?

»No lo practicaste así en los otros antros; si te propones contarlos, calcula antes que el valle mide dos millas de circunferencia. La luna se halla ya debajo de nuestra planta, y el tiempo prefijado es muy corto, faltándote aun ver otras cosas que no te puedes imaginar.»

«Si te hubieras fijado en el motivo que me precisa á mirar, puede que me dispensaras de continuar mis observaciones.»

Partía ya mi protector, y yo le seguía diciendo: «En el abismo que tanto llamó mi atención, creí ver gimiendo á uno de mi raza por el delito que tan caro está purgando aquí abajo.

Y él me dijo: «No te preocupe por más tiempo la suerte de ese espíritu; fijate en lo que vas viendo, y que se quede él con forme está.»

»Lo vi junto al puente señalarte con el dedo y hasta amenazarte; llamó á Geri del Bello (1); mas tú te hallabas tan abstraído con el que gobernó á Hantefort, que no dirigiste la vista hácia aquel sitio hasta que hubo partido (2).»

«Maestro, su violenta muerte, que todavía no fué vengada,

(1) Geri del Bello, pariente por parte de madre, de Dante, fué muerto por un Sacchetti. Su muerte fué vengada treinta años después por Clone del Bello, su sobrino.

(2) Bertran de Born, gobernador en Hantefort.

le respondí, por ninguno de nosotros, debe ser el motivo de su desden; por eso se marchó sin hablarme, según mi juicio; pero su proceder hace que le estime más.



De este modo seguimos conversando hasta que llegamos al primer punto en el que se descubriría el fondo del otro valle si hubiera más luz en él.

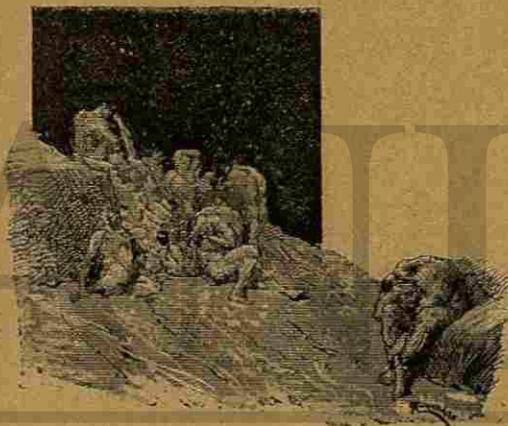
Cuando arribamos á aquel último claustro de Malebolge, desde el que se podían ver sus moradores, cual dardos afilados me taladraron el corazón miles de lamentos, precisándome á cubrirme los oídos con las manos.

Si en el mes que está en el centro de Julio y Setiembre estuvieran reunidos los hospitales de Valdichiano (1) y los

(1) Este valle, cuyo nombre toma origen de la laguna Chiana, se halla entre Arezzo, Cortona, Chiusi y Montepulciano.

enfermos de los Marismas (1), y Cerdeña en un mismo sitio, presentarían un enjambre de dolores como los que contemplé entonces.

Emanaba de aquel abismo un hedor tan repugnante como el que exhalan los miembros gangrenosos. Bajamos por la izquierda, hasta el postrer borde de aquella peña gigantesca, de donde mi vista pudo penetrar con más viveza hasta el fondo del abismo, en el que la inapelable justicia, ministro del Altísimo, castiga á los farsantes que tiene en sus listas.



No comprendo que la población de Egina, apesada por completo cuando se envenenó su atmósfera de vapores malignos, hasta el extremo de ocasionar la muerte á todos los animales, incluso los más pequeños gusanos, ni que los pueblos antiguos, cuando según opinión de los poetas, hubieron de ser renovados por medio de hormigas, presentaran tan desgarrador espectáculo, como el que ofrecían en el lóbrego valle aquellos decaídos espíritus, hacinados en diversos montones (2).

(1) Los Marismas vienen desde Pisa y Siena.

(2) En el reinado de Eaco; hijo de Júpiter, quien pobló la isla de nuevo, convirtiéndolas hormigas en hombres. De aquí se origina el nombre de Mirmidones.

Unos yacían sobre el vientre, otros sobre los hombros del que tenía más próximo, en tanto que otros iban arrastrándose por aquel camino triste; mientras nosotros caminábamos á paso medurado, mirando y oyendo aquellos infestados que ni siquiera podían alzar sus cuerpos.

Observé á dos de ellos, que sentados, se apoyaban el uno con el otro, asemejándose á dos tórtolas, calentándose mutuamente, cubiertos de costras de los piés á la cabeza. Jamás vi ningun criado, esperado por su amo ó velando á pesar suyo, tan ligero en remover la almohaza, como todas aquellas sombras lo eran en rascarse su picazon, no hallando alivio alguno.

Con las uñas se arrancaban las costras de su lepra, como el cuchillo arranca las escamas del pescado.



«¡Oh, tú, que desgarras la corteza de tu cuero con tus manos, dijo á uno de ellos mi guía, las que parece que conviertes en tenazas, dime si se halla algun latino entre vosotros, y ojalá que tus uñas te basten para la eternidad de semejante faena!»

«Nosotros, á pesar de nuestra deformidad, dijo uno de ellos llorando, ambos somos latinos; mas tú que nos preguntas, ¿quién eres?»

Mi Maestro repuso: «Soy un espíritu que de círculo en círculo descendo con este viviente para mostrarle el Infierno.»

Entonces las dos sombras se desasieron, y ambas se volvieron hácia mí temblorosas, con otras varias que por repercusión lo oyeron también.

Mi querido Maestro, me dijo: «Dile lo que deseas;» y puesto que me lo permitía él, empecé así: «Que vuestra memoria no se borre del mundo en que reside el alma humana; por más que viva bajo distintos soles.

«Decidme vuestro nombre y patria, sin que vuestro vergonzoso y nauseabundo torcedor os prive de abrirme francamente vuestro corazón.— Yo nací en Arezzo, repuso una sombra, y fui condenado á la hoguera por Alberto de Siena; mas el motivo de mi muerte no es el que aquí me condujo.

«Verdad es que, hablándole, le dije de chanza: «Yo sabría alzarme por los aires y volar.» Él, que era persona de cortos alcances, y curioso, quiso que le enseñara aquella ciencia; y no hice de ella un ápice; entonces me mandó quemar por aquel á quien tenía por hijo (1).

«Por sólo haber practicado la alquimia en el mundo, fui condenado por Minos, al que no es posible engañar, á penar en el postrero de los diez círculos.»

Yo dije al poeta: «¿Habrá habido algun pueblo tan vano como el sienés? No, ni aun la nacion francesa.»

El otro leproso, que me estaba oyendo, respondió á mis palabras de este modo: «Exceptuando á Stricca, que supo gastar tan moderadamente (2), y á Nicolo, que fué el primero que descubrió el costoso uso del clavo de especia, en el huerto do se cria este grano.

«Hay que exceptuar igualmente la sociedad en que Caccia de Asciano disipó sus viñedos y bosques, y á la en que Abbagliatto hizo ver su buen sentido. Mas para que no ignores quién es el que de esta manera te sigue en contra de los sieneses, fija en mí tu vista de modo que mi faz te corresponda.

«Observarás que soy la sombra de Capocchio, que falsificó los metales por virtud de la alquimia, y debes recordar que te he mirado bien (3) y que fui un excelente imitador de mi naturaleza.»

(1) Griffolino de Arezzo fué castigado en la hoguera por hechicero, por el obispo de Siena.

(2) Ironía triste contra Stricca, que se arruinó por su lujo, y contra otros derrochadores de Siena.

(3) El sienés Capocchio habia estudiado física é historia natural con el Dante

CANTO TRIGÉSIMO

Continuacion.—Existen falsarios divididos en tres clases:

1.^o *Los que tomaron el carácter de otras personas, se persiguen sin cesar á mordiscos.—2.^o Monederos falsos, atacados de hidropesía y sed inestinguible.—3.^o Calumniadores arrojados unos sobre otros, devorados por la fiebre.—Maese Adam y Simon de Troya.*

DURANTE la época que Juno, celosa de Semelé, estaba rabiosa contra la sangre tebana, como lo probó diferentes veces, Athenas se tornó tan insensato, que al notar qué se le dirigían su esposa y sus dos hijas, exclamó:

«Preparemos las redes y cace yo á un tiempo la leona y sus cachorros;» y tendiendo sus malhadadas garras, cogió á uno de sus hijos, llamado Learco, lo volteó por el aire, estrellándolo contra una peña, en tanto que ahogaba á la madre con el otro pedazo de su alma.

Cuando la desgracia abatió el poderío de los troyanos, decididos á todas las empresas, hasta que el pueblo y su soberano cayeron á una vez, Flecuba, desconsolada, misera y encadenada, luego de ver muerta á Polixena y su Polidoro, quedó tan destrozado su corazón, que en su vehemente furia ladró como una perra, de tal suerte, que su corazón llegó á extraviarse.

Mas ni los tebanos ni los troyanos desmostraron tanta crueldad en atormentar animales ó cuerpos humanos, como la que observé en dos sombras pálidas y desnudas, que mordían corriendo cual un cerdo al huir de la pocilga.

Una de ellas se lanzó sobre Capocchio, le asestó un golpe en la nuca, y arrastrándole hizo que el vientre barriese el duro suelo: el aretino (1) dijóme temblando: «Ésa furia no es otro que Gianni Schicci (2), cuya rabia así atormenta á los demás.»

(1) Gripolin, natural de la ciudad de Arezzo.

(2) Juan Schicci, de la familia Cavalcanti en Florencia, habia remedado á todo el mundo con tal propiedad, que muriendo Buoso Donati sin testar, pariente cercano de su amigo Simon Donati, resolvió éste, para heredarle, ocultar su muerte, propuso á Schicci que se metiera en la cama, é imitando á Buoso, testara á su

«¡Oh! le dije, si esa es otra furia no llega á clavar sus dientes en tu cuerpo, dime sin cuidado quien es antes que se oculte.»

Y él contestó: «Es la antigua alma de aquella criminal Mirra, que abusando de las leyes de la honestidad, fué amante de su padre; para cometer esta horrible falta tomó nueva forma, igual que aquella otra que está más allá, que consintió, para ganar la reina de la yaguacería, en pasar por Buoso Donati y hacer testamento en su nombre, dando forma legal á dicho documento.»



Luego que aquellas dos furias que llamaron mi atención hubieron pasado, volvíme para contemplar las otras sombras que nacieron malas.

Una de ellas tenia la forma de laúd, en caso de que su alma estuviera en el sitio donde el cuerpo se divide á semejanza de horca; la pesada hidropesía que tanto desfigura los miembros á causa del humor, diferenciándolos de suerte que el rostro no corresponde al vientre, le precisaba á tener abiertos los labios, asimilándose al tísico, que cuando la sed le acosa, lleva sus labios, uno á la nariz y el otro á la barba.

favor; así se verificó, en efecto, mediante el regalo de una yegua de gran precio, llamada *Donna della Tonna*.

«Los que no sufrís castigo alguno en este miserable mundo (no sé por qué), dijo, contempladme y fijaos en el torcedor de Maese Adam (1). Viví saciando todos mis deseos, y en este momento ¡ay! anhelo una gota de agua.

»Los arroyos que de las frondosas colinas de Casentino bajan al Arno, abriendo cauces de voluptuosa frescura, permanecen continuamente á mi vista, y no en vano, por estenuarme su vista más aun que la dolencia que descarna mi cuerpo.

»La severa justicia que me asedia, se sirve del sitio de mis pecados para mejor alimentar mi angustia.

»Romena, donde falsifiqué las monedas con el cuño del Bautista, está allí, por lo que dejó en la tierra un cuerpo abrasado. Mas si viera aquí la criminal alma de Guido (2), la de Alejandro y la de su hermano, no comparecería á su vista ni siquiera por la fuente de Branda.

»Aquí dentro se encuentra una de ellas ya, si no mienten las furiosas sombras que vagan por estos lugares dando vueltas; mas ¿qué me importa á mí, si tengo encadenados los miembros!

»Siquiera tuviera agilidad para adelantar una línea en un siglo, ya hubiera emprendido el camino, persiguiéndole á través de esa infame raza en este abismo, que mide once millas de circunferencia y media de ancho.

»Ellos no son culpables de que yo pertenezca á esta raza, pero me indujeron á acuñar florines con tres quilates de liga.»

Yo le respondí: «¿Quiénes son esos dos misereros que humean cual una mano mojada en el invierno, y que tanto se aprietan entre sí á tu derecha?»

«Los encontré ya en este sitio, sin que desde entonces se hayan movido, me dijo; de esta suerte, que no creo vuelvan á moverse.

»Uno de ellos es el tramposo acusador de José, y el otro, Simeon el falso, el griego de Troya; en su rabiosa calentura arrojan ese denso y fétido vapor.»

Indignado uno de ellos, tal vez porque se le nombraba con aquel nombre infamante, dió un puñetazo en el duro vientre del hidrópico, que resonó como un tambor. Maese Adam, á su

(1) Hábil monedero de Brescia, que en conviniencia con los condes de Romena falsificó los florines que tenían la imagen de san Juan Bautista, patron de Florencia.

(2) Guido y Alejandro, condes de Romena y Casentino antes citados.

vez, le pegó en el rostro, con un brazo que no parecía más blando, diciendo:

«Sin embargo de no poder moverme á causa de la pesadez de mis miembros, tengo todavía agilidad en el brazo para ejercer este oficio.» El otro le contestó:—«No lo eras tanto cuando marchabas á la hoguera, pero lo habias sido más cuando acuñabas monedas falsas.»

El hidrópico añadió: «Dices verdad en esto; pero no la dijiste en Troya cuando te se reclamaba.»

«Si yo afirmé una falsedad, tú falsificaste los cuños, repuso Simon; yo sólo una vez falté, mientras tú faltaste mas veces que todos los condenados.»

«Perjuro, recuerda el caballo de madera, repuso el del gran abdomen, y que tu delito sea castigado, ya que lo conoce el orbe entero.»

«Y tú, le increpó el griego, que seas castigado por la sed que agrieta tu lengua, y por ese corrompido líquido que alza tu vientre como una barrera ante tu vista.»

El monedero: «No abres tu boca, segun costumbre, sino para blasfemar; si tengo sed y el humor abulta mi cuerpo, tú llevas interiormente el fuego en que arde tu cabeza; poco habia que rogarte para que te decidieras á lamer el espejo de Narciso.»

Yo no pensaba más que en oírles, cuando mi guía me dijo: «Prosigue mirando, que estoy tentado de reñirte.»

Al oír su voz amenazante, volvíme ruboroso á él y aun lo conservo vivo con su recuerdo en la memoria. E hice cual el que sueña en su desgracia y anhela soñar para seguir soñando, porque quiere que sea aquello que ya fué: no podia hablar ni excusarme, y á pesar de todo me excusaba sin darme cuenta de ello.

«Con mucha menos confusion, me dijo, podia olvidarse una falta más grande que la tuya: así, sacude toda tristeza, y recuerda que me hallo siempre á tu lado, si sucede que el acaso vuelve á reunirte con seres entregados á tales disensiones. Porque el pretender oír tales cosas, es desear una baja.»

CANTO TRIGÉSIMOPRIMERO

Noveno y postrer círculo, ó el de los Traidores.—Está dividido en cuatro recintos, en los que se castigan otras tantas clases de Traidores.—Los poetas hallaron en ellos á Nembrod, Efialto, Anteo y otros gigantes que daban vueltas al círculo infernal.—Anteo toma en sus brazos á ambos poetas y los conduce al fondo del círculo noveno.

LA propia lengua que antes había hecho cambiar el color de mis mejillas me presentó luego el remedio, imitando á la lanza de Aquiles y su padre que, según dicen, al principio causaba daño y despues encanto inexplicable.

Dejamos atrás aquel valle desventurado, marchando sin hablar á lo largo de la orilla que le circuye. En ella no reinaba la luz ni la sombra, por lo que no podía extenderse mi vista muy léjos.

Pero percibí el horrído tañido de una trompa que hubiera apagado el estampido del trueno, y guiado por su eco, fijé la vista en el punto de donde partía.

Ni despues de la derrota en que Carlo-Magno perdió todo el fruto de su empresa santa, tronó con más ímpetu la trompa de Rolando.

Alcé los ojos, y me pareció que veía gran número de altísimas torres, y pregunté: «Maestro, ¿qué pueblo es ese?»

Contestóme: «Como quierás ver desde muy léjos y entre tinieblas, te has engañado; ya verás en llegando cuánto ofusca la distancia el órgano de la vision; adelanta el paso.»

Entonces, cogiéndome la mano con ternura, me dijo:

«Antes de que pasemos más adelante, sabe, para que te parezcan menos extraños aquellos bultos, que no son torres, y si gigantes sumidos en el pozo del borde, desde el vientre á los piés.»

Segun la mirada que al desvanecerse la niebla va descubriendo los objetos escondidos por el vapor que envolvía el aire, iba descubriendo yo, á medida que iba cruzando aquel vapor denso y oscuro, y que me aproximaba más y más al

borde del pozo, que por inmenso que mi error hubiera sido, no lo era tanto como el pánico que le iba sucediendo.

Porque como Montereypgione corona de torres todo su recinto, lo mismo se alzaban sobre el brocal del pozo la mitad de los cuerpos de aquellos horrendos gigantes á quienes Júpiter amenaza aún desde lo alto del cielo siempre que truena.

Ya principié á descubrir los rostros, los hombros, el pecho, parte del vientre y los brazos, que tenia tendidos uno de ellos. Verdaderamente que naturaleza se manejó con gran sabiduría al olvidar la manera de crear mónstruos tales, puesto que privó á Marte de tan tremendos ejecutores.

Si bien ahora cria, sin motivo de arrepentimiento, elefantes y ballenas, el que calcule bien, sólo verá en esto una señal de su discrecion y justicia; pues cuando la razon del humano espíritu va junta al poder y á la malevolencia, no hay en la tierra resistencia posible.

Su cabeza parecióme tan grande y prolongada, cual la pina de San Pedro en Roma, siendo arreglados á ella los demás miembros; de suerte, que vistos desde la orilla, asimilaban treinta robustas palmeras, desde el brocal del pozo hasta donde el hombre acostumbra á abrochar su capa.

«Raphe Imai amechza bialmi,» comenzó á proferir la orgullosa boca, que no puede pronunciar más dulces salmos.

Mi Maestro le dijo: «Alma insensata, haz resonar esa trompa, para proporcionarte alivio cuando la cólera ú otra pasion te agite: Busca en tu garganta, alma imbécil, y hallarás la correa que sustenta tu trompa y que amarra tu descomunal cintura.»

Despues me dijo á mí: «Ese que se acusa á sí propio, es Nembrod, cuya temeraria empresa dió margen á que el mundo emplee más de una lengua (1).

Dejémoslo; no hablemos inútilmente; pues tan desconocida le es nuestra lengua, como á nosotros la suya.

Continuamos nuestro camino con direccion á la izquierda, y como á un tiro de ballesta encontramos otro gigante, más feroz y formidable.

No puedo decir quién dispuso su atadura de aquel modo; el brazo izquierdo lo llevaba atado delante y el derecho

(1) Nembrod, hijo de Chus, uno de los operarios de la torre de Babel.

detrás; una cadena le sujetaba desde el pescuezo hasta el sitio que tenía en descubierto, dando cinco vueltas á su cuerpo.

«Ese fatuo quiso medir su poder con el del soberano Júpiter, me dijo mi Maestro, y esta es la gloria que alcanzó su loca empresa. Se llama Efialte, y manifestó su audacia al imponerse los gigantes á los mismos dioses; no volverá á mover el brazo que alzara entonces.»

Yo le contesté: «Si no fuera imposible, desearia ver por mí mismo á ese inmenso Briareo.»



A lo que observó: «Cerca de este sitio verás á Anteo, el cual habla, no está sujeto con cadenas, y nos acompañará hasta el interior de esta mansion del mal.

«El que deseas ver tú está mucho más lejano, encadenado

lo mismo que ese, con la diferencia de que su faz es mil veces más asquerosa y feroz.»

Jamás un terremoto produjo mayor sacudida ni causó tal estruendo, como el ocasionado por Efialte al agitarse súbitamente.

Entonces temí de tal modo la muerte, que acaso hubiera sucumbido al miedo, á no ver que el gigante yacía atado fuertemente. Seguimos nuestro camino y poco tardamos en llegar cerca de Anteo, que, sin contar la cabeza, sobresalía un metro á lo menos del abismo.

«Oh, tú que en el venturoso valle de Escipion conseguiste gloria tanta cuando Anibal y sus parciales volvieron la espalda (1), tu presa fué la de mil leones, y que á tomar parte en aquella gran batalla tus hermanos, créese hubieras asegurado la victoria de los hijos de la tierra, haz favor de decirnos en qué sitio transitó el frío al Cocyto.

«No me dirijas á Ticio ni á Vifeo; mi amigo puede procurar lo que se desea aquí; así, pues, humíllate y no contraigas el rostro de esa suerte.

«Este aun puede pregonar tu fama por el mundo.» El gigante, tendiendo la mano, tomó á mi Maestro en los brazos, que de tal modo habían estrechado á Hércules. Cuando se advirtió cogido Virgilio, me dijo: «Haz de manera que preda asirte yo;» lo que ejecutó de suerte que los dos parecíamos un solo bulto. Según la Garisenda (2), que parece caerse del lado que se inclina al pasar una nube sobre ella, así me pareció Anteo al verle inclinarse, estando yo en aquel momento de tal modo, que hubiera preferido ir por otro cualquier camino.

Mas nos dejó con suavidad en el fondo del abismo que devora á Lucifer y á Judas; por un corto espacio quedóse inclinado, pero despues se irguió como el mástil del navio.

(1) Se refiere á la batalla de Zama.

(2) Garisenda, torre inclinada de Bolonia, llamada Torre Mozza, tiene 131 pies de elevacion. Tambien á corta distancia está la de Asinelli.

CANTO TRIGÉSIMOSEGUNDO

Recinto primero del círculo nueve ó sea el de Cain el fratricida. — En él están los traidores que lo fueron con sus parientes, metidos en un lago de hielo. — El Maese Alberto Camiccio de Pazz. — Recinto segundo, ó el de Antenor y los traidores á su patria.

QUISIERA que mi voz fuese cavernosa, según debiera serlo para entonar el tenebroso antro descanso de los demás círculos, así tal vez expresaría mejor mi idea; más no siéndolo, emplearé mi balbuciente y débil voz.

No se trata de una cuestión puéril, y si de dibujar el fondo del universo [entero. Que acudan en socorro de mis versos aquellas mujeres (1) que auxiliaron á Amfion en la construcción de Tebas, para que mi canto no desmerezca del asunto de que trata.

Raza maldita sobre las demás razas, que moras en este lugar; del que no se puede hablar sin dolor, ¿por qué no te condujiste en el mundo como la simple oveja ó la humilde cervatilla?

Al llegar al fondo del oscuro pozo, todavía debajo de la planta del gigante, mirando yo las altas murallas, percibi una voz que decía: «Repara do posas el pié, para no pisar las cabezas de desdichados hermanos que aquí han sufrido las torturas.»

Volví la vista, y al frente de mi observé un lago que parecía cristalizado por el hielo.

Ni en Austria el Danubio, ni el Tamesis bajo su frío cielo, tuvieron jamás una tan espesa cubierta de hielo, la que no romperían, aunque cayesen el Tabernick ó Pietra-Piana (2).

A la manera que asoman las ranas sus cabezas fuera del agua al emitir sus cantos, cuando el labrador principia á espigar, se hallaban las lividas sombras enterradas en el hielo,

(1) Por las Musas.

(2) Tabernick, montaña de Eslovenia; Pietra-Piana, monte de la Toscana, cerca de Luca.

hasta la parte del rostro donde se dibuja el rubor, castañeteando sus dientes, cual los picos de las cigüeñas.

Todas tenían el rostro mirando hacia abajo, diciendo sus bocas el frío que atería sus miembros, y sus ojos la pena de su corazón. Luego de fijar mi vista reparé en el fondo y vi dos sombras, de tal suerte unidas, que se confundía el cabello de ambas cabezas.



«¿Quiénes sois, exclamé, vosotros, que tan enlazados estais?» Alzaron sus rostros, y despues de mirarme, las lágrimas que antes inundaban sus ojos, fueron cuajadas por el frío en sus pestañas.

Nunca ningún clavo estrechó de tal manera dos maderas, como se apretaron los dos condenados, topándose á semejanza de carneros; tal era el furor de que estaban poseidos.

En aquel punto, una sombra que habia perdido sus orejas á causa del frío, me dijo humillando la cabeza: «¿Por qué nos miras con tal atención?»

«Si deseas saber quiénes son esos dos, te diré, que la patria de su padre Alberto y la de ellos, fué el valle que atraviesa el Bicencio (1). Los dos tomaron forma en las mismas entrañas; y si recorres el círculo de Cain, no verás otra sombra más merecedora de estar enterrada en el hielo (2).

»Ni aquel á quien Arturo abrió el pecho de un golpe (3) ni

(1) El Bicencio corre por el valle de Falterona. Alejandro y Napoleón se dieron muerte en él, luego de fallecer su padre Alberto de Alberti.

(2) Círculo de Cain, morada de los traidores á sus parientes.

(3) Oculto Mordrec para matar á su padre Arturo, recibió de éste una lanzada que lo atravesó.

Toccacio (1), ni el que con su cabeza me veda el ver más lejos, que se llamó Sassolo Mascheroni (2). Si procedes de Toscana, ya puedes conocerle, y para que ceses en tus interrogaciones, sabe que soy Camicione de Pazzi, y que espero á Carlino, que ha de excusarme (3).

Después vi millares de rostros ennegrecidos por el frío, los que, de tal suerte me aterraron, que nunca se borrarán de mí mente aquellos helados charcos. Yendo avanzando hácia el centro, no sé si el destino ó la casualidad hizo que pisara el rostro de una de aquella multitud de cabezas.

Súbitamente me gritó llorando el alma: «¿Por qué me pisas? Si es que no eres un aumento de la venganza de Monteperto, ¿á qué atormentarme así?»

El guía se paró, y yo dije al que aun proseguía en sus blasfemias: «¿Y quién eres tú que de tal modo maltratas á los demás?»

—«Dime antes quién eres tú que vagas por el círculo de Antenor (4), hiriendo los rostros con más dolor que si estuviesen vivos?»

—«Soy viviente, repuse, y puede que sea de tu agrado que ponga tu nombre junto con los que he podido reunir.»

Y me contestó: «No es tal mi deseo; huye de aquí y no me incomodes más; nada puede halagarnos en estas heladas aguas.»

Cogiéndole entonces por la nuca, le dije: «Dime tu nombre ó te quedarás sin uno solo de tus cabellos.»

«Así me arranques los cabellos, ni aun te indicaré quién soy; ya puedes arrojarte mil veces sobre mi cabeza.»

Ya tenía enroscados y aun arrancados una parte de sus cabellos, mientras él aullaba con desencajados ojos, cuando una sombra gritó: «Bocca, ¿qué tienes? ¿No son bastante los rechinidos de los dientes, que todavía has de aullar así? ¿Que demonio te atormenta?»

(1) Toccacio Cancellieri de Pistoia cortó la mano á su primo, y después mató á su tío.

(2) Sassolo Mascheroni también mató á su tío; según otros, á su sobrino.

(3) Camicione Pazzi mató á su pariente Ubertino Carlino, partidario de los gibelinos, y entregó por una cantidad á los güelfos el castillo de Piano di Trevigne, sito en el valle de Arno.

(4) El círculo de Antenor, donde están los traidores á la patria. Antenor vendió á Troya, escondiendo en su palacio á Ulises.

—«Ya no quiero que hables, le dije, alevoso traidor; para baldon eterno daré de tí noticias verdaderas (1).

—»Vé, me respondió, y di lo que gustes; mas si sales de aquí, acuérdate también del que tuvo la lengua tan dispuesta.

»Llorando se halla aquí el soborno que recibió de los franceses. He visto, dirás, á Buoso Duera, donde los pecadores están helados.

»Por si te preguntan el nombre de los demás, di que á tu lado está Becheria, decapitado en Florencia. Algo más lejos creo que también están Guianni del Soldaniero, Ganellone y Tabadello, quien abrió las puertas de Faenza aprovechando el sueño de sus defensores (2).»

Algo retirados de esta, vimos otras dos sombras heladas igualmente, que la cabeza de la una hacia de capirote á la otra.

Y á imitación del hambiento en el pan, clavó el de debajo sus dientes en el otro, en el sitio donde el cerebro se junta á la nuca. Tideo no machacó con más saña las sienas de Menelippo, que lo verificó aquel con el craneo de su compañero.

«¡Ah! tú que denotas tan claramente el odio contra la víctima que devoras, dime qué motivo te lo dicta; pues conviene, si de tu parte está la razón, que yo sepa el crimen y quiénes sois, para poder ejercitar tu venganza allá en el mundo, á no ser que se seque la lengua que ahora te habla.»

(1) En Monte-Aperto, el güelfo Bocca, seducido por los gibelinos, cortó la mano á Jacobo Pazzi, que ostentaba el estandarte de su partido. Asustados los güelfos al caer su bandera, se dispersaron desordenados, perdiendo la batalla.

(2) Traidores á la patria.

CANTO VIGÈSIMOTERCERO

Ugolino y el arzobispo Rogerio.—Historia del conde Ugolino.—Recinto tercero, el de Plolomeo y los traidores de sus huéspedes.—El hermano Alberico.

El pecador apartó su boca del horrible alimento, y secándola en los propios cabellos de la cabeza que le había servido de comida, me dijo así: «Quieres que acibare mi pena con el nuevo recuerdo que me llena de angustia sólo al pensar que he de hablar de él.

«Mas si mis palabras pueden ser el gérmen de baldon é infamia para el traidor que devoró, á un tiempo hablaré y sollozaré.

«Ni sé quién eres, ni cómo has podido llegar aquí; pero en tu acento entreveo que eres florentino. Ante todo, sabe que soy el conde Ugolino, y éste el arzobispo Ruggieri (1). Ya te diré por qué mi crueldad con mi vecino.

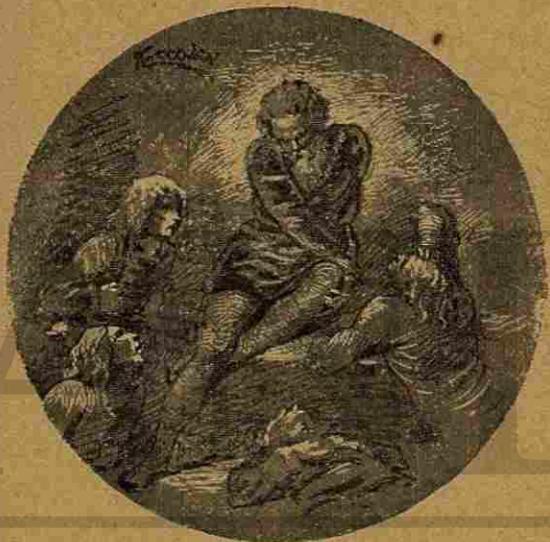
«Creo escusado decirte que por su perfidia me vi preso y condenado; lo que ignorarás será la crueldad de mi muerte, mas te la referiré y verás si debo odiarle. Una pequeñísima abertura practicada en la torre, que á consecuencia de mi suplicio tomó el nombre de Torre del Hambre, en la que todavía están sufriendo otros muchos, me había indicado ya por su rendija la venida de varios días, cuando tuve el sueño que rasgó el velo de mi porvenir.

«En él se destacaba Ruggieri como amo y señor arrojando un lobo y sus hijos hácia el monte, causa por la cual los pisanos no pueden ver la ciudad de Luca (2).

(1) Ugolino, descendiente de los condes de la Gherardesca, en 1188 gobernador de Pisa. El arzobispo Ruggieri, celoso de su mando, divulgó la especie de que era traidor, y ayudado por los Sismondi y Gualandi, fué hácia el palacio de Ugolino reduciéndolo á prision con sus dos hijos y dos nietos, en la torre Degli Anciani. Las llaves de la prision, que á consecuencia del suplicio de Ugolino tomó el nombre de Torre del Hambre, fueron sepultadas en el Arno.

(2) Monte San Julian.

«El conde de Gualdani, seguido de los Sismondi y Lanfranchi, llevaba á su lado algunas perras flacas, pero ágiles y diestras. Al principio de la carrera creí que el lobo y sus cachorros estaban rendidos, y que se devoraban sus costados con sus afilados dientes. Al despertarme antes de la aurora, vi que mis hijos estaban conmigo, pero que llorando y soñando me pedían pan.



«Mal corazón tendrás si no te apena ya la idea de lo que desde entonces presagió mi alma; y si esto no te conmueve, ¿qué te podrá conmover?»

«Despiertos ya, y cercana la hora del alimento, cada uno dudaba por influencia de su sueño. Yo percibi el ruido, al cerrarse las puertas de la horrible torre, y me limité á contemplar á mis hijos sin articular palabra.

«Mis lágrimas iban secándose, á medida que la indiferencia helaba mi corazón, mas ellos seguían gimiendo; al observar mi pequeño Anselmo el estado de mi sér, me dijo: «Padre mio, ¿qué te pasa para mirarnos así?»

«Empero, ni lloré, ni respondí en aquel día, y la otra noche, hasta que se alzó otro sol en Oriente. Al penetrar uno de sus más ténues rayos en la cárcel del dolor, vi en cuatro fisonomias el retrato de lo que debía ser la mía; entonces, en mi desesperacion empecé á mordirme las manos, y mis hijos, creyendo que lo hacia impulsado por el hambre, súbitamente se incorporaron, diciéndome: «Padre, si quieres amenguar nuestro horrendo dolor, comenos: tú que nos cubriste de esta mísera carne, despijanos de ella.»

Aquí hice por calmarme para no acibarar más su pena, permaneciendo mudos aquel día y los que siguieron. ¡Oh cruel tierra! ¿Por qué no nos tragaste?

«El día cuarto, Gaddo se arrojó á mis plantas diciéndome: «Padre mio, ¿por qué no vienes en mi socorro?» Y en aquella postura, y sin poder moverse más, falleció; los otros tres murieron entre el quinto y el sexto día. Ciego ya, á tientas fui á abrazarlos dos días despues; luego el hambre tuvo más fuerza que el dolor.»

Cuando acabó de hablarme de esta suerte con ceño torvo se volvió á agarrar al cráneo miserable, en el que sus dientes, imitando los de un lobo furioso, penetraban hasta los tuétanos.

¡Oh Pisa! baldon de las naciones del precioso país en que el sí resuena, puesto que tanta calma invierten tus vecinos en tu castigo, que se derrumben Capraja y Gorgona (1), formando un dique en la boca del Arno, para sepultura de tus moradores! Si al conde Ugolino se le acusó de haber querido entregar tus castillos, sus hijos no debían tener tan desastroso fin; nueva Tebas por probar su edad tierna la inocencia de Uguccione, Brigata y de los demás enunciados en mi canto.

Despues fuimos hacia el sitio en que el hielo cierra cruelmente varias sombras de cabeza abajo. Las lágrimas derramadas allí impiden el curso de otras nuevas, y la pena que no puede salir por los ojos, se reprime interiormente y aumenta la angustia.

Las primeras lágrimas se congelan y se quedan agrupadas como un cristal debajo de la cavidad de los ojos; y si bien mi rostro endurecido por el frío, era casi insensible, me pareció

(1) Dos islas en la embocadura del Arno.

percibir algun viento. «Querido guia, dije, ¿qué es lo que aqui se mueve? ¿Hay aqui, por ventura, algun soplo sin extinguir?»

Y me contestó: «Luego lo sabrás; en breve verás la causa de ese viento.» Entonces nos gritó uno de los condenados en aquel témpano de hielo: «Almas pecadoras que os han arrojado al último circulo, quitadme del rostro estos duros velos para atenuar un tanto el dolor que inflama mi corazon antes que vuelvan á helarse mis lágrimas.»

Yo le repuse á mi vez: «Si deseas alivio, dime quién eres; y luego, si no te complazco, que caiga para una eternidad en el fondo de ese páramo.»

Entonces dijo: «Yo soy fray Alberico, el sér cuyo jardin produjo tan malos frutos, y aqui estoy recibiendo un dátil por un hijo (1).»

«¡Oh! le repuse, ¿con que has muerto ya?» Y él contestó en seguida:

«Ignoro cómo se hallará mi cuerpo allá en el mundo. Ptolomeo tiene el don de coger las almas alguna vez antes de que las arroje Atropos (2).»

«Para que me quites las lágrimas con más gana, te diré que tan pronto hace el alma una traicion asi como la mía, le es quitado el cuerpo por un demonio, que dispone de él hasta el término de su vida, cayendo desde luego el alma en este frio pozo. Tal vez permanece aun en lo alto el cuerpo de la sombra que está tras de mí en este hielo.»

«La debes conocer, si hace poco que llegaste: es Branco de Uria, aunque ya está muchos años encerrada en este lugar (3).»

—Me figuro, le dije, que no dices verdad, pues Branco de Uria aun no murió, puesto que come, bebe y viste allí arriba.

—«En el foso Malebranche, repuso, donde hierve obstinadamente la pez, aun no habia caído Miguel Sancho, que ya Branco habia puesto un demonio en su cuerpo y en uno de

(1) Fray Alberico, rehído con todos sus parientes, fingió un día querer la reconciliacion, con cuyo objeto les invito á una gran comida; pero a los postres los mandó asesinar. De aqui vino un proverbio que dice: «Probó las frutas de fray Alberico.»

(2) Circulo de Ptolomeo, do están los traidores á la amistad.

(3) Branco de Uria, genovés, matador de su suegro.

sus cómplices en la traición. Ahora, alarga la mano y abre mis ojos.»

Mas yo no se los abrí, pues fué lealtad el ser desleal con él.

¡Oh genoveses! enemigos de la virtud y amigos del vicio, ¿por qué todavía no habeis sido expulsados del mundo?

Al lado del genio del mal de la Romaña, he hallado á uno de vosotros, el que por sus acciones tiene su alma sumergida en el Cocito, en tanto su cuerpo parece vivir en lo alto.

CANTO TRIGÉSIMOCUARTO

Recinto cuarto, ó el de Judas y los traidores con sus protectores.—Lucifer se halla encadenado en él.—Virgilio explica la creación del Infierno.—Los poetas abandonan la ciudad de las lágrimas y vuelven á ver lucir las estrellas.

HIA tu vista hácia adelante, me dijo mi guía, por si puedes distinguir las banderas (1).»

Así como cuando domina la niebla espesa, ó tiende la noche su negro crespon sobre el hemisferio, parece verse á lo lejos una especie de molino que hace mover el viento, así me pareció entrever un lejano edificio. Y para resguardarme del viento me encogí detrás de mi Maestro, á falta de otro abrigo.

Amedrentado, y lo demuestro en mis versos, estaba yo en el lugar en que las sombras, completamente cubiertas por el hielo, semejan por la transparencia simples pajas entre cristales.

Unas se hallan echadas, otras de pié, y hay algunas que guardan la forma de un aréo, con la cabeza tocando á los piés. Así que mi Maestro juzgó que habíamos avanzado lo suficiente para mostrarme la criatura que antes tuvo tan hermoso aspecto, paróse ante mí, y me obligó á detenerme: «Hé aquí á Dite (2), me dijo; este es el sitio en que debes usar de todo tu valor.»

(1) Las banderas del rey de los Infiernos.

(2) Dite Lucifer.

Lector, no quieras preguntarme cuál me quedé sobreco-gido y frío entonces, pues no lo podría describir. No morí, y á pesar de ello, no vivía; juzga por tí mismo por poca imaginación que te ayude, lo que sería de mí viéndome á la vez privado de la vida y de la muerte.

El emperador de aquel triste imperio asomó el pecho por entre quel helado mar, siendo más proporcionada mi estatura á la de un gigante, que no lo era la de éste respecto á la magnitud de sus brazos; compara cómo sería el todo de su cuerpo.

Si fuese tan hermoso como deforme es hoy, y si se atrevió á alzar su vista contra su Creador, él debe ser el causante de su mancha ó fealdad.

Para mí fué gran asombro observar tres rostros en su cabeza (1), encarnado uno á la parte de delante, y los dos restantes unidos á éste, enmedio de cada hombro, reuniéndose los tres en la parte superior de la cabeza.

El rostro de la derecha aparecía blanco y amarillo, y el de la izquierda era del color de los que pueblan el país en que se engolfa el Nilo. De debajo de sus dos cabezas salían dos inmensas alas, con arreglo al volúmen de tan prodigiosa ave, sin que yo haya podido ver vela de buque que les pueda ser comparada.

Aquellas alas no estaban vestidas de pluma alguna, asimilando á las del murciélago; al agitarlas era tal su aleteo, que producía tres diferentes aires.

El Cocito estaba helado en torno suyo; sus seis ojos lloraban á la par, inundando sus tres barbas las lágrimas y una sanguinolenta baba. Con los dientes de cada boca despedazaba un pecador, asemejándose á las máquinas que trituran el lino, de suerte que hacia tres víctimas á un tiempo.

Los mordiscos que sufría el de la parte de delante eran nada, en comparacion de las heridas causadas por las garras; ni aun piel tenía ya en los riñones.

«El alma que más sufre allá arriba, dijo mi guía, es la de Judas Iscariote, que mueve su cabeza en el fondo de la boca, y sus piernas á la parte de afuera.

«De los que tienen la cabeza hácia abajo el que cuelga de la boca negra es Bruto; repara cómo crispera sus miembros sin

(1) Representación de los europeos, los asiáticos y los africanos.

decir palabra; el que parece tan fornido es Casio; pero la noche está encima, y debemos partir, puesto que nada nos queda ya por ver (1).»

Con arreglo á su voluntad, me así á su cuello, él aprovechó la circunstancia y el punto favorable; cuando tendió bastante las alas, se agarró á las velludas costillas de Lucifer, y fué descendiendo de pelo en pelo hasta el espeso tuson y los carambanos.

Una vez llegamos á la parte superior del muslo, mi Maestro, con mucha pena, volvió la cabeza hácia donde tenia los piés, y se asió del pelo como hombre que sube, de suerte que me figuré que volvíamos al Infierno.

«Afiánzate bien, pues solo por esta escala, dijo mi guía fatigado por el cansancio, puede salirse de la mansion del mal.»

Luego pasó por la hendidura de un peñasco, dejándome en el borde, para que me sentara, despues de colocar por precaucion su pié cerca de mí.

Alcé la vista y me figuré ver á Lucifer tal como le habia dejado, y le observé con las piernas levantadas. Si hube ó no de aterrarme, que lo digan los humanos turcos, que no han visto el sitio por donde pasé.

«Levanta me observó el Maestro, pues el camino es largo y penoso, y el sol está en la octava hora del dia.»

El camino que andábamos no iba á ningun palacio, y si sólo á una caverna; el piso era muy dudoso y la luz dudosa.»

«Maestro, dije yo de pié, antes de apartarme de este abismo, habla un poco para disipar mis dudas. ¿Dónde está la nevera, y por qué Lucifer se halla hundido boca arriba, y cómo en tan corto tiempo ha hecho su carrera el sol?»

A lo que repuso: «Tú te figuras hallante todavía en el con-fín del círculo en que me así del pelo del miserable gusano que cruza el mundo, y no has estado en él mientras yo descendia; mas al volverme pasaste ya al sitio que es centro de atraccion de todo peso (2).

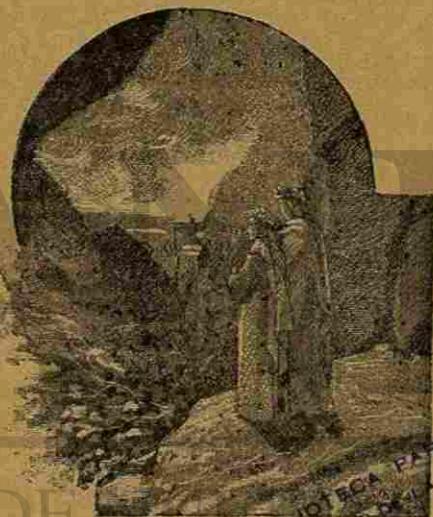
»Te hallas en el hemisferio cereano y opuesto al que cubre el gran desierto, bajo cuya bóveda apareció el hombre que

(1) Bruto y Casio se hallan en el círculo de Judas el deicida, esto es, en el centro del Infierno, como regicidas y traidores. Hay que recordar que Dante era partidario de los emperadores.

(2) Dante advino la ley de gravitacion.

nació y vivió sin pecado (1). Pisas la pequeña esfera, antípoda de la Judea.

«Luce aquí el dia cuando allá es de noche, y el que con su pelo nos sirvió de escalera, sigue clavado como lo estaba antes. Fué arrojado del cielo por esta parte, y la tierra, que antes se hallaba aquí, asustada, se convirtió en velo del mar, dirigiéndose á nuestro hemisferio, tal vez huyendo de Lucifer; la parte que allí ves amontonada, dejó el vacío este (2).



BIBLIOTECA PARTICULAR

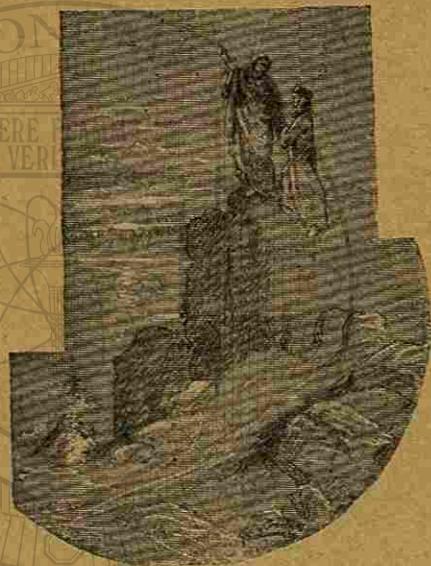
Srita. Felicitas Lozoya
PROFESORA DE CANTO

«Allí hay un sitio, lejano de Belcebu por todo lo extenso de su tumba, del que no se ve, pero se oye el murmullo de un arroyo que viene á él por un hueco que se abrió en la peña, en su sinuoso y suavemente inclinado curso.»

(1) Jesucristo.

(2) Quiere indicar la montaña del Purgatorio.

Mi Maestro y yo penetramos en aquel camino cubierto para tornar al mundo de la luz; y sin parar, ascendimos mi guía delante y yo detrás, hasta que vi por una abertura circun-

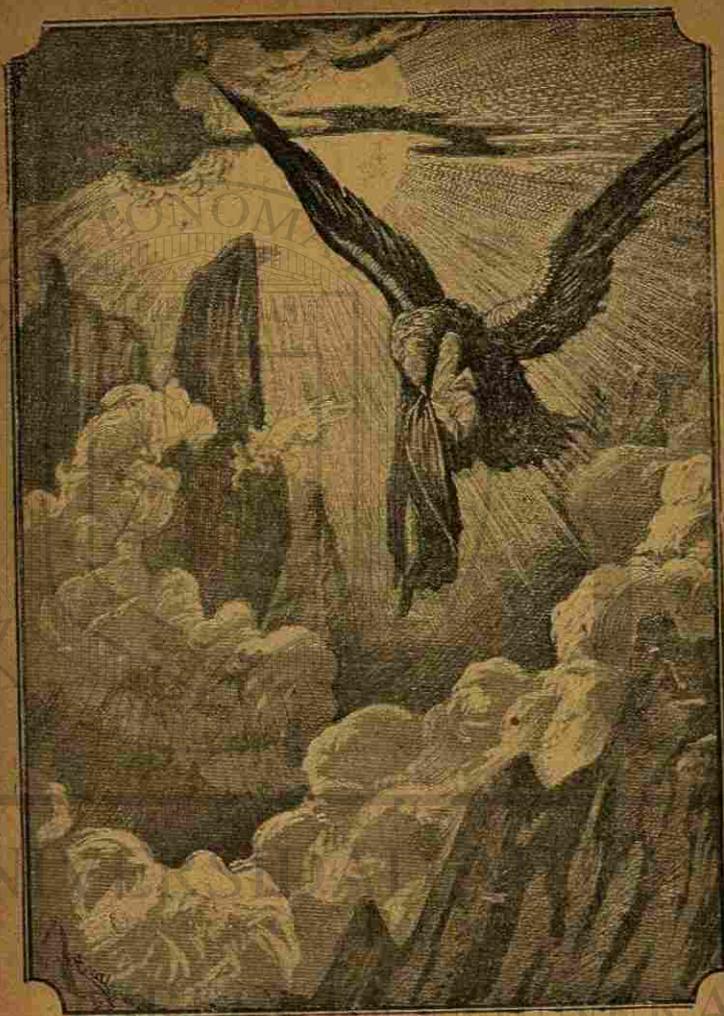


lar las preciosidades que contiene el cielo, y últimamente salimos para volver a contemplar las estrellas (1).

(1) Dante quiso que terminase cada uno de los tres cantos con la palabra *estrella* (stelle).

FIN DEL INFIERNO

PURGATORIO



CANTO IX—... me pareció que furiosa como el rayo venía sobre mí y me ascendía á la region del fuego.

PURGATORIO

CANTO PRIMERO

El divino poeta, luego de inocular á las Musas, refiere que hallándose á la venida de la aurora en una isla con su Maestro, encontró á Caton de Ulica.—Teniendo licencia para subir al Purgatorio, dirigióse con Virgilio al mar.—Por consejo de Caton lavó aquel el rostro de Dante, poniéndole un cintillo de junco.

SERÁ preciso que el barquichuelo de mi génio disponga su velamen para atravesar mejores aguas y abandonar un mar tan borrascoso. Así podré cantar el segundo reino, do se purifica el espíritu, para hacerse acreedor de llegar al cielo.

¡Oh Musas! Puesto que os pertenezco y que aqui se alza Caliope, haced que se eleve la muerta poesía, y que mi canto vaya acompañado por la voz que inmutó á las miseras Urracas, hasta el extremo de haber desesperado del perdon (1).

El hermoso color del zafir oriental, unido á la serenidad del aire en aquel circulo primero (2), me hizo recobrar la alegría y animó mi vista, tan luego como sali de la fatal atmósfera que entristeció mis ojos y amargó mi corazon.

El simpático planeta que dicta el amor (3) sonreia en todo

(1) Hijas de Piero, rey de Piella, Macedonia, que desafiaron á las Musas, y vendidas aquellas, fueron transformadas en Urracas.

(2) El cielo de la luna (sistema de Plolomeo).

(3) Venus.

el Oriente, haciendo desaparecer el signo Piscis, que venía en pos de él. Me volví á la derecha, encaminé mi espíritu hácia el otro Polo, y observé cuatro estrellas, notadas solamente por los primeros hombres (1).

Parecía que el cielo se gozaba en su resplandor. ¡Desdichado septentrion, que en tu aislamiento estás privado de admirar las estrellas! Disipada en mí aquella contemplación, me dirigí un poco hácia el sitio del otro Polo, en que había desaparecido el carro (2), y pude ver cerca de mí un anciano solo y digno de filial respeto (3).

Ostentaba una larga barba gris como su cabello, la que descansaba sobre su pecho. Daban tal resplandor á su rostro los destellos de las cuatro santas luces, como si estuviera inundado por el sol.

«¿Quién podeis ser vos, que marchando contra la ciega pendiente habeis escapado de la eterna cárcel? dijo el viejo, agitando su venerable barba.

»¿Qué guía ó antorcha ha sido la vuestra para huir de la perpétua noche que ennegrece el infernal valle?

»¿Así se falta á las leyes del abismo? ¿Habrá venido del cielo algún nuevo decreto, por el que vosotros, los condenados, podáis acudir á mis grutas?»

Mi guía me mostró entonces por señas que debía producirme con respeto, prosternarme y bajar la vista.

Después respondió él: «No vengo por mi voluntad, sino porque una mujer del cielo (4) me ha rogado que acompañara y guiara á éste. Mas ya que deseas saber nuestra misión, te diré que la mía se reduce á no negar nada.

»Este todavía no ha alcanzado su última hora; mas la tuvo tan próxima, por su locura, que le quedaban pocos momentos. Entonces, como he dicho, fui enviado en su socorro para salvarle, y el que hemos seguido era el único camino.

»Le he mostrado toda la raza condenada, y ahora deseo que vea los espíritus purificados bajo tu mando. Muy enojoso sería el decirte cómo lo he traído hasta aquí; de allá arriba emana la luz que me guía á traerle para verte y oírte.

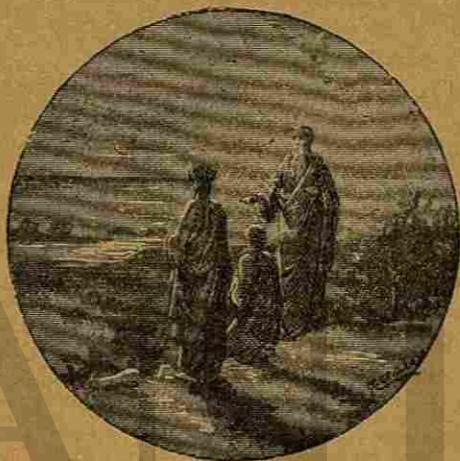
(1) Las cuatro virtudes cardinales: Prudencia, Justicia, Fortaleza, y Templanza.

(2) El carro de la Osa mayor.

(3) Catón de Utica.

(4) Beatriz.

»Ten la bondad de acogerle bien; busca la libertad que le es tan amada, como le consta al que desprecia la vida por ella. Bien lo sabes tú, que por la misma no encontraste la muerte dura y cruel; y dejaste el despojo en Utica, que tan resplandeciente se verá el gran día.



»Los mandatos eternos no los podemos revocar. Este es ser viviente, y Minos no me retiene; yo pertenezco al círculo en que están los castos ojos de tu Marcia, que todavía parece que te suplica, corazón santo, que la cojas por compañera y por tuya. Cede á nuestro ruego; deja que recorramos tus siete reinos; y te daré las gracias, si permites que tu nombre se mencione allí abajo.»

»Tanto gustó Marcia á mis ojos mientras estuve en la tierra, repuso él, que consiguió de mí cuanto quiso; hoy que mora allende del culpable río, no me puedo conmovér, por virtud de la ley creada cuando salí del Limbo (1).

»Mas si, según dices, te anima una mujer celestial, no apelas á dulces halagos: sobra con que la implorés ante mí.

(1) Venida de Jesucristo.

»Anda, pues, le ceñirás un flexible junco (1), y le lavarás el rostro para limpiarle de toda mancha, pues no está bien se presente con la vista empañada delante del ministro que verás y que pertenece al paraíso.

»Esta isla, allí abajo en su fondo, produce juncos en su tierra suave. Ninguna planta con hojas ó que endurezca tiene vida aquí, porque le sería imposible doblarse á los embates de las aguas.

»Después, no torneis por este lado. El sol que va alzándose os enseñará á trepar la montaña por más sencilla pendiente.»

Aquí desapareció, y yo me incorporé sin articular palabra, colocándome junto á mi guía, á quien miré y me dijo:

«Hijo mío, sigue en pos de mí y retrocedamos, puesto que esta planicie baja por allí hasta el último límite.»

Ya el alba iba empujando á la hora matutina que huía ante ella, y desde lejos percibí las ondulaciones del mar. Vagábamos por la llanura solitaria, á semejanza de quien busca la senda que perdió, figurándose andar en vano hasta encontrarla.

Al llegar á un sitio en que el rocío templó el ardor del sol, y ayudado por la sombra, no se puede evaporar mucho, mi guía puso sus dos manos en la fresca yerba; y yo, viendo su idea, le acerqué mis mejillas humedecidas por las lágrimas, en las que por su mediación volvió á aparecer el color del que el infierno las privara.

Después arribamos á la desierta playa, que jamás pudo ver viajero alguno que hubiese de volver á la tierra. Allí me ciñó el cinto después, según nos había sido mandado, y ¡oh singularidad! no bien arrancaba una de aquellas humildes plantas, brotaba otra súbitamente en su lugar.

(1) Símbolo de paciencia, sencillez y humildad.

CANTO SEGUNDO

A la salida del sol, los dos poetas aun se hallaban á la orilla, desde la que vieron deslizarse por el mar una barquichuela llena de almas, que un ángel llevaba al Purgatorio.—Entre ellas, Dante reconoció á su amigo Casella, músico insigne. Casella canta distraído, y á su vez Dante, distraído también, oye su canto.—Cólera de Caton quien les riñe por la lentitud con que caminan al sitio de la purificación.

HABIA el sol llegado al horizonte, cuyo meridiano impone á Jerusalem su punto más alto, y la noche, que traza su círculo en el lado opuesto, emanaba del Ganges sosteniendo la balanza que arroja de sus manos al triunfar el día.

De suerte, que donde aparecía el sol tomaban las blancas mejillas de la bella aurora un color anaranjado. Todavía nos hallábamos nosotros á la orilla del mar, como el viajero que piensa en su camino, cuyo espíritu se mueve, en tanto que su cuerpo está parado.

Pero como Marte, antes de amanecer cruza los densos vapores y enrojece el Poniente sobre el mar, así se apareció un resplandor (¡quisiera volverle á ver!) que con tal velocidad se aproximaba por la parte del mar, que no existe ave que le pudiera seguir en su vuelo.

Y como apartase yo los ojos para hacer una observación á mi Maestro, al volverme lo noté más inmenso y luminoso. Después me pareció descubrir algo blanco en los lados, de donde salía pausadamente otro objeto más blanco aún.

Nada dijo mi guía, hasta que las primeras formas blancas tendieron sus alas. Entonces, reconociendo el barquero, dijo: «¡Hinea tus rodillas! ¡Hé aquí el ángel de Dios; une tus manos! En adelante verás idénticos ministros.

»Ve como no se sirve de los humanos medios, pues no necesitas remos ni otras velas que sus alas para cruzar estas tan apartadas orillas de los vivientes. Repara cómo las levanta al cielo, y cómo azota al viento con sus eternas plumas, que no mudan e mó los cabellos de los mortales.»

Cuanto más se aproximaba la divina ave, más brillaba; de suerte que la vista no podía sufrir su resplandor, viéndome precisado á bajar en tanto venía á la orilla con su barquichuela, tan frágil y ligera, que casi no surcaba las aguas.



En la popa estaba el celestial nancero, cuya beatitud se retrataba en sus facciones, y más de cien espíritus, en la barquilla sentados, que á coro entonaban *in exitu Israel de Egypto*, con un arrobamiento digno de tan célebre salmo.

Haciendo el ángel la señal de la cruz santa, todos saltaron á la playa, y el regresó con la misma velocidad que había venido.

Los viajeros del ángel parecían extranjeros en aquel punto; así que miraban en torno suyo como el que se ve sorprendido por cosas desconocidas.

El sol tendía su manto por todas partes arrojando con sus inevitables dardos al Capricornio del cielo, cuando la cohorte recién llegada alzó hácia nosotros la vista, diciendo:

«Mostradnos el camino que lleva al monte si lo sabéis.»

Y mi guía respondió: «Tal vez pensáis que conocemos este lugar, pero como vosotros, somos extranjeros; poco antes que vosotros llegamos aquí, mas por un camino tan sinuoso

y fatal, que para nosotros será un pasatiempo el trepar por la montaña.»

En mi respiración comprendieron las alma que yo era viviente, y palidecieron de asombro, y según alrededor del mensajero que lleva la rama de olivo se agrupan las masas para adquirir noticias, sin temor de empujarse, así me rodearon aquellas venturosas almas, olvidándose de correr á la perfección.

Una de ellas se adelantó tan solícita para abrazarme, que tuve que imitarla; mas ¡oh sombras vanas! excepto para los ojos. Tres veces intenté echarle los brazos, y otras tantas me encontré con el vacío.

Seguramente debió pintarse la admiración en mi semblante, puesto que la sombra, sonriendo, se retiró, en tanto que yo avanzaba hácia ella.

Sosíégate, me dijo al fin con dulzura; y conociéndola entonces, le rogué que se detuviera para hablarle, respondiéndome: «Como te quise con mi mortal cuerpo, te quiero hoy, libre de él; me quedo aquí. Mas tú, ¿á qué vienes?»

«Amado Casella (1), viago para volver al mundo de los vivos, al que pertenezco todavía. Pero ¿cómo te se ha negado por tanto tiempo este dulce y terrible sitio?»

Y me contestó: «No es por culpa del que nos pasa cuando le place, por más que muchas veces se haya negado á hacerlo; pues hay una voluntad justa, á la que debe ajustar la suya. Verdaderamente ha recogido en estos últimos tres meses á todo el que ha querido entrar con la divina paz (2).

»Encontrándome yo á la orilla del mar, en que se vuelve salada el agua del Tiber, me recibió benévolo cerca de la embocadura en que alzan sus olas, por juntarse allí los que no bajan hácia el Aqueronte (3).»

Yo le repuse: «Si nueva ley no te priva de la memoria ó del uso de los cantos amorosos, que tanto dulcificaban mis penas, consuélame un tanto mi alma, que al venir á estos sitios con su cuerpo, se ha llenado de pánico y terror.»

(1) Acreditado músico florentino, muy amigo de Dante, con el que se solazaba en sus horas de descanso.

(2) Todos los que aprovecharon las indulgencias del Jubileo del mes de Diciembre de 1300, por Bonifacio VIII.

(3) Puerto de Ostia, próximo á Roma.

Con tal dulzura cantó entonces *Amor que habla á mi mente* (1), que su voz aun vibra en el interior de mi alma.

Mi guía, las sombras y yo, que rodeábamos al cantor, parecíamos tan satisfechos, cual si no nos debiera ocupar ninguna otra idea, tanto, que exclamó el noble anciano: «¿Qué es esto, perezosas sombras? ¿A qué este descuido? ¿Por qué tal retardo? ¡Volad al monte para despojaros de la corteza que impide á Dios llegar hasta vosotros!

Como palomas juntas se pican el trigo ó zizaña sin usar su acostumbrado arrullo, y que súbitamente alzan el vuelo por estar dominadas de algún temor, tal desaparecieron las almas recién llegadas para dirigirse á la costa, como el que sigue un camino que no sabe dónde le lleva.

Nuestra fuga no fué menos veloz.

CANTO TERCERO

Los dos poetas se disponen á subir al monte del Purgatorio. — Se convencen de lo áspero y penoso del sendero. — Almas de excomulgados que aguardan cierto tiempo antes de ir al lugar de la expiación. — Entre ellas está Manfred, rey de Pulla y Sicilia.

CN tanto que aquella fuga veloz dispersaba por la campiña las almas que volvían hácia el monte á que nos conduce la razón (2), yo me aproximé á mi querido protector; ¡como sin él pudiera hacer mi viaje! ¡Quién me hubiera sostenido del monte en la cumbre!

Creía sentir por él grandes remordimientos. ¡Ah, conciencia limpia y pura! ¡Cómo es para tí horrible veneno la falta más leve!

Al dejar, por fin, los piés la veloz carrera que quita su nobleza á toda acción, mi hasta entonces preocupada mente se fijó en el sitio de su aspiración, dirigiendo la vista hácia el monte que se eleva al más alto Cielo.

El sol resplandecía rojo detrás de mí, por ser obstáculo

(1) Cancion de Dante.

(2) Montaña del Purgatorio.

á sus rayos mi cuerpo. Volví la cabeza por temor de verme abandonado, y noté que sólo estaba ante mí la tierra oscura.

Mi égida me dijo: «¿A qué la desconfianza, y por qué te vuelves así? ¿Crees que ya no soy tu guía?»

»Ya Vesper se halla allí donde está sepultado el cuerpo en que forme una sombra. Nápoles lo tiene por habérselo quitado á Brindis (1). Si no se describe ahora ninguna sombra delante de mí, no te admire otra cosa que el espectáculo de los Cielos, pues no hay rayo que proyecte sombra sobre otro rayo.

»La divina virtud dispone que nuestros cuerpos, imitando á los vuestros, les aquejen también tormentos, y el calor y el frío; mas no nos ha revelado el cómo y por qué lo hizo.

»Muy insensato es el que cree que nuestra razón podrá registrar el misterio infinito que sólo tiene una sustancia de tres personas. Humana raza, conformate con el *guía*. Si lo hubieses podido ver todo, no hubiera sido preciso el parto de María.

»Son muchos los que han querido ver satisfecho el anhelo que se les impuso como eterno suplicio, aunque inútilmente; me refiero á Aristóteles, Platon y otros varios.»

Por fin nos hallamos al pié de la montaña, donde vimos rocas tan escarpadas, que los piés más ágiles eran completa-



(1) Brindis, donde murió Virgilio.

mente inútiles. La más áspera y solitaria senda de entre Lericí y Turbia (1) es practicable y fácil respecto á aquella.

»Ahora, dijo deteniéndose mi guía, ¿por dónde descenderá el camino que pueda para subir el que no tiene alas?»

Y en tanto él permanecía absorbido en estas ideas, me fijé yo en lo más elevado de las rocas, y noté infinidad de almas que venían hacia nosotros, al parecer sin movimiento, tan pausada era su marcha.

«Alza la vista, observé á mi Maestro, y podrás ver á quien nos dirigirá, si no puedes dirigirte por tí.»

Me miró entonces, y en ademán más satisfecho me contestó: «Vamos hacia ellas, ya que con tal pausa vienen, y animate, hijo amado, con esperanza mejor.»

Luego de andar algunos centenares de pasos, meditaba aun entre nosotros la distancia que alcanza un buen hondero con su piedra, cuando todas las almas se agruparon contra las rocas duras de la escarpada orilla, siguiendo inmóviles y aprestadas entre sí como quien incierto del camino que debe seguir, mira y se para.

«Vosotros, que alcanzásteis un buen fin, espíritus elegidos, dijo Virgilio, indicadnos por la dulce paz que tanto anhelaís, qué camino debe llevarnos á la cima del monte, el galardón que en él se espera.»

Como las abejas al salir de su celdilla deponen su vista y su pico, imitando todas á la primera, sin darse cuenta en su sencillez de por qué obran de aquel modo, observé moverse á la primera alma de aquella hermosa legión, y dirigirse á nosotros con el sudor en su frente y la modestia en sus acciones.

Al observar que á la derecha proyectaba la luz mi sombra en aquella gruta, retrocedieron, algunos pasos, practicando el mismo movimiento las que vienen detrás, sin saber el motivo.

«Antes de que preguntéis, me anticipo á declararos que es un cuerpo humano el que está á vuestra vista; y esta es la causa de la sombra proyectada por el sol. No os asombre, y creed que un celestial poder le induce á salvar esta barrera.»

Luego que mi guía hubo así hablado, dijo aquella noble

(1) Dos lugares sitos en el Estado de Génova.

legión: «Bien, retroceded y marchad delante de nosotras;» y todas nos saludaron con las manos.

Una de las sombras aquellas me habló así: «Quien quiera que seas tú, que de esta suerte vas, fijate en mí y evoca tus recuerdos, á ver si me viste allá abajo.»

Me fijé en ella con atención; era rubia y de buen aspecto, á pesar de dividir en dos una herida una de sus cejas.

Al responderle con humildad que no la había visto jamás: «Mira, me dijo, mostrándome una herida en la parte superior del pecho, y luego sonriendo: Soy Manfredo (1), nieto de Constanza, emperatriz te ruego que cuando regreses á la tierra visites á mi graciosa hija, aquella madre de la honra de Sicilia y Aragon, y le manifiestes la verdad, en el caso de que se suponga otra cosa.

»Luego que mi cuerpo sufrió dos mortales golpes (2), me entregué sollozando al que perdona por su voluntad. Mis pecados fueron terribles; mas la Bondad divina tiene tan dilatados brazos, que alcanzan siempre á todos los que de veras imploran su clemencia.

»¡Oh! si el pastor de Cosenza, mandado por Clemente á buscar mis despojos (3), hubiera sabido ver en Dios la faz de su bondad, mis huesos estarían todavía en el puente cerca de Benevento, custodiados por las pesadas losas.

»Hoy están á la inelemencia de la lluvia y agitados por el viento fuera del reino, casi al lado del Verde en que se les arrojó bajo la influencia de la maldición de las apagadas antorchas. Mas esta no destierra al divino amor, hasta el caso de que no pueda volver, en tanto la esperanza es verde y puede dar flor.

»Es verdad que el que muere contumaz con la santa Iglesia, debe, aunque por fin se arrepienta, hallarse fuera de aquella orilla treinta veces más tiempo del que se conservó obstinado, á no ser que acorten este tiempo sinceros sufragios.

»Si quieres servirme, ten la bondad de decir á mi buena

(1) Rey de la Pulla y Sicilia.

(2) En el combate de Cepperano contra C. de Anjou.

(3) Se refiere al obispo de Cosenza, mandado por el papa Clemente IV, para desenterrar el cuerpo de Manfredo, escomulgado por sus crímenes y herejías.

Constanza (1) de la manera que me viste, y que entredicho me sujeta; pues aquí se avanza mucho con las preces de la tierra.

CANTO CUARTO

Apoyándose en Virgilio, Dante recorre una estrecha y escarpada senda, por la que llega á una plataforma, rendido de cansancio.—En esta se hallan detenidos los Negligentes, ó los que esperaron para arrepentirse la hora de la muerte.—Reconoce Dante á Belacqua.

CUANDO por efecto del placer ó dolor que tiene alguno de los sentidos del alma, se recoge en este, sin que al parecer entienda á otro alguno, es para demostrarnos el error de los que se figuran que en nosotros nace y crece una alma debajo de otra (2).

Así cuando se percibe una cosa que absorbe toda el alma dirigida á ella, transcurre el tiempo sin notarlo el hombre, porque es una facultad que oye y otra que arrebató el alma; la una está como amarrada, la otra libre. Allí lo pude probar, oyendo al espíritu y admirándole según hablaba, pues había llegado el sol á cincuenta grados sin notarlo yo, cuando arribamos á un sitio en que nos gritaron todas las almas: «Hé aquí el objeto de vuestra petición.»

La abertura que cierra el labrador con la horea de zarzales al estar sazónada la uva, es menos angosta que el camino por do mi guía y yo subimos solos cuando las almas se nos apartaron.

Llégase á San Leo (3), se descende á Noli, se sube con la ayuda de los pies á la cima de Bismantua; mas en aquel punto ya es necesario volar en alas de un gran deseo, como lo practiqué yo detrás del que era mi esperanza y que alumbraba á mi camino.

A duras penas y auxiliados de pies y manos únicamente,

(1) Hija suya que se llama Constanza como su abuela la emperatriz.

(2) Canon XI del Concilio octavo.

(3) San Leo, ciudad en el ducado de Urbino; Noli, puerto entre Final y Sabona; Bismantua, montaña de Lombardia.

consegüimos trepar por las quebradas peñas (1), y al llegar al borde superior de la alta orilla, la que domina mucho: «Maestro, dije entonces, ¿qué sendero emprendemos?»

«No retrocedas un paso, me dijo; antes bien, sigúe á la cima del monte hasta que veamos una prudente escolta.»

La cumbre era tan gigantesca, que no había vista que la pudiera alcanzar, y la costa era más recta que la línea que parte del medio al centro del cuadrante.



Rendido de ascender, por fin exclamé: «¡Ah querido padre mio! Vuelve y notarás que me voy á quedar solo si no te paras.» «Hijo amado, arrástrate un poco,» repuso mostrándome una peña que por aquel sitio dominaba el monte.

(1) Esto denota la dificultad de subir al Purgatorio, pues hay que apelar al auxilio de los pies, que demuestra aquí el buen deseo, y á las manos, que significan las santas y buenas obras.

Sus palabras me estimularon de tal manera, que no dejé de saltar detrás de él, hasta que se halló debajo de mis piés aquella roca circular. Nos sentamos ambos en ella, vueltos hácia el Levante por el que habíamos subido, y por ser siempre agradable ver el camino que se ha vencido.

Primero dirigí la vista al fondo y luego la alcé hácia el sol, admirándome el verlo á la izquierda, sin dejar de notar mi extrañeza el poeta, al ver que se hallaba el carro de la luz entre nosotros y el aquilon. En aquel momento me observó:

«Si siguiesen Cástor y Pólux ese espejo que da su luz á los puntos superior é inferior, podrias ver enrojecido al Zodiaco, rodar más próximo aun de las Osas, á no seguir su curso de costumbre; y si deseas saber cómo es esto, recógete y ve que el monte Sion y éste están situados en la tierra, de suerte que tienen ambos el mismo horizonte y distintos hemisferios. Por lo que verias precisamente el camino que no pudo recorrer el carro de Faetonte en un lado de esta montaña (1), al paso que lo notarias en el lado opuesto del otro monte (2), á no ser que tu imaginacion estuviera distraida.»

«Es verdad, querido protector, no habia visto tan claro como ahora, le respondi: hasta en aquello que no alcanza mi razon. De suerte, que el semicírculo del movimiento superior, al que cierto arte llama Ecuador, y que está siempre entre el sol é invierno, por las nociones que me acabas de dar, se separa de este monte hácia el septentrion, mientras que los hebreos veian este propio círculo en las abrasadoras regiones del Mediodia. Mas desearia saber si nos resta mucho que andar, pues aun se alza mucho esta montaña, tanto, que no puede alcanzarlo mi vista.»

Y me dijo: «Esta montaña cansa mucho en su base; pero segun se va subiendo aminora el cansancio; de modo, que cuando te parecerá asequible y en las alturas será tu paso veloz, como el del esquife, que apenas dibuja los rizos en la superficie de las aguas, llegarás al fin de esta senda. Espera descansar cuando llegues allí. No te digo más; tengo esto por muy cierto.»

No bien habia pronunciado estas palabras, se oyó próxima

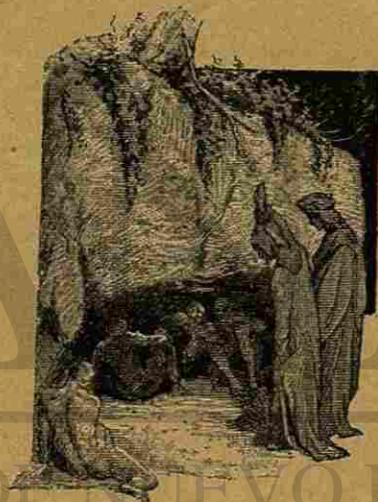
(1) Montaña del Purgatorio,

(2) Monte Sion.

á nosotros una voz que dijo: «Tal vez te veas en la necesidad de sentarte antes.»

Al timbre de aquella voz nos volvimos, advirtiendo á la izquierda una gruesa peña, que ninguno de los dos habíamos reparado; nos aproximamos á ella, y vimos que estaban algunas almas tendidas á su sombra como echadas indolentemente.

Una de ellas, que me pareció rendida y que se hallaba sentada entre las otras, abrazaba sus rodillas, en las que escondia su rostro.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

“ALFONSO REYES”

Edad. 1625 BONTERRER, 11075

«Oh querido señor mio! dije entonces, fijate en el que está tan indolente cual si fuera hermano de la pereza.»

Aquella sombra se volvió hácia nosotros, y examinándonos por debajo de su muslo, nos dijo: «¡Vé á lo alto tú, que pareces tan valiente!»

En aquel instante reconocí aquel espíritu, y sin embargo de mi cansancio, dirigíme á él; al verme cerca, alzó un poco la cabeza, y me dijo: «¿Comprendes por qué guía el sol su carro por la parte de tu hombro izquierdo?»

Su indolente postura y breves frases dibujaron en mis labios una pequeña sonrisa, y le hablé así: «Belaqua, ya no te compadezco (1); mas di, ¿por qué te sientas de ese modo hecho un ovillo? ¿Esperas una escolta, ó eres aun victima de tus añejas costumbres?»

Él me contestó: «Hermano, á qué encaminarte á lo alto; el ángel de Dios que vela junto á la entrada, ¿no me consentiría llegar al punto de las espiacones?»

«Es necesario que el cielo me deje afuera por un tiempo igual al que pasé en vida, aplazando hasta el fin los sanos suspiros de la penitencia, á no ser que se eleve por mí la plegaria de una alma en gracia. Otra prez tampoco me serviría, pues no la atendería el cielo.»

El poeta subía delante de mí, diciendo: «Ven, el sol ya toca al meridiano y la noche va á sentar su planta en las playas de Marruecos.»

CANTO QUINTO

Llegados á la cima más alta, halla el poeta á los que, sin embargo de haber tenido violenta muerte, les sobró tiempo para el arrepentimiento.—Dante cuenta el aciago fin de algunos de ellos.—La Pia.

HABIAME ya apartado de aquellas almas y pisaba las huellas de mi maestro, cuando señalando con el dedo detrás de mí una de tantas, dijo: «Ve como el rayo de luz no resplandece á la izquierda del que va detrás, y que parece en sus movimientos un sér viviente.»

A estas palabras volví la cabeza, y noté aquellas admiradas almas, fijándose solo en mí y en la luz que interceptaba mi cuerpo.

«¿Qué es lo que turba tu razon, me dijo mi guia, que de tal suerte retiene tu marcha, y qué te importa cuanto aquí se murmura?»

«Sígueme, y deja que hablen á su sabor. Sé como la sólida almena que jamás se derrumba al influjo del vendabal, pues

(1) Era un célebre tocador de cítara.

siempre la acumulacion de ideas aparta de su objeto al hombre, por debilitarse entre sí por motivo de su propia fuerza.»

¿Qué debía yo responder sino «Ya voy?» Esto contesté con el rubor que algunas veces consigue el perdon del hombre.

En el interin venian hácia nosotros á través de la costa algunas sombras que entonaban versículos del *Miserere*. Al ver que por causa de mi cuerpo no daba curso á la luz, se trocó su canto por un ¡oh! prolongado y ronco,



Dos de ellas, á manera de emisarias, se destacaron diciéndonos: «¿Qué condicion es la vuestra?»

Mi guia repuso: «Regresad y decid á los que os envian, que el cuerpo de éste es de carne verdadera. Si, como pienso, se han parado para contemplar su sombra, ya se les contesta suficientemente que le honren, puesto que puede serles muy estimado.»

Jamás habia notado cubrirse más rápidamente el cielo de rojizos vapores, ni desaparecer el sol con más velocidad por las nubes de Agosto, de la con que tornaron aquellas sombras al punto de partida, y juntándose á las demás, dirigirse todas hácia nosotros como escuadron que parte á galope.

«Grande es la cohorte que nos circuye, observó el poeta, y llega para hacerte alguna súplica; tú no dejes de andar y caminando oye.

«¡Oh! alma que para ser venturosa te vuelves con los pro-

pios miembros que naciste, gritaban, acorta un poco tu paso. Repara si conociste alguno de nosotros para que puedas hablar allá abajo de él. ¡Oh! ¿Por qué te marchas? ¿Por qué no te esperas?

»Todos hemos muerto de muerte violenta y pecamos hasta nuestra hora postrera, en la que nos trasformó la luz celestial, en términos que, arrepentidos y perdonados, saliéramos de la pacífica vida con Dios que castiga nuestro corazón con la vehemencia de verlo.»

Yo les dije á mi vez: «¿Por qué en lo trasformado de vuestros caracteres no puedo reconocer á ninguno? Mas si puedo hacer algo de vuestro gusto, felices espíritus, decidlo y lo haré, por la paz que me lleva en pos de mi guía, y así me la hace buscar de uno en otro mundo.»

Uno de ellos: «Confiamos en tu benevolencia sin pedirte juramento; no falta más sino que tu buena voluntad no se estrellé en la impotencia.

»Así, yo que te dirijo la palabra antes que los demás, te ruego que si algún día visitas el país situado entre la Romanía y reino de Carlos (1), me otorgues en Fano el don de tus preces, para que con ellas pueda purificar mis gravísimas faltas.

»En aquella ciudad vi la luz, y en ella, antiguo seno de los Antenoridos (2), recibí también las heridas de las que brotó la sangre que estimulaba al considerarme allí del todo seguro. Este dispuso aquello, por aborrecerme más de lo que exigía la justicia (3).

»Si me hubiera evadido hacia la Mira, al ser alcanzado en Oriaco, aun permanecería allí donde se alienta: más corri hacia las lagunas, donde las cañas y el fango hicieron que midiera el suelo con mi cuerpo, y allí noté salir de mi cuerpo un lago que regó la tierra.»

Otra alma me dijo: «Si llega á cumplirse el deseo que te anima al monte gigante, ten la caridad de acordarte del mío.

»Nací en Montefeltro; soy Buonconte (4). Para nada se cui-

(1) Marca de Ancona. — Fano ciudad.

(2) Pádua, que debió su fundación á Antenor.

(3) Azzon III de Este, mandó asesinar en Oriaco á Jacobo de Cassero, y esta alma le acusa aquí.

(4) Hijo de Guido Montefeltro, casado con Juana, murió en la batalla de Campaldiso en 1189. Batalla contra los güelfos.

dan de mi ni Juana ni los otros; y por este motivo estoy entre éstos con la frente baja.»

Yo le repuse: «¿Por qué violencia ó casualidad fuiste arrancado de Campaldiso, donde no se halla ni siquiera tu tumba?

»¡Oh! me dijo, corre al pié de Cansentino un río llamando Archiano, que brota en el Apenino sobre Eremo (1). Arribé acerbillado de heridas allá donde pierde su nombre, escapando á pié y quedando ensangrentada la llanura. Allí perdí vista y palabra por el nombre de María; y caí sin que quedara más que mi carne.

»Te diré la verdad, y tú la harás conocer á los vivos; al acogerme el ángel de Dios, gritaba el Infierno: «Tú, del cielo, ¿por qué me lo arrebatas?

»Me quitas su parte eterna, de la que sólo me priva una insignificante lágrima, mas de bien distinto modo trataré yo la otra parte del mismo.»

»Bien sabes cómo se condensa en el aire aquel vapor húmedo que desaparece en el agua cuando llega á la región del frío; arribando, pues, allí el genio del mal, que no piensa sino en el ajeno daño, desató el aire y los rayos, válido del poder de su naturaleza (2).

»Después de extinguirse el día, llenó el valle de sombras desde Prato Magno hasta la cima de los Apeninos, y preparó el cielo de suerte que el denso viento se convirtiese en agua. La lluvia cayó á torrentes, los barrancos tuvieron que rebotar el agua que la tierra no absorbió, y las corrientes encrespadas se lanzaron en el inmenso río, sin que fuera dado detenerlas.

»El furioso Archiano encontró mi cuerpo helado y lo llevó hacia el Arno, descomponiendo la cruz que yo formara con mis brazos sobre el pecho al vencerme el dolor. Luego de arrastrarme por sus orillas, concluyó por enterrarme en la arena y escombros que trajo en su curso.»

«Cuando regreses al mundo y hayas descansado de tu largo viaje, añadió un tercer espíritu, no te olvides de mí, que soy la desgraciada Pía. Me hizo Siena y me deshizo

(1) Convento Camaldulense

(2) En teología es admitido que pueden hacer llover los demonios, según lo confirma san Agustín en el Capítulo VIII, de la ciudad de Dios.

Maremme; harto le consta á aquel que al darme su mano hizo que pasara á mi dedo su alianza de fina pedrería (1).»

CANTO SEXTO

Continua hablando sobre los que se arrepienten en el instante de su violenta muerte.—Interin preguntaba Virgilio á una alma un tanto apartada de las demás qué camino del monte era más asequible, reconoce Dante en ella á Sordello de Mantua.—Este y Dante se abrazan.—Apóstrofe en contra de las disensiones de Florencia é Italia entera.

PERPLEJO se halla al salir del juego el perdidoso, y mohino recuerda y repite uno en en pos de otro los golpes de que fué víctima. La muchedumbre sigue al otro que marcha adelante; nadie se propone excitar un recuerdo en el dichoso, que sin parar oye á uno y á otro, y tendiendo una mano que jamás es estrechada puede evadirse de los que le cercan.

Así me encontraba yo en medio de aquella cohorte apiñada, girando mi vista de una á otra parte, prometiendo mucho para desembarazarme de ella.

Estaba allí el Aretino (2), que murió en manos de Ghino di Tacco, y el otro que se ahogó en persecucion de sus enemigos (3). Allí estaba orando con los brazos extendidos, Federigo Novello (4) y el de Pisa, que puso de relieve la hermosa alma de Marzucco (5).

También ví el conde Urso (6); aquella alma iba apartada de su cuerpo por la malicia y la envidia, y no por sus pecados,

(1) La Pia descendiente de la familia noble de los Tolomeos de Siena, la mandó encerrar su esposo Nello della Pietra, acusada de adúltera, en el castillo de Maremmes, cuyos aires pútridos la mataron. En siete versos consiguió el poeta revivir y vengar á la triste Pia.

(2) Mensser Benicasa de Arezzo, auditor en Roma de la Rota, fué muerto por Ghino di Tacco, cuyo hermano y sobrino había condenado á la última pena.

(3) Gione Tartati de Arezzo.

(4) Fué muerto por el Bostoli Fornaiuolo.

(5) Marzucco besó la mano del matador de su hijo Farinata.

(6) Urso, descendiente del conde Napoleone di Barbaja, fué asesinado por su tío el conde de Alberti.

como decía ella misma. Hablo de Pedro de la Brosse (1); que en tanto esté en la tierra, puede ponerse en guardia la princesa de Brabante, para no verse entre la atribulada cohorte.

Al verme libre de tantas sombras que elevaban preces para que otros lo hicieran por ellas, con objeto de acortar el tiempo de su santificación, principié yo de este modo:

«¡Oh astro mio (2), que según creo niegas en absoluto en tu texto que las preces ablandan los decretos celestiales! ¿Si será desvanecida la ilusión de esas almas que me piden eso mismo? ¿Será que no he comprendido tu idea?»

Y me dijo: «Claro está lo que he escrito; que se examine con santo y recto juicio, y resultará que no podrá ser falaz de esas almas la esperanza. Efectivamente, lo sublime del juicio de Dios no pierde nada en que la llama del amor haga en un punto lo que debiera hacer el alma desterrada aquí.

»Al asentarle así, la oracion era incapaz de purgar la falta, por hallarse el pecador separado de Dios, que hubiera sido el móvil de aquella oracion. Apartate del abismo de esa duda, esperando á la que alumbrará entre la verdad y tu inteligencia.

»Ignoro si me entiendes; me refiero á Beatriz, la que verás en la cúspide de este monte, radiante y feliz.»

Yo dije á mi vez: «Mi buen Maestro, puesto que ya no me fatigo, alarguemos el paso; mira por otra parte la sombra que la montaña proyecta.»

Entonces me contestó: «Hoy avanzaremos lo que podamos; mas esta senda tiene diferente forma de la que te figuras. Antes de llegar arriba has de volver á ver al que ya se esconde en la cuesta, de suerte que ya no puedes interrumpir sus rayos con tu cuerpo.

»Sin embargo, repara en aquella figura inmóvil que, sola y aislada, dirige sus miradas á nosotros, ella nos dirá el camino más corto y recto.»

Y llegamos á ella: «¡Oh alma lombarda! ¡Cuán altiva y orgullosa estabas! ¡Qué nobleza la tuya al dirigir tus ojos á nosotros!»

(1) Favorito y secretario de Felipe el Hermoso, acusado injustamente por la reina de haber intentado seducirla, y sentenciado á la horca.

(2) Por Virgilio.

Nos dejaba avanzar sin proferir palabra, como quien mira y reposa.

Virgilio se le aproximó rogándole nos indicara el mejor sendero, sin que ella respondiera á esta demanda: pero preguntó respecto á nuestra patria y vida, y mi dulce maestro empezó así: «Mantua.....» Súbitamente incorporándose la sombra, se abalanzó hácia él exclamando:

«¡Mantuanol! ¡Soy Sordello de tu amada tierra!» Y los dos se abrazaron (1).

«¡Oh esclava Italia! ¡Morada del dolor! ¡Buque sin piloto en deshecha tempestad, ya dejaste de ser soberana de las provincias; ya eres el centro de la prostitucion!»

Al grato nombre de su país natal, se aprestó aquella noble alma á festejar á su conciudadano; en tanto que sus moradores viven en continuas luchas, y hasta los que viven resguardados por los mismos muros se desgarran recíprocamente.

«¡Oh mísero! Rebusca en tus playas y repara si hay en tu seno una pequeña parte de tí mismo que disfrute de paz verdadera.

«¿Qué importa que Justiniano dispusiera tu freno, si la silla está vacante? Tu vergüenza tendría más disimulo sin él. ¡Ah raza que debieras con tu obediencia dejar que César ocupara tu silla, si entendieras lo que te ordena Dios, ve como el bruto se ha tornado reacio desde que tocaste su brida, por no haberle adiestrado primero con la espuela!

«¡Oh Alberto de Germania, que dejas al bruto del todo indomable y cerril, al deber ceñir sus ijares, que sobre tu sangre caiga el fallo justo de un esplendoroso cielo, y que sea tan claro y nuevo como le teme su sucesor.

«Alejados de aquí por la concupiscencia. ¿Por qué consentisteis con tu padre que quedara abandonado el eden del imperio? Hombre dejado, ven y verás los Montescos y Capuletos llenos de nefandas sospechas, y á los Monaldi y los Filippeschi, tristes y abatidos.

«Llega, cruel, llega á presenciar la opresion de tus nobles; observa sus descuidos, y notarás si Santafiara está en seguridad; llega, verás á tu Roma que llora su orfandad, gritando á todas horas: «César mio, ¿por qué no vienes junto á mí?»

(1) Sordello, poeta mantuano, que escribió en lengua provenzal. (Autor del Tesoro de los Tesoros.

«Llega á ver cómo se ama aquí; y si no tienes un resto de compasion hácia nosotros, que te avergüence siquiera tu lastimosa fama.

«Permitid que lo diga, Jove soberano, que por nosotros fuiste crucificado en la tierra, ¿no es cierto que tu vista se halla siempre fija aquí? ¿Tal vez habrás ordenado en el arcano de tu juicio un inaccesible bien á la prevision nuestra?»

«La tierra de Italia está sembrada de tiranos; el más miserable desde que ingresa en un partido, se torna un Marcelo.

«Querida Florencia, satisfecha puedes estar de esta digresion que no te atañe, gracias á la cordura de tu buen pueblo.

«Hay varios que tienen en su corazon la justicia; pero éste es lento en demostrarla, por no disparar el arco infructuosamente, en tanto que tu pueblo tiene la justicia en lo más saliente de sus labios.

«En otros puntos hay quien esquivo los cargos públicos; mas tu solícito pueblo responde, sin ser invitado, á los cargos de la ley: «¡Me someto á ella!»

«Alégrate, pues, que te sobran motivos; eres rica, y á tus bienes van unidas paz y prudencia. Que digo verdad, lo muestra el resultado.

«Atenas y Lacedemonia, con su ilustracion y leyes rancias, dieron ténue ejemplo de cordura comparadas contigo, que labras en Octubre sutiles reglas que no llegan á mediados de Noviembre.

«¿Cuántas veces en estos postreros tiempos, segun recordarás, has trocado las leyes, la moneda, los destinos, las costumbres, y renovado los miembros de tu pueblo?»

«¡Si te place recordarlo y abrir los ojos, verás que te encuentras como el enfermo que se agita en el lecho buscando postura que temple su padecer!»

DE BIBLIOTECAS

CANTO SÉTIMO

Virgilio se da á conocer á Sordello, que se prosterna y abraza las rodillas de su conciudadano.—Anuncia Sordello á los dos viajeros, que de noche no puede subirse á la montaña del Purgatorio.—Después les muestra los descuidados, tardíos en el arrepentimiento, obcecados con el poder y los honores.—En una pradera tapizada de flores, esperan la hora de su purificación.—Enrique de Inglaterra el marqués de Monferrato.—Cuando llega la noche entonan un himno las almas de que habla el anterior canto.

LUEGO de saludarse afectuosamente por tres ó cuatro veces, Sordello retrocedió un paso, diciendo: «¿Quién sois?»

«Antes de dirigirse á este monte las almas merecedoras de subir hasta Dios, mis restos fueron enterrados por Octavio.

»Virgilio soy, que sólo por una falta perdió el Cielo: la de carecer de fé.» Esto repuso mi maestro.

La impresion de Sordello fué tal, que bajó los ojos, se acercó con humildad á Virgilio, y abrazándole por las rodillas, exclamó:

»¡Oh gala de los latinos, por quien nuestra lengua pudo manifestar su belleza! ¡Prez eterna del sitio do ví la luz! ¿A qué obra, á qué desgracia debo el verte? Si no soy indigno de oír tu voz, dime si vienes del infierno y de qué recinto.»

«He atravesado todos los círculos de las lágrimas para llegar aquí; la virtud del cielo me va guiando, y con ella vengo. No es por haber hecho y si por dejar de hacer, el perder el alto sol de tu anhelo, y que conocí demasiado tarde.

»Allá abajo se halla un tristísimo lugar, no por los padecimientos, sino por las tinieblas (1), en el que las quejas no resuenan más que como suspiros profundos. Allí moro con los inocentes que derrocó la inflexible Parca antes de haberlos purificado del pecado original.

(1) El Limbo.

«Me acompañan los que no fueron revestidos con las tres santas virtudes (1), y que limpios de vicios observaron todas las demás.



»Pero si puedes ya lo sabes, danos alguna luz por la que podamos llegar más pronto á la verdadera entrada del Purgatorio.»

La sombra repuso: «Ningun sitio nos está designado; antes bien se me consiente recorrer la parte superior y cuanto hay á mi alrededor; donde yo pueda ir, me uno á ti y te guiaré.

»Mas como declina el día y no es posible subir de noche, debemos buscar un sitio seguro. A nuestra derecha hay reunidas algunas almas si bien algo apartadas; y si consientes te acompañaré hasta ellas, seguro de que te complacerás en conocerlas.»

Y le contestó: «¿Cómo es eso? ¿Si intentara subir de noche, habria quien eortara el paso, ó tal vez le faltaran las fuerzas?»

(1) Las virtudes teologales.

Sordello entonces trazó una raya en el suelo con el dedo, diciendo: «Ni esta raya podrás atravesar cuando el sol haya desaparecido, sin otro impedimento que las tinieblas de la noche, que por la imposibilidad en que nos ponen, contienen nuestra voluntad. Sin embargo, se podría descender y dar vueltas por la cuesta, en tanto el horizonte nos esconde el día.»

Mi duño entonces, maravillado, dijo: «Llévanos, pues, que se puede estar placenteramente.»

Al habernos alejado un poco, observé que el monte formaba un valle semejante a los de aquí abajo.

«Iremos, dijo la sombra, allí donde la cuesta describe un recodo y esperaremos el nuevo día.»

Entre la cuesta y el llano había un tortuoso camino que nos llevó a la ladera del valle, donde es menor que en el centro la vertiente que allí termina.

El oro y la plata fina, el albayalde, la púrpura, el palo del Brasil pulimentado y la fresca esmeralda en el instante de romperse, serían pálidos comparados con las yerbas y flores de aquel valle, que les excederían en resplandor, según excede siempre lo que es más a lo que es menos.

La naturaleza no ostentaba allí sólo los colores, sino la fragancia de multitud de aromas que componían un desconocido conjunto.

Ví sentadas allí entre el follaje y las flores algunas almas que no se percibían del exterior, por causa del valle, y estaban cantando la *Salve, Regina*.

«Antes de que se acabe de esconder el sol, dijo nuestro acompañante, no exijais que os lleve hacia ellas, pues desde esta eminencia notareis los gestos y los rostros mejor que estando en el valle y en su compañía.

Aquel espíritu sentado más alto que los otros, cuya posición indica descuido de lo que debiera hacer, y que no mueve los labios para cantar, fué Rodolfo el emperador (1). El únicamente podía curar las heridas causa de la muerte de Italia, pues ya es tarde para ser resucitada por otro cualquiera.

»El otro, que solo con su mirada le alienta, gobernó la

(1) Padre de Alberto, emperador, tan bruscamente atacado por el poeta en su apóstrofe a Italia.

tierra en que nace el agua que lleva el Moldava al Elba, y éste al mar.

»Su nombre fué Ottocar (1), y en pañales valió más que su hijo Wenceslao con toda su barba, que se arrastra por el fango de la lascivia y la pereza.



»Y el Romo que consulta con aquel de rostro benévolo, falleció en su fuga deshonorando la noble flor de lis (2). Ved cómo se maltrata el pecho. Mirad al otro que suspira; convierte la palma de la mano en lecho de su mejilla (3); son padre y suegro de los males de la Francia. Les consta su abyecta y viciosa vida, y de aquí la pena que les corroe.

»Aquel tan membrudo (4) que canta en el propio tono que el de pronunciada nariz (5), ciñó la cuerda de todas las honras; si luego de él hubiera sido rey el joven que permanece sentado a su lado, el valor de su raza aun tendría vida.

»De sus sucesores no se puede hablar así: Jacobo y Federico

(1) Ottocar, rey de Bohemia.

(2) Felipe el Romo, rey de Francia, hijo de san Luis.

(3) Enrique de Navarra.

(4) Pedro III de Aragón.

(5) Carlos I, rey de las Dos-Sicilias.

poseyeron varios reinos, mas ninguno de ellos obtuvo lo mejor de la herencia. Es raro ver subir hasta las ramas la humana probidad por haberlo ordenado así el que nos la otorga, al objeto de que se la demandemos.

»Mis frases se dirigen á aquel espíritu de tan pronunciada nariz, lo mismo que á Pedro, el que canta con él, y que ya motiva las justas querellas de la Pulla y Provenza.

»Cuanto ha degenerado más la planta de su simiente (más que Margarita y Beatriz), se engrie Constanza (1) de su esposo.

»Mirad al rey de la modesta vida sentado allí solo; es Enrique de Inglaterra (2). Tiene el consuelo de que sus retoños sean sanos.

»El que está tendido entre ellos mirando hácia arriba, es Guillermo, y por el que Alejandro y los suyos hacen llorar á Monferrato y el Canavesano (3).»

CANTO OCTAVO

Ostentando flamígeras espadas, bajan dos ángeles, guardadores del valle.—Después llega una serpiente que es arrojada por los celestes espíritus.—Conrado Malespina profetiza á Dante su cercano destierro.

CORRIA ya la hora en que crece la tristeza de los navegantes y en la que el corazón se oprime el día de la separación de sus queridos amigos. Era la hora, en fin, que enardece de amor al peregrino si escucha á lo lejos el tañido de la campana que parece gemir por el día que fenece, cuando dejé de percibir todo rumor y observé á una de las almas que con la mano rogaba que se la oyese.

Unió y alzó sus dos manos, fija su mirada en el Oriente, como si hubiera dicho á su Dios: «No anhele otro alguno.»

Y de su boca salió con tal devoción y con tan suaves notas

(1) Esposa de Pedro III, Margarita y Beatriz de Berenguer V, conde de la Provenza.

(2) El hijo de Ricardo.

(3) Guillermo, marqués de Monferrato, cuya muerte ocasionó la guerra entre sus hijos y los vecinos de Alejandría.

el *Te lucis ante...* (1) que aquel himno me hizo olvidar de mí mismo.

Las demás almas acompañaron su canto tierna y devotamente, puestas sus miradas en los celestes círculos.

Observa, lector, aquí la verdad faz, á faz pues es tan trasparente el velo que la envuelve, que fácilmente la penetrarás.

Después vi aquella silenciosa y magnífica cohorte en humilde postura contemplar al cielo; de lo alto salir dos ángeles con dirección hácia abajo, ostentando flamígeras y romanas espadas, y cuyas túnicas, verdes como las recién nacidas hojas, flotaban á capricho del viento, movidas por el verde plumaje de sus alas.

Uno de ellos se paró algo más abajo del sitio en que nos hallábamos nosotros, en tanto que el otro lo verificó por el lado opuesto, quedándose las almas entre los dos.

Nos era muy fácil distinguir sus blondos cabellos; mas al fijarnos en sus rostros nos deslumbrábamos, sucediendo á nuestra vista lo que á una fuerza de demasiada tensión, que acaba por amortiguarse.

«Los dos vienen del regazo de María, observó Sordello, para librar al valle de la serpiente que pronto llegará (2).»

Ignorante yo de la vereda que traeria para venir al valle, me volví aterrado y fui á juntar mis hombros á los de mi leal guía:

Sordello continuó diciendo: «Bajemos ahora hácia las magníficas sombras para hablarlas, puesto que será muy de su gusto el veros.

Habría descendido unos tres pasos, al observar que uno de ellos, que me miraba cual si me hubiera conocido. Aunque el aire se iba oscureciendo, todavía me dejó ver entre los ojos de la sombra y los míos lo que me escondía antes, por lo que vimos el uno sobre el otro. ¡Ah noble juez, oh Nino! (3) ¡Cuánta fué mi alegría al no verte entre los culpables!

Nos dirigimos todos los más cariñosos saludos, y después

(1) Himno á san Ambrosio.

(2) Emblema de la tentación.

(3) Nino, de los Visconti de Pisa, juez en Gallura, Cerdeña, dirigía al partido de los guelfos.

me interrogó: «¿Cuándo viniste al pie de la montaña á través de las olas inmensas?»

«¡Oh! le repuse, arribé esta mañana por la senda de la pena y de la angustia; no he perdido aún la vida primitiva, aunque adquiriera la otra continuando aquella mala senda.»

Al escuchar mi contestación, Sordello y él retrocedieron, cual personas acosadas de súbito asombro.

El primero se volvió á Virgilio, y el segundo á una alma que permanecía sentada, gritando: ¡Conrado, llega á ver lo que Dios en su misericordia dispuso!

Después volvió á mí: «Por el agradecimiento que debes al que tan oculto tiene su primer manantial, que no hay atajo para arribar á él, cuando te encuentres allende las grandes olas, dí á mi hija Juana que ruegue por mí allí donde se oye á los inocentes.

»No presumo que su madre continúe amándome, pues que dejó el niveo velo (1) que un día debe encontrar de menos la infeliz. Ella me enseñó lo que dura en la mujer la llama del amor, si no se ve atizada frecuentemente por el roce ó la vista.

»La víbora que campea en el escudo milanés, no le levantará tan bella tumba como la hubiera alzado el gallo de Gallura.»

Hablando así, se notaba en su exterior la señal del celo recto que ardía con justicia en su pecho. Mis ojos se elevaban á la parte del cielo en la que las estrellas son más lentas segun las partes de la rueda más cercanas al eje.

Mi Maestro me dijo entonces: «Amado hijo, ¿qué observas allí arriba?»

Y le contesté: «Me fijo en las tres antorchas, por las que arde allá abajo el polo (2).»

«Las cuatro estrellas refulgentes que viste esta mañana, continuó (3), han descendido, y esas han ascendido al sitio que aquellas ocupaban.»

En tanto me hablaba, Sordello lo llevó hácia sí, diciéndole: «¿Ves allí nuestro enemigo?» Y tendió el dedo para marcarle el punto.

(1) Velos de luto, segun el uso de aquella época. Beatriz de Este casó segunda vez con Galcas, de los Visconti de Milan.

(2) Las virtudes teologales.

(3) Cuatro virtudes cardinales: Prudencia, Justicia, Fortaleza y Templanza.

En aquella parte que abre el pequeño valle se hallaba una serpiente, acaso la que dió á Eva el pútrido alimento. Avanzaba el dañino reptil por entre las flores y la yerba, girando de vez en cuando su cabeza hácia la espalda, y lamiéndose como animal que pretende afinarse.

No lo ví, y por consiguiente no puedo precisar cómo los azares celestiales se movieron, pero observé el movimiento de uno y otro.

Al percibir el aire que se agitaba debajo de sus verdes alas, huyó la serpiente, y los ángeles se retiraron á sus puestos con vuelo uniforme.

La sombra que se aproximó al juez, acudiendo á su llamamiento, no cesó de mirarme en el intervalo de aquella acometida.

«Que la luz que te guía á lo alto encuentre en tu ánimo tanto alimento como es preciso para llegar á la esmaltada montaña;» y después dijo: «Si has oído algo del valle de Magra ó del vecino país, dimélo, pues en aquella tierra fui verdaderamente notable.

»Me llamaban Conrado Maslaspina (1); no soy el primero de este apellido, mas sí su descendiente. A los míos les profesé un amor que se apura aquí.»

«No he visitado vuestro país; mas ¿dónde se vivirá en Europa que no haya llegado vuestro nombre? La inmarcesible gloria de vuestra casa de tal lustre á los señores y al país entero, que no es desconocida ni aún de aquellos que no la vieron jamás.

»Y juro (¡así llegue con tanta seguridad allá arriba!) que vuestra honorífica estirpe mantiene la gloria á que es acreedora, una mano liberal y un invencible brazo.

»La rutina y buen carácter le proporcionaban tales ventajas, que aun cuando el jefe maldito del mundo estravió los demás hombres, sólo ella cumple su deber, despreciando la mala senda.»

El: «Vete ahora, y antes que entre siete veces el sol en la capacidad que ocupa el Aries, tu cortés opinion te será clavada en la cabeza con clavos más aguzados de lo que pueden espresar las palabras, á no ser que la Providencia detenga su curso.»

(1) Gran señor de la Lunigiana.

CANTO NOVENO

Refiere el poeta que se durmió, y en el sueño, al amanecer, tuvo una vision.—Al despertar se dirige á un sitio más elevado, cerca de su fiel maestro, que lo lleva hasta las puertas del Purgatorio.—El ángel guardian de aquella puerta se la abre muy diligente.

LA amiga de la vetusta Titho, salida de los brazos de su dulce compañera, se vislumbraba ya al Oriente con toda su blancura. Lucían en su frente preciosas perlas, cuya posición figura á aquel helado animal (1) que hiere con su cola al hombre.

La noche había avanzado dos pasos, y seguía su marcha ascendente en el sitio en que nos hallábamos, en tanto que el tercero obligaba ya á inclinar sus alas. Yo que arrastraba todo lo que nos viene de Adán, me sentí dominado por el sueño, y me tendí sobre la yerba en que estábamos sentados los cinco.

A la hora próxima al alba, cuando empieza la golondrina á entonar sus tristes endechas, en recuerdo acaso de sus primitivos dolores (2); á la en que el espíritu más extraño á la carne y menos abstraído de pensamientos terrenales, casi es divino en las visiones, creí ver en sueños un águila suspendida en el cielo, con plumaje de oro, tendidas las alas y preparada á descender, y me pareció que yo me hallaba allí do fueron abandonados los suyos por Ganimedes, al llevarse la cohorte celestial.

Me ocurrió también esta idea: «Esa águila puede que acostumbre á cazar aquí, y tal vez no se digna ir á otro sitio.»

Después me pareció que furiosa como el rayo, venía sobre mí y me ascendía á la región del fuego, donde me figuraba abrasarme con ella, sin que tardara aquel quimérico calor en apartar mi sueño.

Aquiles no debió estremecerse menos mirando á su alre-

(1) Escorpion.

(2) Conviene recordar la fabula de Progneo.

dedor sin saber dónde se hallaba, al tomarlo su madre en Chiron, y trasladarlo dormido á Seyros, de donde los griegos lo sacaron más tarde, de lo que me estremecí. El sueño huyó de mis pupilas, y me quedé estático y como helado de terror.

A mi lado sólo estaba el que me servía de sosten. Ya el sol hacía más de dos horas que había salido, y mi rostro estaba mirando al mar.

«No tenemos nada, dijo mi guía; tranquilízate, pues nos hallamos en seguro puerto; más bien que reprimir, puedes demostrar aquí tu vigor.

»Ya has llegado al Purgatorio; ve la muralla que le cerca y encierra; mira la entrada allí donde el muro es interrumpido.

»Mientras el alba, precursora del día, en tanto que dormitaba tu alma entre las esmaladas flores, ha llegado una mujer diciendo: «Soy Lucia (1); permitid que me lleve al que duerme, yo he favorecido su camino.»

»Sordello, como las otras buenas almas, se quedaron; te llevó, y al lucir el día se dirigió al monte, pisando yo sus huellas. Me dejó aquí, luego de mostrarme con sus divinos ojos esta entrada abierta, desvaneciéndose ella y tu sueño.»

Quedéme como hombre que cree después de dudar, y en el que el temor hace brotar la esperanza, por haberle sido revelada la verdad; al notarme mi Maestro sin ningún cuidado, se fué hácia la alta muralla, y yo hice por seguirle.

Bien ves, lector, cómo elevo el origen de mis cantos; no te extrañe, pues, el que procure sostenerle con más arte cada vez. Nos aproximamos y vimos aquella parte que parecía abierto muro por una hendidura que separa una pared; mas noté en ella una puerta con tres gradas de distintos colores, y un portero profundamente callado.

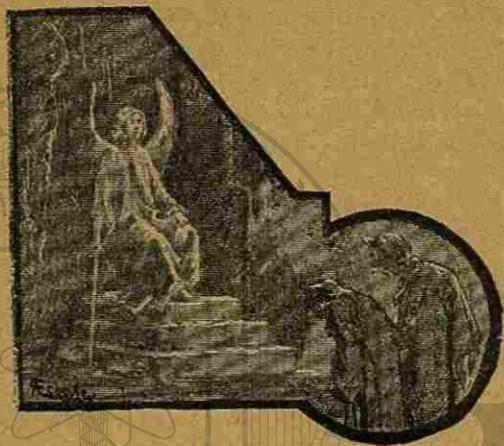
Y según iba abriendo los ojos más y más, vi que estaba sentado en la grada superior, y que su traza me era irresistible. Ostentaba en la mano una espada desnuda que hería nuestra vista con sus rayos; en vano intenté mirarla.

«Decidme desde ahí lo que queráis, dijo: ¿dónde está vuestra guía? Ved que vuestra venida no os sea fatal.

»Una mujer celestial, que de todo está informada, le repuso mi Maestro, nos dijo poco hace: «Id, que allí está la puerta.»

(1) Lucia, emblema de la gracia de la luz.

—«Que afiance ella vuestras plantas, observó el cortés portero; llegad y subid nuestras gradas (1).»



Y avanzamos; la primera era de tan hermoso y puro mármol, que en él me ví según parezco á los demás. Era la grada segunda de color sombrío, y se hallaba hendida en su extensión. La más alta, ó sea la tercera, me pareció de un porfido tan encendido, cual sangre que brota de las venas.

En ella estaban impresas las huellas de los piés del ángel de Dios, que permanecía sentado en el umbral de la puerta, cuyo umbral me pareció un diamante.

Mi Maestro me impulsó por las gradas á que me conducia mi buena voluntad, diciendo: «Pide con humildad que se abra la puerta.

Con devocion me arrodillé á los santos piés y rogué que se me abriese por caridad; antes me golpeé el pecho tres veces. El ángel me trazó siete veces con la punta de su espada en la frente la letra P, diciéndome: «Haz por lavar esas manchas cuando estés dentro (2).»

(1) La primera grada representa la sinceridad de la confesion; la segunda, la contriccion; la tercera, la satisfaccion.

(2) Emblema de los siete pecados capitales.

La tierra desecada ó ceniza seria de parecido color al de sus vestidos, de los cuales extrajo dos llaves. Una era de oro y otra de plata; antes con la blanca, y luego con la amarilla, intentó abrir la puerta, lo que me llenó de alegría (1).

«En el momento que una de estas llaves, nos dijo, faltando á su uso, no gira regularmente en la cerradura, la puerta no abre. Una de estas llaves es más preciosa; mas la otra requiere más arte y conocimiento, por ser la que mueve el resorte.

«La conservo de Pedro, quien me dijo era preferible equivocarse por abrir la puerta que por tenerla cerrada, con tal que se postren á mis piés los pecadores.»

Después empujó para adentro la sagrada puerta, diciendo: «Pasad; mas tened entendido, que el que está condenado á salir de aquí, ha de mirar hácia atrás.»

La sonora puerta giró rechinando sobre sus goznes con más fuerza que rugió la torre Tarpeya cuando fué arrojado de ella el gran Metelo, quedando vacía de su tesoro.

Me volví para oír atento el primer rumor, y me pareció percibir una voz, que entre varios dulces cantos, entonaba: *Te Deum laudamus*.

En mí se reprodujo un efecto á imitacion del que se experimenta comunmente cuando se enlazan las voces y el órgano que tan pronto se oyen como dejan de percibirse las palabras.

CANTO DÉCIMO

Al penetrar en el Purgatorio, ascienden ambos poetas al círculo primero, donde se purifica el vicio del orgullo. —Principian por ver escupidos en las paredes infinitos ejemplos de humildad. —Luego ven andar las almas de los orgullosos abrumadas por pesos enormes.

PASADO el umbral de la puerta que la mala inclinacion de las humanas almas consiente abrir tan raras veces para hacer conocer el tortuoso camino, comprendí por su sonido que se habia cerrado tras de nosotros.

(1) La llave de oro asemeja la ciencia que un sacerdote necesita para poder juzgar; la de plata, la autoridad que para absolver tiene la iglesia.

Si mis ojos se hubieran dirigido hacia ella, ¿cómo haberme escusado por tan grave falta?

Ascendimos por medio de dos hendidas rocas, cuyas sinuosidades entre una y otra remedaban á la ola que se escapa para enseguida volver.

«Debemos, dijo mi Maestro, tener la prevision de aproximarnos siempre al lado de mayor hundimiento.»

Siendo causa de que nuestros pasos fuesen tan extraños y lentos, que la luna, menguante á la sazón, se había retirado hacia su lecho para descansar, al salir nosotros de la senda estrecha. Mas al notarnos libres y en descubierto donde el monte vuelve á inclinarse hacia atrás, yo rendido y ambos ignorantes respecto á nuestro camino, hicimos alto en una plataforma más solitaria que la senda que hay á través del desierto.

Del borde del abismo al pié del alto camino que sigue descendiendo siempre, no se hubiera medido más que tres veces el cuerpo del hombre; por do quiera se tendiese la vista, siempre creía ver las laderas de la plataforma á la misma distancia.

Apenas habían pisado aquella via nuestras plantas, noté que la parte interior, que, recta y cortada á pico, hubiera sido inaccesible, era de blanco mármol y engalanada con bajos relieves, que no Polycletes precisamente, sino la naturaleza misma contemplaría con envidia. El ángel que bajó á la tierra con la dichosa nueva de la paz, suplicada con tantas lágrimas por espacio de tantos años, y que luego de la dilatada prohibición abrió el Cielo, estaba grabado allí en candorosa actitud; y tal era la naturalidad con que aparecía, que no se asemejaba en modo alguno á una figura muda.

Podía jurarse que estaba profiriendo el *Ave*, pues también estaba representada allí la que quiso las llaves para abrir las puertas al supremo amor, y que su actitud decía claro: *Ecce ancilla Dei* con tal precisión, como precisa es la huella que en la cera deja un objeto.

«Que tu razón no se fije en un solo punto,» dijo mi dulce guía, que me tenía á su lado por la parte do el hombre tiene el corazón.

Adelanté observando, y luego de María, y hacia la parte que estaba el que me hacía avanzar, vi otra historia grabada en la piedra, por lo que adelantándome á Virgilio, me acerqué para tenerla más á la vista.

Allí se representaba en el mármol el carro y bueyes que llevaban el arca santa, tan temido por quien pretende desempeñar un cargo que Dios no se ha dignado confiarle.

Más adelante había alguna gente distribuida en siete coros, lo que explicaba y hasta hacía repetir á dos de mis sentidos: canta y no canta. La vista y el olfato también están discordes ante el nublado de incienso que cubre al humilde salmista que antecede bailando al bendito y santo vaso; siendo á la sazón más y menos que un rey.

De la cúspide de un hermoso palacio que había enfrente, Michol le observaba con la actitud de una mujer triste y desdenosa.

Separé mis piés del puesto que ocupaba, para ver de cerca otra historia que lucía detrás de Michol, en la que se hallaba esculpida la gloria imperecedera del príncipe romano, que con su sublime virtud excitó al papa Gregorio á una victoria tan inmensa (1).

Me refiero al emperador Trajano. Estaba en el freno de su caballo una viuda hecha un mar de lágrimas; en torno suyo se destacaba una multitud de caballeros, y las águilas de oro tendían sobre su cabeza las alas al viento.

La infelice parecía exclamar entre ellos:

«¡Oh señor, venga la muerte de mi hijo! bien ves que tengo destrozado el corazón.»

El parecía responderle: «Espera que vuelva.»

Ella impulsada por la amargura:

«¡Oh señor, y si no tornais!» Y él: «El que esté donde me hallo sabrá vengarte.» Ella: «¿Y de qué puede servirte el bien que practique otro, si olvidas tú lo que te toca hacer?»

Y él, por fin: «Serénate, pues he de cumplir una obligación antes de adelantar. La justicia lo manda, y la piedad me retiene.»

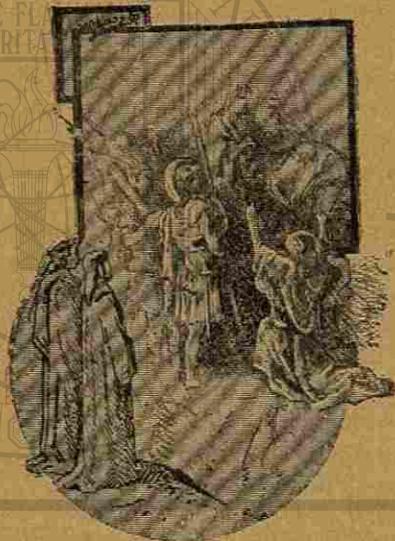
El que jamás vió cosa nueva (2), fué quien produjo aquellas

(1) Para entender en esto, se debe saber, que leyendo un día el papa Gregorio la historia de Trajano, se afectó de tal suerte al pensar que no había salvación para aquel emperador, á pesar de sus virtudes, por ser pagano, que penetró en una iglesia y oro con tal fervor por el alma de Trajano, que subito tuvo la revelación de que Dios había oído sus preces, y que el emperador estaba fuera de los tormentos del infierno; mas al mismo tiempo se le prohibió que orase por ningún otro pagano.

(2) Dios.

palabras inteligibles, nuevas para nosotros, por no existir otras parecidas en la tierra.

Interin me deleitaba yo en la contemplacion de aquellos cuadros de humildad, tanto más digno de admirar ¡cuanto! que no se ignoraba la mano del artífice, murmuraba ¡el poeta: «¡Cuántas almas van llegando lentamente; ellas nos ¡llevarán à las gradas superiores!»



Aunque ávidos mis ojos por contemplar todas aquellas cosas nuevas, no tardaron en dirigirse à él.

Lector, no quisiera que te desviases de tus buenas disposiciones, para que veas cómo quiere Dios; que se paguen las deudas. No te fijas en la especie de martirio, sino en lo que le sigue; calcula que cualquiera que pueda, ser, no pasará del grande juicio.

En aquel punto empecé así: «Maestro, no me parecen almas lo que veo moverse hácia nosotros; ignoro lo que será, y sin embargo, tiemblo à su aspecto.»

El me dijo: «La pesadísima clase de su tormento, de tal

manera les hace encorvar hácia el suelo, que mi vista dudó también al principio, pero observa con fijeza y con tus ojos endereza lo que está debajo de esas grandes piedras. Así podrás comprender el tormento destinado à cada uno.»

¡Oh soberbios, miserables y débiles cristianos, que careciendo de la vista del entendimiento, fiais en vuestros pasos que os hacen volver atrás! ¿No sabéis que somos los gusanos nacidos para dar forma à la mariposa angélica (1), que, sin tropiezo, vuela hasta la justicia de Dios? ¿Por qué se endereza como el gallo vuestro espíritu, siendo unos insectos defectuosos y miserables, cuya formacion abortó?

Como para aguantar el peso de una viga, se ve frecuentemente à lo largo de las maderas una figura humana unido el pecho con las rodillas, causando con su presunto mal un sentimiento en el que la ve, así noté yo aquellas almas al intentar examinarlas.

Verdad es que se hallaban más y menos contraídas, según llevaban más ó menos peso en sus hombros; pero hasta la que sustentaba menos peso parecia exclamar: «No puedo más.»

CANTO DECIMOPRIMERO

Honra de los orgullosos.— Virgilio les pregunta por qué camino puede subirse más fácilmente.— Andando los dos poetas, reconoce Dante el alma del pintor Urdresi de Gubbio, que le refiere la historia de los pintores italianos, sucediéndose tan rápidamente, que enseguida la gloria del uno hace olvidar la del otro.

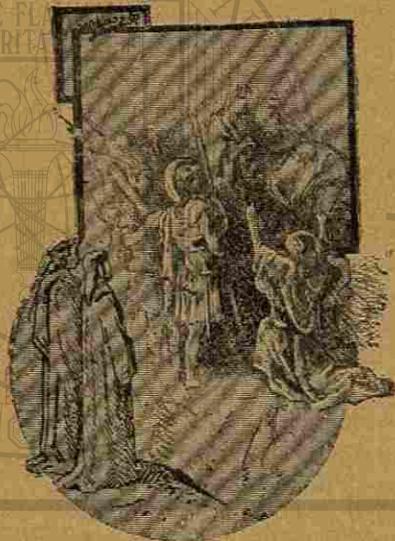
AH Padre nuestro que estás en los Cielos, no ceñido à ellos, y si por el inmenso amor que atesoras para los primeros seres que habitan en lo alto, ensalzados sean por todas las criaturas tu poder y nombre, y gracias te se prodigan por tu sabiduría eterna!

»Que llegue à nosotros la paz de tu reino; pues si no viene à nos, no podemos llegar à ella, sin embargo de nuestra inteligencia.

(1) El alma.

palabras inteligibles, nuevas para nosotros, por no existir otras parecidas en la tierra.

Interin me deleitaba yo en la contemplacion de aquellos cuadros de humildad, tanto más digno de admirar ¡cuanto! que no se ignoraba la mano del artífice, murmuraba ¡el poeta: «¡Cuántas almas van llegando lentamente; ellas nos ¡llevarán à las gradas superiores!»



Aunque ávidos mis ojos por contemplar todas aquellas cosas nuevas, no tardaron en dirigirse à él.

Lector, no quisiera que te desviases de tus buenas disposiciones, para que veas cómo quiere Dios; que se paguen las deudas. No te fijas en la especie de martirio, sino en lo que le sigue; calcula que cualquiera que pueda, ser, no pasará del grande juicio.

En aquel punto empecé así: «Maestro, no me parecen almas lo que veo moverse hacia nosotros; ignoro lo que será, y sin embargo, tiemblo à su aspecto.»

El me dijo: «La pesadísima clase de su tormento, de tal

manera les hace encorvar hácia el suelo, que mi vista dudó también al principio, pero observa con fijeza y con tus ojos endereza lo que está debajo de esas grandes piedras. Así podrás comprender el tormento destinado à cada uno.»

¡Oh soberbios, miserables y débiles cristianos, que careciendo de la vista del entendimiento, fiais en vuestros pasos que os hacen volver atrás! ¿No sabéis que somos los gusanos nacidos para dar forma à la mariposa angélica (1), que, sin tropiezo, vuela hasta la justicia de Dios? ¿Por qué se endereza como el gallo vuestro espíritu, siendo unos insectos defectuosos y miserables, cuya formacion abortó?

Como para aguantar el peso de una viga, se ve frecuentemente à lo largo de las maderas una figura humana unido el pecho con las rodillas, causando con su presunto mal un sentimiento en el que la ve, así noté yo aquellas almas al intentar examinarlas.

Verdad es que se hallaban más y menos contraídas, según llevaban más ó menos peso en sus hombros; pero hasta la que sustentaba menos peso parecia exclamar: «No puedo más.»

CANTO DECIMOPRIMERO

Honra de los orgullosos.— Virgilio les pregunta por qué camino puede subirse más fácilmente.— Andando los dos poetas, reconoce Dante el alma del pintor Urdresi de Gubbio, que le refiere la historia de los pintores italianos, sucediéndose tan rápidamente, que enseguida la gloria del uno hace olvidar la del otro.

AH Padre nuestro que estás en los Cielos, no ceñido à ellos, y si por el inmenso amor que atesoras para los primeros seres que habitan en lo alto, ensalzados sean por todas las criaturas tu poder y nombre, y gracias te se prodigan por tu sabiduría eterna!

»Que llegue à nosotros la paz de tu reino; pues si no viene à nos, no podemos llegar à ella, sin embargo de nuestra inteligencia.

(1) El alma.

»[De igual manera que te hacen los ángeles sacrificio de su voluntad entonando el *Hossanna*, también los hombres te lo pueden hacer!

»Dispéñanos hoy el cotidiano maná, sin el que va siempre atrás el que más se empeña en adelantar por este áspero desierto.

»Y así como nosotros perdonamos los males que nos han causado, perdónanos, benéfico sin pararte en la mezquindad, de nuestros méritos.

»Nuestra virtud, que con tanta facilidad sucumbe, no la equipares con el antiguo adversario; mas bien librala de él, ya que con tanta maña sabe tentarla.

»Esta postrera súplica, amado Señor, no es por nosotros, que ya no la necesitamos, y sí por los que quedaron detrás de nosotros.»

De este modo, orando por ellos y por nosotros, sustentaban su peso aquellas almas, remedo del que á veces se figura uno llevar en sueños. Si bien la carga era desigual, recorrían todas abatidas y penadas la primera cornisa para purificarse de las sombras del mundo.

Si allí siempre se ora por nosotros, ¿qué es lo que deben dejar de decir y hacer por aquellas almas los que poseen una voluntad cimentada con sanas raíces?

Es necesario ayudarlas á lavar las manchas que del mundo se llevaron, para que limpias y ligeras puedan volar á la mansión de la luz.

«¡Oh, que la justicia y la misericordia os liberten pronto para que podáis batir las alas que deben trasportaros al punto de vuestros deseos!

»Indicadnos por donde se va más pronto á la escala, y en caso de haber más de un camino, el que sea menos largo; pues fatigado todavía por el peso de la carne de Adán, el que me acompaña, sube con lentitud sin embargo de su deseo.»

Las frases en respuesta á las que acababa mi guía de proferir, no supimos quién las pronunció, y fueron éstas: «Venid á la derecha con nosotras, á la orilla, y hallareis un sitio por donde puede salir un viviente.

»Si no fuera por esta pesada piedra que oprime mi frente alíva, precisándome á inclinar el rostro, haría por ver si podía conocer al que siendo viviente no se nombra, por si podía excitar con mi tormento su piedad.

»Latino fui é hijo de un gran toscano llamado Guillermo Aldobrandeschi; ignoro si conoceis este nombre. La preclara alcuña y los magníficos hechos de mis progenitores tan altivo me hicieron, que sin acordarme siquiera de nuestra común madre, despreciara de tal suerte á los hombres, que aquel desprecio fué origen de mi muerte, como les consta á los sieneses, y como hasta los niños lo saben en Campagnatico (1).

»Soy Humberto, y mi orgullo, no sólo causó mi daño, sino el de todos mis parientes; por causa de mi pecado llevo aquí este peso, hasta que de esta manera haya cumplido con Dios. Lo que no hice entre los vivos, lo practico entre los muertos.»

Al escucharle incliné la cabeza; uno de los espíritus, y no el que acababa de hablar, se volvió bajo el peso de su abrumadora carga, y como me conociera, me llamó, fijando con gran pena sus ojos en mí, que seguía sus movimientos con la frente baja.

«¡Ab! le dije, ¿eres tú, Oderiso, prez de Agobbio, honra del arte llamado en París iluminacion (2)?»

«Hermano, dijo, agrada más ahora el papel que ilumina Franco Bolognese (3); la gloria es entera para él; para mí sólo queda una parte muy efímera.

»No hubiera sido tan cortés en vida, por estimularme el deseo de sobresalir y brillar en el arte á que mi alma se dedicaba. Estoy ahora sufriendo el castigo que me fué impuesto por tan ciego orgullo; y aun no ocuparía este sitio, si pudiendo pecar aun no me hubiese vuelto á Dios.

»¡Oh futura gloria del humano poder, planta de ninguna duración, cuyo follaje tan pronto se agosta cuando no crece en tiempo de barbarie!

»Cimabue (4) creyó imperar en el campo de la pintura, y Giotto (5) es ahora el que priva, dejando empañado ú oscuro el renombre de aquel.

(1) Los sieneses, irritados contra el orgullo de Humberto, hicieron matar en Campagnatico al hijo de los condes de Santaflora. Su padre lo fué Guillermo Aldobrandeschi.

(2) Agobbio, en el ducado de Urbino, patria de Oderisi, pintor de Miniaturas.

(3) Se refiere á Francisco de Bolonia.

(4) Cimabue falleció en 1300.

(5) Giotto en 1336.

»Un Guido (1) también precipitó á otro Guido (2) en la gloria del habla ó la lengua, y tal vez ha nacido ya otro que arrojará de los pedestales á los dos.

»El ruido del mundo no es más que un soplo, que ya se agita en un lado ya en otro, ya que varia de nombre al cambiar de sitio.

»Tu fama, ¿sería más grande si sólo hubieras de despojarte de la carne carcomida por la edad, de lo que pudiera serlo muriendo antes de perder tu infantil gracia? Dime, ¿quién te recordará antes que se sucedan tres mil años? Tiempo comparado con la eternidad más corto, que el empleado para un movimiento de párpados.

»La Toscana entera aclamó el nombre del que está delante de ti, y que tan poco camino recorre, sin que haya apenas quien lo nombre en Siena hoy, de donde era señor al ser destruida la rabia florentina (3), tan alúva á la sazón como humillada hoy.

»La fama vuestra es del color de la yerba, que brota y pasa, quitándole su color al mismo verde que la hace salir de las entrañas de la tierra.»

Yo le pregunté: «Tus veraces palabras infiltran en mi corazón una saludable humildad, y comienza á ceder mi exagerada hinchazón; mas dime, ¿quién es el de que ahora mismo me hablabas?»

El repuso: «Es Provenzano Salvani; se halla aquí por la presunción de haber querido regir á Siene por sí solo. Desde su muerte anduvo y anda sin descanso de esta manera; tal es la moneda que ha de devolver en pago todo el que fué audaz en demasía allá abajo.

Y á mi vez le dije: «Si el alma que no se arrepintió hasta la última hora, está al pié del monte y no sube hasta aquí (á no ser que le auxilie una saludable prez), mientras no pase un tiempo igual al que vivió, ¿cómo se le ha consentido á él arribar aquí?»

«Cuando vivía con más gloria, respondió la sombra, se prosternó por su voluntad en la plaza de Siene, deponiendo toda vergüenza, y para libertar á su amigo del dolor que le

(1) Guido Guinicelli, poeta boloñés.

(2) Guido, célebre poeta, hijo de Cavalcante.

(3) En la batalla célebre de Monte-Aperto, ganada por los sieneses.

apenaba en la cárcel de Carlos, tembló por todos sus miembros.

»No diré más, aunque mis palabras sean oscuras; pero sin tardar, tus conciudadanos harán de suerte que podrás alcanzar el sentido.

»El acto aquel sacó á Provenzano del confin del Purgatorio.»

CANTO DECIMOSEGUNDO

Después de dejar á Odoresi, los poetas contemplan infinitos ejemplos de orgullo grabados en la cornisa.—Acanzan dirigidos por un ángel, que moviendo sus alas, limpia á Dante del pecado del orgullo.—Ascienden al segundo círculo, do se purifica el pecado de la envidia.

Como pareja de bueyes uncidos por el yugo, fuimos la estennada alma y yo hacia adelante, interín lo consentió mi dulce Maestro; mas cuando me insinuó: déjale, pues aquí debe impulsar cada uno su barca con remos y velas.»

Ergui mi cuerpo como el que se dispone á andar, aunque mis pensamientos siguen encorvados bajo la presión del desaliento.

Poniéndome en acción, iba pisando con buen talante los pasos de mi guía, probando ambos de esta suerte nuestra agilidad, cuando él me dijo: «Inclina tu vista hacia abajo, pues viendo donde posas el pié, te será el camino menos penoso.»

A la manera que para tener recuerdo de los que descansan en los sepulcros de las iglesias se graba en las lápidas su afigie en tal forma, que su memoria haga brotar nuestras lágrimas, así ví el sendero que media entre la montaña y el abismo sembrado de figuras, mas parecidas todavía, gracias al talento de la mano del escultor.

Por una parte notaba al que fué creado con más nobleza que toda criatura, desplomarse del cielo como un rayo; por otra á Briareo (1), atravesado por un celeste dardo, tendido

(1) Briareo, Titan.

en el Timbreo (1); veía á Marte y á Palas, todavía armados al lado de su padre, considerar los miembros esparcidos de los gigantes; á Nembrod (2) junto á su inmensa torre, mirar con extravío las naciones que le acompañaron al Senaar.

¡Oh Niobe (3), qué dolor experimenté al verte esculpida entre siete, y siete infantes muertos!

¡Oh Saul, cómo atravesado por tu misma espada me pareciste llevar allí muerto en el Gelboe, que desde entonces está privado de lluvia y rocío!

¡Oh demente Aragnea, te contemplé allí casi convertida en araña, y apenada entre las ruinas de la obra comenzada por ti en hora nefanda!

¡Oh Roboan (4), ya no me parece aquí amenazadora tu faz, puesto que aterrorizado huyes en un carro, antes de que seas arrojado por los demás!

Bien claro dice aun el duro pavimento lo carísimo que hizo pagar Alemeon (5) á la que debió su sér, su desdichado adorno.

Demostraba á los hijos de Senaquerib, lanzándose sobre el templo y del modo como le dejaron muerto.

Tambien retrataba la ruina y castigo de Cyro al decirle Tomyris: «Tenias sed de sangre y yo te ahogo en ella.»

Representaba la huida de los asirios, luego de la muerte de Holofernes, y varias fases de aquella carnicería.

Contemplaba á Troya (6) reducida á cenizas. ¡Oh Ilion! (7) ¡Qué desgraciada y envilecida te ponian de relieve aquellas pinturas!

¿Quién sería el autor del pincel y el buril que trazara aquellas actitudes y sombras que el más refinado talento no se cansaría de admirar?

Cada muerto parecía tal, y los vivos asemejaban á los vivos. Ni los testigos de aquellos hechos lo contemplaron mejor que yo, siguiendo mi camino, pisándolo todo y con la vista baja.

(1) Nombrada de Apolo.

(2) Uno de los operarios de la torre de Babel.

(3) Hija de Tántalo, mujer de Amfien; segun el poeta, tuvo catorce hijos.

(4) Roboam, hijo de Salomon; diez tribus se sublevaron contra él.

(5) Hijo de Amfírao.

(6) Troya, provincia.

(7) Ilion, su capital.

A pesar de esto, envaneceos y marchar erguidos, hijos de Eva. ¡No bajeis la cabeza para contemplar vuestro áspero camino!

Tanto anduvimos en torno del monte, que el sol habia avanzado en su curso más de lo que se figuraba nuestro espíritu preocupado, cuando el que marchaba delante de mí, me dijo: «¡Alzo la frente! ya es tiempo de dejar este tardío y distraído paso!

»Repara el ángel que se apresta á venir á nosotros: hé aquí la sexta sierva del día que cumplí ya con su cometido (1).

»Que se vea en tu faz y persona el más sumiso respeto, para que se complazca en hacernos ascender más; ten en cuenta que no brillará otra vez en este día.»

Tan avezado estaba yo á sus consejos de no perder un instante, que era imposible me fueran oscuras sus palabras.

La divina criatura vestida de blanco ya se acercaba hácia nosotros, radiante su rostro como la estrella matutina. Luego que abrió los brazos, movió tambien las alas, y dijo: «Llegad, cerca de aquí se hallan unas gradas muy fáciles para el que está purificado.»

Muy raros son los que acuden á este llamamiento. ¡Oh humana raza, salida para volar á la altura! ¿Por qué al más leve viento te caes?

Nos condujo el ángel á una peña cortada á pico, y allí me dió con sus alas en la frente (2), ofreciéndonos un seguro y sosegado viaje.

Como para ascender por la montaña que se eleva la iglesia que domina á Florencia (3), la bien administrada ciudad, sobre Rubaconte, se hallan gradas que hacen más asequible su ascenso (gradas hechas en tiempo que los registros y publicas medidas estaban en gran seguridad), así se dulcifica allí la escarpada pendiente que viene del otro círculo, cuyas enormes laderas nos encierran por todos lados.

Procurando nuestros cuerpos encaramarse por el desfiladero, algunas voces entonaron con una melodía indescriptible: *Beati pauperes spiritus.*

(1) Sexta hora.

(2) Para borrar una de las P. P. de la frente de Dante, el pecado del Orgullo.

(3) Iglesia de San Miniato.

¿Qué diferentes son de los del infierno aquellos senderos! Aquí se penetra en medio de dulces cantos, allí entre gemidos horrendos.

Ya subíamos la escalera santa, y creyéndome con más agilidad que cuando me hallaba en el llano, exclamé: «Di, Maestro, ¿qué peso me han quitado de encima que apenas si percibo cansancio al andar?»

Y me repuso: «Así que las P. P. ya casi borradas de tu frente (1) desaparezan, como una de ellas acabe de ocultarse, tus pies quedarán tan subordinados á tu buen deseo, que ya no hallarán fatiga, y su ventura y placer lo cifrarán en subir.»

A imitación del que, ignorándolo, lleva algo en la cabeza, hasta que se lo advierten las miradas de los demás, y que valiéndose de las manos busca, palpa y consigue saber lo que la vista no podía dominar; así yo extendiendo los dedos de mi diestra, no hallé más que seis de las letras que el ángel marcara en mi frente. Mi Maestro sonreía mirándome.

CANTO DÉCIMOTERCERO

Encuentran los poetas algunos espíritus que refieren varios ejemplos de amor, sin cesar en su velo.—Después ven las almas de los envidiosos, rezando las letanias de los santos.—Un cilicio cubre á los envidiosos, que tienen cosidos los ojos con alambre.—Habla Dante á Sapia, dama sienesa.

Nos encontrábamos en la parte superior de la escalera donde segunda vez se estrecha el monte, cuya subida purifica á los pecadores.

Reina allí también un círculo parecido al primero en torno de su cumbre, con la sola diferencia de que su arco se halla más próximo á cerrarse. Sus bordes son lisos, sin esculturas ni relieves: la senda está desnuda y la piedra es de un color lívido (2).

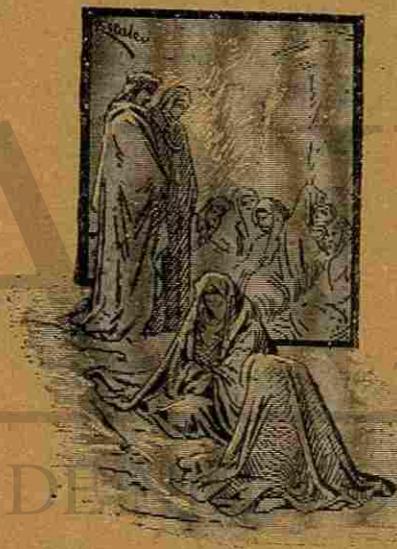
(1) El pecado del Orgullo, que es el más grande, hizo desaparecer al quitarse los otros seis.

(2) Tinte o color de la envidia.

«Si esperamos á alguien para que nos diga qué camino hemos de seguir, objetó el poeta, temo que suframos algún retraso.»

Después miró con fijeza el sol; con su pierna formó un centro, en el que escribió su movimiento y giró la otra parte de su cuerpo.

«¡Oh fausta luz, en la que penetro bajo la esperanza del nuevo sendero! guíanos como conviene en este recinto. Tú alumbras y das vida al mundo; y á no ponerse alguna razón, tus rayos deben guiarnos siempre.»



Con nuestra activa voluntad, en breve tiempo habíamos recorrido lo que se llama una milla acá en la tierra.

Quando sin verlos oímos volar hacia nosotros varios espíritus, que al emitir su voz brindaban cortesmente á la mesa del amor. La voz primera que volando pasó, dijo: *Vinum non habent* (1), y marchaba repitiéndolo detrás de nosotros.

(1) Palabras de la Virgen á Cristo, en las bodas de Canaan.

Antes de alejarse, y oyéndolo todavía, cruzó otra voz diciendo: «Yo soy Orestes,» y sin detenerse pasó como la primera.

«¡Maestro mio! dije entonces, ¿qué voces son esas?» Y otra voz exclamó: «Amad á los que os cansaron males.»

Entonces dijo mi guía: «Este círculo castiga el pecado de la envidia y lo azota, agitando su látigo el amor. El freno de los pecadores da diferente sonido. Creo lo oirás antes de arribar al paso del perdón.»

«Sin embargo, fija tu mirada á través del aire en esta parte, y notarás muchos que están tendidos ante nosotros, apoyándose en la roca.»

Mis ojos se abrieron más, y vi varias sombras delante de mí rebujadas en manos del propio color de la piedra.

Avanzando un tanto más, oí gritar: «¡María, ruega por nosotros!» Y luego: «Miguel, Pedro y todos los santos, rogad también por nosotros.»

No puedo creer que pise la tierra un hombre de corazón tan duro, que no se apiadase de lo que vi despues. Al aproximarme á aquellos espíritus, que no podía dejar de ver ninguno de sus movimientos, advertí que de mis ojos brotaba un dolor inmenso.

Creía que estaban cubiertas por un cilicio vil, que cada uno sostenía al otro en su hombro, y que todos se sostenían por la roca. Lo mismo se ponen los ciegos que carecen de pan en las puertas de las iglesias, donde piden por precision, estribando cada uno su cabeza en la del otro, para que la caridad ablande los corazones, no sólo con el acento de las palabras, sino con vista; que nos excite menos.

Y como el sol no va hasta los ciegos, así la luz del ciego retira sus dones á las sombras á que me refiero, pues todas ellas tienen los párpados recosidos con alambre como gavilan por domesticar (1).

Pareciéndome una ofensa el mirar á quien no podía mirarme, me volví hácia mi sabio guía, y como antes de decirle palabra supiera lo que iba á indicarle, adelantándose á mi pregunta, me dijo: «Puedes hablar, pero lacónico y sensato.»

El gran poeta se guía por el lado del camino en que se puede caer al abismo; por no haber pretil alguno, y á la parte opuesta

(1) Medio observado en la falcenería, antes de conocerse el capirote.

estaban aquellas sombras padeciendo de tal suerte por efecto de su cruel cosido, que sus mejillas estaban surcadas por un mar de lágrimas.

Volvíme hácia ellos, diciendo: «¡Oh vosotras que teneis la seguridad de gozar la luz del cielo, único móvil de vuestro anhelo! ¡Quiera Dios que la gracia haga disipar la espuma de vuestra conciencia, volviendo a correr el cauce de vuestro espíritu cristalino y sin mancha!»

«Indicadme (siendo para mí asunto de gran precio) si se halla entre vosotras alguna alma latina, y conociéndola, puede que le sea de utilidad.»

«¡Ah hermano! nosotros tenemos una ciudad verídica cada una; mas tú quieres decir el alma que haya peregrinado por Italia durante su vida.»

La contestación creí percibirla algo más adelante del sitio en que me hallaba, procurando por lo tanto hacerme oír de aquel punto. Entre las sombras me figuré notar una en actitud de esperar; y si se me dice cómo pude verlo, fué por tener levantada la barba, por estilo del que no ve.

Y le dije: «¡Oh espíritu que te inclinas para subir, si eres quien me respondió, dime tu país ó tu nombre.»

«Sienesá fui, repuso, que purifico con estos mí culpable vida, gimiendo por el que ha de darse á nosotros. No fui sabia, por más que tal se me nombraba, porque me causaron más alegría las ajenas desdichas que mi ventura propia.»

«Y para que veas que no miento, oye si fui tan demente como te digo: empezaba ya á declinar por la cuesta de mis años, cuando hallándose próximo á Colle mis conciudadanos, al frente de sus contrarios, pedí á Dios lo que El mismo concedía.»

«Todos fueron derrotados y vencidos en aquel lugar é inútil la fuga; en tanto que yo gocé al ver tal carnicería de una manera grande, que me hizo decir levantando al Cielo mi cabeza: Desde hoy dejo de temerte. Tal hizo el mirlo equivocado por algunos días de calor en el invierno.»

«En mi última época hice por reconciliarme con Dios, y aun la penitencia no hubiera compensado mi deuda, á no haberse dolido de mis faltas Pedro Pettinagno (1), en sus santas preces.»

(1) Ermitaño de Florencia.

»Mas ¿quién eres tú que de tal modo te enteras de nuestra condición, y que á lo que me figuro tienes abiertos los ojos, y respiras al hablar?»

—«Mi vista, le repuse, será cosida aquí tambien, mas por pequeño espacio, por ser reducido mi pecado de envidia; pero mi miedo crece al pensar mi alma en el martirio del círculo anterior, pareciéndome sustentar ya sobre mis hombros la carga que allí se lleva.»

Y me dijo: «¿Quién te ha guiado á nosotros si has de tornar allí abajo?» «Este que ves y que permanece callado. Soy ser viviente; dime, por tanto, escogitado espíritu, si deseas que mi planta se mueva por tí en el bajo terreno.»

—«¡Oh! tiene tal novedad lo que me dices, respondió ella, que es una inequívoca muestra de que Dios te ama; siendo así, auxiliame con tus plegarias.»

»Te ruego, en nombre de tu mayor deseo, que hagas por rehabilitar mi nombre, si posas tu planta alguna vez por tierra de Toscana. Lo encontrarás entre aquel fatuo pueblo que pone todo su conato en Talamona (1), por más que sea vana su esperanza, como cuando buscaba á Diana. Pero todavía los almirantes tendrán mayor pérdida.»

CANTO DÉCIMOCUARTO

Prosigue el círculo de la envidia.—Se paran los dos poetas para oír á messer Guido del Duca y Rinieri de Calboli.—El primero censura las costumbres de Toscana y Romanía.—Siguiendo su Marcha Dante y Virgilio, oyen varias voces por los aires citando ejemplos de envidia.

QUIÉN es aquel que cruza por nuestra montaña, sin que la muerte le haga alzar el vuelo y que cierra y abre los ojos á su antojo?

—«No sé quién es, pero sí que no se halla solo: preguntale tú, que estás más próximo, recibiendo benévolo para que no tema en hablar.»

De este modo se referían á mí dos espíritus, apoyándose

(1) Insecta á los sieneses porque compraron el puerto de Talamona en el Mediterráneo.

recíprocamente hácia la mano derecha. Al fin uno de ellos me dijo: «¡Alma que dentro de un cuerpo te diriges al cielo! por caridad dános consuelo, diciéndonos de dónde vienes y quién eres; pues el inmenso favor que has logrado nos maravilla como cosa nunca vista.»

«Por el centro de la Toscana, dije, cruza un riachuelo que va á Falterona (1), y al que no satisface una distancia de cien millas; junto á aquel riachuelo adquiri mi mortal cuerpo. Demostraros quien soy seria vano, por ser mi nombre bastante ignorado.

—«Si no me engaña el objeto de tus palabras, me contestó, te refieres al Arno.»

Otra sombra dijo: «¿Por qué oculta el nombre de dicho río, cual si fuera una cosa horrenda?»

Y la sombra interrogada habló así: «No sé; mas es de razon que se pierda el nombre de tal valle, pues desde su nacimiento (no se alza tan gigante el monte del que Peloro se desprendiera (2), que en corto espacio es mayor la altura de aquella cordillera montuosa), hasta que el río desaparece en reparación de lo que el cielo extrajo del mar, al que todo río debe el caudal que ostenta en su curso, pervirtieron de tal suerte su indole los moradores de aquel misero valle, que no parece sino que se han alimentado en los pastos de Ciceo.

»Aquel río sigue su escaso curso entre sucios lechoncillos (3), mas á propósito para alimentarse de bellotas, que de las sustancias que dan vida al hombre; despues halla á su descenso unos perros mas quisquillosos que lo que su fuerza permite (4), por lo que desdeñosamente les vuelve el hocico, y segun crece y aumenta en rapidez aquel desventurado y maldito río, más grande es el número de perros que halla que se tornan lobos (5).

»Luego, cuando va arrastrándose por hondas gargantas, halla unas zorras tan dañinas, que ni siquiera temen los lazos (6).

»Aunque otro me escuche, no dejaré de repetir lo que puede

(1) Falterona, montaña del Apenino.

(2) Peloro, promontorio en Sicilia.

(3) Los moradores de Casentino.

(4) Los de Arezzo.

(5) Florentinos avaros y golosos.

(6) Los de Pisa.

ser de utilidad á éste, con tal que no se olvide de las cosas que me descubre un recto espíritu.

»Descubro á tu nieto haciendo de cazador de aquellos asustados lobos (1) al notarle en las orillas del horrible río; veo que vende sus carnes antes de cazarlos, despues los mata cual perros viejos, y al quitar aquellas vidas se quita su honra.

»Lleno de sangre salé de la selva triste (2), de tal suerte devastada, que en diez siglos no brotará de ella su anterior fuerza.»

Como se demanda el rostro del que oye el anuncio de futuros males, por cualquier lado que haya de venirle la desgracia, del mismo modo vi yo á la otra alma que nos miraba contristarse al percibir tales palabras.

La fisonomía de la una y el lenguaje de la otra avivaron en mí el deseo de saber sus nombres, que hube de preguntarles luego de muchos ruegos. El espíritu que antes hablara prosiguió de este modo:

»Tú deseas que haga por tí lo que de ninguna manera me quieres conceder; mas ya que Dios quiere que refleje en tí su gracia, no seré avaro; sabe que soy Guido del Duca. Tanto inficionó la envidia mi sangre, que ante la ventura del hombre hubieras visto lívida mi faz.

»La paja que siego es el resultado de aquella semilla. ¡Oh humana raza! ¿A qué poner tu corazón donde un bien reclama la exclusion de otro?

»Este otro es Rinieri, honra y tesoro de la casa de Calboli, en la que nadie supo heredar sus obras. Y no solo sus descendientes están privados entre el Pó y la montaña, el mar y el reino, de las precisas condiciones para la verdad y dicha de la vida, sino que hasta en los confines se halla el suelo tan plagado de venenosos retoños, que todo cuidado en su cultivo sería inútil y tardío.

»¿Dó se hallan el buen Licio (3) y Arrigo Manardi, Pedro

(1) El alma que está hablando es Guido del Duca; se dirige á Rinieri. De Duca se refiere, á Fulcieri, nieto de Rinieri, que siendo podestà en Florencia, sobornado por los Negros, hizo encerrar y matar á los principales Blancos.

(2) Florencia.

(3) Licio Valbona, hombre honrado. Su hija, despues de entregárselo, caso con Ricardo.

Traversaro (4) y Guido Carpinga? (2) ¡Ah, romañoles, oh raza bastarda, puesto que echa en Bolonia sus raíces un forjador (3) y que un Bernardino de Fosco (4) en Faenza, emanado de pobre semilla, se convierte en noble tallo!

»No extrañes mi llanto, ¡oh toscano! al recordar á Guido di Pratra, Ugolino de Azzo, Federico Tignoso y todos los suyos, como á la familia Traversaro y Anastagui. ¡Oh! estas dos familias perdieron su herencia de virtud.

»Si me lamento al acordarme de aquellas damas y galanes, de sus acciones y sus alegrías, es porque la cortesania y el amor excitaban sus almas, donde tan depravadas son hoy.

»¡Oh palacio Brettinoro! (5) ¿Por qué no deplomaste al sucumbir tu familia y deudos por no dar oido al crimen?

»Hace bien en no dar varones Bagnacavallo, como hace mal Castoraco, y Conio peor, que se empeña en producir semejantes condes. Los Pagani procrearán cuando desaparezca su mal genio; pero no quedará de ellos un recuerdo de pureza.

»¡Ah Ugolino de Fantoli! seguro está tu nombre, puesto que no se aguarda sucesor que degenerando le oscurezca.

»Mas déjame, Toscano, que ahora las lágrimas me serán más dulces que las palabras, pues el recuerdo de nuestra patria ha lacerado mi corazón.»

Sabiendo que aquellas almas amadas percibían nuestros pasos, su silencio aseguraba nuestro camino.

Al hallarnos solos despues de haber andado un trecho, hé aquí que cual rayo que hiende el espacio, viene á nosotros una voz exclamando:

«¡La obligación del que me halle en matarme!» (6) Y se ocultó como el trueno que se aleja luego de desgarrar la nube.

No bien había resonado el metal de aquella voz en nuestros oídos, se dejó oír otra cual segundo trueno:

»Soy Aglaura (7), la que convirtieron en piedra.» En aquel

(1) Pedro Traversaro, señor de Rávena, caso su hija con Estéban, rey de Hungria.

(2) Noble de Montefeltro.

(3) Alude al forjador Lambertuccio, que se hizo gran señor.

(4) Hombre valiente, pero de condicion humilde.

(5) Castillo de Romaña, regido por tiranuelos.

(6) Cain.

(7) Aglaura, hija de Cecrops; poseída por las furias, se mató.

momento retrocedí y no avancé para juntarme más á mi guía.

Habiendo sucedido la calma, me dijo Virgilio:

«Tal era el freno que siempre debia haber sujetado al hombre en sus límites; más vosotros devorais el cebo con tal vehemencia, que el anzuelo del mortal enemigo os arrastra hácia él, no haciendo caso del freno ni de las inculpaciones.

»El Cielo llamándoos gira ante vosotros, poniendo de relieve sus bellezas eternas; mas vuestra vista no mira sino á la tierra, y sois castigados por aquel á quien nada se le oculta.»

CANTO DÉCIMOQUINTO

Tercer recinto donde se purifica el pecado de la cólera.— Ascendiendo por las gradas que un ángel les indica, llegan los poetas al recinto tercero.—Extasiado contempla Dante ejemplos de mansedumbre.—Una nube de humo envuelve súbitamente á ambos poetas, sin que puedan distinguir nada.

El tiempo intermedio entre la hora tercia al principio del día en la esfera, que cual un niño juega y se agita, era el que el sol parecia invertir en marchar hácia la noche. Allí lucía Vesper, y en la tierra era la media noche.

Nos daban los rayos en la cara, pues habíamos rodeado todo el monte, y directamente marchábamos al ocaso.

Percibiendo que turbaba mi frente un resplandor mayor, me admiré en medio de tantas cosas que no conocía; y alzando las manos sobre mis pupilas, procuréme un resguardo en el que se estrelló el resplandor excesivo.

Tal como un rayo que refleja en el agua ó en un espejo sube al opuesto lado, y continúa ascendiendo de la misma manera que ha descendido, al contrario que la caída perpendicular de la piedra, según lo enseñan el arte y la experiencia, así me figuré que me inundaba una luz reflejada delante de mí, que mi vista hizo por evitar.

«Padre y Maestro amado, ¿qué resplandor es ese, del que no

puedo resguardar vista y que casi me inunda? Me parece que avanza hácia nosotros, le dije.»

Y me respondió: «No te admire el que aun te deslumbre la familia celestial: es un enviado que viene á invitar al hombre á la subida.

»Pronto, en vez de angustiarte esas cosas, gozarás cuanto te consienta sentir la naturalaza.»

Al hallarnos próximos al bendito ángel, nos dijo con alegre voz: «Pasad por esta escalera menos recta que las otras.»

Ya habíamos ascendido hasta salir del círculo, cuando tras de nosotros oímos ese canto: *Beati misericordes* (1), y «Regójate tú, que eres vencedor.»

Mi guía y yo subíamos solos, pensando yo en tanto aprovechar aquellas frases; así que, dirigiéndome á él, le pregunté:

«¿Qué quería significar el espíritu de la Romanía (2) al hablar de bienes que uno excluye al otro?»

Y me dijo: «Conoce hoy el riesgo de su pecado mayor; no te extrañe, pues, el que le condene, para que otros no viertan tantas lágrimas. Si vais detrás de bienes que puedan disminuir, por ser tantos los que os afanais por ellos, os sentiréis acosados por la envidia; mas si alzais vuestros deseos hasta el cariño á la suprema esfera, vuestro corazón no será presa de tales temores.

»En este recinto, cuanto más se dice *nuestro*, más poseído se está del legítimo bien, y más viva está en el pecho la llama de la caridad sacra.»

—«Me interesan más tus respuestas, le dije, de lo que pudiera desear á haber callado hasta aquí; y creo que me acosan más dudas que antes.

»¿De qué modo puede ser que un bien repartido haga más ricos á sus poseedores, cuanto más crecido sea el número?»

Y me contestó: «Fijando siempre tu mirada en las cosas terrenas, de aquí la oscuridad en que te hallas, hasta en el centro de la luz verdad. Aquel bien infalible é infinito que mora en lo alto, se lanza al amor cual rayo hácia un cuerpo lucido, y en él se refunde tanto, cuanto más grande es su ardor; de suerte, que según se extiende la caridad, crece en ella la eterna virtud.

(1) Palabras de Jesucristo.

(2) Guido del Duque. Lo siguiente pertenece á la escolástica.

«Cuanto más crecido es en las alturas el número de almas unidas entre sí, se aman más y cual espejo refleja cada uno su puro y hermoso amor.

«Si mis razones no te bastan, ya verás á Beatriz que te calmará ese y los demás deseos.

«Sin embargo, sigue adelantando, para que desaparezcan ligeras, según lo están ya dos, aquellas cinco manchas, que sólo con lágrimas se borran (1).»

Al ir á decirle: «Complacido estoy,» vi que llegábamos al otro círculo, y mis anhelantes y vagas miradas me enmudecieron.

Vi de pronto un templo que contenía gran número de personas, y no me cansaba de admirar aquella estática visión. Una mujer, con la tierna solicitud de una madre, decía á la entrada: «Hijo mio, ¿por qué te has conducido así? Tu padre y yo te buscábamos (2), convertidos en raudal de lágrimas.» Cuando ella dejó de hablar, desapareció todo cuanto se había presentado á mi vista.

Después se me presentó otra mujer, cuyas mejillas estaban regaladas por el agua que destila la pena al nacer de un gran despecho contra otro, la que decía: «Si eres dueño de la ciudad por cuyo nombre se suscitaron entre los dioses tantos altercados, y de la que brotan rayos de todas las ciencias (3), vengate, ¡oh Pisitrates! (4) del temerario brazo que rodeó el talle de nuestra hija.»

Y aquí tierno y piadoso señor parecía responderle con ademán sereno: «¿Qué haremos del que mal nos quiere, si el que nos ama, condenado está por nosotros?»

Vi también varios hombres, quemados por el fuego de la cólera, asesinar á un joven á pedradas, gritando los unos á los otros: «¡Martiriza! Martiriza!» (5).

Y vi á la pobre víctima á punto de ser derribada bajo el peso de la muerte, trocando sus ojos en puertas del cielo, y rogando á Dios en su martirio con aquella actitud que mueve tanto á la piedad, que perdonara á sus asesinos.

(1) Las dos manchas, Orgullo y Envidia, cinco P. P. quedaban solamente en la frente del poeta.

(2) Palabras de la Virgen y José al Niño Jesús

(3) Atenas.

(4) Valerio Máximo

(5) San Estéban. (En los ejemplos de resignación.)

Así que mi alma pasó de aquellas visiones, puestas fuera de su alcance á las cosas verdaderas, también puestas fuera del mismo, comprendí en sustancia que no eran mis errores falsos.

Mi Maestro, que podía verme hacer lo que cualquier hombre al despertar de un letargo, me dijo: «¿Qué es lo que tienes? ¿Cómo apenas te puedes tener?»

«Más de media legua has andado con paso incierto y cerrando los ojos, cual hombre dominado por el sueño ó el vino.»

—«¡Oh dulce protector mio! Si me oyes, te diré la aparición que he tenido y que hace vacilar mi ánimo de esta suerte, le dije:

«Velado con cien cáretas no se me escaparía el más mínimo de tus pensamientos, me respondió.

«Cuanto has visto es revelación para que abras tu alma á las almas de paz que brotan en la fuente eterna.

«Ya ves que no te he interrogado: «¿Qué tienes?» como lo verifica el que sólo mira por tus ojos, y que deja de mirar al yacer el cuerpo inanimado. Te lo he preguntado únicamente para que tus pies recobren su vigor, pues es preciso excitar á los perezosos, harto tardios en invertir bien el término de la vispera.»

Proseguíamos cautelosamente nuestra marcha, pues había oscurecido, haciendo por describir el más grande trecho posible á través de los refulgentes rayos del nocturno astro, cuando poco á poco se fué extendiendo hacia nosotros un humo oscuro como la noche, sin hallar medio ni sitio para librarnos de él. Muy pronto nos interceptó el aire y hasta el uso de la vista.

CANTO DÉCIMOSEXTO

Mientras Virgilio va en pos de su guía, descubre Dante entre el espeso humo las almas de los que se dieron á la cólera.— Aquellas almas elevaban dulces paces al Cordero celestial.— Una de entre ellas, Marco Lombardo, enseña á Dante que no es el influjo del Cielo quien decide los actos del hombre.

Ni la lobreguez del Infierno, ni la de la noche de tormenta sin estrellas, hubieran traído á mi vista un velo tan espeso como el producido por el humo que nos cercaba, ni eran tan terribles sus tinieblas.

No pudiendo tener abiertos los ojos, se aproximó mi fiel y

«Cuanto más crecido es en las alturas el número de almas unidas entre sí, se aman más y cual espejo refleja cada uno su puro y hermoso amor.

«Si mis razones no te bastan, ya verás á Beatriz que te calmará ese y los demás deseos.

«Sin embargo, sigue adelantando, para que desaparezcan ligeras, según lo están ya dos, aquellas cinco manchas, que sólo con lágrimas se borran (1).»

Al ir á decirle: «Complacido estoy,» vi que llegábamos al otro círculo, y mis anhelantes y vagas miradas me enmudecieron.

Vi de pronto un templo que contenía gran número de personas, y no me cansaba de admirar aquella estática visión. Una mujer, con la tierna solicitud de una madre, decía á la entrada: «Hijo mío, ¿por qué te has conducido así? Tu padre y yo te buscábamos (2), convertidos en raudal de lágrimas.» Cuando ella dejó de hablar, desapareció todo cuanto se había presentado á mi vista.

Después se me presentó otra mujer, cuyas mejillas estaban regaladas por el agua que destila la pena al nacer de un gran despecho contra otro, la que decía: «Si eres dueño de la ciudad por cuyo nombre se suscitaron entre los dioses tantos altercados, y de la que brotan rayos de todas las ciencias (3), véngate, ¡oh Pisitrates! (4) del temerario brazo que rodeó el talle de nuestra hija.»

Y aquí tierno y piadoso señor parecía responderle con ademán sereno: «¿Qué haremos del que mal nos quiere, si el que nos ama, condenado está por nosotros?»

Vi también varios hombres, quemados por el fuego de la cólera, asesinar á un joven á pedradas, gritando los unos á los otros: «¡Martiriza! Martiriza!» (5).

Y vi á la pobre víctima á punto de ser derribada bajo el peso de la muerte, trocando sus ojos en puertas del cielo, y rogando á Dios en su martirio con aquella actitud que mueve tanto á la piedad, que perdonara á sus asesinos.

(1) Las dos manchas, Orgullo y Envidia, cinco P. P. quedaban solamente en la frente del poeta.

(2) Palabras de la Virgen y José al Niño Jesús

(3) Atenas.

(4) Valerio Máximo

(5) San Estéban. (En los ejemplos de resignación.)

Así que mi alma pasó de aquellas visiones, puestas fuera de su alcance á las cosas verdaderas, también puestas fuera del mismo, comprendí en sustancia que no eran mis errores falsos.

Mi Maestro, que podía verme hacer lo que cualquier hombre al despertar de un letargo, me dijo: «¿Qué es lo que tienes? ¿Cómo apenas te puedes tener?»

«Más de media legua has andado con paso incierto y cerrando los ojos, cual hombre dominado por el sueño ó el vino.»

—«¡Oh dulce protector mío! Si me oyes, te diré la aparición que he tenido y que hace vacilar mi ánimo de esta suerte, le dije:

«Velado con cien cáretas no se me escaparía el más mínimo de tus pensamientos, me respondió.

«Cuanto has visto es revelación para que abras tu alma á las almas de paz que brotan en la fuente eterna.

«Ya ves que no te he interrogado: «¿Qué tienes?» como lo verifica el que sólo mira por tus ojos, y que deja de mirar al yacer el cuerpo inanimado. Te lo he preguntado únicamente para que tus pies recobren su vigor, pues es preciso excitar á los perezosos, harto tardios en invertir bien el término de la vispera.»

Proseguíamos cautelosamente nuestra marcha, pues había oscurecido, haciendo por describir el más grande trecho posible á través de los refulgentes rayos del nocturno astro, cuando poco á poco se fué extendiendo hacia nosotros un humo oscuro como la noche, sin hallar medio ni sitio para librarnos de él. Muy pronto nos interceptó el aire y hasta el uso de la vista.

CANTO DÉCIMOSEXTO

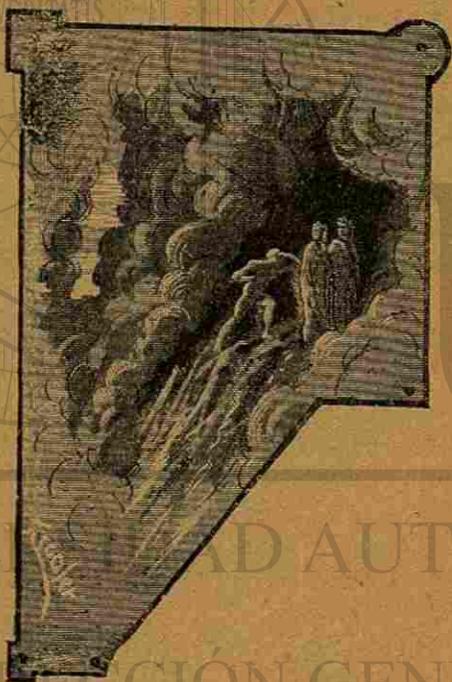
Mientras Virgilio va en pos de su guía, descubre Dante entre el espeso humo las almas de los que se dieron á la cólera.— Aquellas almas elevaban dulces plegarias al Cordero celestial.— Una de entre ellas, Marco Lombardo, enseña á Dante que no es el influjo del Cielo quien decide los actos del hombre.

Ni la lobreguez del Infierno, ni la de la noche de tormenta sin estrellas, hubieran traído á mi vista un velo tan espeso como el producido por el humo que nos cercaba, ni eran tan terribles sus tinieblas.

No pudiendo tener abiertos los ojos, se aproximó mi fiel y

sabio Maestro ofreciéndome su hombro, y como el ciego sigue al lazarillo para no tropezar con un objeto que pueda herirle ó lastimarle, seguía yo atravesando aquel aire triste y denso, oyendo á mi faro, que me decía: «Haz por no apartarte de mí.»

Percibía muchas voces que cada una parecía orar para conseguir del Cordero celeste que borre los pecados, misericordia y paz.



Agnus Dei era su tema; todas pronunciaban aquella palabra en el propio tono, de suerte que parecía haber entre ellas completa armonía.

«¡Oh mi protector! dije, ¿serán espíritus los que oigo?»

Y él á mí: «Has acertado; ocúpense en aflojar el nudo de la cólera.»

—«¿Pues quién puedes ser tú que pasas á través de nuestro humo, y hablas de nosotras cual si todavía dividieras el tiempo en calendas?» Esto dijo una voz, y mi Maestro me observó:

«Responde, é indaga si se sube á lo alto por aquí.»

Y yo: «¡Oh alma que estás purificándote para presentarte bella ante el que te creó! maravillas escucharás si me sigues.»

—«Te seguiré, en tanto se me consienta, dijo ella; y si el humo no deja que veamos, el sonido nos aproximará á falta de los ojos.»

En aquel momento empecé yo: «Voy á lo alto con esta forma que la muerte deshace, y llegué aquí á través de los infernales tormentos. Puesto que Dios me recibe en su gracia, de suerte que me consiente admirar su corte de un modo tan particular, no te niegues á decirme quién fuiste antes de morir, y más bien dímelo pronto; del mismo modo espero me digas si es ésta la senda que debo seguir, siendo tus palabras mi norte.»

—«Fui lombardo, y me llamaban Marco (1). He sido sabio en los asuntos del mundo, y amigo de la probidad hacia la que hoy nadie tiende su arco. Si has de arribar á lo alto prosigue tu camino via recta.» Esto me contestó, añadiendo:

«Ruégote que al estar en lo alto ores por mí.»

Yo á él: «Prometo cumplir tu encargo; mas me va una duda á envolver, si no puedo esclarecerla. Antes era tenue y ahora ya es grande, desde que junto tu opinión, muy verídica para mí, con otra que oí fuera de este recinto.»

«Así permanece el mundo tan falto de virtud, según me indicas, y plagado de malicia. Mas te ruego me des tan clara razón de ello, que pueda probarla á los demás, pues unos estriban aquella razón en los Cielos, y otros aquí abajo.»

Principió aquella alma por exhalar un suspiro que concluyó en un ¡ay! de dolor, y después prosiguió:

«Ciego está el mundo, hermano, y bien comprendo que vienes de él.»

(1) Veneciano noble, amigo de Dante.

»Los vivientes no encontráis causa que no atribuyais al Cielo, como si todo tuviera precision de venir de lo alto.

»Siendo así, desde luego desaparecería de vosotros el libre albedrío, y no sería justo recibir premio por el bien, ni castigo por el mal.

»El Cielo coopera al principio de vuestros actos, si bien excluye algunos; mas aun siendo así, se os da luz suficiente para distinguir el mal y el bien.

»Se os dotó también del libre albedrío, que aunque en los primeros embates contradice á la celestial influencia, puede luego con buena direccion vencerlo todo.

»En libertad, estais sometidos á una mayor fuerza y á una naturaleza; mejor la que os dió el espíritu, que el Cielo no posee en su influjo.

»De suerte, que si el presente mundo se desvia, la razon reside en vosotros, y entre vosotros ha de buscarse; yo puedo ser hoy verídica prueba de ello.

»Sale el alma de manos del que la acaricia en su espíritu antes de su existencia, cual niño que á un tiempo llora y sonríe, medio articula y juega. Aquella cándida alma que lo ignora todo, mas que previene de un bienaventurado creador, vuelve placentero al que es su encanto y alegría.

»Al principio desea los bienes de valor efímero, y engañado vuela de ellos en pos, si un guía ó freno no dirige su amor.

»Han sido precisas leyes para que sirvan de freno; también se han necesitado reyes que de la verídica ciudad (1) supieran, cuando menos, discernir la torre (2).

»Existen las leyes, mas ¿quién toma á su cargo el hacerlas observar? El pastor que va delante del ganado puede rumiar, mas no tiene las uñas hendidas. Por lo que el rebaño, al notar que su guarda se alimenta de lo que él está ávido, á su vez lo devora sin exigir otra cosa.

»Por esto verás que la mala direccion es móvil de las culpas del mundo; y que la naturaleza no es la viciada entre vosotros.

»Roma, que morigeró al mundo, tuvo dos astros (3) que

(1) El Cielo.

(2) Deberes sociales.

(3) El Papado y el Imperio.

irradiaban en una y otra via, la del mundo y la celeste. Uno de los dos astros eclipsó al otro por completo; la espada se unió al báculo pastoral, pero por la fuerza, así que no podían conservar entre ellos armonía, pues unidos, habian de dejar de temerse. Si no crees mis palabras, pon tu mirada en la espiga, ya que todas las yerbas se conocen por la semilla.

»En el sitio que fecundizan el Adigio y el Pó (1); sólo existía el valor y la cortesía, antes de las querellas de Federico (2); en tanto que hoy pudiera recorrerle sin miedo el que por rubor evitara hablar y llegarse á la sociedad honrada.

»Sin embargo, subsisten aun tres ancianos en los que la avanzada edad hace desear otra edad nueva, pues se retarda la hora en que Dios los lleve á mejor vida.

»Estos son: Conrado de Palazzo, Gerardo y Guido di Castèl, al que justamente se le llama en Francia el sencillo Lombardo.

»Puedes decir muy bien, que la Iglesia de Roma, para unir los dos gobiernos, cae en el fango, en el que su mision y ella serán del mismo modo manchadas.»

—«¡Ah mi amado Marcos! le dije, raciocinas perfectamente! Entiendo ahora por qué los descendientes de Leví fueron privados de la herencia (3).

»Mas ¿quién es Gerardo al que das tanto saber, ese residuo de la extinguida raza, reproche de este siglo de barbarie?»

—«O me engañan tus palabras ó pretenden seducirme, respondió Marcos, puesto que al hablarme pareces ignorar cuanto al buen Gerardo se refiere.

»No le sé dar otro nombre á no darle el de su hija Gajá (4). Quedad con Dios, pues yo no puedo alejarme más.

»Repara cómo luce el alba y empieza á blanquear á través del humo. Aquí está el ángel, y es necesario que parta yo antes de que él se presente.»

Dichó esto, no quiso oirme más.

(1) La Lombardia y Romania.

(2) El emperador y el primer Federico.

(3) Moisés les dedicó al sacerdocio.

(4) Espejo de castidad.

UNIVERSIDAD DE MONTERREY

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Vols. 1625 MONTERREY, MEXICO

CANTO DÉCIMOSÉTIMO

Dante ve con su imaginación muchos ejemplos de cólera. Después, ambos poetas, seguidos de un ángel, ascienden por las gradas que llevan al círculo cuarto.—Llegada la noche, se paran.—Virgilio explica á Dante cómo en el círculo cuarto se purifica el pecado de la Pereza.

RECUERDA, lector, si en alguna ocasión te ha envuelto en los Alpes una nube, entre la que sólo pudieses ver lo que el topo á través de la película que tapa su visión, cuán débiles se introducen los rayos del sol en el seno de los humedecidos y espesos vapores que comienzan á dilatarse, y luego entenderás cómo torné yo á ver el sol momentos antes de ocultarse.

De suerte, que igualando mi paso al de mi leal Maestro, salí de aquella nube al estar los rayos amortiguados en la parte inferior del monte.

¡Oh pensamiento, que algunas veces llevas al hombre á tan remota altura, que no percibe los miles de trompetas que suenan á su alrededor! ¿Quién te estimula cuando los sentidos no te aguijonean? ¡Oh, lo que te impele es un resplandor formado en el Cielo, ó por sí mismo, ó por la divina voluntad que la manda aquí abajo!

La faz de aquella que su impiedad la tornase en la avecilla que más se complace en cantar (1), presentóse á mi fantasía.

Se concentró entonces de tal suerte mi espíritu en sí propio, que dejó de apercibir cuanto se refería al mundo exterior; y en mi mente exaltada sólo noté la imagen de un Crucifijo altivo y desdeñoso (2), y así le ví que moría.

En torno suyo estaban el gran Azuero, su esposa Esther y el buen Mardoqueo, que en sus acciones y palabras siempre fué sin tacha.

Y al romperse por sí sola aquella imagen cual gorgorita al faltarle el agua que le dió forma, ví aparecer una jóven que

(1) Filómena, hija del rey y de Atenas, Pandion.

(2) Aman.

gimiendo decía: «¡Oh reina! ¿Por qué te impulsó tu cólera á la nada?»

»Te mataste por no perder á Lavinia (1), y á pesar de ello me perdiste; y yo, hija tuya, lloro tu pérdida, madre mía, más que la del otro (2).»

Como cuando nueva luz lastima los cerrados párpados, súbitamente se intercepta el sueño, y aunque interrumpido, no huye del todo, así se evaporaron mis ideas enseguida que hirió mi rostro otra luz más inmensa que la que se nos concede.

Me volví para ver donde me hallaba, y una voz me dijo: «¡Asciende por aquí!» y borró en mí todas las demás ideas.

Mi anhelo por ver al que me hablaba, fué tal, que no paré hasta descubrirlo; mas como nuestra vista decae ante el sol que se vela en su luz, así noté que mis fuerzas decaían.

«Ese, observó mi Maestro, es un divino espíritu, que sin pedirselo, nos dice el camino del monte, y se esconde en su misma luz.

»Se conduce con nosotros cual el hombre debiera conducirse con sus prójimos, pues el que aguarda una súplica al ver una necesidad, se prepara con malicia á negar todo auxilio.

»Obedezca nuestra planta á tan santa invitación; hagamos por subir antes que llegue la noche, ya que no podríamos verificarlo hasta que volviere el sol.»

Esto dijo mi protector, y los dos fuimos hácia una escalera; al sentar mi pié en el primer escalon, percibí una especie de movimiento de alas que daba aire á mi rostro (3), y una voz diciéndome: «*Beati pacifici!*» (4) que desconocen la cólera.

Los últimos rayos precursores de la noche se elevaban ya tan rectos en el borde del horizonte, que las estrellas se veían por todos lados.

«¡Valor mío! ¿Por qué me abandonas? decía para mí, por dar tréguá á la fuerza de mis piernas. Ya estábamos en el sitio en que deja de ascender la escalera, parados como buque que arriba al puerto.

Luego de fijar mi oído por ver si apercibía algo en el círculo nuevo, le dije volviéndome á mi guía:

(1) Hija de Amata y del rey latino (Libro XII; Virgilio).

(2) Turno.

(3) El ángel borrando la tercera P. (Pecado de la cólera).

(4) San Mateo.

«Padre mío, ¿Qué ofensa se purifica en el sitio que estamos? Si nuestra planta se detiene que no cesen tus palabras.»

El me contestó: «El amor al bien que no supo cumplir su deber, debe seguir aquí su marcha; el remo que fué harto pesado, debe seguir aquí batiendo las olas.»

»Mas para que lo entiendas mejor, pon en mí tu pensamiento, y este reposo será de gran ventaja para tí.

»Hijo mío, ni el Creador ni los creados fueron nunca sin amor, voluntario ó natural, ya lo sabes. El natural amor siempre estuvo exceptuado de error, mas el otro puede equivocarse, ya por lo culpable de su móvil, ya por más ó menos impetuoso.

»En tanto que este amor va á los primordiales bienes ó se temple á sí propio en su apego á los bienes secundarios, no es objeto de culpable placer; mas cuando se inclina al mal, ó sigue el bien con más ó menos calor que el debido, la criatura va contra su Creador.

»De lo que deducirás que el amor es en vosotros germen de toda virtud y de todo vicio, pues como el amor no puede ser ajeno á la salvacion de su objeto, todas las cosas deben preservarse de su mismo odio.

»Y como no se concibe que un sér creado exista por sí propio, y apartado del primer sér, es ajena de él toda idea que tienda al odio para con su Creador.

»Resultando, á ser fija esta division, que el mal que se quiere es en contra del prójimo, y que dicho amor tiene tres maneras de nacer en vuestro limo.

»La primera, es cuando estriba en la caída del vecino el encubramiento propio, y por esto se anhela verle bajar de su apogeo. La segunda, es al temer perder el favor, honra y fama al notar la prosperidad del prójimo; y para aborrrar una tan tristeza, se le desea todo lo contrario. La otra causa viene del furor producido por cualquiera injuria, y que en su venganza ciega al resentido y sólo busca el daño de su ofensor.

»Estas son las tres clasificaciones del amor que se espian allí abajo. Deseo ahora que conozcas el otro amor que va tras del bien sin arte ni medida.

»Cada uno concibe y anhela confusamente un bien para complacer su espíritu, y hace todos los esfuerzos imaginables por conseguirlo.

»Si os impulsa un lento amor á alcanzar dicho bien, este

circulo, luego de un preciso arrepentimiento, será el sitio de vuestro castigo.

»Otro bien existe que no hace la felicidad del hombre, porque no posee la esencia de todo bien; ni es raíz, ni fruto.

»El amor que se entrega á él sin tasa, se espia en tres círculos que se hallan bajo nuestra planta; mas no te insinuaré el reparto de aquel triple castigo, para que lo puedas indagar por tí mismo.»

CANTO DECIMOCTAVO

El gran Maestro que en el canto precedente dijo que todas las obras buenas ó malas provienen del Amor, denota aquí lo que es Amor propiamente, y habla de la humana Libertad. —Almas de Perezosos que vagan corriendo por el círculo. — Los dos primeros citan ejemplos de diligencia, y los otros dos del grupo, ejemplos de Pereza. — Dante es dominado por el sueño.

CERMINADO su discurso, examinó mi ánimo el dulce doctor, para ver si manifestaba contento; en tanto que yo, acosado de nueva sed, callaba exteriormente diciendo en mi interior: «Tal vez le molestan mis sobradas preguntas.»

Pero aquel padre solícito, notando la cobardía del deseo que sin manifestarlo me animaba, me dió aliento para expresarme.

Así que, dije: «Maestro, mi vista se anima de tal suerte á tu luz, que veo claro lo que abarca ó explica tu razon.

»Con todo, te ruego, dulce protector, me demuestres ese amor, causa del bien y del mal.»

—«Vuelve hácia mí, me contestó, los ojos de tu preclara razon, y verás palmariamente el error de los ciegos que se tornan en guías.

»El corazón, formado para el amor, avanza hácia cuanto apetece, tan luego como nota el atractivo del placer.

»Vuestra fantasia os dibuja un sér real, y lo desarrolla en vosotros con tales encantos, que vuestra alma se fija en aquel objeto; si al fijarse se eleva sobre él, aquella inclinacion es amor natural, que se une á vosotros por el placer.

»Después, como el fuego que por su forma va á lo alto, hecha para subir hácia donde mejor vive en su verdadero centro, el alma enamorada se da al deseo ó movimiento espiritual, y jamás reposa hasta obtener el objeto amado.

»Así verás cual se esconde la verdad á los que aseguran que todo amor es laudable por sí, tal vez por parecerles siempre bueno su móvil; mas no será buena toda huella material, aunque siempre sea buena la cera en que se graba.»

—«Tus frases y la atención de mi espíritu en seguir las, le contesté, me han aclarado el amor; mas todo esto ha venido á despertar en mí dudas enormes. Porque, procediendo el amor de objetos exteriores, sin que tenga ninguna parte el alma, nada de particular tendrá el seguir un camino recto ó torcido.»

«Sólo te podré decir, me contestó, lo que es dado entender á nuestra razón en el asunto; lo restante es obra de fe; espera á encontrar á Beatriz (1), pues á ella corresponde.

»Toda forma sustancial, diferente de la materia, y que empero está unida á ella, absorbe en sí una virtud particular, que sin sus obras no puede sentirse ni explicarse; pero se revela por sus efectos, como por su verde color la vida de la planta.

»De dónde emana el conocimiento de aquellas primordiales nociones, lo ignora el hombre, como desconoce la inclinación de sus primeros deseos, que en nosotros vienen á ser lo que en la abeja el afán de hacer miel, sin que merezca castigo ni lauro aquella voluntad primitiva.

»Sin embargo, para resistir aquel primer deseo, está en nosotros la virtud que aconseja (la razón) que debe hallarse siempre en el juicio del consentimiento.

»El principio del merecimiento es la razón, según rechace ó acepte los buenos ó culpables amores.

»Los sabios, que por la reflexión alcanzaron el fondo de las cosas, decidieron por innata aquella libertad, y legaron la moral al mundo.

»Suponiendo que todo amor que nace de vosotros debe su origen á la necesidad, se debe suponer del mismo modo que hay suficiente valor en vosotros para reprimirle.

(1) La Teología.

»Esta es la virtud noble á la que llama Beatriz libre albedrío; haz por no olvidarla si es que te habla de ella.»

La luna, que comenzó á elevarse perezosa á media noche, hacía que las estrellas nos parecieran más extrañas, y asemejaba en el firmamento un sello encendido.

Iba recorriendo por el Cielo aquella senda abrasada por el sol, cuando el morador de Roma le ve declinar en Córcega y Cerdeña.

Y la benéfica sombra, por la cual Piétola (1) tiene más nombre que cualquiera otra población del Mantuano, había librado mi espíritu del terrible peso que antes le abrumaba.

Luego de haberme demostrado tan claras razones sobre todos los asuntos, me hallaba yo como hombre que sueña descansando; pero de pronto se desvaneció mi soñolencia por algunas almas que avanzaban detrás de nosotros.

Como en tiempos el Ismeo y el Asopo (2) vieron correr en sus riberas de noche una furiosa multitud, por necesitar de Baco los tebanos, así vi yo adelantar en aquel círculo y cojeando á los que conducían una recta voluntad y un justo amor.

En breve llegaron á nosotros, por venir corriendo, aquellas almas, de las que las dos primeras gritaban muy alto:

«Corrió María diligente á la Montaña; César, por juzgar á Lérica, dejó á Marsella y voló á España (3).

»¡Pronto, pronto! que un amor tibio no haga que perdamos tiempo, gritaban las que seguían tras de ellas; pues el celo del bien rejuvenece la gracia.»

—Almas en las que un vehemente fervor quizá recompensa hoy el abandono que en nuestra tibieza empleásteis para el bien; éste, que aun es vivo (y no os miento), quiere ir á lo alto apenas vuelva el sol á lucir, decidnos el paso más breve.»

Estas fueron las palabras de mi guía, contestándole un espíritu: «Siguenos y encontrarás la abertura.»

»Es tan inmenso en nosotros el deseo de avanzar, que no nos podemos parar: si te parece este justo castigo un tanto impolítico, perdónanos.

(1) Pequeño pueblo junto á Mantua, en el que nació Virgilio; antes Andes.

(2) Ríos de Beocia y Achata.

(3) Ejemplos de Diligencia, opuestos á la Pereza.

»Abad fui (1) en San Zenon y Verona, en el imperio del magnífico (2) Barbarroja, al que todavía no ha echado en olvido Milan en su dolor.

»Tiene ya un pié en la sepultura, el que llorará por aquel monasterio, anonadándolo el poder que tuvo en él; pues en lugar del legítimo pastor colocó allí á su hijo, malo de cuerpo y depravado de espíritu, y procedente de una mala union (3).»

No sé si dijo más el alma, ó si calló en tanto estaba ya alejada de nosotros; mas oí estas palabras, que me complazco en recordar.

Y el que era mi auxilio en todo apuro, me dijo: «Mira hácia aquella parte; ¿ves á los dos que vienen denostando á la pereza?»

Dos almas seguían á otras dos, diciendo: «La nacion para lo que el mar se abrió, feneció primero que sus herederos vieran el Jordan; y aquella que hasta el final no partió las fatigas con el sucesor de Anquises, se condenó á si propia á una vida sin gloria.»

Por no permitirme la distancia ver á aquellas sombras, me ocurrió una nueva idea, de la que surgieron varias y diferentes que ocuparon mi pensamiento, hasta que se cerraron mis ojos, trocando mis ideas en sueño.

CANTO DECIMONOVENO

Quinto círculo donde se purifica el pecado de la Avaricia. — Dante explica una vision que tuvo en sueños. — Salido el sol, continúan la marcha los poetas, y enterados por un ángel, ascienden al círculo de los Avaros.

A la hora en que acaba de extinguirse el calor del día ó morir víctima del frío de la tierra, ó el de Saturno no basta á atenuar el de la Luna; cuando los geománticos (4) notan el signo, según ellos, su mayor fortuna, elevarse en Oriente antes del alba, marchando por

(1) Gerardo II.

(2) T. no de ironía.

(3) El hijo natural de Alberto de la Scala, señor de Verona.

(4) Geomancia es el arte de acertar las cosas por los signos trazados casualmente en papel ó arena.

aquella via del Cielo que no estará oscurecida mucho tiempo, se me presentó en sueños una mujer tartamuda, bizca, patoja, manca y color cetrino (1).

La examiné, y como el sol reanima la entumecion de los miembros por el frío nocturno, mi mirada dió ánimo á su lengua. Despues la hizo enderezar y colorear su rostro taciturno como lo exige amor. Al notarse suelta la lengua, principió á cantar con tal dulzura, que solo á duras penas pude desasirme de ella.

«Yo soy, dijo en su canto, la sirena dulce que en el centro del mar desvia al navegante fascinado por mis hermosos ecos.

»Mi canto desvió á Ulises de la senda de sus aventuras; el que me oye, por rareza me deja, en tanto consigo fascinarle.»

No había cerrado sus labios, cuando vino á mi lado una santa mujer (2), decidida á anonadar á la primera.

«¡Ah, Virgilio! ¿Qué mujer es esa? decía altivamente; mas él venia con los ojos puestos en la santa mujer. Esta cojió á la primera, y rompiendo sus vestidos, la descubrió por delante, enseñándome su vientre; la fetidez que de él emanaba me despertó súbitamente.

Volvi mi vista, en tanto me decia mi buen Maestro: «Te he llamado tres veces lo menos. Alza y ven; busquemos la abertura por do debes entrar.»

Al levantarme, la luz del día llenaba ya los círculos de la sacra montaña, y al andar el sol estaba detrás de nosotros.

Siguiéndole con la cabeza inundada de ideas, oí hablar así: «Llegad; por aquí es por donde se entra.» Aquellas palabras fueron dichas con una dulzura ignorada en la region de la muerte.

Tendidas sus alas á imitacion de las del cisne, nos llevó el que acababa de hablar por entre ambas laderas de la áspera montaña, y con el movimiento de sus plumas aventó mi frente (3), asegurando: «Venturosos los que padecen, por tener con qué consolar sus hermosas almas.»

«Siendo así, ¿qué es lo que miras en el suelo?» me dijo mi guia cuando se elevó el ángel sobre nosotros.

(1) Lombardi opina que es la mentira.

(2) La verdad según él mismo.

(3) El ángel borra la P. (Pecado de la Pereza), diciendo: Venturosos los que lloran. (San Mateo, V.)

Yo: «Una vision nueva que me sujeta á la tierra acaba de traerme tales dudas, que no puedo dejar de acariciarla.»

«Has visto, me respondió, á la vetusta hechicera, que en los círculos que se hallan bajo nuestra planta, bace ella sólo verter tantas lágrimas. ¿No has reparado rambien cómo puede el hombre prescindir de ella?»

«Basta, Písa la tierra con tu planta, y pon tu mirada en el llamamiento que te hace el eterno Rey con tus inmensas ruedas.»

Lo mismo que el halcon, que examina antes sus garras, llega á la voz del cazador, y despues tiende su vuelo impulsado por el anhelo de la presa que le trae, recorri yo la abertura de la roca que servia de escalera, y marché hasta el sitio ó entrada del círculo.

Luego de entrar en el círculo quinto, ví varias almas echadas con la espalda hácia arriba y llorando (1).

«*Adhæsit pavimento anima mea* (2), exclamaban en voz casi imperceptible y ahogada por sollozos.

«¡Oh, escogido por Dios, en los que la justicia y la esperanza hacen menos penoso el tormento, guiadnos á las gradas superiores!

—«Si llegais libres y exentos de permanecer echados, y deseais encontrar el camino más breve, siga vuestra diestra el borde exterior del círculo.»

Tales fueron las súplicas de mi guia y la contestacion que le fué dada de un sitio algo apartado. En lo que dijo, comprendi que aquella alma ignoraba la mitad de mi destino.

Fijé mi vista en la de mi Maestro, quien por medio de una mirada de asentimiento me otorgó lo que mis ojos le demandaban con tal deseo.

Viendo que podía obrar con libertad, me aproximé á aquella criatura, cuyas palabras me lo habian hecho reconocer, diciendo: «Espiritu cuyas lágrimas sazona la expiacion, sin la que no puede llegarse á Dios, deja por mí un momento tu gran desvelo.

«¿Quién fuiste y por qué todos vosotros permanecéis boca abajo? Dímelo, y tambien si deseas que consiga algo para tí en aquel mundo del que salí vivo.»

(1) De los avaros.

(2) Salmo 118.

El á mí: «Bien sabrás por qué hace el Cielo que estemos con la espalda hácia él; pero antes *scias quod ego fui successor Petri* (1).

»Por entre Sestri y Chiavari se engolfa un famoso rio (2), del que nació el título que ostenta mi familia.

»Un mes y dias bastaron para darme á conocer cuánto pesa el gran manto en hombros del que le preservó del fango; en comparacion con ella, las demás cargas son plumas levisimas.

«¡Oh! Tardía fué mi conversacion; únicamente al nombrarme romano pastor, comprendi lo engañoso de la vida.

»Allí pude ver que no habia reposo para el corazon, y que en la vida mortal no se podia subir más arriba: en cambio prendió en mi el fuego del amor á la eterna vida.

»Hasta aquel punto fui alma miserable, apartada de Dios y del todo avaro, por lo que, como ves, recibo aquí el castigo.

»Lo que va en pos de la Avaricia, aquí se ve con la purificacion de las almas echadas boca abajo, el más horrendo torcedor que se halla en este monte.

»Como tuvimos fija nuestra vista en lo terrenal y no la elevó al Cielo, ahora les arrastra por los suelos de la Justicia celeste.

»Como la Avaricia agostó en nosotros el amor á todo verdadero bien, é hizo malograr toda buena obra, la Justicia nos castiga á este tormento.

»Atados de piés y manos y sujetos, en tanto le plazca al justo Señor, estaremos aquí inmóviles y tendidos.»

Me prosterné y quise hablar; pero como lo notara el espíritu con sólo escuchar, me dijo:

«¿Por qué doblas la rodilla?» Yo á él: «Ante vuestra dignidad, me precisa la conciencia á humillarme.»

«Alzate y endereza tus piernas, hermano, me respondió. Deja las preocupaciones, que como tú y todos los otros, sirvo al propio poder.

«Si comprendiste el pasaje del Evangelio santo, que dice: *Neque nubent* (3), no ignorarás por qué te hablo así.

(1) Adriano V, papa.—«Sabe que fui sucesor de Pedro.» Reinó un mes y nueve dias. Venia de la familia Flesel, de Génova.

(2) Lavagno.

(3) «Quiere decir que en la eterna vida será igual todo el mundo.» No habrá esposo ni esposa. (San Mateo.)

«Vete pues, no quiero que te detengas más tiempo; tu presencia interrumpe el llanto que proporciona la dicha de que antes hablaste.

«Allí abajo tengo una sobrina llamada Alagia (1), que es de natural bueno, si nuestra casa con su mal ejemplo no la ha maleado.

«A ella sola tengo allá en la tierra.»

CANTO VIGÉSIMO

Donde todos lloran y permanecen tendidos en el suelo.—El papa Adriano V.—Siguiendo a su Maestro, habla Dante con el alma de Hugo Capeto, quien le refiere ejemplos de Pobreza, Liberalidad y Avaricia.

JAMÁS voluntad alguna debe luchar con otra superior; de suerte, que por complacer aquel espíritu y a espensas del deseo, quité del agua la esponja de mi afán, no dando lugar a que estuviera empapada.

Seguí mi camino con mi guía, recorriendo todos los sitios libres a lo largo de las peñas, como se recorre un angosto muro a lo largo de sus almenas; pues las almas que fluían por sus ojos y gota por gota todo el veneno que guarda el mundo entero, obstruían el opuesto borde.

¡Oh, maldita seas, loba antigua, que con tu voraz apetito causas más daño que todas las fieras juntas! (2).

¡Ah Cielo, que en tus movimientos mudas, según se cree, los asuntos de aquí abajo! ¿Cuándo llegará el que la ha de hacer huir?

Marchábamos con paso lento, yo con la idea fija en las sombras que enternecido oía gemir y quejarse, cuando de repente oigo gritar: «¡Oh dulce Madre!» Pareciéndose aquella voz lastimera a la de una mujer en el acto de salir del parto. Y luego: «Tú has sido tan pobre, como lo manifiesta el pesebre en que hiciste depósito del fruto santo.»

(1) Mujer de Marcelo, protector de Dante.

(2) La Avaricia.

Después oí: «¡Oh buen Fabricio, que preferiste la virtud con pobreza, al vicio con tesoros!»

Aquellas frases me eran tan queridas, que avancé para conocer el alma que las emitía.

Todavía hablaba de la liberalidad con que favoreció Nicolás a las vírgenes, para que no se extraviara su honor en el escollo de su juventud (1).



MA DE NUEVO LEÓN

«¡Oh sombra, que con tal cordura hablas! dime ¿quién fuiste y por qué sola repites aquellos merecidos loores?»

«No quedarán sin premio tus palabras, si yo torno al mundo para concluir el corto trayecto de esta vida que vuela a su fin.»

Ella a mí: «Te responderé, no por el favor que aguardo de allí abajo, sino porque lucé en tí tan particular gracia antes de morirte.

«Yo he sido raíz de una planta nociva que proyecta una

(1) San Nicolás, obispo en Mira.

fatal sombra en todo el órbe cristiano, y que únicamente por rareza produce gratos frutos.

»Mas si Donai, Gante, Lila y Brujes tuvieran la fuerza precisa, bien pronto se realizaria la venganza por la que ruego incesantemente al Supremo Juez.

»Me llamaron en la tierra Hugó Capeto; de mí tomaron vida los Felípes y Luises, por quienes es regida la Francia desde hace poco (1).

»Mi padre fué un carnicero de París. Al faltar los antiguos reyes, á excepcion de uno que se cubria por la parda túnica, guiaba yo la nave del Estado, y tenía tal poder en aquel nuevo cargo, y me cercaban tantos amigos, que mi hijo fué elevado al trono vacante, viniendo de él los sagrados huesos de los modernos reyes.

»En tanto aquella hermosa dote de la Provenza no hizo que mi sangre perdiera el rubor, era de poca valia, mas no hacia daño alguno; pero allí principió sus rapiñas con el auxilio de la violencia y la mentira. Despues, para enmendarse, tomó el Ponthieu y Normandía, apoderándose de la Gascuña.

»Carlos (2) marchó á Italia, y por enmienda hizo víctima á Coradino (3), y arrojó al cielo á Tomás (4) para proseguir el camino de enmendarse.

No veo lejos un tiempo que empujará fuera de Francia á otro Carlos (5), para que se conozcan más bien él y los suyos. Saldrá de ella sin otra arma que la lanza de Judas, afilando tanto su punta, que traspase el cuerpo de Florencia.

»Allí no ganará tierras, pero sí un nefando pecado y la deshonra de tanto peso, cuanto que le hará parecer más pequeña la villana accion llevada á cabo.

»El otro (6), que ya salió preso de su nave, veo que vende á su hijo, usando del regateo como los negreros con sus esclavos.

»¡Avaricia! ¿Qué más puedes ejecutar, cuando así ganaste á mi sangre, que no le importa su misma carne?

(1) El constante gibejino no olvida el apoyo que Felipe de Valois prestó á los guelfos.

(2) Carlos de Anjou, hermano de san Luis.

(3) Coradino, vasallo de Federico II.

(4) Santo Tomás de Aquino.

(5) Carlos de Valois, hermano de Felipe el Hermoso.

(6) Carlos II, rey de Sicilia.

»Mas para simular la atenuacion del mal futuro y pasado, veo penetrar en Aragni las flores de lis y preso á Cristo (1), en la imágen de su Vicario. Otra vez lo veo sometido al escarnio y la mofa; veo la reincidencia del vinagre y la hiel; veo que muere entre dos ladrones vivos.

»Tambien veo á otro Pilatos tan impio, que aun no se sacia con todo esto, y que careciendo de orden superior, lleva al templo sus bárbaros deseos (2).

»¡Dios mio! ¿Cuándo me cabrá el placer de contemplan la venganza oculta en tus arcanos, que tu justa cólera te hace grata?

»Por lo que decia respecto á la única esposa del Espiritu Santo, y que te ha encaminado á mí para conseguir una explicacion, te declaro que es parte de nuestras plegarias durante el dia; mas llegada la noche, sacamos á luz ejemplos completamente distintos.

»Entonces aludimos á Pigmalion (3), al que su sed de oro convirtió en traidor, ladron y parricida, como tambien la miseria de Midas el avaro, castigado por su desmedida peticion, que no merece más que mofa eterna.

»Despues cada uno recuerda al demente Acan (4) y la manera cómo robó los despojos del enemigo; de suerte que aun parece acosarle aquí la rabia de Josué.

»Luego nos referimos á Sáfira y su esposo; ensalzamos á los que pisaron á Heliodoro, y por toda la montaña se oye el eco de la villanía de Polimuestor, que mató á Polidoro. Últimamente se dice: «¡Oh Craso! dinos, puesto que no lo ignoras, el sabor del oro.»

»Hablamos algunas veces unos en voz alta y otros en voz muy baja, con arreglo al sentimiento que nos domina, que tan pronto nos precisa á andar de prisa como despacio.

»No yo era solo el que se ocupaba ahora en referir nuestro recuerdo diario, sino que ningun otro alzaba tanto la voz.»

Ya nos habiamos apartado de aquella alma, y haciamos por subir de prisa, cuando oí retemblar la montaña como al chocar

(1) Bonifacio VIII fué preso por Nogaret y Colonna, jefes del ejército de Felipe el Hermoso, otro Pilatos.

(2) Se refiere á la destruccion de la orden del Templo.

(3) Pigmalion, hijo de Belo, y hermano de Dido.

(4) Acan, se le apedreó por robar parte del botin de Jericó.—Sáfira, Ananias, Heliodoro, Craso, etc., son ejemplos de avaricia castigada.

con violencia algo que se desploma; el frío que me dió, sólo es comparable con el de la muerte.

No se estremecía Delos con tal fuerza antes de que Latona abriera en ella su nido para dar á luz los ojos del Cielo (1).

»Enseguida se alzó de todos lados una grieta tal, que mi Maestro, volviéndose, me dijo: «No temas nada; en tanto sea yo tu guía.»

Exclamaban todos: «*Gloria in excelsis Deo.*» según lo puede entender, por venir de un sitio cercano al en que yo me hallaba.

Suspensos é inmóviles quedamos, como la primera vez que los pastores oyeron aquella música, hasta que acabó la oscilación y cesó aquella.

Luego reanudamos la marcha de nuestro viaje santo, mirando las echadas almas que proseguían en sus quejas de costumbre.

Si no miente mi memoria, jamás me atormentó tan cruel deseo, por saber lo que mi mente no lograba alcanzar. Como nuestra marcha era entonces tan rápida, no me atreví á preguntar; de suerte, que proseguí mi camino, tímido y reflexivo.

CANTO VIGÉSIMOPRIMERO

Estremécese el monte del Purgatorio y las almas cantan: «Gloria á Dios.»—Prosiguen su camino los poetas y encuentran un Espíritu.—Le preguntan el motivo de aquél estremecimiento y del canto de gloria.—El Espíritu responde que acontece cada vez que una alma se acaba de purificar.—Últimamente se da á conocer el Espíritu, resultando ser el poeta Stacio.

LA sed natural que no se extingue sino con el agua, por la que la mujer de Samaria pidió la gracia, me acosaba impulsándome á seguir á mi guía por aquella áspera senda, sintiéndome enternecido ante los justos castigos de Dios.

De la misma manera que describe Lucas la salida de Cristo del sepulcro, presentándose á dos hombres que halló en el

(1) Apolo y Liana.

camino, se nos apareció una sombra que venia detrás de nosotros, viendo á sus piés las tendidas almas, sin que la hubiésemos advertido hasta que nos dijo: «Hermanos míos, sea con vosotros la santa paz.» Súbitamente nos volvimos, y después de hacerle mi Maestro una benévola señal, principió de este modo:

»Que en el bienaventurado concilio te reciba en paz el tribunal de lo justo, que me condena á eterno destierro!

—¿Cómo podeis andar con tal velocidad, contestó el espíritu, si sois sombras de las que Dios no recibe en lo alto? ¿Quién pudo guiaros hasta aquí?»

»Si observas las señales que este tiene en la frente trazadas por el ángel, dijo mi Maestro, notarás que le asiste el derecho de reinar entre los buenos (1).

»Mas como la que está hilando día y noche no habia concluido con relación á éste de llenar el huso que Clotho dispone á cada uno de nosotros, su alma, que es nuestra hermana, no podía ir sola á lo alto, pues no distingue como nosotros. Por lo que se me sacó de la vasta garganta del infierno con objeto de que le enseñara el camino, y lo haré en tanto mi ciencia pueda encaminarle.

»Mas dime, si acaso lo sabes, ¿por qué la montaña experimentó poco hace tan enorme sacudida, y por qué desde la cima á su base reblandecida por el mar, todas las sombras que se hallan en él han parecido vocear á un tiempo?»

En esta pregunta hallaba Virgilio cual en una aguja el ojo de mi anhelo, de suerte que, gracias á la esperanza, fué mi sed menos rabiosa.

El espíritu comenzó así: «No es cosa que haya sufrido el monte sin previo mandato, ó que se halle fuera de sus leyes.

»Este lugar está exceptuado de toda alteración. El murmullo no puede venir sino de lo que el cielo haya recibido en él de la santa montaña, y no de otro modo; pues no llueve, ni graniza, ni nieva, ni cae rocío ni escarcha más acá de la puerta de las tres gradas pequeñas.

»No se ven tampoco en él grandes ni ligeras nubes, ni centellas, ni la hija de Taumas, que tan á menudo cambia de sitio (2) allí abajo.

(1) Se refiere á la letra P.

(2) El arco iris.

con violencia algo que se desploma; el frío que me dió, sólo es comparable con el de la muerte.

No se estremecía Delos con tal fuerza antes de que Latona abriera en ella su nido para dar á luz los ojos del Cielo (1).

»Enseguida se alzó de todos lados una grieta tal, que mi Maestro, volviéndose, me dijo: «No temas nada; en tanto sea yo tu guía.»

Exclamaban todos: «*Gloria in excelsis Deo.*» según lo puede entender, por venir de un sitio cercano al en que yo me hallaba.

Suspensos é inmóviles quedamos, como la primera vez que los pastores oyeron aquella música, hasta que acabó la oscilación y cesó aquella.

Luego reanudamos la marcha de nuestro viaje santo, mirando las echadas almas que proseguían en sus quejas de costumbre.

Si no miente mi memoria, jamás me atormentó tan cruel deseo, por saber lo que mi mente no lograba alcanzar. Como nuestra marcha era entonces tan rápida, no me atreví á preguntar; de suerte, que proseguí mi camino, tímido y reflexivo.

CANTO VIGÉSIMOPRIMERO

Estremécese el monte del Purgatorio y las almas cantan: «Gloria á Dios.»—Prosiguen su camino los poetas y encuentran un Espíritu.—Le preguntan el motivo de aquél estremecimiento y del canto de gloria.—El Espíritu responde que acontece cada vez que una alma se acaba de purificar.—Últimamente se da á conocer el Espíritu, resultando ser el poeta Stacio.

LA sed natural que no se extingue sino con el agua, por la que la mujer de Samaria pidió la gracia, me acosaba impulsándome á seguir á mi guía por aquella áspera senda, sintiéndome enternecido ante los justos castigos de Dios.

De la misma manera que describe Lucas la salida de Cristo del sepulcro, presentándose á dos hombres que halló en el

(1) Apolo y Liana.

camino, se nos apareció una sombra que venia detrás de nosotros, viendo á sus piés las tendidas almas, sin que la hubiésemos advertido hasta que nos dijo: «Hermanos míos, sea con vosotros la santa paz.» Súbitamente nos volvimos, y después de hacerle mi Maestro una benévola señal, principió de este modo:

»Que en el bienaventurado concilio te reciba en paz el tribunal de lo justo, que me condena á eterno destierro!

—¿Cómo podeis andar con tal velocidad, contestó el espíritu, si sois sombras de las que Dios no recibe en lo alto? ¿Quién pudo guiáros hasta aquí?»

«Si observas las señales que este tiene en la frente trazadas por el ángel, dijo mi Maestro, notarás que le asiste el derecho de reinar entre los buenos (1).

»Mas como la que está hilando día y noche no habia concluido con relación á éste de llenar el huso que Clotho dispone á cada uno de nosotros, su alma, que es nuestra hermana, no podía ir sola á lo alto, pues no distingue como nosotros. Por lo que se me sacó de la vasta garganta del infierno con objeto de que le enseñara el camino, y lo haré en tanto mi ciencia pueda encaminarle.

»Mas dime, si acaso lo sabes, ¿por qué la montaña experimentó poco hace tan enorme sacudida, y por qué desde la cima á su base reblandecida por el mar, todas las sombras que se hallan en él han parecido vocear á un tiempo?»

En esta pregunta hallaba Virgilio cual en una aguja el ojo de mi anhelo, de suerte que, gracias á la esperanza, fué mi sed menos rabiosa.

El espíritu comenzó así: «No es cosa que haya sufrido el monte sin previo mandato, ó que se halle fuera de sus leyes.

»Este lugar está exceptuado de toda alteración. El murmullo no puede venir sino de lo que el cielo haya recibido en él de la santa montaña, y no de otro modo; pues no llueve, ni graniza, ni nieva, ni cae rocío ni escarcha más acá de la puerta de las tres gradas pequeñas.

»No se ven tampoco en él grandes ni ligeras nubes, ni centellas, ni la hija de Taumas, que tan á menudo cambia de sitio (2) allí abajo.

(1) Se refiere á la letra P.

(2) El arco iris.

»No existe vapor que alcance más elevación que la de las tres gradas, allí do se asienta el vicario de Pedro.

»Tal vez más abajo siente el monte mayores ó menores sacudidas; mas no se cómo estas alturas no se estremecen nunca, impulsadas por el viento que oculta la tierra.

»Sólo se conmueven cuando un alma, al verse purificada, se eleva ó pone en acción para volar á lo alto, que es cuando se eleva unida á la voz general.

»La voluntad es la sola prueba de purificación; ella es la que mueve al alma, libertada ya de su castigo, á trocar de morada; el alma está gozosa ante aquella voluntad justa.

»El alma anhela verse libre antes de aquel punto; mas no se lo consiente el deseo de su purificación, pues la Justicia divina le da por tormento aquel propio deseo que lo animó al pecado.

»Yo, que estuve echada bajo el dolor durante más de quinientos años, no he percibido hasta hoy la voluntad de una mansión más grata.

»Esta es la causa por qué viste retemblar el monte, y oíste á los espíritus las alabanzas al Señor para que los consienta pronto en el Cielo.»

Esto dijo la sombra: «Y como según la intensidad de la sed se disfruta más en beber, me sería imposible describir el contento que me dió.»

A su vez dijo el sabio guía: «Ahora vislumbro la red en que se os caza, y la manera como cada uno se liberta de ella, por qué se conmueve la montaña y cuál es la causa de vuestro gozo.

»Consiste ahora en que sepa quién fuiste, y ¿por qué estuviste aquí tendido cinco siglos? Permíteme que lo traduzca de tus propias palabras.

—»En el tiempo en que el buen Tito, con la cooperación del gran rey, vengó la herida de que manó la sangre vendida por Judas, respondió el espíritu, me hallaba yo allí abajo, ostentando el título más duradero y honroso (1), y era algún tanto célebre, si bien aun carecía de fe.

»Mi canto fué tan dulce, que aunque Tolosano (2), Roma

(1) Título de poeta.

(2) Stacio, autor de la *Tebaida* y la *Aguileido*, natural de Nápoles. Dante escribió antes de publicarse ó tener noticia de esta obra.

me llevó hácia sí, mereciendo que ella coronara mis sienas con mirtos.

»En la tierra se me llamó Stacio: canté á Tebas y despues al grande Aquiles: mas caí en mi carrera rendido por el segundo peso.

»Mi ardor halló chispas que le encendian en la divina llama, en que millares se abrasaron.

»Me refiero á la Eneida que á un tiempo fué mi madre y nodriza en poesía, y sin la que no hubiera escrito ni el pensamiento más pueril.

»Por haber habitado allí abajo en tiempo de Virgilio, retardaría un año la salida de mi destierro.»

Aquellas frases hicieron que Virgilio se dirigiera á mí con un talante; que callando podía traducirse: «No digo nada.» Mas no siempre lo puede todo la voluntad que manda.

Siguen tan de cerca el llanto y la risa á la pasión de que esta uno poseído, que se doblegan menos á la voluntad del hombre más sincero.

De suerte, que sonrei como hombre que hace una seña, y la sombra calló para mirarme los ojos, por descubrirse mejor en ellos las afecciones del alma.

«¡Oh, dijo, quiera Dios que lleves tu gran empresa á término feliz! Mas ¿por qué entreabría ahora tus labios la sonrisa?»

Entonces me hallé en doble apuro, por querer el uno que hablara mientras el otro me ordenaba callar; por fin Virgilio leyó mi tristeza.

«Habla sin miedo, observó mi guía, pero dile lo que tiene empeño por saber.»

Yo: «Mi sonrisa te ha estrañado, espíritu antiguo; mas quiero que sea más grande tu asombro.

»Este que guía mi vista allí arriba, es Virgilio, del que quizá aprendieras á cantar con tal fervor á los hombres y á los dioses.

»Si has atribuido á otro motivo mi sonrisa, desvanece tu equivocación, y cree que procedía tan sólo de lo que dijiste respecto á Virgilio.»

Stacio se bajaba ya para abrazar las rodillas de mi protector; mas éste le dijo: «Hermano, no obres así, puesto que eres una sombra delante de otra.»

Y aquella, levantándose: «Ya habrás entendido lo inmenso

de mi amor hacia ti, puesto que me olvido de nuestra vanidad al tratar á un espíritu como á un cuerpo sólido.»

CANTO VIGÉSIMOSEGUNDO

Círculo sexto, donde se purifica el pecado de la Gula.— Ven los poetas en él un sorprendente árbol, cuajado de odoríferos frutos, regado por una cristalina corriente que viene del monte.— De su raíz sale una voz que cita ejemplos de Templanza.

El ángel había quedado detrás de nosotros, después de ponernos en camino del círculo sexto, y de haber quitado una de las manchas de mi frente (1).

Y los que ponen su anhelo en la justicia, nos habían dicho con dulce acento: «Bienaventurados los que tienen sed,» sin concluir el comenzado versículo.

Con más agilidad que en las demás aberturas, llevaba yo tal paso sin rendirme, que seguía allí arriba á las ténues sombras (2).

Virgilio, entonces dijo: «El amor nacido de la virtud inflama otro amor, siquiera brille extraordinariamente su llama.

»Desde el instante en que Juvenal bajó el limbo del Infierno con nosotros, y me mostró el cariño que me profesabas, fue tal mi voluntad para contigo, que no existirá otra más grande por persona que jamás se ha visto; de suerte, que tendré por muy corta la ascensión de estas gradas.

»Mas dime, y perdona como amigo, si la confianza suaviza el freno de mi lengua, y también como amigo háblame. ¿Cómo la avaricia pudo anidar en tu corazón, sin embargo del recto sentido que te escudaba?»

Stacio sonrió al oír aquellas palabras, y respondió:

«Tus palabras son tan dulces para mí, como otras tantas pruebas de afecto.

(1) La de la Avaricia.

(2) Quid non mortalia pectora cogis.

Auri sacra fames!

(Eneid., lib. III.)

»A menudo se notan cosas que dan falso motivo á la duda, por permanecer ocultas las verdaderas causas.

»Segun me preguntas, crees que en la otra vida me dominó la avaricia, tal vez por hallarme en aquel círculo; pues sabe, con todo, que la avaricia estaba harto separada de mí y que mis desórdenes se castigaron con mil lunas.

»Y si no se habían moderado mis deseos al reflexionar sobre los versos, en que tú exclamas casi indignado contra la naturaleza humana:

«¡Oh execrable sed de oro! ¿Dónde no llevas tú el corazón de los mortales! Yo mismo, dando vueltas, sufriré las luchas de los condenados.

»Allí pensé en que podían abrirse en demasía las manos para gastar, y me arrepenti de aquel como de los otros males.

«¿Cuándo podrán resucitar sin cabellos por la ignorancia que os veda el arrepentimiento de aquel pecado, en la vida ó en su último término!

»Sabe que la falta que se halla en contraposición al otro pecado, seca aquí su saña con el propio pecado.

»De suerte, que si yo he permanecido por purificarme con los que lamentan su avaricia, fué por la falta contraria.»

El magnífico cantor de los versos bucólicos dijo entonces: «Al cantar tú los nefandos combates de donde emanó la doble tristeza de Jocasta, no veo (en los acentos en que Clio expresa por tu boca) que te colocara la fe con los fieles, sin la que las buenas obras son efímeras.

»Si es esto, ¿qué sol ó luz disipó de tal manera tus tinieblas, que encaminases luego tus velas hacia el barquichuelo del pescador?»

El: «Tú, el primero, me dirigiste al Parnaso, para beber en sus manantiales, y también el primero que me iluminó en el amor á Dios.

»Tu hiciste cual el que anda de noche, llevando detrás de él una luz que le es inútil, más que guía en su camino á las personas que van detrás de él, sobre todo al decir: «El siglo va regenerándose; renace la justicia con los tiempos primitivos del género humano, y nueva raza viene del Cielo.»

«Fui por tí poeta y cristiano. Para que entiendas más fácilmente mi obra tenderé la mano para pintártela con sus verdaderos colores.

«El mundo enteró estaba ya impregnado de la verídica creencia sembrada por los embajadores del eterno reino, y tus citadas frases se referían á los nuevos apóstoles; así que yo me acostumbré á visitarlos.

»Después los ví tan llenos de santidad, que al perseguirlos Domiciano, mis lágrimas se mezclaron con las suyas.

»Mientras estuve en la tierra, les di mi apoyo, haciéndome sus rectas obras despreciar las otras también rectas.

»Antes que condujese los griegos en mi poema al río de Thebas, había sido bautizado; mas por temor fui cristiano secretamente, seguí mucho tiempo ostentando el paganismo. Aquella tibieza fué origen de que recorriera el cuarto círculo más de cuatro siglos.

»Tú, que rompiste el velo que me vedaba el supremo bien, ya que nos sobra tiempo hasta llegar al fin de nuestro camino, dime, si lo sabes, ¿dónde está nuestro antiguo Terencio? Y Cecilio, Plauto, Varrón, ¿dónde están? Dí si fueron condenados, y á qué círculo.»

—«Todos ellos, Persio, yo y otros varios, dijo mi guía, permanecemos con aquel griego á quien las musas alimentaron más que á otro alguno. Estamos en el círculo primero de la tenebrosa cárcel, tratando aun algunas veces del monte en que todavía residen nuestras nodrizas.

»Están también con nosotros Antifonte, Simonides, Agathon y otros griegos, que ornaron sus sienas de laurel en otros tiempos.

»Allí se ven tus heroicas, Antígona, Deífilia, Argia é Ismena, tristes como antes.

»Está la que inició Langia (1), la hija de Tiresias y Thetis, Deidamia y sus hermanas.»

Los dos poetas callaron para ver con atención lo que había á su alrededor, por haber ya subido las gradas y pasado los muros.

Las cuatro siervas del día (2) ya quedaban detrás, y la quinta se hallaba en el timón del carro, encaminando hacia lo alto su encendida punta, cuando mi guía dijo: «Me parece que debemos volver nuestro hombro derecho al borde del círculo, para dar vuelta á la montaña, como acostumbramos.»

(1) La fuente Langia, que indicó Hypsipyle á los cazadores.

(2) Las cuatro horas primeras.

Aquella costumbre fué la indicación, y emprendimos más segura marcha, luego de convenir en ello la virtuosa alma.

Ellas me precedían; yo iba solo detrás oyendo sus palabras, que tan clara me daban á conocer la poesía.

Sin embargo, pronto fuimos interrumpidos por la vista de un árbol que hallamos enmedio del camino, lleno de delicados y odoríferos frutos.

Y como según se va elevando al Cielo va disminuyendo el abeto de rama en rama su tronco, aquel le disminuía según se aproximaba á la tierra, tal vez para que nadie trepase por él.

De una roca nació un cristalino líquido por el lado en que cerraba nuestro camino, que iba extendiéndose sobre las hojas.

Ambos poetas se llegaron al árbol, y del centro del follaje les gritó una voz: «Absteneos de este alimento.»

Después añadió: «María se cuidaba más de que fuese digna la boda, que de su propia boca, que hoy ruega por nosotros.»

»Las romanas antiguas se conformaron con beber agua; Daniel, despreciando el manjar, adquirió la ciencia.

»Bello cual el oro fué el primer siglo; con hambre, las bellotas fueron deliciosas; un néctar fueron los arroyuelos con la sed.

»Miel y langosta fué el alimento del Bautista en el desierto; por lo que fué tan digno cual os lo retrata el Evangelio.»

CANTO VIGÉSIMOTERCERO

Dante, Virgilio y Stacio hallan las almas de los Golosos.— Extenuados de hambre y sed, masean de continuo, aunque en vano.—Buonagienta, de Luca, Bonifacio, meser Marchese y Foresio.—Censura del último contra los vestidos inmodestos de las damas de Florencia.

HALLADA mi vista en el verde follaje, como el que malgasta el tiempo siguiendo á una mariposa, el que para mí era más que padre, decía: «Ven á mí, querido hijo, hay que invertir mejor el tiempo que se nos concedió.»

A la vez dirigí mi vista y mis pasos hacia los sabios que

tan cuerdamente hablaban, y que gracias á ellos no me era difícil andar; cuando de repente se oyó llorar y cantar: *labia mea, Domine*, de una manera que produjo en mí placer y pena á un tiempo.

«¡Oh dulce Padre! exclamé, ¿qué es lo que oigo?» y él contestó: «Sombras que acaso van á desatar el nudo de sus pecados.»

Como pensativos caminantes que hallan á su paso personas desconocidas, hacia las que se vuelven sin parar su marcha, una muda y piadosa cohorte venia en pos de nosotros á paso ligero, y al adelantarnos se fijaban en nosotros.

Todos ellos tenían ojos negros y hundidos, y el rostro tan pálido y descarnado, que su piel dibujaba los contornos de sus huesos.

Creo que Eresichthon no se vería reducido á una tan seca piel, cuando más temió por el hambre. De suerte, que decia yo pensando en mí propio: «Tal era la nacion que arruinó á Jerusalem al comerse María á su mismo hijo (1).»

Sus ojos eran como anillos sin piedras; el que en la faz del hombre lee las letras O. M. O., hubiera podido notar perfectamente en su cara la letra M. (2).

¿Quién, ignorante de la causa productora de tal efecto, hubiese creído que el olor de una fruta y de un liquido excitase su anhelo hasta el caso de atormentarles tan horriblemente?

Yo me admiraba al ver su extenuacion, porque ignoraba la causa de su flaqueza; cuando hé aquí que de los huecos de sus cabezas, volvió su vista hacia mí una sombra, que mirándome con fijeza, exclamó con estentórea voz: «¿Qué gracia tan especial se me otorga?»

Por su fisonomía jamás le hubiera reconocido; mas su voz me patentizó cuánto habían perdido sus facciones, y el recuerdo de lo que fueron antes aquellos deformes labios, y conocí el rostro de Foresio.

¡Ah! me dijo, no te fijes en esta lepra que quita el color de mi piel, ni en la carne de que carezco; dime sólo la verdad ¿Quiénes son las dos almas que te escoltan?

(1) Mientras el cerco de Jerusalem por Tito.

(2) Según fisonomistas, se puede leer OMO, así dispuesto [o] [o] en las facciones de nuestra cara. Las dos O son los ojos y la nariz, cejas y mejillas las forman la M.

A lo que contesté: «Tu presencia, la que lloré muerta ya, no excite menos mi pena al verte hoy tan trasformada.

»Dime, pues, en nombre de Dios, la causa de vuestra flaqueza; no me hagas hablar de otro asunto, en tanto que no calme mi asombro, porque mal se puede hablar de una cosa estando absorbido por otra.»

«De la Eterna justicia, dijo, viene una virtud sobre el agua, y ese suelo que ya dejamos detrás, y aquella secreta virtud, es la que de tal suerte nos extenua.

»Todas esas almas que lloran y cantan por haber obedecido ciegas á su boca, han de purificarse aquí por medio de hambre y sed.

»El aroma que viene de las frutas y el agua que se extiende por la verdura, enciende en nosotros el anhelo de comer y beber, sin que una vez sola al pasar por este sitio no se avive nuestra angustia; angustia dije, debiendo decir consuelo, pues la voluntad que nos lleva al árbol es la que indujo al Cristo á decir lleno de júbilo: ¡Eli! al libertarnos con la sangre de sus venas (1).»

Yo le dije: «Foresio (2), desde el día que cambiaste el mundo por la mejor vida, aun no trascurrieron cinco años. Si el poder de pecar terminó en ti antes de llegar la hora del saludable dolor que nos reconcilia con Dios, ¿por qué viniste aquí arriba? Yo me figuré hallarte aun allí abajo, donde se repara el tiempo con el tiempo.»

El: «Es mi Nella la que con sus constantes quejas me hizo libar el grato ajeno del dolor. Con sus preeces piadosas y suspiros me estrajo de la costa do se espera, librándome de los demás círculos.

»Es tanto más amable á Dios mi buena vida, á la que tanto queria yo, cuanto que es sola en obrar bien, porque la Barbagia de Cerdeña tiene más púdicas mujeres que la Barbagia en que yo dejé la mia (3).

»¡Oh dulce hermano! Se presenta ya á mis ojos un futuro tiempo, para el que no será muy remota la hora presente, en

(1) Eli, *Jamma sabactani?* Dios mío, ¿por qué me aban tonaste?

(2) Foresio, florentino, era hermano de Corso Donati y de la bella Picarda que hallaremos en el canto III del Paraíso.

(3) Monte de Cerdeña, de mala fama.—La otra Barbagia quiera decir Florencia.

el que se prohibirá desde el púlpito á las deshonestas florentinas seguir mostrando los pechos.

«¿Qué mujeres bárbaras ni sarracenas hubo nunca, que para obligarlas al decoro se tuviera que acudir á censuras espirituales ú otras órdenes?»

«Mas si aquellas libertinas supieran lo que para muy en breve les depara el cielo, ya tuvieran abierta la boca para aullar; pues que si no se equivoca mi prevision, estarán tristes antes de que el vello se dibuje en las mejillas del niño nacido, todavia en la cuna al arrullo de su ama.

«¡Ay hermano! no te ocultes más; ya ves que no sólo yo, sino todas esas almas, miran el punto en que tu cuerpo veló el sol.»

«Si te acuerdas, dije yo, de lo que fuiste para mí y cómo me conduje contigo, creo que aquel recuerdo te será enojoso. El sabio que marcha delante de mí me sacó de aquella vida hace pocos días cuando la hermana de aquel (indicándole el sol) se hallaba en toda su redondez. Ese sabio me llevó á través de la noche profunda hasta los muertos verdaderos, y con mi verdadera carne que le va siguiendo.

«Su favor me ha sostenido hasta aquí en las gradas y recordos de la montaña, que os endereza á vosotros por el mundo haberos torcido. Dice que me acompañará hasta el sitio en que estará Beatriz. Allí me quedará sin él.

«Virgilio es quien me habló de este modo (señalándose con el dedo); y el otro es la sombra por la que poco hace retemblaron todas las bóvedas de vuestro vasto imperio al separarse de él.»

CANTO VIGÉSIMOCUARTO

Los tres poetas dejan á Foresio, y llegan cerca de otro árbol, del que nace una voz que recita ejemplos de gula.—Últimamente un ángel les indica las gradas del sétimo y postrer círculo.

NUESTRA conversacion no daba lugar á que languidciera nuestra marcha; antes, por el contrario, andábamos con la presteza del buque impulsado por viento favorable.

Y las almas, que asemejaban á cosas ú objetos muertos

dós veces me daban á entender en los hoyos de sus ojos la sorpresa que les causaba al verme vivo.

Yo, siguiendo mi conversacion, observé: «Esa sombra, por culpa de otro, va tal vez á lo alto con más pausa de la que quisiera.

«Y dime, si no lo ignoras, ¿dónde se halla Picarda (1)? como tambien si entre esta infinidad que me mira hay alguna persona notable para mí.»

Foresio respondió: «Mi hermana, tan hermosa y buena (que no sé lo que fué más), triunfante disfruta ya de su corona en las alturas del Olimpo.»

Luego añadió: «Aquel puede llamarse á cada uno por su nombre á causa de lo que alteró el hombre nuestra semejanza,

»Este (indicándole con el dedo) es Buonagiunta de Luca (2), y aquella sombra que está separada y flaca de las otras, tuvo en sus brazos á la santa Iglesia. Procedia de Tours, y expia por medio de ayuno las anguilas de Bolsena (3), que mandaba guisar con vino blanco.»

Otros muchos me citó, y parecia que era gusto de ellos el que les nombrara, pues ni uno se puso sombrío.

Entre aquellos hambrientos que estropean sus dientes mascando inútilmente, vi á Ubaldino della Pila, y á Bonifacio, que con su roquete alimentó á tantos (4).

Tambien vi á messer Marchese, que tan sobrado tiempo tuvo para beber en Forlì (5) y que sin embargo de no apurarle la sed, jamás se vió satisfecho.

Como el que principia por examinar y concluye por estimar más lo uno que lo otro, así hice yo con el de Luca, que aparentaba conocerme más que los otros.

En su especie de murmullo parecia nombrar á Gentuecca (6), con aquella garganta, á pesar de estar llagada y consumida por disposición de la Divina justicia.

(1) Picarda, hermana de Foresio.

(2) Buonagiunta, gran poeta de Luca.

(3) Martín IV de Tours, papa.

(4) Ubaldino della Pila y Bonifacio, arzobispos, famosos glotones.

(5) Marqués de Bigogliosi. Su sumiller le dijo en una ocasion, que se le criticaba porque no hacia más que beber; á lo que aquel respondió riendo: ¿Por qué no dicen que siempre tengo sed?

(6) Hermosa joven de Luca, á la que Dante amo en honor á Beatriz.

«¡Oh sombra, le dije, que tan deseosa de hablar conmigo pareces, haz de manera que te pueda comprender y que tus palabras nos sean gratas á todos.»

Entonces principi6 así: «Ha nacido una mujer que todavía no ostenta el velo que te hará agradable mi ciudad, aunque algunos se lo censuren. Irás con esta prediccion; si padeciste algun error por el que yo murmuro, lo que acontezca te lo demostrará.»

«Mas dime, ¿caso no contemplo al que acaba de publicar los versos que empiezan de este modo: «Damas, que sabéis lo que es amor (1)?»

Yo á él: «Cuando me inspira Amor, obro de manera que cuanto me dicta interiormente lo revela el exterior.»

—«¡Oh hermano! dijo. Ahora veo claro el nudo que nos sujetó al Notario, á Guitone y á mi (2) á tan largo trecho de aquel hermoso y nuevo estilo que me reveló. En este instante veo cómo vuestras plumas retratan con fidelidad al que tan bien dicta, lo que á la verdad no sucedió con los nuestros. El otro que trepa á más altura, no distingue un estilo de otro;» y calló como satisfecho.

Como las aves que se están en el invierno cabe el Nilo formando algunas veces una compacta masa, todas las sombras que estaban allí volvieron el rostro y aligeraron el paso, veloces por su flaqueza y por su voluntad.

Cual hombre que rendido de correr deja adelantar á sus compañeros, y anda con lentitud hasta reponer su sofocada respiracion, dejó Foresio que adelantará la santa cohorte, marchando detrás de ella conmigo, diciéndome: «¿Cuándo le volveré á ver?»

—«Ignoro la vida que me resta, le respondi; pero mi vuelta no será tan cercana, que en alas del deseo no haya arribado ya antes á la orilla; pues el lugar en que se me colocó para vivir de día en día, se desprende cada vez más del bien, y parece destinado á una lastimosa ruina.»

—«Veo al más culpable (3) atado á la cola de una fiera, arrastrado al valle en que no se perdona ninguna culpa.»

(1) El Amor.

(2) Jacobo Lentino, llamado Notario, y Guitone de Arezzo, poetas de poca valía

(3) Corso Donati, jefe de los Negros y hermano de Foresio, que pertenecía á los blancos, fué muerto en las calles de Florencia en 1308.

«El paso de la fiera va aumentando en rapidez, y aumentará más, hasta que el cuerpo chocando en todas partes, quede horrorosamente destrozado.»

«Ya no pueden girar mucho esas esferas (levantando su mirada al Cielo), para que entiendas lo que mis palabras no pueden aclararte más.»

«Te dejo, por que el tiempo es de gran valía en este reino, y ya llevo perdido mucho hablando así contigo.»

Como ginete que á galope se lanza de entre el escuadron que adelanta, para lograr la honra del primer encuentro, se separó aquel espíritu de nosotros, quedando yo en el camino con los dos que fueron en poesia tan célebres capitanes (1).

Al hallarse bastante lejos para que mis ojos pudieran seguirle, cual mi espíritu siguió sus palabras, noté las ramas de otro árbol frutal, cuyas manzanas estaban harto cerca de mí por hallarme vuelto hácia aquella parte.

En las raices de aquel árbol vi levantar las manos á varias almas, y gritar como niños que, acosados por vanos deseos, hacen muchas súplicas, á las que no responde aquel á quien se dirigen; y que para avivar más su apetito, hace pender sobre ellos y sin ocultarlo el objeto de su vehemencia.

Después partió aquella cohorte como desengañada, y advertimos entonces el grande árbol, sordo á tantas preces y lágrimas.

«Continuad adelante sin aproximaros; más elevado es el árbol cuyo fruto mordió Eva, y del que es un retoño el árbol que veis.»

Esto dijo no sé quién, á través de las ramas. Virgilio, Stacio y yo adelantamos, codeándonos para aproximaros más á la parte do se eleva la senda.

«No os olvideis, añadió la voz, de los malditos formados en las nubes, que repletos combatieron á Theseo con su doble pecho. No os olvideis de los hebreos que bebiendo denotaron su molicie, por lo que no los aceptó Gedeon como compañeros cuando bajó las colinas cerca de Madian.»

Así, al acercarnos á uno de los dos bordes, discurriamos escuchando los distintos pecados de la gula, seguidos en otra época de justas miserias. Luego de encontrarnos nuevamente

(1) Virgilio y Stacio.

en medio del camino y de haber andado más de mil pasos, meditando cada uno sin hablar.

«¿Dó vais tan pensativos y solos?» dijo repentinamente una voz que me hizo estremecer, como se estremece un animal apocado ó miedoso.

Alcé la cabeza para ver lo que era, y nunca se observó en la fragua vidrio ni metal tan reluciente y enrojecido, como lo era el espíritu que decía: «Si deseais subir, pasad por aquí, por ser ésta la senda del que aspira á la paz.»

«Como brisa de Mayo, precursora de la aurora, que difundiendo embalsama, por estar impregnada de aromas, advertí yo que un aura acariciaba mi frente, y noté el movimiento de la pluma que me hizo aspirar el aroma de la ambrosía (1).

También oí decir: «Venturosos los que de tal manera se hallan inspirados por la gracia, que el cariño á la comida no hace humear en su corazón hartos deseos, y sólo siente apetito en tanto que es esta morada.»

CANTO VIGESIMOQUINTO

Sétimo y último círculo, do se purifica el pecado de la Lujuria. — Explica Stacio á Dante la portentosa obra de la generación, y de qué manera revisten las almas una sombra visible. — Sombras que entre las llamas citan ejemplos de Castidad. — Continuación. — Ven los poetas varias almas de Lujoriosos que entre las llamas adelantan hácia las primeras. — Al juntarse, se abrazan citando ejemplos de Lujuria, y despues siguen su marcha.

ERA ya la hora en que para subir no consentia el retardarse, pues el sol habia abandonado el círculo meridional en Tauro, y la noche en el Escorpion (2).

De suerte que cual hombre que nada le detiene en su marcha, cualquiera que sea la idea que le domine, penetramos el pasaje uno de otro en pos, y tomamos la escalera, que por su angostura precisa á separarse á los que la suben.

(1) Borra el ángel la P. de la frente de Dante, signo de la Gula.

(2) Las dos de la tarde.

Menos vivo es el deseo de la tierra cigüeña que aletea al dejar su nido, que el mio por saber quién era el que de aquel modo se encendia y apagaba, llegando hasta simular el movimiento del que se propone hablar.

Aunque nuestra marcha fuera arto veloz, no dejó de insinuarme mi Maestro: «Dispara el arco de tu palabra, que tienes tendido hasta el hierro.»

Entonces, con seguridad, empecé así: «¿Cómo se enflaquece allí donde el alimento no es preciso?»

—«Si te acordaras cómo Meleagro se consumió segun se iba consumiendo una brasa, me respondió, no tendrías ahora tal dificultad en entender esto.

»Y si contemplases que al deslizar vuestra imagen se desliza en el espejo, lo que crees verde te parecería maduro.

»Mas para que satisfagas tu deseo, aquí está, Stacio, al que invoco y ruego sea la panacea de tus heridas.»

—«Si allí donde eres, le manifiesto el reino eterno, repuso Stacio, sea mi evasiva el no poderme negar.»

Despues continuó: «Hijo, si tu alma recibe y conserva mis palabras, no te quepa duda que te iluminarán respecto á lo que dices.

«La parte más pura de la sangre que jamás absorbieron las voraces venas, quedando como los superfluos alimentos fuera de la mesa, ejerce una virtud en el corazón que le predispone á la formación de todos los miembros humanos, segun lo que para trasformarse en aquellos miembros atraviesa las venas.

»Despues, al estar más digerido, baja á un sitio, que es mejor callar que mencionar, de donde se alambica sobre la sangre en el vaso natural de otro sér, do una y otra sustancia se juntan, dispuesta la una á obrar por efecto de la perfección del punto de que emana.

»En aquel momento principia á obrar la paterna sangre, coagulándose primero, y despues revivando lo que habia hecho consistente con su materia.

»La activa virtud de la sangre paterna, trocada en alma vegetativa tal como las plantas (con la única distinción de que ésta sigue su curso, en tanto que la otra está ya en la orilla), obra de suerte que desde luego principia á agitarse y sentir cual la esponja marina, y despues organiza la facultad del hombre, de que es el gérmen.

»Hijo amado, tan pronto ensancha como se dilata la virtud procedente del paterno corazón, y del que la naturaleza deriva todos los miembros; mas como pasa de animal á racional, no pueden entenderlo aun; cuestión es ésta que equivocó á otro más sabio que tú (1), cooperando con su doctrina á apartar del alma el intelecto posible, por no observar en éste ningún órgano especial.

»Abre tu razón á las verdades que te demuestro, y sabe que tan luego queda acabado en el feto el articular del cerebro, alegre el Primer Móvil se vuelve hácia aquella grande obra de la naturaleza, inspirándole un nuevo espíritu que rebosa virtud, y que junto á su sustancia forma con la parte activa de ella una sola alma que vive, que siente y que se mueve.



»Para que te sorprendan menos mis palabras, fijate en el ardor del sol, el que se convierte en vino, si se une al humor que se desprende de la viña.

»Así que Laquesis ha apurado el vino, se separa el alma de la carne, arrastrando contenidas en su virtud las facultades

(1) Averrohes.

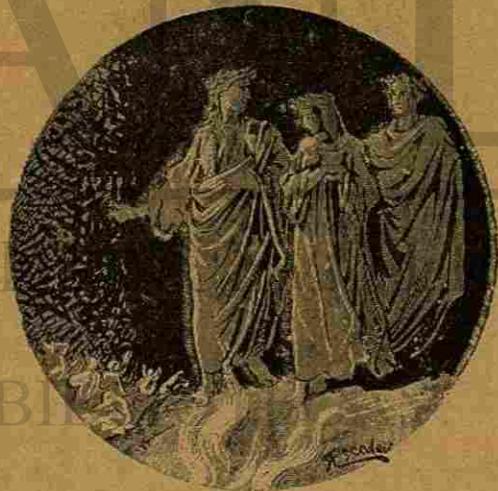
divinas y humanas. Las facultades que sienten, casi todas son mudas; mas la memoria, inteligencia y voluntad, tienen en su movimiento más sutilidad que antes.

»Sin parar y por sí sola, llega el alma á una de las riberas, en que se le indica la senda que debe seguir; despues que la sujeta el nuevo lazo, luce á su alrededor la virtud informativa del mismo modo y tan esplendorosa como cuando vivió en sus miembros.

»Y así como cuando la atmósfera se halla lluviosa, efecto de los rayos del sol que la bañan, aparece ornada de distintos matices, así la misma toma en torno la forma que virtualmente le da el alma que se desprende de ella.

»Y á imitación de la llama que sigue al fuego en todos sus movimientos, la nueva forma va en pos del espíritu.

»Ultimamente, debiendo á aquella forma el alma su apariencia, se la llama sombra; despues organiza cada uno de sus sentidos, incluso el de la vista. Por lo cual, hablamos, reimos y derramamos lágrimas, según lo habrás oido en la montaña.



»Conforme se van agitando nuestros deseos y pasiones, va cambiando de forma la sombra. Esta es la causa de lo que motiva tu admiración.»

Ya estábamos en el postrer tormento, y girando á nuestra derecha, cuando otro cuidado nos sorprendió. Allí al borde del monte impelia la llama hácia el exterior, saliendo del abismo un viento que la llevaba hácia lo lejos, precisándonos á marchar uno detrás de otro por el borde del precipicio; así que por un lado temia el fuego y por otro lado al abismo.

Mi Maestro me decia: «Aquí hay que refrenar la vista cuando tan fácil es equivocarse.»

Summe Deus clementie (1), oí cantar en medio de aquel volcan, lo que despertó en mí el no menos abrasador deseo de volverme.

Vi recorrer las llamas á varios espíritus, y aunque seguí mirándolos, fué alternando mi vista entre sus pasos y los míos.

Luego de aquel himno, entonaron: *Virum non cognosco* (2); y despues volvieron á entonar el himno en voz baja.



Concluyéndolo, volvieron á gritar: «Diana se quedó en el bosque, arrojando de él á Hélice, que habia gustado el veneno de Venus (3).»

(1) Himno que se canta en los matines del sábado.

(2) San Luc. 1.

(3) Ninfa de Diana á quien sedujo Júpiter.

Y volvió á cantar, celebrando á las mujeres y á los maridos que fueron castos, segun lo prescriben la virtud y el matrimonio. Esto, á lo que creo, les es suficiente por el tiempo que el fuego les abrasa; puesto que tales son sus cuidados, tales sus prácticas.

Que su herida postrera del Purgatorio se cicatrice.

CANTO VIGÉSIMOSEXTO

Habla Dante con Guido Guinicelli de Bolonia y Daniel Arnault de Proenza.—Instados por un ángel atraviesan las llamas los poetas y suben las gradas últimas.—La noche los detiene en la cima.

IAMOS siguiendo á lo largo el bosque uno en pos de otro, diciéndonos á menudo el célebre guía: «Te advierto que lleves cuidado y te ayudes.»

El sol que brillaba ya por todo el Occidente, trocando en blanco mate su color celeste, daba á mi hombro derecho, haciendo aparecer con mi cuerpo mas rojiza la llama á varias almas que andaban preocupadas.

Por esta causa hablaron de mí, diciendo: «Aquel parece no tener cuerpo ficticio.»

Despues quisieron saberlo con seguridad, y se me aproximaron cuanto pudieron, mas guardándose de ponerse donde el fuego no pudiera alcanzarles.

«¡Oh tú, que vas rezagado de los otros dos, no por caminar más pesado, sino acaso por respeto, dime quién se abrasa en la sed y el fuego! No sólo para mí es necesaria tu respuesta, pues todos éstos tienen una sed más voraz que la que sienten por el agua fria los indios ó los etiopes.»

«Di, ¿por qué con tu cuerpo formas una muralla que se antepone al sol, cual si todavía no hubieras caído en poder de la parca?»

De esta suerte me hablaba una de las sombras, á la que aun no habia respondido, por estar fija mi atencion en otra novedad que se acababa de presentar á mi vista.

Por medio de la inflamada senda llegaba otra cohorte, con

Ya estábamos en el postrer tormento, y girando á nuestra derecha, cuando otro cuidado nos sorprendió. Allí al borde del monte impelia la llama hácia el exterior, saliendo del abismo un viento que la llevaba hácia lo lejos, precisándonos á marchar uno detrás de otro por el borde del precipicio; así que por un lado temia el fuego y por otro lado al abismo.

Mi Maestro me decia: «Aquí hay que refrenar la vista cuando tan fácil es equivocarse.»

Summe Deus clementie (1), oí cantar en medio de aquel volcan, lo que despertó en mí el no menos abrasador deseo de volverme.

Vi recorrer las llamas á varios espíritus, y aunque seguí mirándolos, fué alternando mi vista entre sus pasos y los míos.

Luego de aquel himno, entonaron: *Virum non cognosco* (2); y despues volvieron á entonar el himno en voz baja.



Concluyéndolo, volvieron á gritar: «Diana se quedó en el bosque, arrojando de él á Hélice, que habia gustado el veneno de Venus (3).»

(1) Himno que se canta en los matines del sábado.

(2) San Luc. 1.

(3) Ninfa de Diana á quien sedujo Júpiter.

Y volvió á cantar, celebrando á las mujeres y á los maridos que fueron castos, segun lo prescriben la virtud y el matrimonio. Esto, á lo que creo, les es suficiente por el tiempo que el fuego les abrasa; puesto que tales son sus cuidados, tales sus prácticas.

Que su herida postrera del Purgatorio se cicatrice.

CANTO VIGÉSIMOSEXTO

Habla Dante con Guido Guinicelli de Bolonia y Daniel Arnault de Proenza.—Instados por un ángel atraviesan las llamas los poetas y suben las gradas últimas.—La noche los detiene en la cima.

IAMOS siguiendo á lo largo el bosque uno en pos de otro, diciéndonos á menudo el célebre guía: «Te advierto que lleves cuidado y te ayudes.»

El sol que brillaba ya por todo el Occidente, trocando en blanco mate su color celeste, daba á mi hombro derecho, haciendo aparecer con mi cuerpo mas rojiza la llama á varias almas que andaban preocupadas.

Por esta causa hablaron de mí, diciendo: «Aquel parece no tener cuerpo ficticio.»

Despues quisieron saberlo con seguridad, y se me aproximaron cuanto pudieron, mas guardándose de ponerse donde el fuego no pudiera alcanzarles.

«¡Oh tú, que vas rezagado de los otros dos, no por caminar más pesado, sino acaso por respeto, dime quién se abrasa en la sed y el fuego! No sólo para mí es necesaria tu respuesta, pues todos éstos tienen una sed más voraz que la que sienten por el agua fria los indios ó los etiopes.»

«Di, ¿por qué con tu cuerpo formas una muralla que se antepone al sol, cual si todavía no hubieras caído en poder de la parca?»

De esta suerte me hablaba una de las sombras, á la que aun no habia respondido, por estar fija mi atencion en otra novedad que se acababa de presentar á mi vista.

Por medio de la inflamada senda llegaba otra cohorte, con

el rostro vuelto á la primera, lo que me llevó á la sorpresa y á la duda.

En una y otra parte observé que las sombras se apresuraban y se abrazaban, pero sin detenerse, quedando por las trazas tan satisfechas con aquella pequeña muestra de aprecio; asemejando á las hormigas que en medio de sus tostadas legiones van á encontrarse cara á cara, tal vez por preguntarse con respecto de su camino ó su botín.

Luego de aquella cariñosa entrevista y antes de moverse, todas las almas principiaron á vocear con todas sus fuerzas, las de la cohorte primera: «¡Sodoma y Gomorra!» y las de la otra: «Pasife se envolvió con el pellejo de una becerria para que el toro se echara sobre su lujuria.»

Después, como grullas que se encaminasen, parte á los montes Rifeos, parte á los arenales; unas temerosas por el celo y otras por el sol, obraron ambas cohortes; yéndose la una en tanto venía la otra, y llorando todas, principiaban nuevamente sus cantos, y los gritos que mejor les convenían.

Entonces volvieron á acercarse á mi las primeras almas que me interrogaran, y me parecieron atentas y preparadas á oír.

Yo, que había por dos veces observado su anhelo, principié así: «¡Oh almas que teneis la seguridad de arribar al estado de la paz! Mis miembros todavía no han quedado allá abajo ni verdes ni maduros; están aquí conmigo con su sangre y coyunturas.

«Marcho allí á lo alto para dejar de ser ciego; una mujer (1) que nos supera es la que me proporciona la gracia. Esta es la causa por qué en vuestro mundo arrastro mi cuerpo mortal.

«¡Quiera Dios que veais satisfecho luego el más vivo de vuestros deseos! ¡Quiera el Cielo amoroso y grande admitiros bajo sus artesonados!

«Mas decidme, para que pueda escribirlo, ¿quiénes sois y cuál la cohorte que viene en pos de vosotros?»

Menos sorprendido se queda el montañés que penetra por vez primera en la ciudad, de lo que se quedaron aquellas almas, á juzgar por su apostura; pero al hallarse libres del primer estupor, que pronto cede en los grandes corazones.

«¡Afortunado tú, que para lograr mejor vida vienes en busca

(1). Beatriz, ó la Teología.

de experiencia á nuestros ámbitos! contestó la sombra que al principio nos interrogara.

«Las sombras que no vienen con nosotros, hicieron el pecado por el que César, mientras su triunfo, fué objeto de mofa y oyó que le llamaban reina (1).

«Por eso se apartan gritando: ¡Sodoma! reprochándose, según oíste, y excitando con su vergüenza la voracidad de la llama.

«Nuestro pecado todavía fué más en contra naturaleza; pero como no observamos la ley humana, y por el contrario, saciamos nuestro apetito como bestias, así por nuestro baldon preferimos cuando nos separamos el nombre de aquella que se trocó en bestia con la piel de otra bestia.

«Ya sabes nuestras acciones y culpas. Si deseas saber nuestro nombre, ni acaso sabria decírtelo, ni tengo espacio para ello.

«A pesar de todo te diré el mio: Soy Guido de Guinicelli (2), y estoy purificándome por haberme arrepentido antes de mi postrera hora.»

Como se mostraron los dos hijos al notar á su madre sometida al furor de Licurgo (3) así me mostré yo (mas no con el frenesi que hubiera deseado), cuando oí su nombre Guido, mi padre, y el de muchos que valen más que yo, que escribieron dulces rimas amorosas.

Absorto estuve contemplándolo largo rato, sin poder acercarme más á él á causa de la llama.

Cuando me satisface de mirarle, me ofrecí de corazón con aquellas protestas que aseguran la sinceridad del que ofrece.

Y el dijo: «Tú me abandonas, porque percibo ya una huella tan clara, que el Leteo no pudiera borrarla, ni siquiera oscurecerla.

«Mas si tus palabras son veraces, dime: ¿por qué me manifestas en tus acciones y miradas que te soy amado?»

Yo á él: «Vuestros divinos versos, interin subsista el moderno lenguaje, harán grata siempre la pluma que los trazó.»

(1) Segun Suetonio.

(2) Poeta bolonés.

(3) Thoas y Eumenio hallaron á su madre Hipsipile cuando Licurgo, rey de Nemea, iba á decretar su muerte.

—«¡Oh hermano, repuso, aquel (y me indicó con el dedo á otra sombra que le precedía) fué mejor artista en su lengua patria! (1)

»En versos amorosos y en prosa novelesca, superó á los otros y deja que hablen los necios que dicen haberle sobrepujado el Limosin (2).

»Se fijan más en el murmullo que en el hecho, y así emiten su parecer antes de escuchar el arte ó la razón.

»De esta manera se hizo respecto de Gueltone, dándole á voces el puesto elevado, hasta que quedó vencido con la verdad proferida por voz de muchas personas.

»Ahora, si posees el gran privilegio de penetrar en el claustro en que el Cristo era abad del colegio (3), dile por mí del *Pater noster* lo que se necesita en este mundo, donde ya no podemos pecar.»

Después, acaso para ceder el puesto á otro que le seguía, se ocultó en la llama, como en el agua desaparece el pez al zambullirse.

Adelanté un poco hácia el que me indicaran, y le dije que mi deseo estaba dispuesto á hacer á su nombre una grata recepción.

El, con mucha gentileza, me recitó algunos versos laudatorios y sentidos, y se ocultó en el fuego purificador.

CANTO VIGÉSIMOSÉTIMO

Dante tiene una nueva visión. — Los tres poetas llegan á la cima de la montaña del Purgatorio al romper la aurora. — Virgilio allí deja á Dante en libertad de obrar, sin su consejo.

ALI donde el sol desprende sus primeros rayos sobre la ciudad en que fué vertida la sangre de su Hacedor (cuando cae el Ebro bajo el elevado signo de Libra, y el agua del Ganges se calienta al ardor del Mediodía), se hallaba ocupado por el astro; el día iba á des-

(1) Arnaldo Daniel, poeta provenzal.

(2) Gerardo Bertueil, mal poeta de Limoges.

(3) El Paraíso.

aparecer, cuando se nos presentó el ángel de Dios, y separado de la llama, empezó á cantar: *Beati mundi a corde* (1), siendo su voz mucho más vibrante que la nuestra.

Después siguió: «Santas almas, no podeis pasar más adelante, á no morderos el fuego. Entrad en las llamas; no ensordezcais el canto que viene de más lejos.»

De este modo habló el ángel cuando llegamos cerca de él. Por lo que me volví á escucharle, como aquel que ponen en la huesa.

Junté y alcé mis dos manos mirando al fuego, y pensando con vehemencia en los cuerpos humanos que ya habia visto quemarse.

Mis buenos compañeros se volvieron hácia mí, diciéndome Virgilio: «Hijo amado, aquí puede hallarse un tormento, pero no la muerte. Acuérdate de que te guíe sano y salvo en hombros de Geryon. ¿Qué no ejecutaré ahora que me hallo más próximo á Dios?»

»Has de tener la seguridad, que aun cuando permanecieses mil años sobre estas llamas, no te abrasarias ni un solo cabello; si no lo crees, ponte al lado de ellas, y como prueba, aproxima la punta de tu vestido al fuego con tus manos.

»Aparta de tí todo temor, ven hácia aquí, y sigue con seguridad tu senda.» Yo, sin embargo de mi confianza, permanecía inmóvil.

Al notarme indeciso y obstinado, Virgilio, un tanto turbado, me dijo: «Mira, hijo mio, entre tú y Beatriz no media más que esa valla.»

Como al nombre de Thisbao, estando moribundo Pyramo, abrió los ojos y lo miró debajo del moral, que desde aquel instante produjo la encarnada fruta, del mismo modo, venciendo mi indecision, me volví yo hácia mi sabio Maestro, al oír el nombre que aun tenia resonancia en mi alma.

Aquí él hizo un movimiento de cabeza, y dijo: «¿Cómo! ¿Queremos quedarnos aquí?» Y me sonrió como se hace con un niño que se domina con una fruta.

Después, precediéndome, se lanzó á la llama, rogando á Stacio que siguiera detrás, él que por espacio de un largo trecho nos habia apartado á entrambos.

Al estar en medio del fuego, me hubiera arrojado para

(1) San Mateo.

refrescarme en el ardiente vidrio; tan inmenso era el calor que sentía en él.

Mi dulce padre, para fortalecerme, iba nombrándome á Beatriz, diciendo: «Ya me parece que veo sus ojos.»

Cantando más allá, nos guiaba una voz, y nosotros, fijos en ella, salimos de las llamas allí donde debe subirse.

«*Venite, benedicti Patris mei*» (1), decía en medio de tal resplandor, que mi vista deslumbrada no podía verla. «El sol se marcha y se aproxima la noche; no os detengais, mas bien acelerad el paso antes que el Occidente se ennegrezca.»

La senda ascendía recta á través de la roca por la parte del Oriente, y yo interceptaba delante de mí los rayos del sol ya atigado y bajo.

Muy pocas gradas habíamos subido, mis sabios compañeros y yo, cuando observamos desvanecerse nuestra sombra, y que el sol se ponía tras de nosotros.

Y antes de que en todas partes tomara el horizonte la misma faz, y que por doquiera la noche tendiese su crespon, cada uno de nosotros hizo cama de una grada, pues la índole de la montaña nos arrebatava la facultad, más bien que el gusto de subir.

Como las cabras que antes de replegarse aparecen tan revoltosas y atrevidas en la cima de las montañas, y que mientras el sol luce ruman con dulzura sin moverse en la sombra, vigiladas por el pastor que se apoya en el cayado, y como el pastor que se queda á la intemperie para velar por su rebaño apacible, temiendo que algun lobo lo disperse, tal nos hallábamos los tres entonces. Yo era la cabra y ellos los pastores, rodeados doquiera por la gruta.

Poco cielo descubriamos, pero en él se veían las estrellas de mayor tamaño que el de costumbre.

Mirando y rumiando tuve sueño, sueño que suele dar noticias anticipadas de lo que ha de suceder.

Me figuré que á la hora en que Cytherea, que siempre parecía inspirada del fuego del amor, despedía desde Oriente sus rayos primeros sobre el monte, vi una mujer entre sueños, hermosa y jóven, que iba recogiendo flores en la campiña, y que decía en su canto:

(1) San Mateo.

«Sepa quien pregunte mi nombre, que soy Lia (1), y que tiendo mis manos por doquier para construirme una guirnalda.

»Con objeto de agradarme en el espejo, me adorno aqui; en



tanto que mi hermana Raquel (2) no se separa del suyo en todo el día.

»Tanto le complace el ver sus preciosos ojos, como á mí el adornarme con mis propias manos; á ella ver y á mí obrar nos satisface.»

Ya ante los destellos precursores del día (destellos tanto más gratos á los peregrinos cuanto que á su reaparicion se hallan más próximos á su país), se desvanecían las tinieblas y mi sueño con ellas. Me levanté,

pues, al notar que mis compañeros y maestros estaban levantados.

»La sabrosa fruta que la inquietud de los mortales busca de rama en rama, satisfará tu hambre.»

(1) Lia, hija de Laban, primera esposa de Jacob, ó la vida activa.

(2) Raquel, segunda esposa del mismo, ó la vida contemplativa.

Estas palabras me dirigió Virgilio, á las que no igualó jamás en placer donativo alguno.

Fué tan inmenso mi creciente deseo de llegar á lo alto, que por momentos adquiria nuevas alas para mi vuelo.

Al estar la escalera recorrida por completo debajo de nosotros y llegar á la postrera grada, Virgilio me dijo mirándome: «Has visto el fuego de un día y el otro eterno, y hé aquí, hijo del alma, el punto del que á mí no me es permitido pasar.

»Por medio de mi inteligencia y arte te he traído aquí; ahora toma por guía tu voluntad; saliste de los escabrosos senderos y angostas veredas.

»Repara el sol que irradia en tu frente; ve la yerba, las flores y los arbustos que produce por si sola esta tierra.

»Mientras llegan radiantes de júbilo los preciosos ojos que llorando me condujeron á ti, puedes descansar ó recorrer esta deleitosa mansión.

»No esperes por más tiempo mis palabras y consejos; tu libre albedrío, sanc y recto es, y sería poco cuerdo no obrar con arreglo á tu juicio.

»De suerte, que colocándote sobre ti, te pongo corona y mitra.»

CANTO VIGÉSIMOCTAVO

Llegados los tres poetas á la cumbre de la montaña del Purgatorio, avanzan hácia el bosque del Paraiso terrenal.—Son detenidos por Lethéo.—Ven en la opuesta orilla á Matilde, que cogiendo flores y cantando se aleja.—Por indicación de Dante, Matilde descansa algunas de sus dudas.

ANHELANDO ver el interior y diámetro del bosque divino, vivo y frondoso que moderaba á la vista el albor del naciente día (1), sin esperar más, dejé el borde y me encaminé con lentitud á través de la campiña, posando por doquiera mi planta por un odorífero suelo.

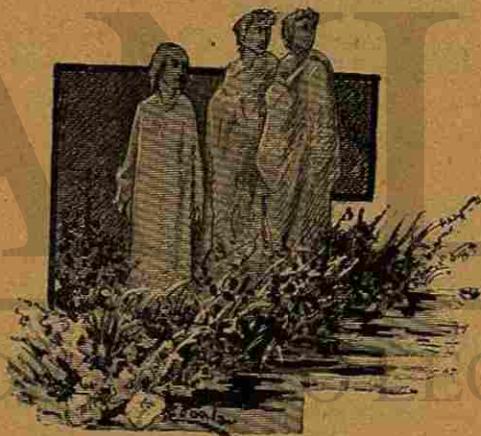
(1) Arriba Dante al Paraiso terrenal, en la cima de la montaña del Purgatorio.

Un aire suave é invariable azotaba dulcemente mis sienes. Las hojas, avidas por agitarse ante aquel cefirillo embalsamado, se inclinaban hácia otras, dirigiéndose al sitio en que la montaña sagrada proyecta su primera sombra (1).

Sin embargo, no se apartaban tanto de la línea que en sus copas dejaran las aves de ejercer su oficio. Así es, que gorjeando con alegría acogian las horas primeras, mezclando el zumbido del follaje con sus suaves rimas.

Así es el murmullo que se esparce de rama en rama por los pinos de la ribera de Chiassi (2) al dar Eolo libre curso al Sirocco (3).

Por mesurados que mis pasos fueran, ya me habian llevado al interior del bosque, y no podian calcular el sitio por donde habia entrado.



Mas aquí no pude pasar adelante, por impedírmelo un arroyo, cuya corriente doblaba á mano izquierda las yerbas nacidas en sus orillas.

Las aguas que aquí abajo son más puras, parecerian tur-

(1) Hacia Occidente.

(2) En las cercanías de Ravenna.

(3) Viento Sudeste.

bias, si se comparaban con la que no oculta cosa alguna, aunque corra ennegrecida por una sombra eterna, que jamás dejó brillar en su superficie rayo de luna ni de sol.

Mis piés se pararon, en tanto mis ojos examinaban el país que se extendía al otro lado del río, admirando la variedad y verdura de sus arbustos.

Allí se me apareció (como suele aparecer una cosa que súbitamente desvanece otra) una Dama sola, que según se alejaba cantando, cogía flores de las que estaba alfombrando su camino.

«Oh bella dama, le dije, que así disfrutas á los rayos de Amor, á juzgar por el semblante, que suele ser reflejo del alma! dignate aproximarse á este río lo suficiente á poder oír tu canto.

«Tú me recuerdas el lugar en que se hallaba Proserpina, y lo bella que era antes de perderla su madre, perdiendo á un tiempo las flores de su primavera.»

Como mujer que al bailar da vueltas con sus piés juntos, colocándolos difícilmente un pié delante del otro, así se volvió hacia mí, pisando las matizadas florecillas, á imitación de la púdica virgen que baja su vista.

De tal suerte me complació, que acercándose podía yo oír distintamente sus palabras.

Al llegar al punto en que la yerba es bañada por las ondas del caudaloso río, me dispensó la merced de alzar los ojos.

No es posible que la luz fuera tan refulgente bajo los párpados de Venus, al herirla su hijo equivocadamente.

Sonriéndome desde la derecha orilla, iba cogiendo las flores que aquella venturosa tierra produce sin ninguna simiente.

El río, solo nos separaba unos tres pasos; mas el Helesponto que atravesó Jerges (freno á la vanidad humana) no fué más odioso á Leandro, al hallarse entre Sestos y Abydos, de lo que aquel río lo fué para mí al no poderlo atravesar.

«Sois recién venidos, dijo ella, y tal vez porque sonríe en este privilegiado lugar de la humana naturaleza, os asombra y despierto alguna sospecha en vosotros; pero el salmo *Delectasti* despide una claridad que disipará las nubes de vuestra razón.

«Tú que vienes delante y me pediste que hablara, di si deseas saber algo más pues vine preparada á responderte á cuantas indicaciones me hicieras.»

«El agua y el murmullo del bosque, le repuse, combaten en mí una fe nueva, en cosa que oí y es contraria á ésta.»

A lo que contestó: «Yo explicaré cómo viene de su causa lo que te asombra de tal suerte, disipando tu ceguera.

«El bien soberano, que á sí sólo se complace, hizo al hombre bueno y para lo bueno, y le cedió este lugar en aras de eterna paz.

«Con motivo de su falta, estuvo el hombre aquí muy poco; y por efecto de la misma trocó en quejas y luto la inocente sonrisa y los suaves placeres (1).

«Para que las tormentas más abajo excitadas por las exhalaciones del agua y la tierra, que en cuanto pudieran escapar hacia el calor, no dieran ninguna guerra al hombre, fué, según es esta montaña elevada hacia el Cielo, y está al abrigo de las tempestades desde el punto que le cierra la puerta.

A pesar de esto, como el viento se agita en derredor impulsado por el móvil primero, si el círculo no rompe por ninguna parte, da aquel movimiento á esta elevación, que es completamente libre el viento vivo y puro, y hace mugir el bosque por su frondosidad.

«Las plantas impulsadas de esta manera, impregnan el aire de su virtud y en remolinos se esparce circularmente.

«La otra tierra, conforme es digna por sí ó por su Cielo, concibe y da muchos árboles de distintas clases.

«Enterado de esto ya, no lo contemplarás allí abajo como maravilla, aunque nazcan las plantas sin simiente.

«Conviene que sepas que la santa campiña en que te hallas está cuajada de todo género de semillas, y que hay aquí frutos que no se conocen allí abajo.

«Esta agua que ves, no viene de ninguna vena alimentada por el vapor que el frío del Cielo cambia en lluvia, cual río que lleno pierde su agua, sino que procede de una fuente segura que toma de la voluntad de Dios toda la que derrama por sus dos canales.

«Por este lado baja con una virtud que borra la memoria del pecado, y por el otro devuelve la idea de todos los beneficios.

(1) Según comentadores, Adán y Eva solo estuvieron siete horas en el Paraíso terrenal; del alba al medio día.

»A este se le llama Letheo (1), á aquel Eunoé (2), y no tiene efecto hasta que se ha bebido de los dos.

»Su sabor es superior al de las demás aguas; y aunque tu sed se halle lo bastante dormida para no detenerte más, todavía por particular gracia te daré un corolario, y no creo que lo que digo te sea menos grato, aunque por ti supere mucho á mis ofertas.

»Los poetas que tanto ponderaron la edad de oro, y su venturoso estado, tal vez soñaban con este lugar en el Parnaso.

»Aquí se alzó inocente el humano tallo; aquí hubo primavera perpétua y se produjeron todas las frutas; aquí manó el néctar que todos mencionan.»

En aquel punto me volví hácia mis poetas (3), y advertí que esta postrera explicacion les hizo sonreír, y volví á poner mis ojos en la bella dama.

CANTO VIGESIMONOVENO

Recorriendo con Matilde las márgenes del rio Letheo, observó en el bosque una clarísima luz, y oyó por los aires una suave melodía, despues siguió una procesion, en la que un Grifo iba tirando de un carro triunfal. Al llegar cerca de Dante, se paró el Grifo con su comitiva.

CANTANDO como una mujer apasionada, y un versículo en pos de otro, entonó el *Beati quorum tecta sunt peccata*. (4).

Despues, cual ninfas que se encuentran solas por las sombras del bosque, unas con deseo de huir y otras de ver al sol, adelantó ella contra la corriente del rio y por su margen, y yo la imitaba y seguía á paso mesurado.

Todavía no habríamos andado cien pasos, cuando gira-

(1) Olvido.

(2) Buen espíritu.

(3) Por Virgilio y Stacio.

(4) Dichosos los que tienen ocultos sus pecados, es decir, perdonados, porque han salido del Purgatorio.

ron también las riberas, volviéndome á colocar á la parte de Levante.

A poco de empezar nuestra marcha, se volvió hácia mí la dama, diciéndome: «Hermano mio, mira y oye.»

Cuando un repentino resplandor recorrió el gran bosque en todos sus ámbitos; de tal suerte brillaba, que ocurrió la duda de si sería un rayo.

Mas como el rayo termina con la misma rapidez que viene, y el resplandor aquel irradiaba cada vez más, me decía á mí mismo: «¿Qué es esto?»

Una preciosa armonía pobló la luminosa esfera; entonces el buen celo me hizo vituperar la osadía de Eva; ya que allí donde el Cielo y la tierra se prestaban á la obediencia, sólo la mujer aquella que, no bien acababa de ser creada, no pudo someterse á permanecer bajo velo alguno. Si reformada hubiese estado bajo aquel velo, yo hubiera disfrutado antes y por más tiempo aquellos inefables deleites.

En tanto que á través de aquellas inmensas primicias del goce eterno continuaba yo en suspenso y anhelaba mayor delicia, delante de nosotros, el aire, imitando á un gran fuego, se presentó abrasado bajo el verde ramaje, y el melodioso sonido que antes oyéramos se trocó en un canto claro y comprensible.

Virgenes sacrosantas, si he tolerado por vosotras alguna vez hambre frío y vigiliás, la necesidad me hace invocar vuestro auxilio; necesario es que Helicon derame sus aguas sobre mí, y que el coro de Urania me ayude á describir en versos cuestiones tan difíciles.

Después me figuré entrever siete árboles de oro (1), equivocado por la mucha distancia que había entre nosotros y el nuevo objeto; mas cuando estuve bastante cerca, la virtud, que junta el discurso á la razón, me demostró que eran candelabros, y que las voces entonaban *Hossanna* (2).

Los preciosos objetos lucían más puros que un cielo despejado y que la luna al centro de su mes á media noche.

Admirado me volví hácia Virgilio, y él me contestó con una mirada no menos llena de extrañeza. De nuevo fijé mis ojos en los gigantes candelabros que venían hácia nosotros tan

(1) Emblema de las siete gracias del Espíritu Santo.

(2) Hossanna, quiere decir: Sálvanos ó vivifica.

pausadamente, que les hubiesen ganado en velocidad las mismas desposadas.

La dama entonces me gritó: «¿Por qué con tal atención miras aquellas luces, dejando de observar lo que viene detrás?»

Entonces advertí detrás de los candelabros, personajes con trajes blancos (1); jamás brilló aquí semejante blancura.

A la izquierda, agua resplandecía, reproduciendo mi costado izquierdo, como limpio espejo.

Al llegar a un sitio en el que sólo el río me apartaba del cortejo, me paré para observar mejor.



Vi que las almas seguían adelante, dejando tras sí el aire pintado de bellos matices; parecían igual número de pinceles tirando líneas; de manera que en el lado superior quedaban siete líneas diferentes (2), conteniendo en sí los colores del arco del sol y de la cintura de la luna.

Los estandartes iban apartándose de mi vista, de suerte que los creía a unos diez pasos del último candelabro visible.

Bajo el hermoso cielo que describo, venían á parejas veinticuatro ancianos coronados de flores de lis (3), cantando:

(1) Los Patriarcas.

(2) Siete sacramentos.

(3) Los veinticuatro libros del Nuevo y Viejo Testamento.

«Bendita seas entre las hijas de Adán y benditas tus gracias por la eternidad.»

Luego que las flores y yerbas que estaban ante mí se hallaron libres de aquellos elegidos, como en el Cielo sucede la luz á la luz, después de los ancianos seguían cuatro animales coronados de verdes hojas (1).

Todos ostentaban seis alas vestidas de plumas, las que asemejaban á los ojos de Argos á no carecer de vida.

Lector, no invertiré más versos para retratar las formas de aquellos animales, pues los muchos que tengo todavía que emplear, no me consienten ser más extenso.

Mas lee á Ezequiel, que los describe según los ve venir de las heladas regiones con el viento, la nieve y el fuego; y tales como los hallarás en sus libros, estaban allí, á excepcion de lo que se refiere á las plumas, que Juan está conmigo y se separa de él.

La distancia que mediaba entre los cuatro animales estaba ocupada por un carro triunfal colocado sobre dos ruedas (2) y tirado por un Grifo.

El Grifo tendía sus alas entre la línea del medio y las otras seis, sin causarles al moverlas ningún perjuicio.

A tal altura se elevaban, que pronto se las perdía de vista. El Grifo tenía los miembros de oro en la parte del cuerpo en que pertenecía á ave, y en su resto blancos y encarnados.

No sólo Roma careció de un tal carro para festejar á Escipión el Africano y al mismo Augusto, sino que aun el del sol sería insignificante comparado con el que nos viene ocupando.

El carro del sol, que al apartarse fué devorado por las llamas á petición de la suplicante Tierra, cuando Júpiter fué justo en los arcanos de su cólera, hacía el lado de la rueda derecha había danzado tres mujeres (3). La una estaba tan encarnada, que á duras penas se la distinguía del fuego; la otra parecía su carne y huesos esmeralda, y la última era blanca como la nieve al caer.

(1) Los cuatro Evangelistas.

(2) Alegoría de la Iglesia. La aparición del carro y su cortejo recuerda á Ezequiel y el Apocalipsis. El carro es la Iglesia; las dos ruedas, el Antiguo y Nuevo Testamento; el Grifo, con doble naturaleza, Jesucristo.

(3) Las tres virtudes teologales: la Fe color nieve; la Esperanza, esmeralda, y la Caridad, color de fuego.

Ya parecían guiadas por la blanca mujer, ya por la encarnada, á cuyo canto avanzaban las otras lenta ó velozmente.

Hacia la izquierda del carro se holgaban cuatro mujeres vestidas de púrpura (1), acomodándose sobre una de ellas que ostentaba en la cabeza tres ojos.

Luego del coro mezclado que acabo de bosquejar, vi dos ancianos de diferentes vestidos, pero idénticos en la actitud; los dos tranquilos y venerandos (2).

Uno parecía discípulo del gran Hipócrates, que creó naturaleza para los seres animados que le son más queridos.

El otro parecía desempeñar mision contraria, pues llevaba una reluciente espada, con tal filo, que me espantó desde la parte opuesta del río. Después advertí cuatro personajes de porte humilde (3) y tras ellos un anciano dormido, con rostro lleno de inspiración (4).

Los últimos siete vestían cual la primera cohorte, con la sola distinción de que no estaban coronados de lises, y si de rosas y varias flores encarnadas, que á lo lejos juraría cualquiera ser una llama sobre las sienas.

Al llegar el carro frente á mí, resonó el trueno, y como si se hubiese prohibido á los magníficos personajes pasar adelante, pararon allí con los primeros candelabros.

(1) Las cuatro virtudes cardinales: Templanza, Fortaleza, Justicia y Prudencia con su triplicada vista.

(2) San Lucas, que era médico, y san Pablo.

(3) Santos Santiago, Pedro, Juan y Judas, hermano de Santiago.

(4) San Juan, por motivo de su Apocalipsis.

CANTO TRIGÉSIMO

Beatriz descende del cielo.—A su presencia desaparece Virgilio.—Beatriz, sentada en su carro triunfal, reprende á Dante; despues, dirigiéndose á los ángeles, se querrela de la vida que, sin embargo de sus consejos, siguió el poeta aquí abajo, haciendo abuso de la naturaleza y de la gracia.

CUANDO el septentrion del primer cielo (1), que jamás tuvo Oriente ni Occidente, ni más nube que el velo que sobre él dejara el pecado, y que indicaba allí su deber á cada uno, tal como nuestro septentrion inferior instruye al que lleva el timon para arribar con felicidad al puerto, hubo parado, los personajes santos que fueron los primeros en llegar entre los candelabros y el Grifo, se volvieron hácia el carro como su perpétuo capitán.

Y uno de entre ellos, cual enviado del Cielo, cantó por tres veces: *Veni, sponsa de Libano* (2), y todos los demás cantaron despues de él.

Como los bienaventurados se alzarán súbitamente de sus tumbas en el postrer juicio entonando *Alleluia*, recobrada su voz por fin, así en el divino carro se alzaron *ad vocem tantam* cien ministros y embajadores de la eterna vida.

Todos exclamaban: *Benedictus qui venit* (3); despues echando flores á su alrededor: *Manibus ó date lilia plenis*.

Yo había visto á primera hora la parte oriental manando rocío, en tanto reinaba serenidad en el resto del Cielo y la faz del sol aparecer cubierta de sombras, de suerte que á través de los vapores que templaban su resplandor, podia la vista mirarlo largo espacio. De la misma manera á través de una nube de flores arrojadas por angélicas manos, que tornaban á caer sobre el carro y al lado de él y cubierta con un blanco

(1) Septentrion del primer cielo, ó sean los siete candelabros del anterior canto.

(2) Cantar de los cantares, c. iv.

(3) Palabras pronunciadas por los judios al entrar Jesús en Jerusalem.

velo y coronada de olivo, aparecióseme una mujer (1); su manto era verde, y su vestido del color de la llama.

Y mi alma que hacia mucho tiempo no se habia dominado por el asombro y el miedo, á su presencia, sin comprenderlo por el socorro de la vista, y si por la escondida virtud que venia de ella, apereibió el inmenso placer de antiguo amor.

Cuando mi vista contempló aquella elevada virtud, que me hiriera antes de mi salida de la niñez, me volví á la izquierda con la solicitud y respeto del niño que corre hácia su madre, cuando teme ó tiene alguna pena, á fin de decir á Virgilio: «Toda mi sangre se estremece, conozco las señales de mi antiguo fuego.»

Mas Virgilio ya nos habia privado de su vista (2); Virgilio, aquel padre dulce, al que ella me diera para mi salvacion.

Y ni aquel terrenal Paraiso, perdido por nuestra antigua madre, impidió á mis mejillas, limpias por el rocío, que se manchasen con mis lágrimas.

«Dante, aunque se va Virgilio, no llores aun, y mejor debes llorar por otra herida.»

Como un almirante que va de popa á proa para ver los hombres que gobiernan los otros buques y estimularles á que obren bien, noté en la parte izquierda del carro (cuando me volví al oírme nombrar que es preciso citar aqui) á la mujer que ya se me habia presentado con el velo, enmedio de la angélica fiesta, dirigir su vista hácia mi desde la otra parte del rio.

Si bien el velo que pendia de su cabeza, coronada con hojas de Minerva, velaba en parte sus facciones, con su imperiosa y régia rectitud, siguió de este modo, imitando á aquel que, cuando habla reserva para el fin las más enérgicas frases:

«Contéplame bien; soy la misma Beatriz! ¿Cómo te dignaste acercarte á esta montaña? ¿Tal vez no sabías que el hombre es feliz?»

Mi vista se inclinó hácia las cristalinas ondas; pero al verme reflejado en ellas, la dirigí á la yerba, tanto era el rubor que me sobrecogía.

La amarga ternura de Beatriz me la representó como madre irritada ante su hijo.

(1) Beatriz, ó sea la Teología.

(2) Desaparece la Poesía ante la Teología.

Al callar ella, entonaron los ángeles súbitamente: *In te, Domine, speravi* (1); llegando solamente al *Pedes meos*.

Como la nieve congelada y endurecida entre los árboles y montes que dibujan el dorso de Italia esclava del soplo del vendabal, y que despues de deshecha, mana tan luego como la tierra que no tiene sombra, envia su halito semejante al fuego que derrite la vela, me quedé yo sin lágrimas ni suspiros ante los ecos de aquellos cuyas cadencias responden de continuo á las cadencias celestiales.

Pero al entender por sus dulces melodias que se dolian de mi pena más que si dijeran: «Mujer, ¿por qué de ese modo le maltratas?» El hielo que en torno de mi corazon se hallaba endurecido, se trocó en aire y agua, y principió á desbordar la pena por mi boca y por mis ojos.

Inmóvil ella á la derecha del carro, dirigió estas palabras á las compasivas sustancias:

«Vosotros velais en dia sempiterno, sin que la noche ni el sueño os escondan ni un paso de los que da el siglo en sus mortales sendas; mi respuesta os será dada con más cuidado del que podais apetecer, para que pueda oírme el que está gimiendo en la orilla opuesta, á fin de que su falta y dolor sean ambos de la misma extension.

«No sólo por virtud de las grandes esferas que encaminan cada gérmen hácia un fin, con arreglo á las estrellas que le guian, sino por el amplio don de las divinas gracias que al manar sobre nuestras almas, hacen brotar de ellas vapores que ascienden á una elevacion que la vista no puede alcanzar, aquel fué durante su vida tan virtualmente, que toda sana costumbre hubiera producido en él grandes resultados. Pero el suelo abandonado é inculto, es tanto más malo é ingrato cuanto mayor es su fuerza.

«Mucho tiempo lo pude sostener con mis miradas de niña: conmigo lo llevé dirigido á la recta senda; más tan luego como arribé al umbral de mi segunda edad y cambié de vida, se apartó de mi y se dió á otras.

«Cuando ascendí de la carne al espíritu y crecí en belleza y en virtud, le fuí menos amada y menos grata.

«Encaminóse por la falsa senda y siguió las quiméricas imá-

(1) Trigesimo salmo, principio.

genes de un bien que jamás cumplió por entero ninguna de sus ofertas.

»No me sirvió obtenerle inspiraciones por las que le llamaba en sueños ó de otra forma, en tanto prescindió de ello.

»Dejóse caer en tal abyeccion, que ya eran insuficientes cuantos medios ponía en juego por salvarle, si no le enseñaba las razas condenadas.

»Por eso recorrí la estancia de los muertos, dirigiendo mis súplicas y llanto al que le condujo aquí arriba.

»El elevado decreto de Dios no se cumpliría si pasase el Letheo probando semejantes manjares sin haber satisfecho el tributo de arrepentimiento que hace derramar muchas lágrimas.»

CANTO TRIGÉSIMOPRIMERO

Beatriz reprende nuevamente á Dante, quien contesta con la confesion de sus errores.—Luego de la confesion, cae sin sentido.—Matilde sumerge á Dante en el Letheo, y le hace probar sus aguas.

On tú que te hallas á la otra parte del sagrado río, añadió Beatriz con el mismo tono de reconvencion que tan amargo me pareció; di, ¿es verdad esto? Tu confesion es preciso que vaya acompañada de esta inmensa acusacion.

De tal suerte quedé confundido, que mi trémula voz quedó apagada antes de brotar de mi pecho.

Después de una pausa, prosiguió:

«¿En qué piensas? Responde, ya que tus recuerdos funestos no están borrados todavía con las aguas del Letheo.»

Mi confusion y temor reunidos hicieron brotar de mis labios un sí tan débil, que no bastaba el oído para comprenderlo.

Como ballesta frágil que se rompe, y aflojándose el arco y la cuerda, llega la flecha con poca rapidez al punto donde se dirigió, fui yo en derechura al peso de mi inmensa carga, derramando tantas lágrimas y exhalando tantos ayes, que á su paso mi voz llegó casi á extinguirse.

Ella entonces me dijo: «En medio de los buenos deseos que

de mí emanaban, haciendo que amaras el bien, fuera del que nada hay deseable, ¿qué profundos abismos ó cadenas has encontrado que te desvanecieran la esperanza de proseguir adelante?

»¿Qué goces ó ventajas has notado en la frente de los demás, para de tal suerte dudar ante aquellos objetos?»

Luego de un largo y triste suspiro, apenas tuve aliento para responder, ni casi fuerza para verificarlo, y sollozando dije: «Las cosas presentes torcieron mi camino tan luego como se ocultó vuestra faz.»

Ella: «Callando ó negando lo que confiesas, no me sería tu falta menos manifiesta. ¡Tan grande es el Juez que lo sabe!

»Mas cuando la confesion del pecado viene de la boca del pecador, se vuelve la muela en nuestra celestial Corte contra el filo del arma.

»Sin embargo, para que tu error no te cause tal vergüenza y para que otra vez seas más firme al oír las sirenas, arroja la simiente de tu llanto y oye: No ignoras que mi carne allí abajo sepultada era la que debia dirigirte hácia un fin diametralmente opuesto.

»Ni el arte ni la naturaleza podían prometerte nunca un placer igual al de los preciosos miembros en que estuve yo encerrada, y que se convirtieron en polvo; y si mi muerte pudo privarte de aquella inefable dicha, ¿qué objeto mortal podia inspirarte ya una ilusion?

»Al primer flechazo que te arrojaron los fementidos bienes, debias haber alzado tu vista al Cielo y seguirme á mí, que ya no era cosa falaz.

»No debieras plegar tus alas para sentirte herido de nuevo en el bajo suelo, bien por cualquier criatura (1) ó por otra perecedera vanidad.

»La tierna avecilla puede recibir algunos golpes; pero en vano se preparan redes y flechas al ave provista de plumas y que puede alzar su vuelo.»

Como el niño que, mudo de rubor y con la vista baja, permanece de pié oyendo y conociendo las faltas de que está arrepentido, me hallaba yo cuando ella me dijo: «Puesto que

(1) Maligna referencia á la Gentuca, joven Lucana.

genes de un bien que jamás cumplió por entero ninguna de sus ofertas.

»No me sirvió obtenerle inspiraciones por las que le llamaba en sueños ó de otra forma, en tanto prescindió de ello.

»Dejóse caer en tal abyeccion, que ya eran insuficientes cuantos medios ponía en juego por salvarle, si no le enseñaba las razas condenadas.

»Por eso recorrí la estancia de los muertos, dirigiendo mis súplicas y llanto al que le condujo aquí arriba.

»El elevado decreto de Dios no se cumpliría si pasase el Letheo probando semejantes manjares sin haber satisfecho el tributo de arrepentimiento que hace derramar muchas lágrimas.»

CANTO TRIGÉSIMOPRIMERO

Beatriz reprende nuevamente á Dante, quien contesta con la confesion de sus errores.—Luego de la confesion, cae sin sentido.—Matilde sumerge á Dante en el Letheo, y le hace probar sus aguas.

On tú que te hallas á la otra parte del sagrado río, añadió Beatriz con el mismo tono de reconvencion que tan amargo me pareció; di, ¿es verdad esto? Tu confesion es preciso que vaya acompañada de esta inmensa acusacion.

De tal suerte quedé confundido, que mi trémula voz quedó apagada antes de brotar de mi pecho.

Después de una pausa, prosiguió:

«¿En qué piensas? Responde, ya que tus recuerdos funestos no están borrados todavía con las aguas del Letheo.»

Mi confusion y temor reunidos hicieron brotar de mis labios un sí tan débil, que no bastaba el oído para comprenderlo.

Como ballesta frágil que se rompe, y aflojándose el arco y la cuerda, llega la flecha con poca rapidez al punto donde se dirigió, fui yo en derechura al peso de mi inmensa carga, derramando tantas lágrimas y exhalando tantos ayes, que á su paso mi voz llegó casi á extinguirse.

Ella entonces me dijo: «En medio de los buenos deseos que

de mí emanaban, haciendo que amaras el bien, fuera del que nada hay deseable, ¿qué profundos abismos ó cadenas has encontrado que te desvanecieran la esperanza de proseguir adelante?

»¿Qué goces ó ventajas has notado en la frente de los demás, para de tal suerte dudar ante aquellos objetos?»

Luego de un largo y triste suspiro, apenas tuve aliento para responder, ni casi fuerza para verificarlo, y sollozando dije: «Las cosas presentes torcieron mi camino tan luego como se ocultó vuestra faz.»

Ella: «Callando ó negando lo que confiesas, no me sería tu falta menos manifiesta. ¡Tan grande es el Juez que lo sabe!

»Mas cuando la confesion del pecado viene de la boca del pecador, se vuelve la muela en nuestra celestial Corte contra el filo del arma.

»Sin embargo, para que tu error no te cause tal vergüenza y para que otra vez seas más firme al oír las sirenas, arroja la simiente de tu llanto y oye: No ignoras que mi carne allí abajo sepultada era la que debía dirigirte hácia un fin diametralmente opuesto.

»Ni el arte ni la naturaleza podían prometerte nunca un placer igual al de los preciosos miembros en que estuve yo encerrada, y que se convirtieron en polvo; y si mi muerte pudo privarte de aquella inefable dicha, ¿qué objeto mortal podía inspirarte ya una ilusion?

»Al primer flechazo que te arrojaron los fementidos bienes, debias haber alzado tu vista al Cielo y seguirme á mí, que ya no era cosa falaz.

»No debieras plegar tus alas para sentirte herido de nuevo en el bajo suelo, bien por cualquier criatura (1) ó por otra perecedera vanidad.

»La tierna avecilla puede recibir algunos golpes; pero en vano se preparan redes y flechas al ave provista de plumas y que puede alzar su vuelo.»

Como el niño que, mudo de rubor y con la vista baja, permanece de pié oyendo y conociendo las faltas de que está arrepentido, me hallaba yo cuando ella me dijo: «Puesto que

(1) Maligna referencia á la Gentuca, joven Lucana.

tal dolor te causa el oirme, alza la cabeza y te dará más dolor el mirarme.»

La robusta encina opone menos resistencia al ser arrancada de raíz por el viento Norte ó por el procedente de la tierra de Jarbe, de la que yo opuse á su orden de alzar la cabeza; y como al decir esto implicaba el rostro, sentí todo el veneno que sustentaban sus palabras.

Por último, al levantar el rostro, noté que las bellas criaturas habían cesado ya de esparcir flores, y mis miradas, todavía un tanto vagas, vieron á Beatriz vuelta á la animación sagrada, que bajo una sola persona reunía dos naturalezas.

Bajo su crespon, y allende del río de verdes y floridas orillas que nos separaba, parecióme tan superior á su primitiva hermosura, que lo era mucho más de lo que lo fué mientras permaneció en la tierra.

De tal manera me picó el aguijón del arrepentimiento, que lo mejor que llegó á alcanzar mi amor, era á la sazón para mí lo más odioso.

Mi remordimiento fué tan vehemente, que caí sin sentido; lo que entonces sería de mí, lo supo aquella que produjo mi desmayo.

Al recobrar los sentidos exteriores, vi á mi lado á la dama (1) que antes viera sola, la cual me decía: «Sostenme, sostenme!»

Me había arrastrado hasta la boca del río, y al atraerme tras sí se deslizaba como un esquife por la superficie del agua.

Al estar próximo á la afortunada orilla, oí cantar dulcemente *Asperges me* (2), que no digo escribirlo, ni recordarlo sabría siquiera.

La bellísima dama abrió sus brazos, los rodeó por mi cabeza, y me sumergió lo suficiente para hacerme beber del agua aquella.

Después me sacó, y mojado como estaba, me presentó á las cuatro hermosas ninfas (3) las que me abrazaron.

«Aquí hacemos de ninfas, en el Cielo de estrellas; antes que descendiera Beatriz al mundo, se nos destinó á ser sus doncellas; á nosotras nos corresponde presentarte á ella; mas

(1) Matilde.

(2) Salmo iv.

(3) La Fuerza, Templanza, Prudencia y Justicia.

para que puedas resistir su radiante reflejo, las tres mujeres que hay por allí (1) y que tienen vista más segura, afianzarán la tuya.»



Esto me dijeron con su canto, conduciéndome después hasta el Grifo (2), allí donde Beatriz se hallaba vuelta hacia nosotros. Apenas llegamos, me dijeron: «Que tus miradas no sean escasas; te hemos puesto ante las esmeraldas, desde cuyo punto el Amor te ha arrojado ya sus dardos.»

Miles de deseos más ardientes que la llama unieron mi vista á los ojos radiantes que se fijaban en el Grifo.

Como sol que refleja en un espejo, irradiaba aquel ser de doble naturaleza en los de Beatriz ya en una ya en otra forma. Calcula, lector, si debía sorprenderme al ver aquel ser animado tan móvil en sí, trasformarse en su reflejada imagen.

(1) Fé, Esperanza y Caridad.

(2) El Cristo.

En tanto que asombrado y gozoso, mi alma probaba aquel alimento, que saciando por sí, altera también por sí; las mujeres que parecían de más alta prosapia, avanzaron cantando y bailando de un modo angelical.

«Beatriz, vuelve tus ojos santos (éste era el tema de su canción) hácia tu fiel, que tanto caminó por verte.

»Por caridad, dignate descubrirle tu boca, para que vea la segunda belleza que le escondes.»

¡Oh resplandor de eterna luz! ¡Quién es el que, palideciendo á la sombra del Parnaso ó que despues de haber bebido en su lago, no se confundiera al intentar presentarte cual tu me apareciste allá donde el Cielo te envuelve en su armonía como en sombras, cuando tú cruzando el aire libre, te me acercaste

CANTO TRIGÉSIMOSEGUNDO

Sigue el poeta, acompañado de Matilde y Stacio, la celestial procesion, llegando al pié del árbol de las ciencias del Bien y del Mal.—Los bienaventurados cantan un himno; el poeta se rinde al sueño.

CAN fija clavaba mi vista para calmar el deseo de diez años, que mis demás facultades se encontraban como concentradas en (1) mis ojos, que descuidándolo todo, encontraban muros por doquier, mientras la celestial sonrisa de mi amada Señora me subyugaba en sus antiguas redes.

En aquel instante tuve que volver mi faz precisamente á la izquierda, donde las diosas decían: «¡Mira demasiado fijo!»

Y la incomodidad que sienten los ojos al ser heridos por el sol, me dejó por un rato sin vista.

Mas cuando la recobré ante un tenue resplandor (digo tenue, comparándolo con la inmensa luz de la que forzosamente me apartaba), ví que la celestial cohorte habia tomado por la derecha, y que caminaba teniendo el sol y las siete llamas de frente.

(1) Murió Beatriz en 1300; Dante escribía en el año 1300.

Tal como á favor de los broqueles se forma un cuerpo de tropas, y poco á poco cambia de dirección con su bandera, antes de acabar por completo su evolución, así las huestes del reino celeste, que iban delante del carro, habian desfilado antes que éste girase su lanza.

Despues se colocaron las mujeres próximas á las ruedas, y el Grifo puso en acción el bendito carro, sin por esto agitar ninguna de sus plumas.

La hermosa mujer que me hiciera vadear el río, Stacio y yo, seguimos la rueda que dibujaba el círculo más pequeño.

En tanto recorríamos la parte superior del bosque (solitaria por el delito de la que dió oído á la serpiente), se oyeron angelicos cantos ordenando nuestro paso.

Libertada una flecha del freno que la sujeta, recorrería en tres veces la distancia que habíamos andado al descender Beatriz.

En aquel punto oí que todos decían: «Adán.» Despues rodearon un árbol desnudo de flores y hojas. Su copa, que se extiende tanto cuanto es más alta, sería admirable por su altura en los gigantescos bosques de la India.

«¡Alabado seas, Grifo, por no haber destrozado este árbol con tu pico, grato al paladar y nocivo para el vientre que se le aproximó!»

Este fué el grito que alzara el cortejo en torno del árbol; el animal de dos naturalezas, repuso: «Así se conserva el germen de toda justicia.»

Y yendo hácia la lanza del carro, la arrastró al pié del árbol deshojado, dejándole el carro, que era de la propia madera.

Como nuestras plantas al desprenderse la gran luz confundida con la que resplandece tras el celestial Pez, se cubren de botones y se renueva su color, antes de que el sol unza sus caballos bajo otra estrella, tal recobró sus colores más muertos que los de la rosa y más vivos que los de la violeta, revivando aquel árbol cuyas ramas estaban tan despojadas.

Jamás he vuelto á oír el himno que se cantó á la sazón (aquí abajo no se conoce), y del que no supe retener todo el aire.

Si me fuera dable pintar cómo se durmieron los impíos ojos de Argos al oír la historia de Sýrinx, aquellos ojos que tan cara tuvieron que pagar su exagerada vigilancia, y como el pintor pudiera presentar un bosquejo, os retrataría de la

manera como me dormí; empero que lo verifique aquel que tan perfectamente sabe dibujar el sueño.

Trataré, pues, desde el punto en que desperté, manifestando que un resplandor traspasó el velo de mi sueño, y que una voz me dijo: «¡Levanta! ¿Qué es lo que haces?»

Ni los ángeles al notar las divinas flores del manzano, cuyo fruto ansian por hacer las eternas delicias del cielo; ni Pedro, Juan y Santiago, llevados á la cima del Tabor, y derrumbados ante el celeste resplandor, se alzaron á la voz que debía interrumpir mis profundos sueños, y vieron que Elías y Moisés desaparecieron, y que la túnica de su maestro había cambiado de color, quedaron más pasmados de lo que quedé yo al despertar de mi sueño.

Aquella caritativa mujer que guiara mis pasos á lo largo del río, estaba inclinada hacia mí.

Entonces le dije: «¿Dó está Beatriz?» Y ella: «Contéplala sentada en la raíz del árbol de flameantes hojas (1).

»Mira la compañía que la rodea. Los demás van en pos del Grifo al Cielo entonando himnos más bellos y misteriosos que los que entonaron en estos lugares.»

Si fué más larga su respuesta, no lo sé, pues se hallaba ya ante mi vista la que cerrara mi espíritu á todo otro objeto.

Sola y sentada en el duro suelo estaba, cual si se hubiera encargado de la custodia del carro que yo viera atar al árbol por el animal de ambas formas.

Las siete ninfas (2) formaban un corro, teniendo en la mano aquellas luces que no temen el Aquilon ni el Austro, formándole un claustro con sus cuerpos.

«Por poco tiempo vivirás en este bosque, y eternamente estarás conmigo, ciudadano de aquella Roma cuyo Cristo es romano; de suerte que, por bien del mundo que vive mal, pon tu vista en ese carro, y al regresar allí abajo haz por escribir lo que viste.»

Esto me dijo Beatriz, y como yo estaba completamente á sus mandatos, dirigi la vista y el alma donde ella quiso.

Jamás descendió con más velocidad el fuego de la densa nube, aun venido del sitio más elevado del Cielo, de la con-

(1) El árbol del Bien y del Mal, vivificado por el Grifo ó Jesucristo.

(2) Las siete virtudes.

que se arrojó sobre aquel árbol el ave de Júpiter, desgarrando su corteza y tronchando sus flores y nuevas hojas.

Después, con todo su vigor, empujó el carro, que zozobró como un buque combatido por los embates de las olas.

A poco rato vi que penetró en el carro de triunfo una zorra que parecía no haberse alimentado nunca de sana comida.

Mi Señora le reprendió con tal ahinco sus repugnantes faltas, que la precisó á escapar con gran presteza, tanta como se lo consentían sus descarnados huesos.

Después vi descender al carro un águila, y lo llenó de plumas, y parecida á la voz que lanza un corazón torturado, salió del Cielo una voz que dijo: «¡Qué mal cargada estás, barquilla mía!»

Luego me pareció que la tierra se abría entre las dos ruedas, y noté salir de ella un dragón que hundió su cola en el carro, y cual avispa que aparta su aguijón, apartó el dragón su cola funesta, arrancó parte del fondo del carro, y se fué asaz contento.

El resto del carro, imitando á la tierra vivaz que se repara con la grama, volvióse á cubrir con el plumaje que el águila le ofreciera, acaso con intencion pura y benéfica.

Las ruedas y la lanza se cubrieron con ella en menos intervalo del que un suspiro tiene abierta la boca.

De esta manera transformado, vi asomar varias cabezas por el edificio santo, tres en la lanza y una en cada ángulo.

Las primeras ostentaban cuernos como los de los bueyes, y las otras cuatro tenían un solo cuerno en la frente; jamás se vieron monstruos semejantes.

Tan segura cual castillo en la alta cima de un monte, vi á una prostituta del todo escotada, sentarse en el carro y mirar con cínico desdoro á su alrededor.

Y como para evitar que se la arrojase, vi á un gigante que con frecuencia cambiaba sus abrazos con los de ella; mas habiendo puesto ella en mi su ávida mirada, el furioso amante la azotó de piés á cabeza; y ciego de cólera y desconfianza, deslizó al monstruoso carro, arrojándolo tan lejos por el bosque, que sus árboles cual broquel me ocultaron á la prostituta y á la bestia (1).

(1) El final de este canto se refiere todo á las persecuciones sufridas por la Iglesia. El águila es la persecucion de los emperadores; la zorra, la de los herejes; el dragón, la de Mahoma; el carro con las siete cabezas, es la Iglesia llevada por los siete pecados mortales.

CANTO TRIGESIMOTERCERO

El poeta guiado aun por Matilde y Stacio, bebe las dulces aguas del río Eunoé.—Purificado, podrá ya subir hasta las estrellas.

DEUS VENERUNT GENTES (1), este fué el grato eco que ya á tres voces, ya á cuatro, principiaron llorando las mujeres; Beatriz las oía con tal abatimiento, que únicamente el dolor de María, al pié de la Cruz, puede superarle.

Mas cuando las otras vírgenes dieron paso á su voz, se puso de pié, y arrebatada como el fuego, dijo: «*Modicum et non videbitis me; et iterum, queridas hermanas, modicum et vos videbitis me* (2).

Después hice que se pusieran las siete mujeres ante ella, y sólo por un signo nos hizo colocar detrás, á mí á la Señora y al sabio que con nosotros se quedara (3).

Comenzó á dar pasos en aquel orden, pero apenas habia dado unos diez, cuando fijó su vista en mis ojos y me dijo con toda tranquilidad: «Camina más de prisa, para que si te hablo puedas oírme.»

Al hallarme próximo á ella, me observó: «Hermano, ¿cómo viniendo en mi compañía, no me haces pregunta alguna?»

Entonces me sucedió lo que á los que por efecto de respeto no saben proferir una frase, puesto que con sonidos casi inarticulados, principié así. «Señora, vos sabeis mis necesidades y lo que á ellas pueda convenir.»

Y ella dijo: «Deseo que en adelante depongas todo temor ó vacilación, de suerte que no me hables como hombre que sueña.

»Has de saber, que el fondo del carro que rompió la ser-

(1) Salmo xxviii.

(2) San Juan, cap. 16.

(3) Stacio.

piente, fué y ya no es; mas que sepa el culpable que la venganza de Dios no teme ante su sopa (1).

»No se hallará siempre sin sucesion el águila que dejó su plumaje, por el que primero se convirtió en mónstruo y después en presa.

»Veo ya claro, y lo refiero al partir, algunas estrellas cercanas, al abrigo de obstáculos ó inconvenientes, y que con ellas llegará tiempo en que el número quinientos diez y cinco (2) mandado por Dios, destruirá la prostituta y al gigante que con ella pecaba.

»Tal vez mi oscura prediccion, según Themis y Esfinge, no te convenza, pues tambien turba mi inteligencia, mas luego los hechos serán las Náyades (3), que desatarán el apretado nudo de este enigma, sin menoscabo de sus rebaños y de sus mieses.

»Recuerda bien estas palabras, y como salieron de mí, muéstralas á los que moran en aquella vida ó viaje hácia la muerte.

»Te encargo que procures, cuando las describas, no ocultar cómo se hallaba el árbol (4) que dos veces se profanó ante tí.

»El que lo deshoje ó rompa, infiere ofensa á Dios con blasfemia de hecho, pues Dios lo hizo santo para su único uso.

»Por morder su fruto la primera alma esperó en el dolor y deseo un espacio de cinco mil años y más, al que castigó en sí mismo la mordedura (5).

»Está dormido tu espíritu si no entiende que por causa particular es aquel árbol tan elevado y frondoso en su copa.

»Y si tus ideas vanas no hubieran rodeado tu espíritu como el agua del Elsa (6), y si al complacerte en ellas, no

(1) Según el pueblo florentino, era suficiente comer una sopa sobre la tumba del muerto para precaverse de toda venganza.

(2) Para entender esta prediccion, debe tenerse presente que Dante quiere escribir quinientos con la letra *D*, cinco con *V*, y diez con *X*. Estas tres letras dan la palabra *Duax*, general; de lo que se deduce que un general destruirá á la prostituta y al gigante. Según comentadores, seria el emperador Enrique VII, y según otros, Can el Grande, de Verona.

(3) Referencia á los versos de Ovidio.

(4) La Iglesia.

(5) El Cristo que purgó la falta de Adán.

(6) Riachuelo de Toscana, que cubre de una capa densa de tártaro los objetos en él sumergidos.

hubieras manchado tu espíritu cual Pyramo manchó la fruta moral.

»Por solas estas circunstancias conocerás, para beneficio espiritual, la justicia de Dios en el entredicho de que circuyó el árbol.

»Mas como veo es de mármol tu inteligencia, y que en el pecado se oscureció hasta el caso de deslumbrarte mis ecos, quiero que los lleves, si no escritos, grabados en ti, por la propia causa que lleva el peregrino un bordon rodeado de palma.»

Dije á mi vez: «Jamás cambió la cera la figura en ella impresa; mi razon tampoco cambiará vuestra huella.

»Mas ¿por qué vuestra anhelada palabra se remonta á tal altura sobre mi vista, que cuanto más se afanan mis ojos en seguirla, con más facilidad la pierden?»

»Para hacerte conocer, repuso ella, la escuela que seguiste, y á fin de asegurarte que su doctrina puede seguir mis palabras, y últimamente para que observes que nuestra vida se aparta de la divina cual se aleja de la tierra el Cielo que gira á mayor altura.»

Aquí le dije: «No me acuerdo de haberme separado nunca de vos, por lo que no me arguye la conciencia.»

«Justamente no te puedes acordar de ello, me respondió sonriendo; piensa que bebiste las aguas del Letheo.

»Y si el humo corrobora la vida del fuego, aquel olvido denota claramente que tu preocupada voluntad cometió otras faltas distintas.

»Desde este punto mis palabras serán tan terminantes, cual conviene á tu miope vista.»

Mas refulgente y lento era á cada paso el sol al recorrer el círculo del meridiano, que cambia conforme las distintas situaciones de la tierra; cuando pararon (cual se pára la vanguardia ó guerrilla que precede á un cuerpo de ejército, si acontece alguna novedad en su marcha), las siete Damas, al arribar á un umbrío sitio que empezaba á ser claro y triste, asimilando su claridad á la que despide el verde follaje y las negras ramas de los Alpes sobre sus frescos arroyuelos.

A presencia de ellos el Eufrates y el Tigris parecían emanar de una misma fuente, y que como íntimos amigos, se apartan con lentitud el uno del otro.

«¡Oh luz y gracia de la humana raza! ¿Qué agua es esa que viniendo de un propio origen, se ensancha después y se divide?»

Se me contestó: «Ruega á Matilde que te lo explique.» Y la bella Señora repuso como quien se disculpa:



«Esta y varias cosas que por mí le han sido reveladas, seguramente no las borró el agua del Letheo.»

Beatriz: «Tal vez alguna de aquellas enormes preocupaciones que á menudo nos suelen quitar la memoria, haga que su espíritu ofuscado no distinga por sus ojos.

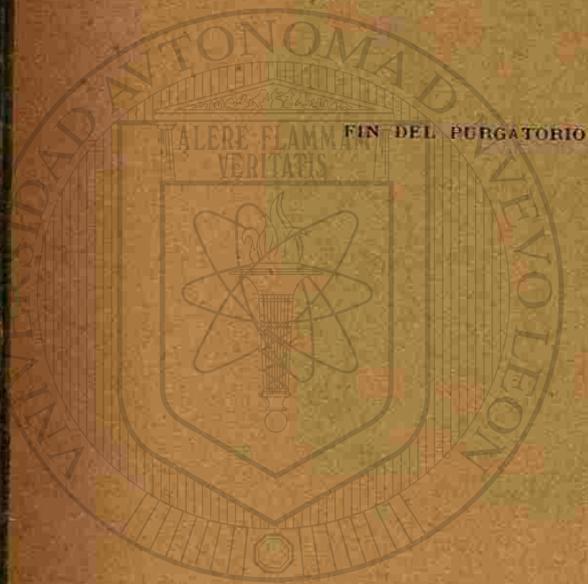
»Mas por allí se escurre el Eunoó; llévale al río, y segun tu costumbre, que se reanimen sus quebrantadas fuerzas.»

Como la tierna y preciosa alma que jamás se excusa, y que su voluntad la forma de la ajena voluntad, tan pronto como le ha sido indicada por un signo, echó á caminar la bella Dama al estar yo á su lado, diciendo á Stacio, como lo acostumbra las mujeres: «¡Vente con él!»

¡Ah lector! á no ser por la falta de espacio, cantaria en

parte la rica bebida de la que jamás me creyera saciado; el papel destinado al segundo canto está ya lleno, y no me consiente seguir adelante el freno del arte.

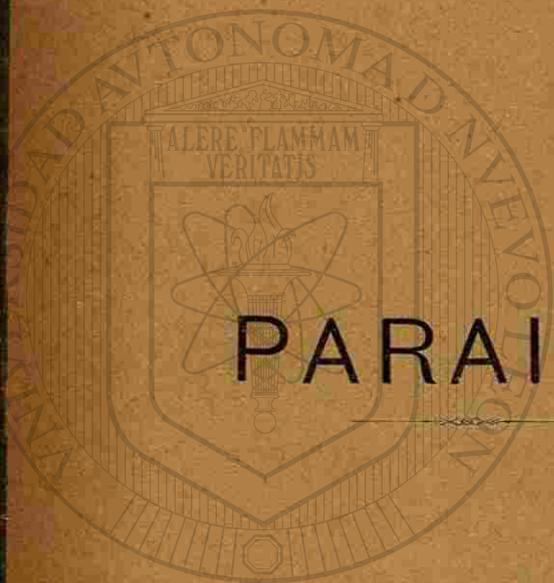
Aquella santa bebida me repuso, cómo se reponen las nuevas plantas, renovadas en sus hojas nuevas, quedándome puro y preparado para ascender a las estrellas.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL



CANTO XIV.—... en aquella cruz resplandecía el Cristo.



PARAISO

PARAISO (1)

CANTO PRIMERO

Después de dar gracias al génio de la Poesía, que lo llevara poco á poco hasta la contemplación de los objetos divinos, Dante refiere que guiado por Beatriz pudo desde el Paraíso terrenal elevarse al Cielo.

LA gloria del que todo lo puede, penetra en el orbe manifestándose más esplendorosa en unos sitios que en otros.

En el cielo, que recibe más cantidad de luz, vi cosas imposibles de explicar para el que desciende de las alturas; pues á medida que nuestra inteligencia se aproxima al objeto de su anhelo, penetra de tal manera en él, que la memoria no puede retroceder.

No obstante, cuantas preciosidades del reino santo ha podido atesorar mi alma, serán en adelante objeto de mi canto.

¡Oh gran Apolo! haz de mí para este último canto un vaso rebosando de tu poder, cual tú lo pides para tu amado lauro.

Hasta ahora tuve suficiente con una de las cumbres del Parnaso; en adelante me hacen falta las dos para proseguir el resto de mi ruta.

(1) Dante dio al infierno la forma de embudo inmenso, en cuyo fondo está Satán; la forma de una montaña al Purgatorio, desde cuya prominencia el alma se lanza á los Cielos. El Paraíso tendrá diez esferas en las que, guiado por Beatriz, irá penetrando, y son: La Luna, Mercurio, Venus, Sol, Marte, Júpiter, Saturno, la de las Estrellas fijas, el Primer Movil y el Empíreo.

Penetra en mi pecho infundiéndome el aliento de que estas poseído, al sacar de apuro los miembros de Marsyas.

¡Oh divina virtud! si vienes á mi de manera que pueda bosquejar la sombra del reino de Paz grabada en mi mente, me verás dirigirme á tu querido árbol y coronarme con sus hojas, de las que la materia y tú me habreis hecho acreedor.

Con tal rareza, ¡oh padre mio! se logra el laurel por triunfo, César ó Poeta (falta y vergüenza de la humana voluntad,) que al desearlo un espíritu, debia el follaje de Peneo extender la alegría en derredor de la venturosa divinidad de Delfos.

A la tenue chispa sigue la llama voraz; tal vez despues de mí se orara con voz más entonada, de suerte que Gyrrha (1) se digne responder.

La claridad del mundo viene á los mortales por diferentes aberturas; mas cuando nace de ésta, en la que se unen cuatro círculos formando tres cruces, su carrera es mejor y tambien es mejor su influjo; modela y marca mejor á su capricho la cera de nuestro mundo.

Ya llegaba casi á lo alto el alba, por medio de aquella abertura, dejando abajo la noche; de suerte, que el alto hemisferio era blanco, y el otro negro, cuando vi que Beatriz miraba al sol, dirigiendo su vista á la izquierda; jamás el águila miró con más fijeza.

Y como un segundo rayo brota del primero, remontándose á lo alto, imitando al peregrino que se quiere volver, del mismo modo la accion de Beatriz, penetrando en mi mente por mis ojos, dió vida á mi accion, y contra nuestra naturaleza y costumbre, puse la vista en el sol.

Muchísimas cosas que son allí posibles, dejan de serlo aquí, por virtud del sitio cerrado para la humana especie.

No pudieron mis ojos arrostrar por largo espacio la claridad de los rayos del sol, mas sí el suficiente para verle despedir chispas semejantes á las que brotan del hierro candente al salir de la fragua.

Súbito me pareció que el día iba juntándose al día, como si El que puede (2) hubiera embellecido el Cielo con un nuevo sol.

(1) Dios

(2) Dios.

Beatriz tenia la vista fija en las eternas ruedas (1); mis ojos se posaban en ella apartados de lo alto; y al contemplarla me sucedió lo que á Glauco al gustar aquella yerba que le hizo acompañante de los dioses marinos.

El poder de trashumanar no podria explicarse *per verba*; hasta este ejemplo para el que la gracia le reserve la experiencia.

Si fuera yo sólo aquel á quien há poco creaste, y tú sabes, Amor que riges el Cielo, ¡oh tú que me elevaste á la luz!

Cuando el celestial movimiento que eternizas ¡oh espíritu anhelado! me hizo fijar en él por la gran armonia que combinas y disciernes, parecióme que se iluminaba á la llama del sol una parte grande del Cielo, y que jamás las lluvias ó corrientes formaran tan extenso lago.

Lo nuevo de aquellos sonidos y aquella luz diáfana me abrasaron de tal suerte en el deseo de inquirir su causa, que nunca sentí tan vivo agujon

De modo que ella, que me veia como me veia yo á mi mismo, quiso satisfacer la conmocion de mi alma, y antes de preguntarle, abrió los labios, diciéndome:

«Tú mismo retardas el entenderlo todo con tus ideas falsas; de suerte, que no alcanzas lo que alcanzarías á haberlas desvanecido.

»Ya no te hallas en la tierra, segun tú crees; el rayo, cuando se desprende del sitio de su formacion, es menos veloz que tú al ascender á este lugar.»

Si me hallé fuera de la primera duda, por favor de aquellas breves y tiernas frases, me envolvió todavía más otra nueva.

Y le dije: «Muy contento me veo libre de mi primer asombro; mas ahora me admiro de cómo he podido ir aun más allá que esos aéreos cuerpos.»

Ella, despues de suspirar piadosamente, dirigió su vista hácia mí con la solicitud de una madre ante el deseo de su hijo, y me habló así:

«Todas las cosas observan un orden entre sí, y este orden es el que hace al universo parecido á Dios.

»Las criaturas advierten aquí las huellas de la eterna fuerza, que es el fin para el que fué invertido el orden antes citado.

(1) Las esferas.

»En este orden toda criatura tiene su inclinacion, y conforme su diferente suerte, se aproximan más ó menos á su origen.

»De suerte, que giran hácia distintos puertos, por el gran océano del sér, cada uno con el instinto que le fué dado y que le conduce.

»Uno de estos instintos conduce el fuego hácia la luna; el otro es un móvil en el corazon de los mortales; el otro junta y amasa la tierra en si misma.

»Y aquel arco no hiere sólo á las criaturas que carecen de inteligencia, sino tambien á las que poseen intelecto y amor.

»La Providencia, que lo dispone todo con tal sabiduria, aclara continuamente con su luz el Cielo en que rueda con la mayor velocidad la primera causa.

»Y allí es donde ahora, como á punto marcado, nos empuja la virtud de aquel orden que dirige cuanto se lanza hácia un objeto grato.

»Verdad es que como la forma no se halla siempre de acuerdo con la intencion del arte, porque la materia es muda para responder, á menudo se desvia de aquel camino la criatura que tiene el poder, si bien impulsada de aquella manera, de dirigirse por otra senda.

»Y (como puede verse caer el fuego de una nube) cae ella al verse desviada hácia la tierra, su primer impulso por un engañoso placer.

»Ya no debe asombrarte tu ascension, si no me equivoqué, más de lo que te extrañaria ver descender un río de la cumbre de una montaña.

»Maravilloso fuera en tí, si libre de todo inconveniente, te hubieras sentado abajo, como lo seria el que estuviese en paz sobre la tierra la viva llama.»

Luego elevó de nuevo sus ojos al cielo.

CANTO SEGUNDO

El poeta guiado por Beatriz penetra en el cuerpo de la Luna, primera esfera.—Accion de gracias al Altísimo.—Beatriz explica á Dante el motivo de las manchas que se observan en la Luna.

OH, los que deseosos de oír habeis seguido en un bote mi buque que adelanta cantando, volved la proa para observar de nuevo las riberas; no os desvieis en el mar, pues el perderme podriais fácilmente extraviaros.

Nunca han sido surcadas las aguas en que voy á penetrar. Mi vela es impulsada por Minerva; Apolo me guia, y las Musas me enseñan las Osas.

Vosotros, pocos, que tendisteis desde luego el cuello hácia el pan de los ángeles, del que aqui se vive, sin poderse ver saciados de él, botad al agua vuestro buque, viniendo en pos de mi estela sobre las ondas, que pronto se volverá á unir.

Los gloriosos Argonautas que pasaron á Colchos, se extrañaron menos de lo que os extrañareis vosotros al ver á Jason transformado en boyero.

La continua sed creada con el anhelo de arribar al reino establecido sobre Díos, nos conducia con una velocidad parecida á la con que mirais al Cielo.

Beatriz estaba fija en lo alto, interin yo me fijaba en ella, y tal vez en menos tiempo que se invierte en poner un dardo en el arco, y salir volando, me contemplé llegado á un sitio en el que un admirable objeto atrajo mi atencion. Entonces, la que no podia ignorar mi más recóndito pensamiento, volvióse á mí, tan bella como llena de gracia.

«Eleva á Dios tu reconocida alma, me dijo, pues que nos ha trasportado á la estrella primera.»

Me pareció que nos hallábamos envueltos en una nube refulgente, sólida y densa, tan bella como diamante herido por el sol.

La perla eternal (1) nos admitió en su seno cual la superficie del agua recibe un rayo de luz, continuando unida.

(1) La Luna.

Siendo yo cuerpo, no se concibe aquí abajo como una dimensión pueda permitir otra, ni lo que debe suceder si un cuerpo penetra en otro; de suerte, que ardíamos en deseo de ver aquella esencia, en la que se advierte cómo se reúne a Dios nuestra naturaleza.

Allí se notará todo lo que creemos por la fe, sin ninguna demostración; todo se manifestará por sí solo, como la primitiva verdad que ha creído el hombre.

Yo repuse: «Señora, con toda la gratitud que cabe en mí, doy gracias al que me elevó del mundo mortal. Mas decidme: ¿qué manchas oscuras son las de este cuerpo, objeto que a tantas fábulas ha dado margen allí abajo respecto á Cain (1)?»

Ella me dijo sonriendo: «Si la idea de los mortales se pierde ante todo lo que no pueda abrir la llave de los sentidos, en verdad no debieran herirte tanto en adelante los dardos del asombro, puesto que si va en pos de los sentidos, bien notarás que tu raza tiene cortos vuelos.»

—«Sin embargo, dime lo que pienses acerca de ello.»

Entonces yo respondí: «Lo que aquí arriba me parece de forma diferente, debe proceder de cuerpos transformados y de cuerpos densos, á mí entender.»

Ella á su vez: «Con seguridad notarás que tu creencia está basada en fundamentos falsos, si oyes bien el argumento que te voy á oponer.»

«La esfera octava ofrece distintas estrellas, que por la cantidad y calidad de la luz, puede verse que son como de aspectos diferentes. Si aquellas diferencias fueran producto de cuerpos transformados y densos, no hubiera en dichas estrellas más que una virtud distribuida en más grande, más pequeña ó igual escala.

«A pesar de ello, varias virtudes deberán ser el fruto de formales principios, y éstos á excepción de uno, se destruirán por tu raciocinio.

«Hay más; si un cuerpo extraño formase esas manchas negras, de las que me preguntas el motivo, el planeta estaría entonces en algún punto privado de su material: ó como el cuerpo de un animal, que tan pronto muestra su gordura, tan pronto su flaquez, variaría de color el planeta en sus diferentes partes.

(1) El pueblo creía ver á Cain en las manchas de la Luna llevando un haz.

«Si los cuerpos extraños dibujasen esas manchas, se verían en los eclipses del sol, pues su luz pasaría á través de la luna, como atraviesa los demás cuerpos raros, pero no sucede así.

«Por lo que debe examinarse la otra suposición, y si llega á destruirla, tu parecer será considerado como falso.

«Si el cuerpo raro ó transformado no puede traspasar la Luna, es necesario que haya un punto por el que su contrario le dé paso; y de aquí el que surja el rayo, cual brota el color de un vidrio ó cristal conteniendo una capa de plomo.

«Dirás que el rayo de luz aparece aquí más oscuro que en otros sitios, pues tiene que reflejar á mayor profundidad; mas esta idea tu mismo la desvanecerás con la experiencia, ese manantial do brotan los raudales de vuestras artes.

«Cogerás tres espejos, para poner dos de ellos algo apartados de tí, y hacer que el tercero se halle mas lejos aun, y luego fijar tu vista entre los dos primeros.

«Vuelto de este modo á los espejos, procura que detrás de tí se alee una luz que domine á los tres y torne á tí con el reflejo de los tres espejos; aunque el que se halle á la sazón más lejos no dé tan extensa luz, verás que ilumina con tanta viveza como los otros dos.

«Entonces, como los sitios que cubiertos de nieve se hallan libres de su color y de su primitiva frialdad, á favor de los ardientes rayos del sol, desprendido tu espíritu de sus falsas opiniones, recibirá por voluntad mía una luz tan viva que sólo á su aspecto la verás centellear.

«En el Cielo de la divina paz se agita un cuerpo, cuya virtud encierra el sér de todo cuanto contiene; y el Cielo, con arreglo á su número de estrellas, reparte aquel sér entre estrellas diferentes, de él diversas y en él habidas.

«Los otros cielos disponen de otra manera las distinciones que contienen, llevándolas al fin y objeto á que fueron destinadas.

«Aquel organismo del mundo, como ahora lo ves, desciende de grado en grado, de suerte que toman de lo alto la virtud que han de comunicar abajo.

«Observa cómo por esa senda me encamino hácia la verdad que deseas, para que en adelante puedas tú seguirla sólo con paso firme.

«La agitación y virtud de las sagradas esferas debes atribuir las á móviles sagrados, como ha de atribuirse al herrero la obra de martillo.

»El Cielo octavo, al que tantas luces hacen esplendoroso, toma el aspecto de la profunda ciencia que le imprime el movimiento y que se convierte en su timbre.

»Y como el alma, sobre el polvo vuestro, viene por diferentes miembros á confundirse con distintas potencias, así la sabiduría desarrolla centuplicada su bondad entre las estrellas, siempre girando sobre su unidad.

»Toda virtud se junta por medios diferentes al cuerpo que vivifica, al que se entrelaza como la vida en vosotros.

»Esta virtud amalgamada por los cuerpos, brilla en la grata naturaleza de donde emana, como la alegría en la vivaz pupila.

»Aquella es la virtud de su procedencia y no de los cuerpos transformados ó densos, lo que parece en la luz desigual; ésta es el principio que produce, con arreglo á poder, lo claro y lo oscuro.»

CANTO TERCERO

Dante encuentra en la Luna las almas de las que, habiendo hecho voto de virginidad, la violencia les obligó á no cumplir su voto.—Picarda, hermana de Foresio, dice al poeta, que todos los bienaventurados se conforman con su grado de gloria, y despues la regta de la orden religiosa que ella y Constancia, hija del rey Rogerio, habian abrazado en la tierra.—Con arreglo á varios comentadores, el poeta escogió la Luna para morada de la virginidad, pues siendo este planeta muy frio, predispone las almas á la castidad. Consta además que en lo antiguo, Diana ó la Luna era diosa de la virginidad.

EL sol aquel (1), que en un principio enardeció de amor mi corazon, me descubrió luego, por medio de sus palabras y sus pruebas, el bello aspecto de la pura verdad.

Yo por declararme convencido ó lleno de persuacion, cual debía, alcé la cabeza para hablar, mas se me apareció una vision, que de tal suerte me absorbió, que dejé de pensar ya en mi revelacion.

(1) Beatriz, ó sea la Teología.

Así como por virtud de cristales transparentes, ó por la del agua clara y serena, cuyo fondo no está oscuro por la mucha profundidad, vienen á nuestra vista tan debilitados los objetos, que la perla en la frente blanca no se presentaría con más lentitud á nuestros ojos, así noté á varias figuras que se preparaban á hablar. Por lo que caí en un error contrario al que inflamó el amor entre el hombre y una fuente (1).

Como al verlas me figuré que eran producidas por algun espejo, volví la cabeza para examinar su procedencia, mas nada pude averiguar; entonces la dirigí á mi dulcísimo guía, y me sonrió brotando fuego de sus miradas santas.

»No te extrañe me ría de tu pueril raciocinio, me observó Beatriz; tu pié todavía no se posa en la senda de la verdad, por lo que no es extraño que tropieces.

»Esas figuras que notas son sustancias verídicas, aquí desterradas por no haber cumplido su voto.

»Las puedes hablar, oír y creer, porque la luz verdadera que las alegra, no consiente que sus pasos se aparten nunca de ella.»

Yo me dirigí á la que más dispuesta me parecía á hablar, y cual hombre abrumado por la precipitacion, dije así:

«Oh alma creada felizmente, que baja los rayos de eterna vida, sientes una dulzura que no se puede comprender si no se ha gozado.

»Tendré motivo de reconocimiento, si tienes la bondad de indicarme tu nombre y vuestra comun suerte.»

Y la sombra súbitamente, con ojos de complacencia, dijo:

«Nuestra caridad jamás cierra la puerta á un deseo justo; se congratula con la de Dios, que quiere que toda su corte se le asemeje.

»En el mundo fui una religiosa virgen, y si evocas tus recuerdos, me verás, si bien embellecida.

»Recordarás á Picarda (2). Destinada fui aquí con esos otros seres bienaventurados, y tambien lo soy en la más lenta esfera (3).

»Henchidos nuestros afectos con los solos gozes de santo espíritu, se regocijan, segun el orden con que él los estableció

(1) Narciso.

(2) Picarda de los Donati, nacida en Florencia.

(3) La Luna, segun Ptolomeo.

Esta suerte, al parecer indigna, nos está deparada por haber descuidado nuestros votos ó romperlos en parte.»

Yo á ella: «En vuestros semblantes brilla el destello de la divinidad, que hace cambiar el aspecto ó la idea que se ha conservado de vosotras. Así es, que fui tardío en recordarte; mas ayudado por tus palabras, ahora ya me es fácil conocerte.

»Pero decid, vosotras que sois dichosas en esta esfera, ¿no anhelaís más elevado sitio para ver mejor á Dios, para adorarle mejor y ser más queridas de él?»

Se sonrió un poco con las otras sombras, y despues me contestó tan placentera, que parecía abrasarme en el amor del primer fuego.

«Hermano, una virtud caritativa enfrena nuestra voluntad, y no nos deja desear más de lo que poseemos, por extinguir en nosotras la sed de otro bien.

»Si anhéláramos morar á más altura, disentiría nuestro deseo de la voluntad del que aquí nos reúne; y las esferas celestiales no admiten tal discordancia.

»Si te fijas bien en su naturaleza, observarás que aquí es preciso vivir en la caridad, y que es hasta indispensable en nuestro bienaventurado ser ceñirse á la divina voluntad; de suerte, que nuestras voluntades se fundan en una sola.

»El que guardemos un orden por grados, complace á todo este reino, como á su rey, cuya voluntad hace nuestra voluntad.

»En ella reside nuestra paz; aquella voluntad es el mar al que se une todo lo que ella creó y lo que procede de la naturaleza.»

Aquello me hizo comprender que todo sitio del Cielo es Paraíso, aunque la gracia del Supremo bien no se esparza en él por partes iguales.

Entonces me secedió lo que al que está saciado de un plato, que lo desvia para probar otro que apetece, puesto que con la accion y la palabra hice por saber de aquella alma qué tela siguió tejiendo hasta el final.

«Una vida arreglada, un mérito eminente, me observó, ponen á la mujer en un sitio del Cielo más elevado que el nuestro, segun el traje de la orden que viste y el velo con que se cubre en vuestro mundo (1), para seguir hasta la muerte,

(1) Santa Clara, de la orden religiosa de Franciscanas, á la que habia pertenecido Picarda.

ya velando, ya durmiendo, con el esposo que admite todo voto que armonice la caridad con su anhelo.

»Por ir en pos de ella, me aparté del mundo; siendo aun muy jóven, me encerré bajo su habito, y ofrecí seguir el camino de su orden; pero algunos hombres, más avezados al mal que al bien, me arrancaron de mi amado claustro. Dios sabe lo que fué despues de mi vida.

»Por lo que hace á ese otro resplandor que ves á mi diestra y que luce con toda la luz de esta esfera, dice para si lo propio que te he dicho de mi misma.

»Mas cuando tornó al mundo contra su deseo y sus santas costumbres, no se vió jamás despojada del velo de su rostro.

»Es la luz de la bella Constanza (1), que luego del segundo orgullo de la Suabia, engendró el tercero y último poder de la raza aquella.»

Esto dijo Picarda, y despues empezó á entonar el Ave Maria, y cantando desapareció, cual se oculta un objeto de grave peso á través del agua oscura.

Mis ojos, que la siguieron hasta su desaparicion, se volvieron al objeto de un deseo mayor, posándose enteramente en Beatriz; mas despidió ésta tales rayos ante mi vista, que no me fué posible soportarlos. De aquí mi detencion en preguntarla.

CANTO CUARTO

Continua Dante en el planeta de la Luna.—Le revela Beatriz dos verdades: una respecto á la morada de los bienaventurados, la otra referente á la diferencia entre la voluntad mixta y la voluntad absoluta.—Dante pregunta si hay medio de reparar los votos que fueron quebrantados.

DE dos platos puestos á igual distancia, y que los dos fueran igualmente gratos, un hombre, árbitro de escoger, se moriría de hambre antes de probar uno; lo mismo acontecería al cordero colocado entre dos hambrientos lobos, y al perro colocado entre dos gamos.

(1) Imitacion de Ovidio.

Por eso aunque no hablaba, no me arrepiento; suspenso con mis dudas, era necesario aquel intervalo; á pesar de todo, no me envanezco de haber obrado así.

Callaba, más el deseo se dibujaba en mi semblante, y como también en ella se destacaba mi pregunta, era esto más digno que las mismas palabras.

Beatriz practicó lo que Daniel librando á Nabucodonosor de la cólera que le hiciera tan injusto y cruel.

Y me dijo: «Te veo atraído por dos deseos completamente opuestos; tanto más grande es tu cuidado, cuanto no puede expresarse exteriormente.

«Hé aquí tu argumento: si persevera la buena voluntad, ¿por qué la violencia de otro ha de empequeñecer mi mérito propio?

«También hallas otro motivo de duda en que las almas parezcan volver nuevamente á las estrellas, conforme la sentencia de Platon (1).

«Estas son las ideas que pesan con igual fuerza sobre tu voluntad; de suerte que principiaré por la que tiene más hiel.

«De los serafines, el que penetra más en Dios, ya sea Moisés, Samuel ó uno de los Juanes (el que te plazca), prescindo de Maria, tiene su asiento en el propio cielo en que acabas de ver aquellos espíritus, y cuentan de existencia los mismos años.

«Sin embargo, todos aquellos serafines embellecen el círculo primero, y su vida es más ó menos grata, segun el grado en que perciben el Espíritu eterno.

«Aquellas sombras se presentaron aquí, no porque sea ésta la esfera de su destino, sino para decirte cuál de las esferas tiene menor elevacion.

«Esta es la manera cómo debe hablarse á vuestro espíritu, ya que sólo entiende por el sentido lo que despues es digno de la inteligencia.

«Por eso la Escritura se aviene á vuestras facultades, y da á Dios manos y piés en tanto que ella lo ve de forma diferente.

«La santa Iglesia os presenta también bajo humana apariencia á Gabriel, Miguel y al que sanó á Tobias.

«El pensamiento de Timeo (2) acerca de las almas, no tiene

(1) Véase *Timeo*.

(2) Quiere decir, Platon en el *Timeo*.

conexión con lo que aquí se ve, pues parece pensar como habla. Dice que el alma torna á su estrella, figurándose que se desprendió de la misma cuando la naturaleza la quiso unir á una forma.

«Tal vez su idea disienta de lo que manifiestan sus palabras, y en esta hipótesis no hay por qué despreciar su intención.

«Si cree que la honra y lo vituperable de la influencia vuelven á aquellas esferas, tal vez su flecha acertó algún blanco de verdad.

«Ya aquel mal apreciado principio extravió casi al mundo entero; de suerte que con igual ahínco se ha adorado á Mercurio, que á Jupiter y á Marte.

«Tu segunda duda no envuelve tanto veneno, puesto que su malicia no podría apartarte de mí.

«Que á los ojos de los mortales aparezca injusta nuestra justicia, es cuestion de fe, no de herética malicia. Mas como nuestro entendimiento puede penetrarse de esta verdad, voy á complacer tu deseo.

«Si la violencia se ejerce sin oposicion del que la sufre, no servirá á aquella alma de evasiva la tal violencia, pues cuando la voluntad no quiere, jamás se apaga; al revés, practica lo que la naturaleza en el fuego, aunque la violencia la abata infinitas veces.

«Y hé aquí por qué al doblegarse poco ó mucho la voluntad, cede ante la fuerza; de este modo lo practicaron aquellas almas, puesto que podian regresar á la morada santa.

«Si hubiera sido completa ó entera su voluntad, como la que manifestó Lorenzo en las parrillas, y lo que hizo á Mucio tan enérgico contra sí mismo, las hubiera conducido nuevamente, tan luego como se vieran libres, á la senda de que habian sido apartadas; mas es harto rara una voluntad tan sólida.

«Por virtud de estas frases, si las tomas cual debes, queda deshecho el argumento que aun te hubiera molestado algo más.

«Mas ahora se presenta á tu vista otro mal paso, del que en vano querrias salir tú solo; antes te hallarias rendido.

«Infundí como cosa verídica en tu espíritu, que en un alma bienaventurada no cabe la mentira, por hallarse siempre próxima á la primitiva verdad.

«Segun pudiste oír por boca de Picarda, que Constanza

siempre amó el velo, de suerte que esto parecía contradecirme; has de saber, hermano, que suele suceder que para huir el riesgo, hace uno, contra su voluntad, lo que no se debe hacer. Véase lo que aconteció á Alemeon, que, instado por su padre, mató á su misma madre, y que por no perder la piedad, se hizo impío.

»Deseo pienses, sobre esto, que si se juntan la fuerza y la voluntad, resultan las faltas inescusables.

»La absoluta voluntad no consiente el mal, pero consiente en él en tanto cree caer en otro más grande, y cede á fin de evitarlo.

»De manera, que al espresarse Picarda de aquel modo, era porque se refería á la absoluta voluntad, y yo aludo á la otra; así los dos decimos lo cierto.»

«Tal fué el desborde del santo manantial al brotar de la fuente do mana toda verdad, que calmó mis dos voraces deseos.

»¡Oh amante del amante primero! (1) ¡Oh Señora celestial! exclamé, cuyo acento me circunda y anima; mi afecto no es tan inmenso que consienta devolver gracia por gracia; mas el que lo sabe y ve todo, que conteste por mí.

»Bien observo que no puede satisfacerse nuestro entendimiento, á no iluminarlo la verdad, fuera de la que no brilla otra alguna.

»Tan luego como la ha alcanzado, reposa en ella cual la fiera en su cubil; y hay que alcanzarlo para que no sean estériles todos nuestros anhelos.

»Por el deseo brota la duda al pié de la misma verdad, cual un retoño; y forma parte de nosotros al trepar hasta la cima de colina en colina.

»Ello me induce y alienta, ¡oh señora! á haceros nueva pregunta respecto de otra verdad que se me oscurece.

»Deseo saber si puede el hombre suplir los votos no cumplidos, valiéndose de buenas acciones, que sean de peso grave para nuestra balanza.»

Beatriz me miró con ojos amorosos, y tan divinos, que sintiéndome arrobado, me volví, quedándome con la vista baja.

(1) Beatriz, amada de Dios.

CANTO QUINTO

Beatriz se propone resolver la duda de Dante, expuesta en el anterior canto, referente á la esencia del voto, le manifiesta el medio de atender á los no cumplidos.—Después descenden al segundo cielo, planeta Mercurio.—Multitud de almas bienaventuradas van hacia el poeta, y una de tantas se propone responder á todas sus preguntas.

Si acaso te parezca más refulgente en este centro del ardiente amor, que cuanto hay en el suelo, y hasta soy superior á la fuerza de tu vista, no lo extrañes, porque esto proviene de una magnífica vista que, como abarca bien los objetos, los examina con la misma rapidez que los nota.

»Ya veo resplandecer en tu mente la eterna luz, cuya vista sola enardece en nosotros el amor.

»Si alguna cosa atrae luego el vuestro, es sólo un rayo ténue que reluce á través del objeto de vuestra atracción.

»Tú deseas saber si por favor de otras buenas acciones puede cumplirse la falta del voto, con objeto de que el alma se halle libre del remordimiento.»

De esta manera empezó su canto Beatriz; y como persona que prosigue su plática sin interrumpirse, siguió de este modo su santa enseñanza:

«El más inmenso don que Dios en su liberalidad nos concedió al crearnos, que está más de acuerdo con su bondad y que tiene en más estima, es el libre albedrío del que sólo están dotadas las criaturas inteligentes.

»Si te fijas un poco en este principio, comprenderás ahora el gran valor de un voto, si se hizo de suerte que consintiera Dios al consentir tú; pues una vez practicado el trato entre Dios y el hombre, se hace sacrificio de aquel albedrío de que hablo, quedando sacrificado por su mismo hecho.

»Así, pues, ¿qué puede dárse en cambio? Si tienes el convencimiento de hacer buen uso de tu oferta, es querer practicar buena obra con objeto mal adquirido.

»En adelante ya sabrás á qué atenderle sobre el principal

punto. Mas como la Iglesia santa concede dispensas en esto, lo que parece inconsecuente con la verdad que te revelé, te será necesario estar de sobremesa un intervalo, para la mejor digestion del alimento sólido que has tomado.

»Por tu razon en lo que te presento, y guárdalo en ti mismo, pues el oír sin retener no presta enseñanza.

»Dos circunstancias son precisas para la perfecta esencia de aquel sacrificio; una es el propio objeto que se sacrifica, la otra el pacto en sí mismo. Esta última no se borra nunca si deja de observarse; á ella aludía hace poco al hablar de un modo absoluto.

»Por este motivo, en los hebreos fué una necesidad el ofrecer, si bien la ofrenda solía sufrir un cambio como no debes ignorar (1).

»Por lo que hace á la otra causa que te mostré, como dando base á la materia del sacrificio, puede ser de tal indole, que no haya falta al trocirla por otra materia.

»Sin embargo, que no cambie nadie por autoridad propia el peso de su hombro, sin una vuelta de las llaves blanca y amarilla (2).

»Calcula que es insensato todo cambio, si el objeto que se deja ó prescinde no está dentro del que se toma nuevamente como dos en cuatro.

»Todo objeto que sea tal su peso por su valor, que traiga la balanza hácia sí, no puede reemplazarse con ninguno otro.

»Que dejen los mortales de tomar por juego el voto que les obliga! Observad fidelidad, y no cegueis al obligaros, cual Jefe en su ofrenda primera. Mejor le hubiera estado decir: «Mal hice,» que obrar peor cumplimentando su veto, y se puede considerar tan insensato al gran jefe griego, que precisó á Ifigenia á que llorara su hermoso rostro, haciendo llorar por ella á locos y cuerdos, al oír mencionar tan bárbaro culto.

»¡Oh cristianos, moveos con más lentitud; no imiteis á la pluma que vuela á todos vientos; no creais que sirva toda agua para lavaros!

(1) *Lectica*, c. 1, v. 8.

(2) Ténganse presentes las dos llaves de la Iglesia, canto ix del Purgatorio.

»Teneis para guía el Antiguo y Nuevo Testamento, y el Pastor de la Iglesia; que sea esto suficiente á vuestra salvacion.

»Si un mal deseo os llama á otro sitio, sed hombres y no locas ovejas, para que no se mofe de vosotros el judío, en medio de vosotros.

»No practiqueis lo que el corderillo, que deja la leche de su madre, é inocente y jugueton lucha contra sí mismo, por solo capricho.»

Como lo escribo, me lo dijo Beatriz. Despues volviöse llena de deseos hácia el punto en que brilla más el mundo.

Su mutismo, y la metamórfosis operada en sus facciones, dispusieron mi espíritu á otras nuevas cuestiones.

Y como flecha que da en objeto antes de cesar la agitacion de la cuerda, volamos al reino segundo (1).

Observé tan radiante á mi Señora al penetrar en la luz de aquel cielo, que el planeta fué por ella mucho más luminoso.

¡Y si la estrella pudo trasformarse y sonreirse, qué haria yo, que por naturaleza soy inamovible en todo!

Tal como en un estanque de agua limpia y serena llegan solícitos los pececillos al objeto que procediendo del exterior lo creen su pasto, así vi llegarse á nosotros miles de esplendores que gritaban: «¡Hé aquí motivo para aumentar nuestros amores!»

Y en tanto que cada uno se dirigia á nosotros, veíase regocijada el alma á través del vivo resplandor que despedían.

Calcula, lector, si parase aquí lo que ahora empieza, cuál seria el hambre horrible que sentirias por saber el resto, y por tí apreciarás cuánto anhelaba enterarme yo de la condicion de aquellos esplendores desde el punto que los vi.

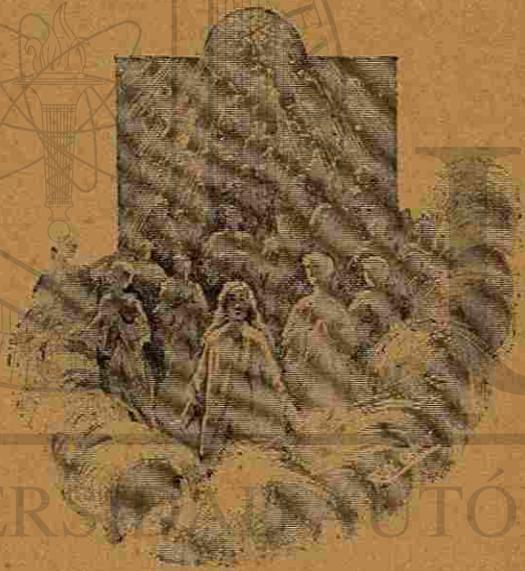
«Por felicidad nació aquel á quien la gracia consiente ver los tronos del eterno triunfo antes de salir de la milicia de los vivos; inflamados nos hallamos del resplandor que se extiende por todo el cielo: así, si quieres iluminarte respecto á nuestra suerte, puedes saciar tu deseo.»

Esto me dijo uno de aquellos piadosos espíritus; luego Beatriz: «Puedes hablarles confiado y creerles como dioses.

(1) Cielo de Mercurio.

—»Veo que vives como en un nido, y este en tu propia luz, trasmitiéndola por tus ojos, puesto que brilla al sonreír; mas desconozco quién eres y por qué tienes, ¡oh alma digna! el grado de la esfera que se esconde á los mortales por los rayos de otra (1).»

Esto indiqué á la luz que me habia hablado, y desde que la hablé empezó á brillar más todavía.



Como el sol que se esconde por luz sobrada, cuando el calor ha disipado los vapores que le atemperaban, se escondió para más placer en su resplandor la figura santa, y de aquel modo me respondió lo que dirá el siguiente canto.

(1) Los rayos del Sol.

CANTO SEXTO

El Espiritu que propusiera al poeta responder á sus preguntas, declara ser Justiniano, el emperador, y refiere despues las glorias del Aguila romana.—En Mercurio residen las almas que por sus buenas acciones se supieron elevar á la gloria.—Brilla allí la luz de Romeo, ministro de Raimundo Berenguer y conde de Provenza.

En cuanto Constantino hubo dirigido el águila contra el curso del Cielo que antes siguió, tras el usurpador antiguo de Lavinia (1), quedóse el ave de Dios por espacio de más de cien años en un extremo de Europa, en los montes de donde saliera.

»La sombra de sus alas santas gobernó el mundo pasando de una en otra mano; de suerte, que en estos cambios, vino á parar á las mías.

»Fuí César, y soy Justiniano, que por voluntad del primitivo amor, del que jamás me aparté, suprimi de las leyes lo inútil y supérfluo.

»Antes de trabajar en esta obra, creí que habia en Cristo una sola naturaleza, y me conformaba con tal creencia, mas el bienaventurado Agapeto, gran pastor me atrajo con sus palabras á la fé verdadera.

»Le creí, y cuanto me dijo lo veo claro ahora, cual ves tú una parte falsa y otra verdadera en toda contradicción. Tan luego como me puse al lado de la Iglesia, le plugo á Dios inspirarme en pago de aquella obra, y me dediqué á ella completamente.

»Los ejércitos se los confié á mi Belisario, y de tal modo le auxilió la diestra de Dios, que fué señal para mí de que debía darme al reposo.

»Mi respuesta aquí va encaminada á tu primera pregunta; mas el asunto me precisa á hacerla seguir todavía de otras aclaraciones, para que contemples la razon de los que se alzan

(1) Luego que Constantino condujo á Roma á Bizancio el águila romana que siguió á Eneas de Oriente á Occidente y país de Lavinia.

—»Veo que vives como en un nido, y este en tu propia luz, trasmitiéndola por tus ojos, puesto que brilla al sonreír; mas desconozco quién eres y por qué tienes, ¡oh alma digna! el grado de la esfera que se esconde á los mortales por los rayos de otra (1).»

Esto indiqué á la luz que me habia hablado, y desde que la hablé empezó á brillar más todavía.



Como el sol que se esconde por luz sobrada, cuando el calor ha disipado los vapores que le atemperaban, se escondió para más placer en su resplandor la figura santa, y de aquel modo me respondió lo que dirá el siguiente canto.

(1) Los rayos del Sol.

CANTO SEXTO

El Espiritu que propusiera al poeta responder á sus preguntas, declara ser Justiniano, el emperador, y refiere despues las glorias del Aguila romana.—En Mercurio residen las almas que por sus buenas acciones se supieron elevar á la gloria.—Brilla allí la luz de Romeo, ministro de Raimundo Berenguer y conde de Provenza.

En cuanto Constantino hubo dirigido el águila contra el curso del Cielo que antes siguió, tras el usurpador antiguo de Lavinia (1), quedóse el ave de Dios por espacio de más de cien años en un extremo de Europa, en los montes de donde saliera.

»La sombra de sus alas santas gobernó el mundo pasando de una en otra mano; de suerte, que en estos cambios, vino á parar á las mías.

»Fuí César, y soy Justiniano, que por voluntad del primitivo amor, del que jamás me aparté, suprimi de las leyes lo inútil y supérfluo.

»Antes de trabajar en esta obra, creí que habia en Cristo una sola naturaleza, y me conformaba con tal creencia, mas el bienaventurado Agapeto, gran pastor me atrajo con sus palabras á la fé verdadera.

»Le creí, y cuanto me dijo lo veo claro ahora, cual ves tú una parte falsa y otra verdadera en toda contradicción. Tan luego como me puse al lado de la Iglesia, le plugo á Dios inspirarme en pago de aquella obra, y me dediqué á ella completamente.

»Los ejércitos se los confié á mi Belisario, y de tal modo le auxilió la diestra de Dios, que fué señal para mí de que debía darme al reposo.

»Mi respuesta aquí va encaminada á tu primera pregunta; mas el asunto me precisa á hacerla seguir todavía de otras aclaraciones, para que contemples la razon de los que se alzan

(1) Luego que Constantino condujo á Roma á Bizancio el águila romana que siguió á Eneas de Oriente á Occidente y país de Lavinia.

contra el signo sagrado y santo, los que se lo apropian y los que á él se oponen (1).

»Contempló la suplime virtud que lo hizo venerable, y que principiò su gloria el día en que Palas falleció para dejarle el imperio (2).

»No ignoras que el águila reside en Alba más de tres siglos, hasta el día que lucharon por ella tres contra tres (3).

»Tampoco ignoras lo que practicó desde el rapto de las Sabinas hasta el quebranto de Lucrecia, durante siete reinados, que sojuzgó las naciones vecinas.

»Bien sabes lo que hizo, llevada por aquellos célebres romanos, contra Breno, Pyrrho y los demás príncipes aliados.

»Por ella Torcuato y Quincio (4), que obtuvo renombre por su cabellera descuidada, los Decio y Fabio se granjearon merecida fama, que me complazco en admirar.

»Ella derrocó el orgullo de los árabes, que detrás de Anibal pasaron las Alpestres rocas, de las que te desprendes tan altivo, ¡oh río Pó!

»Muy jóvenes aun, á su abrigo vencieron Scipion y Pompeyo, pareciendo amargo el triunfo alcanzado al pié del monte donde naciste (5).

»Después, en aquella época en que el Cielo se dignó conducir el mundo al estado de paz de que él es modelo, César lo tomó por voluntad de Roma; y lo que ella practicó desde el Var al Rhin, el Isere y el Saona lo notaron, y el Sena lo vió, como también el valle cuyas corrientes hinchán el Ródano.

»Lo que hizo luego de salir de Ravena, y el paso del Rubicon, fué de tal velocidad, que ni lengua ni pluma podrían seguirle.

»Fué ella la que dirigió á España sus tropas, después hacía Durazzo, y la que tan rudamente hirió en Farsalia, que hasta el ardiente Nilo sintió el dolor emanado de su empuje.

»Simais y Antandré, desde do se lanzara (6), tornaron á

(1) Se refiere á gualfos y gibelinos.

(2) Por el hijo de Evandro.

(3) Combate entre Horacios y Curiosos.

(4) Quincio Cincinato.

(5) Monte de Fiesolo, al lado de Florencia, patria de Dante Fiesolo se arruinó por las legiones romanas, por haber dado asilo á Catilina.

(6) Con Eneas.

verla, como también el lugar donde descansa Hector; después, por desgracia de Ptolomeo, partió nuevamente.

»De allí cayó en Juba como la centella; después volvió á dirigirse á vuestro Occidente, donde oía vibrar el clarín de Pompeyo.

»Por lo que ejecutó ella con el que la llevó luego (1), están Bruto y Cassio ladrando en el infierno (2); Módena y Perusa padecieron mucho por esta consecuencia.

»Aun llora aquella Cleopatra, que al huir del Águila, recibió súbita y tremenda muerte del áspid.

»Con éste voló el águila romana hasta el mar Rojo; y con él mismo fundó en el mundo tan grande paz, que se cerró el templo de Jano.

»Lo que sin embargo me excita aquel signo á hablar de él, hizo al principio lo que no correspondió á lo que debía practicar después en el mortal reino que le está sometido, pues que aparentemente fué oscuro y mezquino, si se le contempla en manos del César tercero, con vista iluminada y afección sin mancha. Porque el justicia eternal que me inspira, le otorgó con el brazo del que citó la merced de vengar la divina cólera (3).

»Que te admire, empero, lo que te voy á decir.

»Después voló el águila con Tito á vengarse de la venganza del antiguo pecado (4).

»Y cuando se clavó en la Iglesia el diente lombardo, le auxilió Carlomagno, venciendo al amparo de las alas del águila.

»Ya puedes juzgar á los que te mencioné antes, y calcular si sus faltas son el origen de todos nuestros males.

»El uno opone la amarilla flor de lis al signo comun; el otro se lo apropia, sin tener en cuenta más que su partido; difícilísimo sería averiguar cuál de los dos faltó más.

»Celebren, bajo enseña nueva, sus conciliábulos los gibelinos; mal siguen á aquel de quien ella y la justicia los aparta.

»A pesar de que el nuevo Carlos (5) no lo venza con sus

(1) Con Augusto.

(2) Téngase presente el canto último del *Infierno*.

(3) El tercer César, Tiberio, pudo vengar la muerte de Cristo.

(4) La muerte de Cristo fué la venganza de Dios por la falta de Adán, y Tito fué á castigar á los ejecutores de dicha venganza.

(5) Carlos, rey de Pulla.

guelfos, debe temer á los que arrancaron las crines al más terrible leon.

»Suelen llorar los hijos las faltas de sus padres, y no puede creerse que cambie Dios sus armas por la flor de lis.

»Esta reducida estrella (1) está llena de buenos espíritus, que tuvieron actividad en la tierra para verse por la fama y la honra.

»Y cuando se alzan los desos hácia esta estrella, desviándose así, necesario será que los rayos del verdadero amor sean menos vivos y más lentos en elevacion.

»En el tamaño de nuestros méritos y recompensas está una parte inmensa de nuestra alegría, porque jamás la miramos ni menor ni mayor. De suerte, que la viniente justicia de tal manera atenúa nuestro deseo, que le sería imposible fijarse en la maldad.

»Diferentes sendas siguen ambos conciertos; por lo que los distintos grados de nuestra vida forman magnífica armonía en estas esferas.

»En esta esmeralda brilla la luz de Romeo (2), cuya preciosa obra obtuvo mala recompensa; los provenzales, que fueron en contra suya, podrian reírse muchísimo. Verdaderamente anda mal quien convierte en propia desventura la ventura de otro.

»Raimundo Berenguer tuvo cuatro hijas, todas reinas, obra de Romeo, humilde individuo y errante peregrino.

»Después, impulsado Raimundo por palabras imprudentes, pidió cuenta á aquel que le volviera siete y cinco por diez, lo que le obligó á partir anciano y desvalido. Si el mundo supiera apreciar su valor, al verse obligado á mendigar su sustento, en vez de alabarlo, cual lo hace, lo ensalzaria mucho más.»

(1) Mercurio.

(2) Regístrese en las Crónicas la historia de aquel Romeo.

CANTO SÉTIMO

El Emperador desaparece con los otros espíritus.—Beatriz esclarece algunas dudas surgidas en la mente del poeta á consecuencia de las palabras del emperador respecto de la redencion, la inmortalidad del alma y resurreccion del cuerpo.

HOSSANNA SANCTUS DEUS SABAOTH, SUPER ILLUSTRANS CLARITATE TUA FELICES IGNES MALABOTH!

Este fué el canto, que volviendo hácia su esfera, me pareció que entonaba aquella sustancia (1), sobre la que brilló doble luz (2).

Y ella, con las demás, tornaron á empezar su danza, y cual rápida llama se ocultaron súbitamente á mi vista.

Yo, dudando, me decia: «¡Díselo, díselo á la Señora á quien adoras y que temple tu sed con el dulce néctar de sus labios.»

Mas el respeto que de mí se apoderó por B y IZ, me inclinaba como por insomnio (3).

Beatriz no me consintió mucho rato aquella actitud, pues me iluminó con una sonrisa capaz de dar la felicidad á un hombre enmedio de las llamas.

«Segun me dice mi infalible razon, piensas, cómo una venganza justa pudo castigarse justamente. Mas oyeme, y pronto despejaré tu espíritu con el presente de una gran verdad.

»Por no tolerar un freno conveniente para la facultad llamada albedrio, el hombre que no nació (4) al condenarse, también condenó á su raza. De lo cual provino el que la humana especie llorara enfermiza allí abajo por siglos en un error grave, hasta que se dignó descender el Verbo de Dios.

»Naturaleza, que se habia apartado de su Creador, fué á la sazón unida por él á su persona, con solo la accion de su eterno amor.

(1) Justiniano.

(2) Quiere decir que el esplendor de Justiniano se aumentó en una mitad, por practicar la virtud de la caridad respecto á Dante.

(3) Biz, diminutivo de Beatriz.

(4) Adán.

»Pon ahora tu espíritu en mis palabras. La naturaleza aquella unida á su Creador, segun fué creada, era buena y sincera; mas ella propia se desterró del Paraíso, al desviarse de la senda de verdad y vida.

»Por lo que el tormento sufrido en la cruz, si se tiene presente la naturaleza tomada por el Crucificado, con más justicia que ninguna otra hizo sensible su peso; así como no habrá otra más injusta, si se tiene en cuenta la persona que la sufrió, y á la que se uniera aquella naturaleza.

»Una sola acción produjo cosas bien distintas; porque la misma muerte les plugo á Dios y á los judíos: por ella tembló la tierra y abrióse el Cielo.

»Así ya no debe ser incomprendible para ti el oír que un justo tribunal castigó una justa venganza.

»Sin embargo, veo que de una en otra idea, tu espíritu se ha ido estrechando en un nudo, del que anhela verse libertado.

»Tú te dices: «Entiendo lo que he acabado de oír; mas no sé por qué nos redimió Dios de aquella manera.»

»Querido hermano, impenetrable es aquella disposición para el hombre, cuyo espíritu no se halle engrandecido por la llama del amor.

»Y como, verdaderamente, se examina mucho aquel punto y se entiende poco, yo te haré ver que fué aceptada como la manera más digna.

»La bondad divina, que no conoce el rencor, chispea ardiendo en sí propia, de suerte que hace nacer las bellezas eternas, produciendo lo infinito, pues que nada cambia la huella que de la misma emana.

»Cuanto le es más afín el sér que produce, más le complace, porque el santo ardor que luce en todas sus obras, vive más en la que más se le asemeja.

»La naturaleza humana tiene sobre las demás obras la ventaja de aquellos dones cercanos; mas si le llega á faltar uno siquiera, debe ceder de su nobleza.

»El pecado sólo le arrebató su libertad y su parecido al Supremo Bien, porque refleja ya muy tenue su blanca y purísima luz; y no torna jamás á su habitual dignidad, á no llenar el hueco abierto por culpa suya, y á no expiar con penas justas los placeres ilícitos.

»Al pecar vuestra naturaleza entera en su germen, fué desposeída de sus dignidades y arrojada del Paraíso, siéndole

imposible recobrarlas, si lo meditas bien, á no ser por uno de estos medios:

»Ó por el de que perdonara Dios en su bondad el pecado, ó bien que el propio hombre raparara su extravío.

»Pon ahora tu vista en el arcano del eterno consejo, y oye cómo puedes mis palabras.

»Jamás podía el hombre, en sus naturales límites, procurar debida satisfacción, por serle imposible descender su humilde obediencia, cuanto había aspirado á elevarse desobediente.

»Era, pues, necesario que Dios volviera al hombre á la vida completa por sus vías propias, esto es, por uno ó ambos caminos.

»Mas como la obra era tanto más apropiada al artista, cuanto que era la que mejor señalaba la bondad del corazón de donde había salido, la divina gracia que dió su imagen al mundo, se complació en proceder para todas sus sendas á fin de elevaros hácia ella.

»Tan precioso y grande fué el progreso que se operó entonces, que no tendrá igual desde el día primero hasta la postrera noche.

»La generosidad de Dios fué más inmensa al darse él mismo para hacer al hombre capaz de elevarse, que lo hubiera sido despidiéndolo absuelto. Además, que los otros medios eran insuficientes ante la justicia, á no haberse humillado el Hijo de Dios hasta encarnarse.

»Con objeto de colmar todos tus deseos, retrocederé un poco para aclararte ciertos puntos, á fin de que lo veas todo como yo lo veo.

»Tú te dices: «Contemplo el aire, el fuego, el agua y la tierra, y todas sus mezclas se corrompen y duran poco; y á pesar de ello, aquellas cosas fueron otras tantas criaturas; de suerte, que á ser verídico cuanto me has indicado, debían hallarse al abrigo de toda corrupción.»

»Hermano amado, los ángeles y el libre y puro lugar en que te encuentras, pueden decirse creados, como lo son de hecho en su completo sér. Mas en cuanto á los elementos que citas y á lo que de ellos procede, te diré que les dió su forma una potencia creada.

»La materia de que fueron formados está creada, creado fué también el informante poder de esas estrellas que van girando alrededor de ellos.

»El alma de los brutos y plantas, compuestas de distintas materias, deben vida y movimiento á las santas estrellas (1).

»Empero la vida nuestra aspira sin intermision á la suprema bondad, y con tal velocidad se prende de ella, que la desea sin cesar.

»De todo lo cual puedes investigar tambien vuestra resurreccion, si calculas cómo se creó la carne humana al ser creados los dos primeros padres.»

CANTO OCTAVO

El poeta y Beatriz suben á la esfera de Venus (cielo tercero), que por su humedad, dicen los antiguos comentadores, predispone al amor.—Esta influencia, perjudicial antes, es hoy pura y espiritual.—Carlos Martel, rey de Hungría, dice al poeta cómo de un padre virtuoso puede nacer un mal hijo.

EL mundo se figuraba antes, con perjuicio de su alma, que de los rayos de la hermosa Cypris, que gira en el tercer cielo, dimanaba el amor loco, y por eso en su error los pueblos antiguos no sólo la honraban con sacrificios y votos, sino que rendian tambien culto á Dionea y Cupido, como madre é hijo, diciendo que éste se sentaba junto al seno de Dido.

Y daban el nombre de aquella por la que principia mi canto, á la estrella que mira con placer al sol á sus rubias pestañas, á la cabellera que flotaba á su espalda.

Subí inadvertidamente á aquella esfera (2), mas me figuré que me hallaba en ella, al ver que mi Señora embellecía más y más.

Como en la llama se advierte la chispa, y cual en la voz se nota voz, cuando está sostenida por un mismo tono y la otra va recorriéndolos todos, así vi en aquella luz á otros resplan-

(1) Segun escolásticos, el alma de los brutos procedía de la naturaleza, y de Dios la de los hombres.

(2) Planeta Venus.

dores agitarse en torno suyo, con más ó menos agilidad, segun reflejaban la eterna claridad.

Jamás emanaron de la fria nube, visibles ó invisibles, tan veloces vientos, que no hubiesen parecido pesados al que hubiera presenciado venir hácia nosotros las divinas luces, cuyo círculo principiaba en el elevado cielo de los serafines.

En pos de las que se nos aparecieron antes se oía un *Hossanna*, tan melodioso, que he anhelado siempre volverlo á oír.

Una de ellas descendió entonces más próxima á nosotros, y dijo:

«Todas estamos preparadas á complacerte, para que en nosotras te regocijes.

»Giramos aquí en el propio círculo, con el mismo circular movimiento y con idéntica sed que los celestes príncipes, á quienes ya dijiste en el mundo:

»Vosotros que haceis mover el cielo tercero con vuestra inteligencia (1), nos hallamos tan poseídos de amor, que por complacerte no nos será menos grato un instante de reposo.»

Luego de fijar mi vista respetuosamente en mi Señora, y que ella con la suya le dió contento y ánimo, la volvi hácia la luz que tan amorosamente me acababa de ofrecer, y la dije: «¿Quién eres?» denotando mi voz un rendido afecto.

¡Oh! entonces la vi brillar más, por el nuevo gozo que aumentaba su alegría al hablar yo.

En el colmo de su esplendor me dijo:

«Poco tiempo me tuvo en el mundo allí abajo; si hubiese estado en él algun tiempo más, muchos males existirian que no hubieran existido (2).

»Me escondo á tu vista por la alegría de que estoy envuelto y que tanto brilla, como vuelve el gusano la seda que le tapa.

»Me quisiste mucho, y no te faltaba razon para ello; pues si hubiese estado más plazo allí abajo, no te hubiera enseñado de mi amor sino las hojas.

»La márgen izquierda bañada por el Ródano, luego de juntarse ésta con el Sorgue, aguardaba llegase el instante de admitirme como su dueño; así como la punta de Ausonia, donde se

(1) Principio de la *canzone* primera del *Convivio amoroso*.

(2) Sombra de Carlos Martel, rey de Hungría; Dante lo conoció en Florencia.

alzan Bari, Gaeta y Catona, desde la que Trento y el Verde
deseansan en el mar.

»Lucia ya en mis sienes la diadema de aquella tierra que
baña el Danubio, al dejar las márgenes tudescas (1),



»La bella Trinacria (2) que apareció entre Pachino y Peloro,
y en el golfo que más violento azota el Euro, no por Vyfeo (3),
y sí por el azufre que exhala su suelo; la bella Trinacria ha-
bia esperado á su reyes por mí nacidos de Carlos y Rodolfo,
si el mal gobierno que alimenta siempre á los pueblos para las
revoluciones, no hubiera excitado á gritar á Palermo: «¡Muero,
muero! (4).»

«Y si hubiera sido precavido mi hermano, evitara la atroz
avaricia de sus ministros catalanes, para no sufrir luego las
consecuencias.

(1) La Hungria.

(2) Sicilia.

(3) Uno de los Titanes aplastados en el Etna.

(4) Vísperas sicilianas.

»Verdaderamente debía cuidar por sí ó por otro, á que no
estuviera su nave cargada en demasía, ó más de lo que
pudiera sobrellevar. Su carácter, que de liberal se trocó en
avaro, necesitaba servidores dedicados á otras tareas que la
de encerrar dinero en sus arcas (1).»

—«Yo creo, dije entonces, ¡oh señor! que la inmensa ale-
gria de que tus acentos llenan mi alma, la adviertes tú cual la
advierto yo, en aquel en quien nace y acaba todo goce, me es
tanto más amada esta alegría, cuanto creo que al contemplar
a Dios ves mi dicha.

»Puesto que te soy deudor de la felicidad que siento, ilu-
miname, ya que con tus palabras has despertado en mí la sos-
pecha de que una buena semilla puede dar mal fruto.»

Entonces me dijo: «Sí me es posible demostrarte una ver-
dad, volverás la vista hácia el objeto de tu pregunta, así como
ahora le das la espalda.

»El bien que agita y alegra el reino que cruzas, hace de
su providencia el móvil de esos grandes cuerpos, y no sólo se
abrigan todas las naturalezas en el seno de su idea, que es la
perfecta, sino que todas á un tiempo hallan en ellas también
su salvacion, pues todos los disparos de aquel arco van al
blanco de un fin previsto, cual se dirige el dardo al punto de
que es objeto.

»De otro modo, el cielo que pisas, en lugar de efectos vivos,
no produciria más que ruinas, lo que es imposible si las inte-
ligencias que agitan esas estrellas no son viciosas, que no pue-
den serlo, si se atiende al espíritu primero que las formara
perfectas.

»¿Deseas contemplar esta verdad más claramente?»

«No, dije yo, pues creo imposible que la naturaleza falte en
lo que es indispensable.»

El alma prosiguió: «Dí, ¿habria para el hombre en el suelo
otra peor existencia que la de no vivir en sociedad?» «Sí,» le
repuse, y no me preguntó el motivo de ello.

—«¿Y puede verificarse esto, si vive el hombre allá abajo
entregado á diferentes artes? No, si vuestro maestro dijo ver-
dad en sus letras.»

Continuando el alma en sus deducciones, díjome: «Luego,
vuestros diferentes efectos deben reconocer causas distintas;

(1) Roberto, hermano de Carlos Martel, hijo de Carlos II.

por lo que nace uno, Solen, otro Jerges, otro Melquisedech, y otro que perdió á su hijo que volaba por los aires.

»La naturaleza de los celestiales círculos, que da su forma á la cera mortal, confecciona bien su obra, mas la aplica sin distincion alguna.

»De aqui viene que al salir de su madre Esaú se aparte de Jacob, y que Quirino nazca de tan vil padre, que le haga elevar á Marte (1).

»La naturaleza engendrada, fuera idéntica á la naturaleza engendradora (2), si la Divina Providencia no fuera siempre la más fuerte.

»Ya dispone tu espíritu de lo que no alcanzaba antes; mas para que sepas que me complace el instruirte, te quiero armar aun de este corolario.

»Siempre es estéril la naturaleza, si no le es amiga la fortuna, como lo es cualquier semilla arrojada lejos del suelo á propósito para su cultivo.

»Y si se apoyara el mundo allí abajo en los cimientos asentados por la naturaleza, ciertamente tendria mejores habitantes; mas vosotros dedicais al templo al que nació para blandir la espada, y elegis por rey al que debiera ser un confesor. Ved si os apartais del verdadero camino.

CANTO NOVENO

Encuentra Dante en el planeta Venus á Cunizza, hermana de Ezzelin Romano, la que le anuncia las desdichas que le están deparadas á la Marca de Treviso.—Después habla con el tronador Fulco de Marsella.

BELLA Clemencia (3), luego que tu padre aclaró mis dudas y me refirió las traiciones que pesarian sobre tu raza, me dijo:

«Calla y deja correr los años; sólo puedo anunciarte, que á nuestras desdichas seguirá un justo arrepentimiento.»

- (1) Rómulo, hijo de Rhea Sylvia y del dios Marte.
- (2) La naturaleza del hijo debía ser igual á la del padre.
- (3) Hija del rey Carlos Martel, esposa de Luis el Colérico, rey de Francia.

Ya la santa y viva luz (1) se habia vuelto hácia el sol que la inunda, como al bien que basta á todo.

¡Oh, almas impias, dementes y seducidas, que alejais vuestra vista de tal bien para fijaros en vanidades!

Cuando hé aqui que otro esplendor descendió á mi, manifestando por medio de la luz que le envolvía, deseo de agradarme.

La vista de Beatriz, que, como antes, estaba puesta en mí, me indicó su asentimiento conforme á mi anhelo.

«¡Oh, complace mi deseo, bienaventurado espíritu! le dije, y dame prueba de que mis pensamientos pueden reflejarse en tí.»

Entonces, la luz que aun me era nueva, desde el fondo en que antes cantara, principió á decirme, como quien se alegra de obrar bien:

«En aquel lado (2) de la parte depravada de Italia, situada entre Rialto y las corrientes del Brenta y el Piava, se alza una colina (no á gran altura), de la que descendió una insignificante llama, pero que causó gran desastre en toda la comarca.

»Ella y yo brotamos de un mismo sitio: á mi se me llamó Cunizza (3), y brillo aquí por vencerme la luz de la estrella (4).

»Mas, contenta y sin remordimientos, uso de indulgencia para contigo, respecto de mi suerte, lo que tal vez os sorprenda á vosotros.

»Esa alhaja rara y luminosa (5) del cielo nuestro, que está próxima á mí, dejó gran fama en la tierra, y antes de que perezea su gloria se juntarán al presente cinco siglos.

»¡Considera si debe ser bueno el hombre, para que su vida primitiva deje otra segunda en la tierra!

»De seguro no piensa así aquella turba habida entre el Tagliamento y el Adigio, que ni aun vencida se arrepiente.

»Mas luego se verá que Padua y sus moradores, sordos á la voz del deber, cambiarán el agua de la laguna que lame á Vicenza (6).

- (1) Carlos Martel, rey de Hungría.
- (2) Venecia.
- (3) Cunizza, hermana de Ezzelin de Romo (irano de Padua).
- (4) «Brillo aquí, por haberme vencido la luz de la estrella de Venus, cuyo resplando me abansa de amor.»
- (5) Fulco de Marsella.
- (6) Alude á la victoria alcanzada en 17 de Setiembre de 1314, por Can Grande della Scala, contra Jacobo de Carrara.

»Y allí do el Sila y el Cagnano se juntan, hay quien domina con frente altiva, en tanto se esta fabricando la red para cogerlo.

»Todavía llorará Fielto el perjurio de su inicuo pastor, perjurio tan horrible, que jamás se penetró en Malta por otro semejante (1).

»Muy ancha debería ser la cuba en que cupiese la sangre ferrarense, y operacion harto pesada para el que hubiera de pesar onza por onza la sangre que cedera aquel cortés sacerdote (2) para manifestarse adicto á su partido; estas cesiones armonizarán con las costumbres de tal país.

»Allí arriba hay unos espejos á los que vosotros llamáis tronos, por los que se reflejan en nosotros los juicios de Dios; de suerte, que nuestras mismas palabras nos parecen buenas y verídicas.»

Entonces calló el alma, y me pareció volverse á la esfera, en la que se volvió á colocar segun estaba antes.

El otro espíritu ó luz que ya me era conocido, apareció á mi vista como un rubí herido por los rayos del sol.

Arriba, la alegría de un vivo esplendor, como la risa entre nosotros; mas abajo oscurece la sombra, segun se entristece el alma.

«Dios todo lo ve, dije, y tu vista le penetra, ¡oh bienaventurado espíritu! de suerte, que no existe voluntad en él que se te pueda ocultar.

»Y siendo así, ¿por qué tu voz (3), que continuamente recrea al Cielo con los ecos de aquellas piadosas llamas, que se fabrican una caperuza con sus seis alas, no llenó mis deseos? No esperaría á que me la pidieras, si yo me fijara en tí como tú en mí.»

Contestó el alma: «La más dilatada concha ó valle do se extiende el agua emanada de aquel mar que circunye la tierra, se prolonga de tal suerte contra el sol entre dos riberas opuestas, que pone el meridiano donde antes se hallaba el horizonte.

»Yo fui uno de los tantos ribereños de aquel valle, entre

(1) Torre cerca del lago Bolsena, cárcel de los Papas.

(2) Alejandro, obispo de Plasencia, que entregó los amparados en Ferrara al gobernador de Pulla.

(3) Habla con Fulco de Marsella, obispo y gran poeta provenzal.

el Ebro y el Macra, que por un curso poco extenso apartó á Génova de Toscana.

»Al mismo diámetro de Oriente y Occidente, se hallan situadas Bugía y la tierra do naciera yo, que entibió con su sangre en otro tiempo las olas de su puerto (1).

»Fulco se me llamó en aquella nacion que tanto conociera mi nombre, y este cielo está por mi iluminado, como yo lo fui por él; pues ni esa hija de Belo (2), que se olvidó de Siqueo é hizo olvidar á Crencis, ni Rodopea, la que fué engañada por Demofonte, ni Alcides, cuando tuvo á Yola encarcelada en su corazon, se abrasaron en más llamas que yo, mientras me lo consintió la edad.

»No obstante, aquí se vive en el arrepentimiento; y antes bien se alegría uno, no por las faltas, que no acuden más á la memoria, sino por la soberana virtud que ordena y prevé.

»Se admira aquí aquel arte que da tan grandes y maravillosos efectos, y se descubre el bien por el que el mundo alto obra con respecto al mundo bajo.

»Mas para que te lleves limpias de toda duda las ideas que han brotado en esta esfera, es necesario que prosiga en mis instrucciones.

»Tú deseas saber quién está en la luz que brilla tan próxima á mí, cual rayo de sol en el agua pura; pues sabe que esa apacible alma es la de Rahab, unida á nuestra orden, en la que luce en primer lugar.

»Se fué al Cielo desde el sitio en que acaba la sombra proyectada por vuestro mundo, antes de que se librase ninguna alma por la victoria de Cristo.

»Era justo que la colocase en alguna esfera, cual rama del gran lauro que él alcanzó con sus dos manos clavadas en el leño, pues aquella mujer habia favorecido las primeras hazañas de Josué en la tierra santa, que tan poco ocupa la mente del Papa.

»Tu pueblo (3), retoño del primero que volvió la espalda á su Creador, y cuya existencia fué un lago de lágrimas; tu pueblo produce y extiende una maldita flor (4), que ha logrado

(1) Marsella, sitiada por César.—Enfrente de Marsella está Bugia en la costa de Africa.

(2) Dido.

(3) Florencia.

(4) Florines de oro, moneda toscana.

descarriar carneros y ovejas, por haber convertido en lobo el pastor. Por ella fueron echados al olvido los textos del Evangelio y grandes doctores, y sólo se estudian decretales, como se nota hasta la saciedad en sus márgenes.

»Esta es la ocupacion del Papa y los cardenales; sus miradas no se dirigen ya á Nazaret, donde desplegó sus alas el ángel Gabriel. Mas el Vaticano y los otros lugares santos de Roma, que fueron la tumba de aquella milicia, de la que fué jefe Pedro, luego se verán libres del adúltero (1).»

CANTO DÉCIMO

Del orden invertido por Dios en la creacion del universo.— Beatriz, más resplandeciente cuanto más se eleva; lleva á Dante al Sol, cuarto cielo, donde están las almas cantando y á la vez formando una corona y dando vueltas.— Una de ellas es santo Tomas de Aquino.

MIRÁNDOSE en su Hijo con el amor que uno á otro exalan eternamente, obró el inefable Poder en una armonía tan inmensa y perfecta todo cuanto nuestra inteligencia y ojos aperciben, que es imposible admirar la obra del Creador sin tomar parte en su virtud.

Levanta, pues, ¡oh lector! conmigo tu mirada hácia las altas esferas por la parte en que un movimiento choca con otro opuesto, y observa allí el arte del que le amó, en términos de no apartar jamás la vista de él.

Observa cómo se desprende de allí el círculo oblicuo (2), llevando á los planetas para contentar al mundo que los llama. De no ser su camino oblicuo, habria más de una vana influencia en el Cielo, y tal vez todo poder sucumbiria allí.

A poco que se apartara de la línea recta, causaria interrupcion en el orden general arriba y abajo.

Lector, prosigue ahora en tu asiento, y piensa en las cosas de que aquí se da noticia anticipada, si quisieras llenarte de gozo antes de cansarte.

(1) Parece que aludica la muerte de Bonifacio, y nombra adúltero á este mal papa, por corromper á la esposa de Dios, que es la Iglesia.

(2) El Zodiaco.

Ante ti he dejado el alimento que ya tú sólo puedes alcanzar, pues reclama todos mis desvelos la materia de que me he convertido en narrador.

El más poderoso ministro de la naturaleza, que imprime al mundo la virtud celestial y mide el tiempo con su luz (1), giraba hácia el celeste signo antes descrito, hasta el extremo en que las horas se apresuran.

Yo me hallaba en él (2), sin advertir el traslado ascendente, como no advierte uno la idea antes de ocurrírsele.

Beatriz, aquella señora, á la que se ve pasar de un bien á otro mayor con tal rapidez, que el tiempo no puede medir; ella por sí tan esplendorosa, ¡oh! lo que fué en el sol donde yo penetraba, lo que fué á la sazón, no por efecto de color ni luz más viva, nadie lo podria imaginar aunque yo me atreviera á explicarlo acudiendo al ingenio y al arte; mas se me puede creer, y debe desearse el verla.

No tiene nada de particular que nuestra imaginacion no alcance á semejante altura, pues jamás penetró mirada humana allende el Sol.

Esta era la familia cuarta del Supremo Padre, familia á la que sustenta sin hambre, con enseñarle cual depende de él el Espíritu y el Hijo.

Beatriz exclamó: «Agradece al sol de los ángeles que por su gracia te elevó á este visible astro.»

Nunca el corazón de un mortal se vió más repentinamente dispuesto á la devocion y entregarse á Dios del todo, como me sucedió á mí al escuchar tales palabras; de tal suerte se reconcentró en él, que hasta Beatriz fué legada al olvido.

Aquello no pareció incomodarla, puesto que se sonreia; yo divisaba el resplandor de su vista riente entre otros objetos, y mi idea estaba absorta en una sola.

Observé varias luces vivas y triunfantes que formaban un círculo, y de sí propias una corona: eran más dulces sus voces que rulucencias sus rostros.

Tal notamos alguna vez á la hija de Latona (3), cuando el aire impregnado de vapores conserva el anillo de que se forma su corona.

(1) El Sol.

(2) Había entrado en el Sol.

(3) La luna.

En la celestial corte de donde regreso, existen joyas tan preciosas y raras, que no se las puede extraer de aquel reino.

El canto de aquellas luces era una de dichas joyas; quien no pueda obtener alas para volar á lo alto, oiga lo que va á decirle un mudo de aquel reino.

Después que cantando aquellos soles refulgentes formaron tres veces círculo á nuestro alrededor, como las estrellas fijas de los polos, me parecieron un remedo de las mujeres que, sin dejar la danza, pasan en silencio á ver si van conformes con las nuevas notas.

Después oí que una de aquellas luces habló así: «Puesto que el rayo de gracia do se inflama el verdadero amor que crece amando, brilla duplicado en tí de tal suerte, que por esta escala te lleva á lo alto, y que sin volverla á subir nadie baja, el que negara á tu sed el vino de su redoma, no tendría más libertad que el agua que no puede bajar al mar.

»¿Quieres saber de qué plantas floridas está tejida esa guirnalda que contempla al rodearla la bella Señora que es tu guía en tu viaje al Cielo? Yo he sido uno de los corderillos del rebaño santo que condujo Domingo por la senda en que el alma que no se extravía, se fortifica.

»El que se halla más cerca, á mi derecha, fué mi maestro y hermano; es Alberto de Colonia; yo Tomás de Aquino.

»Si deseas saber quiénes son los otros, siga tu vista mis palabras al recorrer la bienaventurada corona.

»Aquella otra chispa nace de la sonrisa de Graciano (1), quien fué por sus escritos tan útil á los dos derechos, que se le agregó al Paraíso.

»El que le sigue, ornato de nuestro coro, fué aquel Pedro (2) que, cual la viuda, ofreció á la santa Iglesia su tesoro.

»La luz quinta (3), la más bella entre nosotras, arde con tal amor, que allí abajo desean todos saber algo de ella. Es el elevado espíritu, en el que fué innata una ciencia tan profunda que, si es verdad la verdad, no se eleva ningún otro que aprendiese tanto.

»¿Ves la luz de aquel cirio? pues es el que vió mejor allí

(1) Benedictino de San Félix, autor de la *Concordia de los cánones discordantes*.

(2) Pedro Lombardo, señalado con el nombre de Maestro de las sentencias.

(3) Salomón.

abajo, en la naturaleza de los ángeles, y el que mejor comprendió su misión (1).

»En el otro resplandor pequeño sonríe aquel abogado de los templos cristianos de cuya doctrina se sirvió Agustín (2).

»Luego si diriges la vista de tu espíritu de una en otra luz, siguiendo mi elogio, debes estar anhelante por conocer la octava.

»Se complace en sí propia en vista del Supremo Bien, la santa alma que demuestra en toda su desnudez al engañador mundo al que se digna consultarla (3).

»El cuerpo de donde se arrojó descansa en Cieldauro, y ella, desde el martirio y destierro, vino á esta mansion de celeste paz.

»Repara allá más léjos, cómo arroja llamas el ardiente espíritu de Isidoro, de Beda y de Ricardo (4); que fué más que hombre en sus meditaciones.

»Esa, de la que apartas tu mirada para fijarte en mí, es la luz de un espíritu que, en la gravedad de sus ideas, le parecía sobrado lenta la muerte; es el eternal resplandor de Signier (5), que, al profesar en la calle de Fouarre, excitó la envidia con sus silogismos, llenos de verdades.»

Como el reló que nos llama á la hora en la que la Esposa de Dios (6) se levanta á cantar los maitines á su esposo para merecer su amor, ó como cuando varias ruedas giran en sentido inverso, formando un sonido de dulces notas, que hinchen de amor al espíritu dispuesto felizmente, vi moverse á la gloriosa esfera y dar tan dulce armonía á sus ecos, que sólo se puede conocer donde el goce es eterno.

(1) Dionisio Areopagita.

(2) Pablo Osorio.

(3) Boecio, consultado varias veces por Dante, está sepultado en la iglesia de Cieldauro, en Pavia.

(4) Ricardo, canónigo de San Victor.

(5) Signier de Constray, profesor en París, en la calle de Fouarre, que tomó este nombre, que en lo antiguo queria decir paja, porque los estudiantes, en lugar de bancos, se sentaban sobre paja.

(6) La Iglesia.

CANTO DÉCIMOPRIMERO

El magnífico doctor santo Tomás deshace algunas dudas que ha observado en el espíritu del poeta.— Después canta la seráfica vida de san Francisco de Asís.

Quán insensata imaginación de los mortales! ¡Qué torcidos son tus raciocinios, que te hacen inclinar el vuelo hasta besar la tierra con tus alas! Unos dedicados al derecho, otros á los preceptos de la medicina; quien al sacerdocio, quien reinaba á merced de la fuerza y los sofismas; unos hurtaban, otros se dedicaban á los negocios públicos; muchos enervaban sus fuerzas en los placeres carnales, y otros se daban á la ociosidad, en tanto que yo, libre de todo esto, había ascendido al Cielo con Beatriz, donde se me deparaba una acogida tan gloriosa.

Al volver cada una de las almas al sitio en que antes se hallara, paró como la vela en su candelero, y oí en el resplandor que hablara antes (1) una voz que dijo estas palabras, siendo cada vez más dulce y pura:

«Como yo me ilumino en la eterna luz, así al notar tus pensamientos en el divino resplandor, conozco las causas de donde vienen.

»Dudas, y anhelas que mi voz use de palabras tan claras, que pongan al alcance de tu inteligencia las otras frases que profirió: *Camino en que uno se fortifica*; y las de: *No se elevó otro alguno*. Mas es necesario distinguirlo bien.

»La Providencia, que rige el mundo con la ciencia que confunde la humana mirada que se proponga penetrarla, y que para llevar á su Bien Amado (2) la esposa del que, arrojando un grito á lo alto, se unió á ella con su bendita sangre para traérsela más confiada en sí propia y más fiel, la Providencia dispuso en su favor dos principios para que la guiasen, la cari-

(1) Santo Tomás de Aquino.

(2) La Iglesia, esposa de Jesucristo.

dad y la sabiduría; uno de ellos por su ardor, fué seráfico (1); el otro por su saber, fué en la tierra aureola de luz de los querubines (2).

»Hablaré de uno sólo, y será cual si hablase de ambos, pues que todas sus obras se encaminaron al mismo fin.

»Entre el Tupino y la corriente que baja de la colina que escogiera por vivienda el bienaventurado Ubaldo, hay una fértil costa dependiente del alto monte, que indica á Perusa el calor ó frío por la puerta del Sol (3), en tanto que detrás del monte gimen en pesado yugo Nocera y Gualdo.

»De dicha costa, donde su corriente es más pausada, vino al mundo un sol, parecido al nuestro, que frecuentemente parece salir del Ganges.

»Que los que desean hablar sobre aquel lugar no lo nombren Asís, por la pobreza de esta sola palabra, que le llamen Oriente, si quieren darle su verdadero nombre.

»Antes de que se alzara aquel sol, principiaba ya á sentirse en la tierra un efecto saludable de su inmensa virtud, porque desde niño estuvo en guerra con su padre por adorar á aquella mujer (4) á quien como á la peste nadie abre sus puertas gustoso.

»Con ella se unió á presencia de su corte espiritual, y la amó más tiernamente cada día. Ella, vinda de su primitivo esposo (5), hacia mil y cien años, despreciada y oscurecida, no se le había presentado ningún otro marido.

»No le sirvió de nada que el que fué espanto del mundo, sólo á ella la halló sin miedo al primer llamamiento, junto á su caro Amyclas (6); tampoco le sirvió de nada el ser consecuente y atrevida hasta el caso de que, mientras María estaba al pié de la cruz, se subiese á ella con el Cristo.

»Mas claro, Francisco y la Pobreza son los amantes que deben verse desde ahora en mis palabras un tanto confusas.

»Su paz y sus rostros radiantes de júbilo, su amor, su asombro, sus miradas dulces, eran causa para otro de ideas santas: mientras que el piadoso Bernardo fué el primero en descal-

(1) San Francisco.

(2) Santo Domingo.

(3) La Puerta Perusa, que lleva á Asís.

(4) La Pobreza.

(5) Cristo.

(6) El pescador que pasó á César en su barca de Epiro á Italia.

zarse para volar en pos de semejante premio, pareciéndole lenta su veloz carrera.

»¡Oh extraña riqueza! ¡Oh verdadero bien! Edigio se descalzó, lo mismo que Silvestre, en seguimiento del Esposo por el entusiasmo con que amaban á la esposa.

»Desde aquel instante aquel maestro y padre se fué con su Señora (1), y con la familia que ya anudaba el humilde cordón.

»Y no fué la cobardía la que le hizo bajar la vista, por ser hijo de Bernardone (2), ni la que le precisó á presentarse tan ostensiblemente despreciable, puesto que manifestó reglamente á Inocencio su austera regla, recibiendo la primera aprobacion para su orden.

»Luego de haber crecido la pobre grey de aquel pastor, cuya preciosa vida seria mejor contada entre las glorias celestiales, el Espíritu Eterno, valiéndose de Honorio, hermoseó con una segunda corona la voluntad santa de archimandrita. Y cuando por el deseo del martirio predicó ante el soldán altivo á Cristo y los que le siguieron, como notase rebeldes á convertirse á aquellos pueblos, por hacer algo, se fué á recoger el fruto de sus semillas á Italia.

»En una roca escarpada que reside entre el Tiber y el Arno, recibió las postreras llagas del Cristo que conservaron sus miembros por espacio de dos años.

»Así que le plugo al que le escogiera para obrar un bien tan marcado, elevarlo al galardón á que era acreedor por haberse humillado tanto, encomendó á sus hermanos, como herederos directos, su querida Señora, ordenándoles que la amaran con fidelidad.

»Aquella bellissima alma se desprendió á la sazón de su cubierta mortal para regresar á su reino, y no eligió otro féretro para su cuerpo que la pobreza.

»Piensa ahora quién fué el digno colega de Francisco, comisionado para conservar en alta mar la barquilla de Pedro, y encaminarla hácia su idea.

»Fué nuestro Patriarca (3); por lo que observarás que el

(1) La Pobreza.

(2) Tratante en lanas. San Francisco nació en Asís en 1182. Se le llamó Francisco, por lo bien que poseía el francés, idioma del que se servían los comerciantes Italianos.

(3) Santo Domingo.

que sigue ciegamente los preceptos de Domingo, acopia magnificas mercancías.

»Sin embargo, su grey ha estado tan anhelante de nuevo alimento, que no pueden satisfacerla otros diferentes pastos; y cuanto más se alejan de él las vagabundas ovejas, tienen menos leche al regresar al corral.

»Muchas de ellas, temiendo el riesgo, se agrupan al rededor del pastor, mas es su número tan infimo, que de poco paño se les puede fabricar el vestido.

»Ahora, si mis palabras no son oscuras, si has atendido con atencion y si tu espíritu conserva lo que dije, debe estar algun tanto satisfecho tu deseo, pues que viste donde puede podarse el arbusto, y habrás entendido la restriccion de mi razonamiento precedente, al decir: *En el que uno se fortifica si no se extravía.*»

CANTO DÉCIMOSEGUNDO

Despues que habló santo Tomás, la corona de las luminosas almas giró de nuevo, reapareciendo otra corona mayor, formada de bienaventurados.—Entre ellos estaba Buenaventura.

EN cuanto la bienaventurada llama (1) acabó de pronunciar aquellas frases, principió á girar la rueda santa, y antes de terminar la primera vuelta, lo encerró otra esfera en un círculo, regularizando los movimientos y los cantos.

Estos aventajaban en armonia á los de nuestras musas y sirenas, como aventaja la luz directa á la reflejada.

Como se ve á dos arcos paralelos del propio color encorvarse sobre la nubecilla, al enviar Juno su mensajero, y que el externo nace del interno (asemejándose á la vez á la errante ninfa que consumió el amor como el sol consume los vapores, (2) como se ve, repito, encorbarse las dos arcos que son

(1) Santo Tomás.

(2) El Eco.

presagio para el hombre, por motivo de la alianza que efectuó Dios con Noé, de que jamás sufriría el diluvio, así giraban en torno nuestro las dos guirnaldas de eternas rosas, dependiendo la externa de la interna.

Así que el baile y aquella gran fiesta de cantos y llamas, mezcladas entre sí por tantas luces regocijadas y tiernas, pasaron juntas y unánimes, pareciéndose á los ojos que á un tiempo se abren y cierran, sumisos á la voluntad que los agita, brotó de entre el coro de nuevas luces una voz, que al volverme hacía el sitio de donde partía (1), produjo en mí el efecto que á la aguja la atracción polar.

Habló de esta manera: «El amor, á quien debo mi belleza, me induce á tratar del otro capitán, por cuyo motivo se ha hablado de mí con tal favor.

»Es justo que donde esté uno de ellos, aparezca el otro; ya que militaron por la propia causa, su gloria debe brillar á un tiempo mismo.

»El ejército de Cristo, que tanto costó de armar nuevamente, iba en pos de su enseña, tímido, pausado y poco numeroso, cuando los riesgos de aquella milicia alarmaron al perpetuo Emperador, no porque la cohorte lo mereciera, sino por efecto de su gracia, mandó, como se ha dicho, en socorro de su esposa dos campeones, á cuya actitud y palabra replegóse el extraviado pueblo.

»En aquel lugar del orbe (2), donde sopla el benéfico céfiro para abrir las nuevas hojas con que se engalana Europa, y no distante el ruido de las olas, tras las que en su prolongada fugas e esconde el Sol algunas veces para todos los vivientes, se halla la dichosa Callaroga (3), protegida por el grande escudo en que vence el león, y es vencido á su vez (4).

»Aquel paraje fué la cuna del rendido amante de la fe cristiana, del atleta santo, tan bueno para los suyos como terrible para sus adversarios, y cuya alma, al ser creada, tuvo tan gran virtud, que en el seno de su madre le inspiró el don de la profecía.

»Celebrados los esponsales entre la fe y él en la pila sacro-

(1) San Buenaventura.

(2) España.

(3) Hoy Calahorra, donde nació santo Domingo en 1170.

(4) Armas de Castilla.

santa, en los que se dotaron de mútua salud, la Señora que asistió por él vió durmiendo al admirable fruto que debía provenir de él y de sus sucesores; y para hacer más ostensible lo que era, descendió un espíritu para darle el nombre del que le poseía por completo. Se lo nombró Domingo, y habló de él cual del labrador que escogiera el Cristo para ayudarle á cuidar de sus viñas.

»Pareció bien á todos por el enviado y familiar del Cristo, pues su primer amor fué per el primitivo consejo que el Cristo diera.

»Infinitas veces su nodriza lo halló despierto y arrodillado, cual si dijera en su silencio: «Vine á este fin.»

»¡Oh dichosos vosotros! tú, padre suyo, justamente llamado Félix, y tú, su madre, llamada Juana, á ser verídica la etimología de vuestros nombres (1).

»El no fué de este mundo, en el que se siguen afanosamente las lecciones de Ostia y Tadeo, porque no pensó más que en el amor al verdadero maná (2), debido á lo cual en corto tiempo fué un insigne doctor. Entonces principió á cultivar la viña que tan pronto pierde su verdura si no cumple su deber el encargado de su cultivo.

»Y dirigiéndose hacía esa sede, en la que fuera antes el pobre más socorrido (falta que no achaco á la Santa Sede, y sí al que ocupándola la denigra) (3), no exigió dispensas para poder dar dos ó tres por seis, tampoco pidió el primer desocupado beneficio; *non decimas que sunt pauperum Dei*, sino la licencia para combatir herejes, para aquella simiente de la que nacieron las veinticuatro plantas que se alzan en torno tuyo (4).

»Después con su doctrina y voluntad juntas, ingresó en su apostólico oficio cual torrente desprendido de un alto manantial, combatiendo con más fuerza los retoños heréticos, allí donde la resistencia era mayor.

»No tardaron en salir de él algunos arroyos que fecundizaron el católico jardín, dando nueva vida á sus plantas,

(1) Feliz ó dicho: o Juana en hebreo significa favorecida de la gracia.

(2) El cardenal Ostiense, ó de Ostia, que escribió sobre las Decretales, Tadeo médico florentino.

(3) Bonifacio VIII.

(4) Los veinticuatro bienaventurados.

»Si una rueda del carro en que se defendió la Iglesia y derrotó á los enemigos, fué así, con facilidad observarás la excelencia de la otra rueda (1), de que te habló santo Tomás antes de mi llegada.

»Mas los surcos que abriera la parte superior de su circunferencia han sido abandonados; de suerte, que donde estaba el bien, está, hoy el mal.

»La familia que iba siguiendo fielmente las huellas de Francisco, se ha desviado de tal modo en su marcha, que hoy pone la punta del pié donde antes sentara el talon. Bien pronto se verá la miés emanada del mal cautivo, si la zizaña se queja de que no se la lleve al granero.

»Es posible que hojeando todas las hojas de nuestro libro, todavía podría hallarse una página que dijese: «Soy tal cual fui.» Mas no sería ni de Casala ni de Aquasparta, de donde vinieron dos hombres, que el uno alfoja y tira el otro exageradamente de la regla.

»De mí sabré decir que soy la vida de Buenaventura y de Bagnoregio; en los grandiosos oficios en que me educaron, prescindí siempre de los afanes temporales. Iluminato y Agustín se hallan aquí (2); ellos han sido los primeros que entre los pobres descalzos que llevan el cordón se hicieron amigos de Dios.

»Está aquí con ellos Hugo de San Víctor (3), como también Pedro Mangiadore (4) y Pedro el Español, que luce en la tierra por sus doce libros. Lo mismo que el profeta Nathan y el metropolitano Crisóstomo (5), y aquel Donato (6), que tuvo la bondad de emprender el primer arte; sigue luego Raban, y á mi lado luce Joaquín, abad de Calabria, adornado del profético espíritu.

»Me ha sido necesario alabar á aquel héroe de la Iglesia; tan conmovido me hallaba por la simpatía ardiente y suave acento de fray Tomás, que como á mi, conmueve á esta cohorte entera.

(1) San Francisco de Asís

(2) Religiosos de San Francisco.

(3) Prior de San Víctor, que falleció en el año 1129

(4) Ó Comestor, historiador eclesiástico, nacido en Lombardia.

(5) Arzobispo de Constantinopla.

(6) Gramático que enseñó á San Gerónimo.

CANTO DÉCIMOTERCERO

Cuenta á Dante la vida de Santo Domingo, y le indica que se encuentran en el Sol.—Este canto está dedicado á la gloria de la vida religiosa.—Describe el poeta las brillantes coronas, danzas y conciertos. Despues ruega á santo Tomás le explique el sentido de algunas especies contenidas en el canto décimo.—El sabio rey Salomon revela una verdad al poeta.

QUIEN desee comprender bien lo que entonces ví, que conserve aquella imágen, en tanto hablo, con la fijeza de una roca. Quince estrellas irradiaban con tal fulgor algunos puntos del Cielo, que atravesaban el aire más espeso: figúrense el carro para el que el espacio del Cielo es asaz extenso, á fin de que de día y de noche pueda volver el timón sin desaparecer. Figúrense la boca de aquel cuerno, que principia en el pico del eje en torno del cual gira la esfera primera; figúrense que aquellas estrellas, al juntarse, describieron en el Cielo dos signos idénticos al que formara la hija de Minos al sentir el frío mortal (1). Despues, que uno de aquellos signos mezcla sus rayos con otro, que los dos giran de suerte que van en opuesto sentido, y tendrán una ligera idea de la verdadera constelacion y de la doble danza que tenia lugar al rededor mio, ó del punto en que me hallaba. Es tan superior lo que ví á lo que comunmente alcanzamos, como el movimiento celeste, que supera en velocidad á todos los demás, sobrepujado al movimiento del Chiana (2).

Se ensalzaba allí, no á Baco ni á Peana, sino á tres personas de divina naturaleza, y en una persona sola se reunia la naturaleza divina con la humana.

Los cánticos y las danzas pararon, y los santos resplandores giraron hácia nosotros, regocijándose de pasar del uno al otro lado.

(1) Se refiere á la corona de Ariana, colocada por Baco entre las constelaciones (Ovidio)

(2) Rio de Toscana.

Después, cesando el silencio que reinaba por disposición de aquellos dioses, la luz, por la que me fuera referida la historia del Dios pobre (1), me observó:

«Ya que queda trillado parte del grano (2) y se halla reunido en su granero, el grato amor me invita á trillar lo restante.

«Te figuras tal vez que en el costado del que fué extraída la costilla para crear la hermosa boca, cuyo paladar tan caro fué para el mundo (3), y que aquel costado (4) que atravesó una lanza, por lo que de tal suerte satisfizo la justicia de Dios, que hizo esta inclinar la balanza hácia el punto de sus méritos, sin embargo del enorme peso de nuestras faltas, fué extendida á igual luz á la que se concediera á la humana naturaleza, por la gran virtud que hizo al uno y al otro.

«De manera que te sorprende cuanto he dicho, al manifestarte que el bienaventurado que encierra la esfera quinta no tiene segundo.

«Penetra mi respuesta, y advertirás que tu idea y mis palabras son, respecto á la verdad, lo que el centro respecto á todos los lugares del círculo.

«Lo que no perece y lo que puede perecer, se debe considerar como un esplendor de aquel objeto que Nuestro Señor engendra amando; pues aquella luz viva (5), que emana del radiante Poder, sin desprenderse de él más que el Amor, cuya relacion hace su trinidad, concentra por sus rayos por efecto de bondad en nueve esferas, como en un solo espejo, estando así unida eternamente.

«De allí descendiendo hasta los últimos poderes, aminorando su fuerza por grados, de suerte, que concluye por crear seres insignificantes. Esos seres son, á mi juicio, las cosas engendradas que el Cielo en su agitacion produce con ó sin germen.

«La materia de estos seres y la causa de donde vienen, pueden obrar de diferentes maneras, y sea cual fuere la forma peculiar de cada uno, siempre se destaca en él más ó menos la divina intencion; por lo que se ve que un mismo árbol da,

(1) Santo Tomás, quien refirió la vida de san Francisco.

(2) Ya que tu primera duda está deshecha.

(3) Eva.

(4) Costado de Cristo.

(5) El Verbo.

con arreglo á su especie, frutos malos y buenos, y vosotros nacéis con buenas ó malas inclinaciones.

«Si estuviera la materia dispuesta del todo y el Cielo en toda su suprema virtud, se destacaria la belleza ideal más acabada; pero la naturaleza da siempre una forma imperfecta, asemejándose en sus obras al artista que entiende el arte, pero cuya mano es insegura.

«De suerte, que si el amor ardiente predispone y hace descender los rayos de la primitiva virtud, conseguimos la perfeccion en este punto. Por lo que un día fué creada la tierra de una manera digna de toda perfeccion animal, y por lo que la Virgen concibió con pureza.

«Mientras apruebo tu opinion, cuanto que nunca la naturaleza humana fué ni será lo que pudo ser en estas dos personas. Si no prosiguiera, tú exclamarías ahora: «¿Cómo llegó ese á ser mi igual. (1)?»

«Mas para que entiendas lo que parece incomprendible, calcula quién era y la causa que le movió á pecar al decirle: «Pide.»

«No me he expresado de modo que no pudieses ver claro que aquel hombre fué un rey que pidió sabiduría para ser rey bueno.

«No trato de saber el número de las celestes naturalezas, ni si lo preciso con lo contingente dan lo necesario, ó bien *si est dare primum motum esse*; ó si en un semicírculo se puede colocar un triángulo sin ángulo recto.

«Habiendo entendido bien lo que dije, y aun esto, verás que la sabiduría real es la ciencia sin par, á la que me refería. Y si fijas tu atencion además en las palabras *se elevó*, verás que sólo pueden aludir á los reyes; sin embargo, de tantos reyes, pocos fueron los buenos.

«Pesa la distincion que te hago de mis palabras, y podrás conservar tu creencia para el primitivo padre nuestro muy querido (2); que todo esto sea un contrapeso para tus piés, para que te haga mover con lentitud como hombre rendido, hácia el sí y el nó que te es imposible ver.

«Necio entre los necios es el que, sin distinguir, niega ó

(1) Salomon.

(2) Cristo.

afirma lo que hace extraviar la opinion general, pues que nuestra mente se ofusca por las pasiones.

»Inútil es que se aparte de la orilla, porque jamás regresa á ella como antes el que corre en busca de la verdad, sin estar seguro de su carrera. Irrevocables pruebas son Parmenides, Brisso y otros muchos que no sabian donde caminaban.

»Del propio modo obraron Sabellino y Arrio, y los otros insensatos que fueron otros tantos aspides para las Escrituras, en los que al mirarse los rectos rostros, parecian torcidos.

»No pueden los hombres atreverse á juzgar, como lo suele hacer el dueño de un campo de trigo antes de que llegue á sazón; pues he visto al mustio zarzal, seco en el invierno, lucir despues preciosas rosas, y buques que despues de feliz y tranquila travesía, han naufragado á la entrada del puerto.

»Aunque Monna, Berta y miser Martino (1) vierán volar y hacer ofrendas, no se figuren verlo como se ve en el divino consejo, porque puede caer el uno y levantarse el otro.»

CANTO DECIMOCUARTO

*Asciende el poeta con Beatriz al cielo quinto ó de Marte.—
Resplandeciente luz en la que está Jesucristo con las almas
de los bienaventurados que combatieron por la fe.—Armonia
celestial.*

Como el agua que contiene un vaso redondo, va desde el centro á la circunferencia y de ésta al centro (2), segun el movimiento que le da impulso de la parte exterior ó interior. Así estaba mi espíritu tan luego como la gloriosa alma de Tomás acabó de hablar, por el parecido que había entre sus patabras y las de Beatriz, á que plugo decir despues de Tomás:

«Este, por más que no lo demuestre con la voz ni con el pensamiento, necesita ver la raíz de otra verdad.

(1) Berta y Martino, nombres de personas ignorantes.

(2) Al hablar Tomás, Dante parecía colocado en el centro de un vaso de agua agitada, y al hablarle Beatriz, en la circunferencia de dicho círculo.

»Indicadle si la luz que adorna vuestra sustancia subsistirá eternamente en vos, como se halla ahora; y de ser así, decidle lo que pasará luego que volvais á ser visibles (1), para que no los perjudique la vista.»

Como una explosion, ó un arranque de alegría agita y arrastra en un baile á los bailarines más bulliciosos, que alzan la voz y exageran sus gestos, así los sacrosantos círculos significaron más ardor en sus bailes é himnos magníficos al oír el expresivo ruego que se les hacia.

El que se queja de que tenga que morir aquí abajo para morar en lo alto, no ha visto la divina frescura de la lluvia eterna.

El uno, dos y tres, que vive é impera siempre entre tres, dos y uno, y que sin circunscribirse lo circunscribe todo (2), fué tres veces cantado por cada espíritu con tal armonia, que oírla sería suficiente galardón á todo mérito.

Entonces percibi en la más brillante luz del más pequeño círculo una modesta voz como debió ser la del Angel a Maria, que dijo (3):

«Todo el interregno que dure la festividad del Paraíso, lucirá el amor nuestro alrededor de esta vestidura.

»Su reflejo es idéntico á la llama de nuestro amor (4); este ardor viene de nuestras celestiales visiones, que serán tanto más altas, cuanto sea mayor la parte que, á más de sus propios méritos, tenga el alma en gracia.

»Al vestir la gloriosa y santa carne, será nuestra persona más fácil de conocer. Entonces crecerá la gratuita luz que nos regala el Supremo Bien, luz que nos consiente verla; también entonces aumentará nuestra vision santa, en el ardor que en ella se inflama, y el rayo que se desprende de su ardor.

»Así como el carbon que produce llama, sobrepuja á ésta en deslumbradora belleza, de suerte que aparece en el centro de ella, así este resplandor que nos cerca quedará vencido por el de la carne que todavía cubre la tierra.

(1) Luego de la Resurreccion.

(2) La Trinidad.

(3) La modesta voz, segun Landino, es la de Pedro Lombardo; otros autores dicen que era la de Salomon.

(4) Cuanto más sabemos, amamos más; y cuanto amamos más, mayor es la luz que nos rodea.

»De manera, que ni podrá cansarnos aquel gran resplandor, pues los órganos corporales serán suficientes á cuanto pueda labrar nuestra delicia.»

Me parecieron los coros tan ligeros en decir *amen*, que pusieron de relieve su deseo de revestir sus mortales cuerpos, sin que acaso fuera por ellos, y si por sus madres, padres ó seres que les fueran amados antes de ser llamas eternas.

Cuando hé aquí que alrededor de aquellos resplandores emana y se añade una claridad idéntica á la de un luminoso horizonte, y tal como anochecido principian á entreverse en el Cielo nuevos resplandores que parecen ser y no ser, así creí ver nuevas sustancias que describian un círculo fuera de las dos circunferencias.

¡Ah verídico reflejo del Santo Espíritu! ¡Qué brillante lo contemplaron mis deslumbrados ojos, que les fué imposible resistirle!

Mas Beatriz se me mostró tan placentera, que aquella vision quedará entre las que mi memoria no pudo retener.

A pesar de ello, mis ojos alcanzarán la fuerza precisa para alzarse, y me contemplé transportado con mi Señora al cielo de una más grande salvacion (1).

Luego observé que me encontraba á mayor altura, gracias á la sonrisa encendida de la estrella, que hubo de parecerme más viva que antes.

Con toda mi alma, y con el acento propio á cualquiera, ofrecí á Dios el tributo de mi gratitud, debida á aquella nueva gracia, y todavía no se había apagado en mi corazón la llama



(1) Fué transportado á un más elevado cielo, por lo que se acercó más á Dios, que es la verdadera salvacion.

del sacrificio, al percibirle aceptado y gustoso, porque se me presentaron tan deslumbrantes resplandores encarnados en dos rayos, que exclamé: «¡Oh Helios (1), cómo los embelleces!»

Como Galaxia (2), que esmaltada de luces grandes y pequeñas, describe entre los polos del mundo una línea clarísima que hace dudar á los más sabios, dibujaban aquellos rayos constelados en las profundidades de Marte el signo verídico (3) que forma en el círculo la reunion de los cuadrantes.

La memoria vence aquí al talento, pues en aquella resplandecía *Cristo*, y sería en vano que buscase una comparacion digna.

Mas el que toma la cruz y va en pos del *Cristo*, me perdonará lo que omito aquí, al contemplar un día en aquel árbol el resplandor del *Cristo*.

Desde el uno al otro lado de la cruz y entre la parte superior y la base se agitaban dos luces brillando con más fulgor al unirse y pasar á otro punto, como se ven en la tierra volar los átomos en curva ó recta línea, pesados ó ligeros, variando continuamente de aspecto, y removiéndose en el rayo que frecuentemente entran en la sombra, que el hombre en su cuidado reserva contra el calor.

Y como el laúd ó el arpa que con sus muchas cuerdas producen una suave melodía, hasta para el más profano en las notas, aquellas luces principiaron sobre la cruz una armonía que embelesaba mis sentidos, sin embargo de no entender sus estrofas.

Comprendí que encerraban altas alabanzas, pues decían: «¡Resucita y vence!» Mas me sucedió entonces lo que al que oye sin entender.

De tal suerte me hallaba arrobado, que hasta entonces nada me había dominado tan dulcemente.

Tal vez estas palabras se tengan por demasiado atrevidas, por tener en menos que aquella dicha la de contemplar los preciosos ojos en los que cifro mi anhelo.

Mas ella no ignora que las impresiones de todas las bellezas son más vivas cuanto más se eleva quien las siente, y que yo no me había vuelto hácia ella; me podrá perdonar aquello

(1) El Sol.

(2) Por la Via lactea.

(3) La Cruz.

de que me acuso para excusarme, al notar mi veracidad, pues el placer sacrosanto que emana de aquella mirada, no puede explicarse, puesto que resulta más puro cuanto más nos elevamos.

CANTO DÉCIMOQUINTO

Cacciaguida, tatarabuelo de Dante, lo acoge tiernamente.—Explicale la genealogía de los Alighieri.—Después habla de las antiguas costumbres de Florencia.—Acaba por decirle que, combatiendo á los turcos, murió por la fe de Cristo.

La bendita voluntad por la que se manifiesta el amor cuya idea es sana, como por la concupiscencia se manifiesta la voluntad nefanda, hizo callar aquella suave lira y reposar las santas cuerdas (1) que vibran á voluntad de la mano celestial.

¿Podrán ensordecer á las súplicas justas, las sustancias que para inspirarme el deseo de dirigirles yo una, guardaron acorde silencio?

Es justo que se queje el que por amar cosas perocederas se deshace de aquel otro amor.

Como la viva chispa que recorre un reposado y puro cielo y se lleva nuestras, hasta entonces, indiferentes miradas, asimilando á una estrella que cambia de sitio y que de la parte en que brota y dura poco, no se extingue claridad alguna, noté yo del extremo derecho al fin de la cruz volar un astro (2) de la constelación brillante en aquel cielo.

En vez de soltarse el diamante, recorrió la luminosa línea, asemejando un fuego tras del alabastro.

No apareció la sombra de Anquises con menos piedad (si hemos de dar crédito á nuestra primera musa) al percibir á su hijo en los Eliseos Campos.

De suerte que puse en ella toda mi atención, y volviendo la

(1) Se refiere á las almas de los bienaventurados.

(2) El alma de Cacciaguida, tatarabuelo de Dante.

vista hacia mi Señora, entre las dos me quedé asombrado. En sus ojos brillaba tal sonrisa, que creí ver por los míos el fondo de mi gracia y Paraíso.

Después, aquel espíritu que me inspiraba tal dulzura añadió á sus primeras frases cosas que no entendí; tanta era la divinidad con que se expresaba, no porque tuvieran intención de ocultármelas, sino porque tenía que hacerlo precisamente, por ser superior su concepción á la inteligencia humana.

A pesar de esto, en cuanto su afecto ardiente se extendió suficientemente para que su voz descendiese hasta los límites de nuestra comprensión, hé aquí lo que primero pude oír: «¡Trino y uno, bendito seas, que tan benéfico te muestras á mi sangre!»

Luego añadió: «El grato y dilatado deseo que hizo brotar en mí la lectura del inmenso libro, en el que jamás cambian lo negro y lo blanco, fue calmado por tí, hijo mío, en medio de la luz que te dirijo la palabra; le doy gracias rendidas á la que te procuró alas para volar á estas alturas.

»Te figuras que viene hasta mí tu idea por medio del que es primero, como de la conocida unidad vienen el cinco y el seis; por lo que no me preguntas quién soy, ni por qué me he fijado en tí más regocijado que cualquiera otro de esta alegre cohorte.

»Te figuras lo que es; pues en esta vida así los pequeños como los grandes, miran el espejo en el que antes de pensar se retratan los pensamientos.

»Mas para que el sagrado amor que continuamente contemplo con los ojos fijos, y que me inspira un deseo dulce, arribe al colmo de su regocijo, di con voz firme y alegre tu deseo, pues que mi contestación está ya preparada.»

Volvíme á Beatriz; y como antes de respirar me comprendiera, me sonrió de suerte que acrecentó mi anhelo.

Entonces comenzó de esta manera: «Desde que lográsteis la primera igualdad, el amor y la sabiduría son de idéntico peso en vosotros; porque en el Sol (1) que os alumbra con su brillantez y os abrasa con su ardor, son tan idénticas ambas virtudes, que las otras semejanzas serían vanas.

»Mas la voluntad y poder en los mundanos tienen, por una causa que nos es desconocida, alas desiguales. Por lo que yo,

(1) Dios.

que soy mortal, percibo aquella desigualdad en mí, y sólo de corazón os agradezco vuestra paternal acogida.

»Perla viviente que enriqueces ese joyel magnífico (1), te ruego me digas tu nombre.»

«¡Querido retoño mío, cuya espera me complacía tanto, yo he sido tu raíz!» Tal fué su respuesta.

Después añadió: «Aquel, del que tomó origen tu raza y que más de cien años se ocupa en dar la vuelta á la cuesta primera de la montaña, fué mi hijo y bisabuelo tuyo; es necesario que tus buenos oficios aminoren su larga fatiga.

»Casta y sóbria vivió en paz Florencia en su antiguo recinto, desde el que percibe las horas tercia y nona; ni tenía argollas, ni corona ni esbeltas mujeres, ni más preciosos cinturones que las personas que los lucían; y al nacer la hija no amedrentaba á su padre, pues la hora de enlazarla y el dote no habían rebosado aun toda codicia.

»Entonces no se hallaban casas sin niños, ni había aparecido Sardanápalo para demostrar lo que en un aposento puede practicarse.

»Montemalo (2) todavía no era vencido por vuestro Uccellatojo, que así lo superara en pujanza como en desfallecimiento.

»Vi salir a Bellincion Berti (3), con cinto de cuero y hueso, y apartarse del espejo á su mujer con la cara sin afeites.

»Vid á los de Nerli y Vecchio conformarse con una piel simple, y á sus mujeres dedicadas á hilar. ¡Oh venturosas mujeres! las cuales todas sabían el sitio de su tumba y ninguna de ellas se hallaba sola en su lecho para la Francia.

»Una velaba su cuna, y para acallar al pequeñuelo, hacía uso de aquel eco que nace del primer regocijo de los padres y las madres, en tanto que otra, tirando de la blanca cabellera de su rueca, razonaba con su familia respecto de los troyanos, de Roma y de Fiesole.

»Entonces un Cianghella ó un Lapo Salterello hubieran causado la misma novedad que hoy causarían un Cincinato ó una Cornelia.

(1) La cruz de fuego.

(2) Montemalo ó Monte Mario, cerca de Roma; Uccellatojo, monte cercano á Florencia; significa que Roma aun no había sido vencida por Florencia, mas que pronto acabaría el esplendor de esta.

(3) El padre de la bella Gualdrada.

»Invocada á gran voz la Virgen María, permitió que naciera bajo una dulce techumbre, do se disfrutaba la más completa paz y la más leal civilización, y en vuestro bautisterio antiguo fui á un tiempo llamado cristiano y Caeciaguída.

»Eliseo y Moronto fueron mis hermanos; mi mujer era procedente del valle del Pó, y de allí se formó tu segundo nombre. Luego seguí al emperador Conrado (1), que premió mis hechos gloriosos. A su servicio milité contra la ley maligna de aquel pueblo (2), que por causa de vuestro pastor usurpó vuestros dominios.

»Aquella infame raza me libró del mundo fementido, cuyo amor tantas almas envilece, y su torcedor me proporcionó esta santa paz.»

CANTO DÉCIMOSEXTO

Caeciaguída habla del sitio y época de su nacimiento.—Dice lo que entonces era la ciudad de Florencia, las principales familias que en ella figuraban, y finalmente, los desórdenes que vinieron de las costumbres nuevas.

RAQUÍ nace la nobleza de la sangre, si eres el móvil del orgullo de los hombres en esta tierra donde tan débil es nuestro espíritu, no serás ya nunca para mí objeto de veneración, pues que allí donde no hay mezquinos deseos (en el Cielo), me glorificaba de ello!

No eres mas que un ropon que acorta, de continuo, la tijera del tiempo, por más que de continuo se le estire.

Con la palabra *ros*, á la que rindió vasallaje Roma, la primera, y en el uso de la que sus descendientes perseveraron menos, tornarán á comenzar las mias.

Beatriz, que se hallaba un tanto apartada á la sazón, empezó á sonreír, asemejándose á la que tosió á la primera falta de esa Ginebra de que trata la Crónica (3).

(1) Conrado III, que murió en 1152.

(2) Los sarracenos, que entonces devastaban la Italia.

(3) Téngase presente el episodio de Francisca de Rimini.

que soy mortal, percibo aquella desigualdad en mí, y sólo de corazón os agradezco vuestra paternal acogida.

»Perla viviente que enriqueces ese joyel magnífico (1), te ruego me digas tu nombre.»

«¡Querido retoño mío, cuya espera me complacía tanto, yo he sido tu raíz!» Tal fué su respuesta.

Después añadió: «Aquel, del que tomó origen tu raza y que más de cien años se ocupa en dar la vuelta á la cuesta primera de la montaña, fué mi hijo y bisabuelo tuyo; es necesario que tus buenos oficios aminoren su larga fatiga.

»Casta y sóbria vivió en paz Florencia en su antiguo recinto, desde el que percibe las horas tercia y nona; ni tenía argollas, ni corona ni esbeltas mujeres, ni más preciosos cinturones que las personas que los lucían; y al nacer la hija no amedrentaba á su padre, pues la hora de enlazarla y el dote no habían rebosado aun toda codicia.

»Entonces no se hallaban casas sin niños, ni había aparecido Sardanápalo para demostrar lo que en un aposento puede practicarse.

»Montemalo (2) todavía no era vencido por vuestro Uccellatojo, que así lo superara en pujanza como en desfallecimiento.

»Vi salir a Bellincion Bertí (3), con cinto de cuero y hueso, y apartarse del espejo á su mujer con la cara sin afeites.

»Vid á los de Nerli y Vecchio conformarse con una piel simple, y á sus mujeres dedicadas á hilar. ¡Oh venturosas mujeres! las cuales todas sabían el sitio de su tumba y ninguna de ellas se hallaba sola en su lecho para la Francia.

»Una velaba su cuna, y para acallar al pequeñuelo, hacía uso de aquel eco que nace del primer regocijo de los padres y las madres, en tanto que otra, tirando de la blanca cabellera de su rueca, razonaba con su familia respecto de los troyanos, de Roma y de Fiesole.

»Entonces un Cianghella ó un Lapo Salterello hubieran causado la misma novedad que hoy causarían un Cincinato ó una Cornelia.

(1) La cruz de fuego.

(2) Montemalo ó Monte Mario, cerca de Roma; Uccellatojo, monte cercano á Florencia: significa que Roma aun no había sido vencida por Florencia, mas que pronto acabaría el esplendor de esta.

(3) El padre de la bella Gualdrada.

»Invocada á gran voz la Virgen María, permitió que naciera bajo una dulce techumbre, do se disfrutaba la más completa paz y la más leal civilización, y en vuestro bautisterio antiguo fui á un tiempo llamado cristiano y Caeciaguída.

»Eliseo y Moronto fueron mis hermanos; mi mujer era procedente del valle del Pó, y de allí se formó tu segundo nombre. Luego seguí al emperador Conrado (1), que premió mis hechos gloriosos. A su servicio milité contra la ley maligna de aquel pueblo (2), que por causa de vuestro pastor usurpó vuestros dominios.

»Aquella infame raza me libró del mundo fementido, cuyo amor tantas almas envilece, y su torcedor me proporcionó esta santa paz.»

CANTO DÉCIMOSEXTO

Caeciaguída habla del sitio y época de su nacimiento.—Dice lo que entonces era la ciudad de Florencia, las principales familias que en ella figuraban, y finalmente, los desórdenes que vinieron de las costumbres nuevas.

RAQUITICA nobleza de la sangre, si eres el móvil del orgullo de los hombres en esta tierra donde tan débil es nuestro espíritu, no serás ya nunca para mí objeto de veneración, pues que allí donde no hay mezquinos deseos (en el Cielo), me glorificaba de ello!

No eres mas que un ropon que acorta, de continuo, la tijera del tiempo, por más que de continuo se le estire.

Con la palabra *ros*, á la que rindió vasallaje Roma, la primera, y en el uso de la que sus descendientes perseveraron menos, tornarán á comenzar las mias.

Beatriz, que se hallaba un tanto apartada á la sazón, empezó á sonreír, asemejándose á la que tosió á la primera falta de esa Ginebra de que trata la Crónica (3).

(1) Conrado III, que murió en 1152.

(2) Los sarracenos, que entonces devastaban la Italia.

(3) Téngase presente el episodio de Francisca de Rimini.

Comencé de este modo: «Vos, mi padre, sois quien me dais la precisa fuerza para hablar; tan alto me elevais, que soy infinitamente más de lo que fuera. Mi alma, fertilizada por tantos raudales, se convierte en una fuente de alegría que mana de continuo sin quebrarse.

»Amado tronco, decidme quiénes fueron vuestros abuelos, y qué años formaron época en vuestra niñez.

»Mencionadme el rebaño de san Juan (1); indicadme lo que fuera á la sazón, y quiénes eran los personajes y los que ocuparon los altos puestos.»

Como se aviva la llama del carbon al soplo del viento, vi brillar á mis acentos aquel resplandor; y si hermoso pareció á mi vista, más grata fué su voz á mi oído, cuando me dijo, y no en nuestra flamante lengua:

»Desde el día que se dijera *Salve* (2), al parto en que mi madre, que hoy es una santa, se vió libre de mi peso, ese planeta (3) se inflamó quinientas cincuenta y tres veces debajo de los piés de su león.

»Mis abuelos y yo vimos la luz en el lugar donde se encuentra el último distrito de la ciudad (4), para el que corre en vuestros anuales juegos.

»Conformate con esto, relativamente á mis abuelos; lo que han sido y su procedencia, es mejor para ser callado que para hablado.

»Cuantos se hallaban á la sazón en aptitud para llevar las armas, desde la estatua de Marte (5) al Baptisterio, formaban un quinto de los que en la actualidad hay con vida; mas la poblacion, que es ahora una amalgama de gentes de Campi, Figgine y Certaldo, era entonces pura, hasta el más humilde de sus individuos.

»¡Oh! ¡Más valiera tener por vecinos á los que nombro, y que nuestra frontera se hallase en Galluzzo y Trespiano, que sustentar tales gentes dentro de vuestros muros y tener que aguantar el hedor del labriego de Aguglione y del Signa, que se apercebe ya del tráfico!

(1) Alude á Florencia, cuyo patron es san Juan.

(2) De la salutación del angel á 1096 ó 1091.

(3) Marte.

(4) Barrio de San Piero.

(5) Estatua de Marte en *Ponte Vecchio*.

»Si la nacion más degenerada de la tierra no se hubiera conducido cual madrastra con César, y casi cual cariñosa madre con su hijo (hubo florentino, mercader ó cambista que se hubiera vuelto á Simifonti, do su padre pordioseaba), aun los Conti se hallarian en Montemurla, en Cerchi, en Prieve de Ancona y acaso en Valldigrievie los Buondelmonti.

»La confusión de las clases ha sido siempre la base de las desgracias de una ciudad, como lo es para el cuerpo la acumulacion excesiva de alimentos.

»Ciego el toro, se rinde al cordero ciego, y sola una espada corta alguna vez mejor que cinco. Si te paras en Livi y Urbisaglia, y de la manera cómo desaparecieran y cómo siguen en pos de ellas Chiusi y Sinigaglia, no te asombrarás al ver cómo se desvanecen las familias, cuando hasta los mismos pueblos tienen época marcada.

»Vuestros objetos fenecen como vosotros, aunque algunos lo disimulan y parecen duraderos á causa de la cortedad de nuestra vida.

»Así como la carrera del cielo de la Luna, que oculta y descubre continuamente las orillas del mar, obra respectivamente á Florencia, la fortuna. De suerte, que no se debe extrañar de lo que diga de aquellos florentinos, cuya fama yace envuelta en las corrientes de los tiempos. Vi á los Ughi, los Catellini, los Filippi, los Greci, los Ormani y Alberichi, siendo ciudadanos ilustres á su decadencia; vi del mismo modo juntos con los de Senella y los de Arga, á los Soldanieri, Ardiaghi y Bostichi, tan grandes como antiguos.

»Próximos á la puerta, cargada hoy con una flamante felonía de tanta gravedad, que luego hará zozobrar vuestra nave, se hallaban los Ravignani, de los que descendieron el conde Guido y cuantos tomaron luego el nombre del grande Bellincione.

»Ya sabia gobernar Della Presa, y Galigaio habia dorado en su casa la guarnicion y pomo de su espada.

»Inmensa era ya la columna del Vair (1), é ilustres los Sabeti, Guiochi, Sifanti, Barucci, los Galli y los que se avergüenzan á la idea de la medida (2).

»La rama de donde vinieran los Calfucci ya era grande, y

(1) El escudo de los Billi.

(2) Los Chiamonti ó Tosinghi, que alteraron la medida del grano.

ya habian sido elevados á las sillas curules los Sizzi y los Arriquzzi.

»¿Qué poderosos contemplé á los que se destrozaron con su orgullo propio! Las bolas de oro lucian en todos los grandes hechos de Florencia.

»De igual manera obraban los padres de los que en cuanto queda vacante la sede episcopal, engordan concurriendo al consistorio. La altiva familia (1), terrible cual un leon para el que huye, y mansa cual la cebra para el que le muestra los dientes ó el bolsillo, principiaba á destacarse; mas eran tan pigmeos sus hombres, que no quiso Ubertino Donato que su suegro le enlazase con ella.

»El Caponsacco ya habia venido de Fiesole al mercado, y Ginda é Infangato eran ya buenos patricio;



»Una cosa increíble y verídica te diré: se penetraba en el insignificante recinto que formaba la ciudad por la puerta pequeña que tomaba nombre de casa de la Pera.

»Los que ostentan las preciosas insignias del gran baron (2),

(1) Los Adiriam.

(2) Hugo, el marqués de Toscana.

cuya honra y nombre se animan en la fiesta de Tomás, recibieron sus órdenes caballerescas y sus privilegios, por más que estuviera adherido al bando del pueblo el que rodea su blason con bordado de oro.

»Existian ya los Gualterotti é Importuni, y sería más grande el sosiego del Borgo, á no haber encontrado vecinos nuevos.

»La casa de donde emanaron vuestros torcedores, por la justa cólera que os destruyó y puso término á vuestra vida venturosa, llegó con los suyos á los honores más encumbra- dos. ¡Ah Buendelmonte! ¡Qué mal obraste evitando su enlace (1) cediendo á las instancias del otro!

»Muchos tristes, estarian alegres, si Dios hiciera don de tu cuerpo á Ema, cuando por primera vez fuiste á la ciudad. Necesario era, sin embargo, que Florencia inmolará una víctima sobre la piedra quebrada que guarda el puente, ya que ha desaparecido la paz.

»Con estas y otras varias familias vi á Florencia en completa calma, y no tenia causa alguna por qué llorar; he visto á su pueblo con dichas familias tan justo y glorioso, que jamás el pieo de la lanza de la flor de lis se vió enrojecido ni inclinado por discordia civil.»

CANTO DÉCIMOSÉTIMO

Cacciaguida hace presente al poeta las desgracias que le precedieron en el Infierno y en el Purgatorio. — Vaticinándole su destierro de Florencia, y la hospitalidad que encontrará entre los señores della Scala. — Finalmente le encarga que escriba cuanto ha visto en su viaje.

Como aquel que se llegó á Climene para orientarse de lo que contra él oyera, y cuya imprevisión es motivo todavía de que los padres fien menos de sus hijos (2), quedéme yo, y tal parecí á Beatriz y á la santa luz (3), que por mí cambié de sitio antes de tiempo.

(1) Y enlazarse á una Donati; de aquí partieron las querellas entre los guelfos y los gibelinos.

(2) Faonte exigió á Clemente le dijese si era tal hijo de Apolo. — Además era tan poco previsor y guiaba tan mal el carro de su padre, que enterados los otros padres, fueron desde allí menos confiados en sus hijos.

(3) Cacciaguida.

La Dama dijo entonces: «Exhala el ardor de tu anhelo, á fin de que se vislumbre impreso su interior deseo: no porqué tus palabras te nos manifiesten mejor, sino para que te determines á revelar tu sed y te pueda proporcionar otro el elixir para calmarla.

»Oh dulce tallo mio! es tanta la altura de tu elevacion, que cual ven los espíritus terrenales que no hay triángulo suficiente á contener dos ángulos, obtusos, percibes tú las cosas contingentes antes de suceder, con solo mirar el sitio en que están presentes todos los tiempos.

»En tanto que bajo el apoyo de Virgilio, me hallaba en el monte donde se curaban las almas y mientras bajaba al mundo de los muertos, se me manifestaron cosas de tal trascendencia respecto á mi vida futura, que aun creyéndome un tetragono contra los embates, del porvenir, quisiera saber la suerte que me está deparada, pues que la flecha prevista va siempre más despacio.»

Esto manifesté á la luz que me hablara antes, para insinuarle mi deseo segun idea de Beatriz. Y en lugar de las ambigüedades en que caian los pueblos locos (1) antes de que fuera inmolado el Cordero de Dios, redentor de las culpas, me respondió en correcto latin y claras frases aquel paterno amor habido en su luz que se manifestaba sonriendo:

«Lo contingente, que no pasa más allá de los límites de vuestra materia, se halla todo figurado bajo la eterna mirada; á pesar de ello, la necesidad depende sólo de la mirada del que ve descender la nave por la corriente.

»De aquí que llegue á mis ojos la época que para tí se aproxima, como se viene al oído el dulce eco del órgano.

»Partió Hipólito de Atenas por la malevolencia y perfidia de su suegra, como partirás tú de Florencia. Esto es lo que se desea, lo que se pide y lo que no tardará en verificarse, por lo que del asunto se ocupan allí donde diariamente se comercia en el propio Cristo.

»El delito surgirá del partido derrotado, segun costumbre; mas la divina Justicia probará la verdad, ella, que es dispensadora de las venganzas.

»Te verás precisado á separarte de tus más queridos obje-

(1) Por los oráculos de las Sibilas.

tos; éste es el primer flechazo que arroja el arco del destierro; sufrirás el mal sabor del ajeno pan, y el cansancio que da el subir y bajar por la escalera de otro. Mas tu carga pesada será la estúpida y mala compañía, con la que te dirigirás al valle; pues desgraciada, loca é impia, se declarará en contra tuya, si bien á poco se avergonzará de su obra.

»Su proceder será el proceso de su brutalidad, de suerte que será grande loor para tí el haberte formado tú solo un partido. Tu primer auxilio y tu primer asilo se deberán á la cortesía del gran Lombardo que conduce sobre su escala el ave sacrosanta.

»Fijará en tí su benévola mirada, que entre el favor y el ruego será primero el que entre los demás tiene costumbre de ser último. Al lado de él notarás al que al nacer recibió una fuerza tal de aquella estrella, que serán hermosos todos sus actos (1).

»Aun los pueblos no tuvieron motivo de notarlo, por causa de su corta edad, pues sólo nueve años giran estas esferas á su alrededor. Mas antes de que el Gascon (2) sorprenda al gran Enrique (3), principiará á resplandecer el fuego de su virtud en menosprecio al oro y las fatigas. Hasta tal punto será magnánimo, que ni sus contrarios callarán respecto á ella.

»Puedes contar con él y sus beneficios; muchos hombres serán reformados por él, y ricos y pobres cambiarán su condicion. No digas á nadie las predicciones que sobre él te acabo de hacer, mas procura grábarlas en tu mente.» Otras cosas me insinuó que parecerán increíbles hasta á los que las vean.»

Despues añadió: «Estos son los motivos de lo que te se dijera, y éstos los lazos que te se esconden detrás de cortos años.

»Sin embargo, quiero que los vecinos no exciten tu envidia, pues tu vida será más duradera que el plazo prefijado para castigo de su avilantez.»

Luego que la santa alma demostró con su silencio haber concluido la trama que necesitaba la tela que para su urdi-

(1) El Grande Cao, nacido en la influencia de Marte.

(2) El papa Clemente V.

(3) Enrique VII, emperador, falleció el año 1413.

miento lo presentara yo, fluctué como el que quiere aconsejarse de persona capaz de amar y ver recta y cariñosamente.

«Noto, padre mío, que el tiempo aguijonea su corcel hacia mí para asestarme un golpe tanto más brusco, cuanto que se excede con más facilidad; siendo así, será opurtuno armarne de prevision, para que si se me despoja del sitio que me es más amado, no pierda los demás para mis estrofas.

«Allí abajo en la tierra siempre amarga, y en la preciosa cima de la montaña de donde me sacaran los ojos de mi Señora, para conducirme al Cielo supe cosas tales, que el mencionarlas acaso sería para algunos harto duro. Pero siendo un amigo temeroso de la verdad, me expongo á que se confunda mi vida con la de los que llamais al presente, antiguo tiempo.»

Aquella luz en que sonriera el tesoro existente para mí en aquella esfera, principió á lucir cual espejo de oro á los rayos del sol, y me dijo:

«Únicamente una conciencia manchada por su mismo rubor ó por el de otro, hallará violenta tu voz. De suerte, que no debes incurrir en mentira alguna, y más bien depon tu vision, dejando para el sarnoso el oficio de rascarse do le pique. Si al pronto resulta tu palabra áspera al paladar, dejará en cambio una alimentacion sana al hallarse digerida.

«Tu voz será como el vendabal que azota especialmente las cumbres más elevadas, lo que será más honorífico. Por esto sólo te fueron presentadas en estas esferas en la montaña y en el valle del dolor á las de acreditada fama, pues el espíritu del que oye no pára su atencion ni su fe en ejemplos de oscuro y no conocido origen, ni en obras apenas perceptibles.»

CANTO DÉCIMOCTAVO

Habla Cacciaguida á Dante de algunos espíritus que formaban la Cruz de Marte.—El poeta, guiado todavía por Beatriz, asciende al planeta Júpiter, sexto cielo.—Ve á las almas de los Santos describiendo una grande águila: son los que administraron sana justicia en la tierra.

EL bienaventurado espíritu se deleitaba ya en mis palabras, en tanto yo saboreaba mis reflexiones, templando lo dulce con lo amargo, cuando la mujer que me guiaba á Dios, dijo: «Muda de idea y calcula, que me hallo próximo al que nos aligera del peso de nuestras faltas.»

Me volvi á la tierna voz de la que era mi alma, y dejó de describir el amor que entonces contemplé en sus divinos ojos, no sólo por desconfianza de mis palabras, sino tambien por lo débil de mi espíritu, que mal podría repetir lo que no alcanza, á no servirle otros de guía.

Únicamente aseguraré, que al considerarla, mi amor quedó exento de todo deseo. En tanto que la eternal alegría irradiaba el peregrino rostro de Beatriz, hacia mi dicha con su inspirado semblante, adivinándome ella á la luz de una sonrisa, me objetó:

«Vuélvete y oye, pues el Paraíso no se halla solamente en mi vista.»

Así como en el semblante se dibuja algunas veces la vehemencia de la pasion que arropa el alma, adverti yo en las chispas del santo resplandor, al cual me volvía el deseo de proseguir en nuestra conversacion.

Y tanto era así, que dijo: «En esa quinta zona del árbol que por la copa se vivifica, dando continuo fruto sin perder nunca sus hojas (1), hay felices espíritus que antes de llegar al Cielo, tuvieron allá abajo tan inmensa celebridad, que no se halla musa que no ensalzara sus actos.

(1) El planeta Marte, círculo quinto del Paraíso.

«Repara los brazos de la cruz, y los que ahora te nombre verificarán lo que en la nube su fuego veloz.»

Sobre la cruz ví que pasaba un resplandor con nombre de Josué, así que fué nombrado, sin que su nombre me fuera conocido antes de pasar.

Al nombre del gran Macabeo ví agitarse una luz que daba vueltas; el regocijo era el látigo de aquel celestial peon.

Al oír nombrar á Carlomagno y Rolando, mi vista siguió cuidadosa á dos luces, como sigue el cazador el vuelo del halcon.

Después á mi vista pasaron sobre aquella cruz Guillermo, Ricardo, el duque Godofredo (1) y Roberto Guiscardo; la luz que antes me dirigiera la palabra, también se agitó, y mezclándose con las demás me enseñó cuánta era su distinción entre los cantantes celestiales.

Me volví á la izquierda á fin de que Beatriz me indicase con el ademán ó la mirada lo que debiera hacer, y noté tal pureza en sus ojos y tal alegría en su rostro, que sobrepasaba en hermosura á todos los demás, y hasta á la misma belleza que antes admirara en ella.

Y cual con creciente regocijo ve el hombre dado por el bien, que avanza de día en día hacia la virtud, ví yo que mi ascension circular dibujaba en el Cielo un arco mayor al contemplar á Beatriz, dechado de belleza, más deslumbradora cada vez.

Como se desvanece el rubor de la nivea mejilla de la mujer que perdió la vergüenza, conoció mi vista, al volverme, en la tenue blancura del sexto planeta (2), que me acababa de admitir en su seno, y que el amor que residia en aquel faro de Júpiter, descubria á mis ojos nuestro abecedario entre sus rayos.

Las aves que se alzan sobre el río y que al vislumbrar su alimento, forman veloces una línea, ya curva, ya recta, no se pueden comparar por su ligereza con las criaturas sacrosantas que cantaban volando entre la luz, describiendo ya una D, ya una I, ya una L.

Al principio se agitaban acompasadamente, cantando:

(1) Godofredo, duque de Lorena, conquistó á Jerusalem. — Guiscardo, duque de Normandía, conquistó á Sicilia.

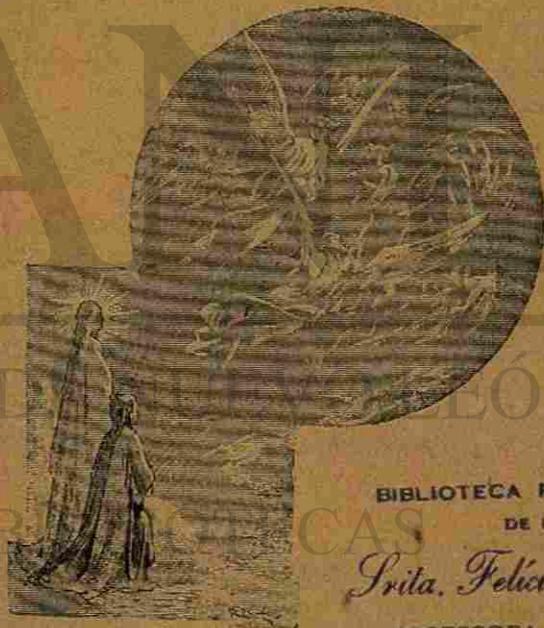
(2) Planeta Júpiter.

y después de trazar uno de aquellos signos, pasaban y callaban.

¡Oh musa íntima de Pegaso, que cantando eternizas los espíritus, y haces inmortales cual tú las ciudades y naciones, dame luz para que pueda revelar aquellos rostros, tal como los ví, y haz ostensible tu valia en estos pocos versos!

Las luces por cinco veces formaron siete vocales y consonantes, y anotá por orden aquellos trazos, según la manera como se me presentaban.

Diligite justitiam: este es el primer verbo y nombre de toda composicion; *Qui judicatis terram*, los últimos. Al trazar la M de la postrera palabra, aquellas luces tenían tal disposicion, que Júpiter parecia de oro y plata.



BIBLIOTECA PARTICULAR
DE LA

Prta. Felicitas Lozano

PROFESORA DE CANTO

En aquel punto ví bajar otros resplandores sobre la parte superior de la M, do pasaban cantando: «Creo en el bien que las atrae.»

Y como del choque de dos brasas brotan infinidad de chispas, tenidas por los necios por otros tantos augurios, así miles de resplandores parecían subir, unos a gran altura, otros no tanto, según la distribución del sol que los alumbraba. Al estar cada uno en su sitio, ví que formaban la cabeza y cuello de un águila.

No necesita guía el que pintó esto; él mismo se basta, y de él viene la virtud que da forma á los nidos. Los otros bienaventurados, que en un principio se conformaban con fabricar sobre la M una corona de lis, hicieron luego una pequeña oscilación y quedó acabada la forma del águila.

¡Ah grata estrella! ¡Cuántas joyas preciosas me indicaron que nuestra justicia es obra del Cielo, del que eres diamante divino!

Por lo que pido á la razón, principio de tu fuerza y movimiento que indague de dónde procede el humo que oscurece tus rayos, para que se irrite nuevamente contra los comerciantes del templo, que debió su cimiento á los milagros y á la sangre de los mártires.

¡Oh milicia del cielo, que contemplo, adora á Dios por los que existen en la tierra extraviados por causa de los malos ejemplos!

Antes era costumbre hacer guerra con la espada; hoy se practica arrebatando aquí y allí el pan que el padre caritativo reparte entre sus hijos.

Mas tú, que escribes tan sólo para borrar (1), calcula que Pedro y Pablo, que murieron por la viña que tú abandonas, viven aun. Puedes decir con entera verdad: «Pongo de tal suerte mis deseos en el que apetecí morir solitario (2) y fué arrastrado al tormento, que desconozco al pescador y á Pablo.»

(1) Bonifacio VIII, á quien se acusa de alzar entredichos, por sólo procurarse dinero al levantarlos.

(2) Quiere decir en los florines, que tenían la imagen de san Juan Bautista.

CANTO DÉCIMONOVENO

Apóstrofe contra las simonías y avaricia de sus tiempos.—Interroga el poeta á las almas que describen la celeste Águila, sobre la posibilidad de salvarse ó no el que no conociera y practicara la fe cristiana.

DELANTE de mí y con las alas tendidas, estaba la bella imagen que con su dulce arrobamiento acrecentaba el placer de las almas allí reunidas. A semejaban preciosos rubíes que reflejaban en mí vista, herida por los resplandores del sol más refulgente. Lo que ahora debo bosquejar, no puede cantarlo voz humana, ni aun concebirlo; pues ví y aun percibí al pico decir en su voz peculiar: *yo y mio*, no teniendo en su idea el *vos* y el *vuestro*.

Después empuzó así: «Me halló elevado á tal gloria, por haber practicado la justicia y la piedad; gloria que no puede eclipsar deseo alguno. En la tierra es tan grata mi memoria, que aun la malevolencia la ensalza, á pesar de que no sigan sus huellas.»

Y así como es uno solo el calor que despiden distintos tizones, uno solo era el eco que venía de aquella, sin embargo de formarla amores distintos.

Yo respondí: «¡Ah eternas flores del eterno goce, que cual único aroma me dais vuestros perfumes, reposad, exhalándoos la crudeza del inmenso ayuno que tan grande hambre me hizo pasar hallá en el mundo donde no existía para mí ningún alimento!

No ignoro que si la divina Justicia es espejo para otra esfera, la vuestra deja de percibirla á través de un crespon; vosotros no ignorais la atención con que lo oigo, ni la duda que siembra en mí un ayuno tan antiguo.»

Como el halcón que, al encontrarse desembarazado de su capirote, bate las alas, y orgulloso demuestra sus deseos, vi agitarse al águila formada de alabanzas de divina gracia, cuyas voces sólo pueden entender los que gozan de ellas en las alturas.

Luego respondió: «El que giró su compás al extremo del

mundo, y que guardó en el espacio tantos objetos ocultos y potentes, no pudo dejar en todo el orbe una prueba mayor de inmenso poderío que su Verbo no la sobrepujase; la que nos enseña que el primer orgulloso, sin embargo de tener más talla que ninguna otra criatura, cayó antes que alcanzara la razón que da la gracia, por no esperar la luz.

»De lo que viene, que toda criatura de menos talla que aquella, es receptáculo asaz angosto para dar cabida á un bien sin límite, y que sólo se puede medir por sí propio; así, nuestra vista (que no es más que uno de los rayos del espíritu que todo lo llena) no puede por su pequeñez tener fuerza tal, que advierta su principio en los preciosos límites.

»La vista que se dispensa á nuestro mundo, penetra en la eternal justicia como el ojo en lo interior del Océano, el cual aunque vea el fondo en la orilla, deja de verle en alta mar; el fondo existe, mas la profundidad le esconde.

»No hay luz que no emane de este punto sereno, que nunca se ve cubierto de celajes; fuera de él todo son tinieblas y sombras de la carne ó de su ponzoña.

»Creo haber descornado suficientemente el velo que te ocultara á la viva justicia, sobre la cual preguntabas y decias:

«La criatura nacida en el Indostan, donde nadie nombra al Cristo, ni sobre él se lee ni escribe, siendo sus actos y deseos sanos y morales, la vida de aquel sér no debe tener tacha; y aun muriendo sin bautizar y sin fe, ¿con qué justicia se podrá condenar? ¿Qué tanto de culpa tendrá por no creer?»

»A pesar de ello, ¿quién eres tú para querer pertenecer á un tribunal que ha de juzgar á miles de millares siendo así que tu vista no domina más que un palmo de distancia? Indudablemente habría materia de duda y asombro para el que fuera, como yo, á no resplandecer en vosotros la luz de la Escritura.

»¡Oh seres terrenales! ¡Oh menguados espíritus! La primitiva voluntad, sana por sí propia, jamás se apartó de sí, que es el bien infinito. Unicamente es justo lo que le es afín; no existe bien creado que la pueda atraer; ella es la que produce el bien con sus resplandores.»

Como cigüeña que se agita en el nido despues de haber templado la necesidad de sus hijuelos, y á semejanza del que de éstos la mira satisfecho, así alcé yo la frente ante la imagen que tendiera sus alas movidas por infinitos espíritus.

En tanto se agitaban, decia cantando: «Mis acordes serán oscuros para tí, como lo es para los que morais allá abajo la eterna justicia.»

Los magníficos acordes del Santo Espíritu siguieron todavía reposando en el signo hecho á los romanos, tan temibles para el mundo entero; añadiendo el águila: Jamás pudo ascender á este imperio quien no creyó á Cristo, antes ó despues de su martirio en la Cruz. Hay ecos que gritan: «¡Cristo, Cristo!» que en el instante del juicio final se hallarán más alejados de él que algunos que no le conocieron jamás.

»Semejantes cristianos los condenará el etiope al separarse ambos colegios, uno rico para la eternidad, otro pobre para siempre.

»¿Qué dirán los persas á vuestros reyes al ver abierto el libro donde están consignadas todas sus torpezas? Entre los actos de Alberto se notará aquel que luego lanzara el águila, bajo la que el reino de Praga no será más que un páramo.

»Se verá allí el dolor excitado en las orillas del Sena, por el que sucumbirá de resultas de una herida que le inferirá un jabali (1).

»Tambien se notará el exagerado orgullo de los escoceses é ingleses, dementes hasta el caso de no saber detenerse en su límite, y la lujuria y vida voluptuosa de aquellos monarcas de España y Bohemia (2), á quienes no conoció ni apreció heroísmo.

»Señalada con una I, se verá tambien allí la bondad del Cojo de Jerusalem (3), como lo será con una M el que marchó contra él.

»Asimismo se verá la doblez y avaricia del posesor de la isla de Fuego (4), en la que Anquises dió fin á su larga caminata. Y en prueba de su escaso valimiento, su lema se formará de caracteres truncados, que se expresarán mucho en poco espacio.

»En cada uno se verán las bajezas del hermano y del tío que envilecieron una nación valiente y dos coronas.

(1) Felipe el Hermoso.

(2) Alfonso y Wenceslao.

(3) Carlos, monarca de Pulla y Jerusalem.

(4) Federico de Sicilia.

»Reconocidos serán allí los reyes de Portugal y Noruega, y el de Rascio, que alteró los límites de Venecia.

»¡Venturosa será Hungría si no permite que se la maltrate más! ¡Venturosa podrá ser Navarra si se refugia en las montañas que la circundan!

»Crean todos que Nicosia y Famagusta claman ya por el momento de la venganza, y se agitan y querellan por causa de la bestia que las dirige (1), bestia que no se aparta de las huellas de los otros brutos.»

CANTO VIGÉSIMO

Apóstrofe contra las malas obras de diferentes principios cristianos.—Dante observa en el Aguila celestial las almas de varios reyes que obraron con justicia y virtud.—Admirándose de ver en el Cielo dos personajes que no practicaron la fe cristiana, le dice el Aguila el modo cómo se salvaron aquellos dos spiritus.

Al descender de nuestro hemisferio el que lo alumbraba todo, extinguese el día por todos lados, y el Cielo, iluminado antes por el, se muestra tachonado de luces, de entre las cuales sólo una resplandece.

Aquel estado del Cielo se presentó á mi imaginacion al cerrar su pico el signo del mundo; porque teniendo más brillo aquellos esplendores, comenzaron de nuevo algunas melodias que han desaparecido ya de mi mente.

¡Oh grato amor, siempre sonriente, que abrasador te creía en medio de los resplandores que aspiraban sólo sacrosantas ideas! Luego que aquellas preciadas y brillantes joyas, de que vi engañada la luz santa, callaron sus celestiales notas, me pareció oír el murmullo de un río que, al descender de una cascada, muestra el raudal de su curso.

Y como se produce el sonido al más ténue contacto de un arpa, ó al entrar el aire en la churumbela, nació un mugido del cuello del Aguila, como si estuviese taladrado. El mugido

(1) Dos poblaciones de Chipre, sometidas á Enrique II.

ó rumor se trucó súbitamente en voz, saliendo por un pico formando conceptos, que procuré grabar en mi corazón por aguardarlos con tal ansiedad.

«La parte que de mí misma adviertes y que en las águilas vulgares pueden sostener la brillantez del sol, desea que se la mire ahora con fijeza, me dijo, porque entre los fuegos que dan forma á mi faz, los que dan brillo al ojo de mi cabeza son los principales de todos sus grados.



»El que luce en medio de la niña ha sido el gran canter del Espíritu Santo, que llevó el arca de pueblo en pueblo (1); hoy sabe lo que vale su canto, y el resultado de su voluntad, por el galardón relativo que ha recibido.

(1) El rey David.

»Entre los cinco que describen el arco de mi ceja, el más cercano á mi pico, dió consuelo á la viuda al morir su hijo (1); por la práctica de esta grata vida y la de la contraria, sabe cuán caro resulta el no ir en pos del Cristo.

»El que le sigue en sentido ascendente, retrasó la muerte mediante una verídica penitencia (2), ha aprendido ahora que no cambia el arco eterno, sin embargo que allí abajo una prez ardiente junte la vispera con el otro día.

»El que va en pos de él, transfirió las leyes en Bizancio (3), por lo que, á pesar de su sana intencion, produjo resultados tristes, y se hizo griego para dejar su sitio al Pastor; hoy sabe que el mal que inocentemente produjo no le daña, aunque diera pié á la destrucción del mundo.

»El que notas en el descenso del arco, fué Guillermo, quien echó de menos la tierra que llora á Carlos y Federico (4); conoce ahora cómo aprecia el Cielo á un rey justo, como lo patentiza su brillante resplandor. ¿Quién creeria que en la tierra tan plagada de errores, que Rifeo el de Troya es la quinta luz de estos santos resplandores?

»Respecto á la divina gracia, sabe él más hoy que lo que pueda ver el mundo, aunque su vista no alcance todavía su fondo.»

»Como ave que cantando se eleva, y súbitamente calla satisfecha de su postrera armonia, creí á la imágen del signo de la suprema voluntad, á cuyo placer vuelven las cosas al sér que tuvieron; y aunque mi duda fuese como en el vidrio el color que refleja, no pude guardar silencio por más tiempo.

«¿Qué cosas son esas?» hizo emanar de mis labios la gravedad de su peso, por notar grandes pruebas de regocijo. Despues, con la vista más enardecida, me repuso el bendito signo, por no acrecentar más mi asombro:

»Comprendo que crees esas cosas porque yo te las sugiero, y sin conocer el motivo; de suerte, que, si bien proferidas, no dejan de estar ocultas; practicas lo que el que aprende de memoria, que no conoce el sentido sin que otro se lo aclare

(1) Trajano, emperador.

(2) Ezequias.

(3) Con-stantino.

(4) Guillermo II, llamado el Bueno, rey de Sicilia.

Regnum caelorum cede ante la fuerza de un ardiente amor y de una esperanza tan viva que triunfan de la divina voluntad: no como consigue el hombre dominar á su semejante, pues que sólo vencen porque aquella se deja vencer, y vencida, triunfa por su gran bondad.

»Te causa estrañeza al ver la primera y quinta alma del arco en la mansion celestial; mas no vinieron paganas de sus cuerpos como te figuras, y si cristianas, poseyendo fe ardiente, la una en los que habian de sufrir (1), la otra en los que habian sufrido (2).

»La una salió del infierno, del que jamás se regresa con sana intencion, y tomó otra vez su cuerpo en premio de una esperanza viva, que diera tal fuerza á las plegarias elevadas á Dios para resucitarla, que consiguió inclinar su voluntad eterna. La gloriosa alma á que me refiero, vuelta á unir á la carne, de la que no tardó en apartarse, creyó en el que lo podía auxiliar, y así creyendo, se inflamó de suerte que la llama de verdadero amor, luego de su otra muerte, mereció el honor de asistir á esta fiesta.

»La otra por gracia nacida de una fuente tan magnífica que jamás el ojo de humano sér pudo atravesar la superficie, estuvo en la tierra dotada de sano espíritu; y de merced en merced, le abrió Dios los ojos, que supo poner en nuestra futura redencion. Cuando hubo creído en ella, dejó de padecer la infeccion pagana, y fué el cuchillo de la perversidad del hombre.

»Las tres mujeres que has visto en la rueda diestra del carro (3), lo sacaron de la pila tres mil y más años antes de su bautismo. ¡Ah predestinacion, qué distante se halla tu raiz de los ojos que no distinguen el gran móvil!

»Y vosotros, mortales, sed prudentes en vuestras ideas, pues que nosotros, que no vemos á Dios, todavía no conocemos todos los escogitados. Sin embargo, disfrutamos en nuestra ignorancia, cifrando nuestra felicidad en apeteecer lo mismo que Dios quiere.»

Esta fué la suave medicina que la santa imágen me dió para alargar mi corta vista.

(1) Rifeo.

(2) Trajano.

(3) Tres virtudes teológicas.

Y cual un profesor de cítara sigue en las cuerdas los ecos de la voz del cantante para formar gratas armonías, del mismo modo, en tanto hablaba aquella imagen sacrosanta, recuerdo que vi las dos bienaventuradas luces que formaron sus párpados, agitarse uniformes y acompañar sus palabras con nuevos rayos.

CANTO VIGESIMOPRIMERO

Asciende Dante desde la esfera de Júpiter á la de Saturno, cielo sétimo. — Formaron en él una gran escala los que se dedicaron á la vida de la contemplacion. — Responde san Pedro Damian á todas las preguntas del poeta. — Increpa la molicie y tujo del clero de su siglo. — Esfera de Saturno.

HÁBASE mi vista nuevamente en la faz de mi Señora, á la par que todos mis sentidos, pues no me dominaba otra idea; empero ella no se sonreía.

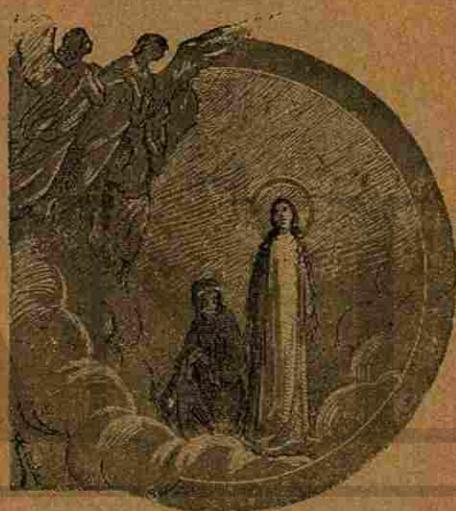
Por fin me dijo: «Si me sonriera, fuera de ti lo que fue de Semelé al quedar reducida á ceniza; pues mi hermosura, como has visto, se va iluminando gradualmente á medida que nos acercamos al eterno palacio, pues de no templarla vendría á brillar tanto, que tu humana fuerza, expuesta á sus rayos, asemejaría á la rama desgarrada por la centella.»

«Estamos ya en el sétimo esplendor, que, situado bajo el pecho del ardiente leon, extiende con él sus rayos hácia la tierra para templar su ardor. Pon tu espíritu al lado de tus miradas, y convierte tus ojos en espejos para la imagen que en ellos se va á reflejar.»

Quien comprendiera lo que mi vista se deleitaba en aquel bienaventurado aspecto, antes de tener que invertirla en otro objeto, sabría cuán grata me era la obediencia á mi guía celestial, y marchar de una en otra dicha.

En el planeta que, cuando gira, en derredor del mundo, toma el nombre de aquel amado rey en cuyo reinado se aniquiló todo mal, vi una escala del color de los rayos del sol, la

que era tan elevada, que mi vista no la alcanzaba (1). Vi descender por ella tan gran número de esplendores, que me figuré estaban allí juntas todas las luces celestiales; y como las corcejas tienen la costumbre á la aurora de agitarse unidas para calentar sus alas antes de alzar el vuelo y seguir diferentes direcciones, igual practicaron aquellos resplandores, hasta que cada uno ocupó el lugar que le correspondiera.



El que se quedara más próximo lucía tanto (2), que yo me decía: «Bien practicó el amor que me anuncias.» Mas aquella de quien yo esperaba el mandato de hablar ó callar estaba muda; por lo que á mi pesar no movi los labios. Sin embargo, ella, que con los ojos que todo lo ven advertía mi silencio, me dijo: «Satisface tu vehemencia.»

Y entonces empecé: «Aunque mis méritos sean indignos de

(1) Escalera de Jacob.

(2) San Pedro Damian, era itano antes y luego cardenal.

tu contestacion dime por favor, á la que me consiente interrogarte, alma que te hallas oculta en tu alegría, ¿por qué causa te me acercas tanto, y por qué no se escuchan en esta esfera las gratas armonias del Paraiso, que con tal devocion vibran en las otras?»



«Mortales son tu oído y tu vista, me repuso; no se canta aquí por la propia razon que no consiente sonreír á Beatriz. Si bajé hasta este punto de la escala santa, fué por halagarte con la palabra y con el resplandor de que me hallo revestida.

No te figures que mi solicitud sea hija del amor, pues allá arriba se arde en uno tan inmenso cual este resplandor: te lo demuestra, mas la elevada caridad que nos hace siervas cuidadosas á la voluntad que rige el mundo, nos coloca aquí en este órden que te sorprende.»

«Ya veo, vaso sagrado, le dije, que es suficiente en esta corte un libre amor para hacerse siervo de la eternal Providencia; mas lo que no entiendo, es por qué has sido entre tantas la sola encargada de esta mision.»

Aun no se habia extinguido la última frase, cuando la luz se pareció concentrar, girando como rueda veloz.

Despues repuso el amor habido en su centro: «La divina luz refleja en mí, penetrando por entre la que estoy inundada; y me eleva tanto su virtud, unida á mi vista, que noto hasta la magnífica esencia de donde emana. De allí nace la alegría que me rodea, pues lo claro de mi vista iguala al esplendor de sus rayos.

«Mas ni el alma que brilla en el Cielo con más fuerza, ni el serafín que más penetrara á Dios con su mirada, pueden responder á tu pregunta; de tal suerte se adelanta lo que pides en el arcano del eterno secret.), que no hay inteligencia que pueda comprenderlo.

«Dilo de este modo al regresar al mundo mortal, para evitar el que continúe más trecho por tal camino. El espíritu que aquí es luz, en la tierra no es más que humo: mal podrá allí abajo lo que no puede, aunque logre elevarse.»

Tan corrido me dejaron sus palabras, que olvidé mi duda, reduciéndome con humildad, á preguntarle quién era.

«Entre las dos riberas de Italia y próximas á tu patria (1), se hallan dos peñas tan elevadas, que el trueno suele retumbar en su base; forman un pico nombrado Catria, junto al cual se encuentra una ermita que se consagra exclusivamente al culto de Latria.»

Esto me repuso por vez tercera; luego añadió: «De tal suerte me dediqué allí al servicio de Dios, que con sólo alguna, viandas aderazadas con el jugo de la aceituna, pasaba el calor y el frío, feliz con mis ideas de contemplacion. Aquel claustro daba abundante producto para esta parte del Cielo, en tanto que

(1) Ducado de Urbino.

hoy está tan desierto, que habrá por precision que revelarlo pronto.

«Allí me llamaron Pedro Damian, y Pedro el pescador en el convento de Nuestra Señora en las márgenes del Adriático; muy débil era ya mi vida mortal, al ser llamado para obligarme a tomar el capelo que pasa siempre de peor a peor.

«Llegó Cefas, como tambien el vaso escogido (1) por el Santo Espíritu; ambos flacos y descalzos, recibiendo el sustento de ajena mano. Los modernos pastores son tan cómodos, que desean que se les acompañe, se les sostenga y aun que se les levante por la espalda. Cubren de tal suerte con paños sus palafrenes, que marchan dos bestias debajo de una sola piel (2). ¡Oh tolerancia, cuánta paciencia tienes!»

Cuando acabó de decir esto, ví algunos resplandores que bajando, corrian de una en otra grada, dándoles más luz cada movimiento. Al llegar en torno del espíritu que me hablara, pararon prorumpiendo en un grito tal, que aquí abajo no hay estruendo que pueda compararsele; no pude entenderles porque su ruido me anonadó.

CANTO VIGÉSIMOSEGUNDO

Cuenta san Benito que en el monte Casino llevó el nombre de de Cristo. — De allí asciende el poeta con Beatriz hacia el signo de Géminis, esfera última.

COMO el niño que busca apoyo en quién lo amparó, volvíme asombrado á mi protectora, y ella, cual madre cariñosa que acude á auxiliar la pena de su hijo, con la voz que acostumbra á calmarle, me observó:

«¿Te olvidas que te hallas en el Cielo, donde todo es seguridad, y que cuanto en él se práctica viene de un celo recto? ¿Cómo has resistido las armonías de las luces y mi sonrisa, y

(1) San Pablo.

(2) Dicton de Florencia.

te ha impresionado de tal modo un solo grito? Si hubieras entendido las plegarias que contiene, estarias al cabo de la venganza que notarás antes de tu muerte.

«Jamás hiere la espada celestial ni muy pronto ni muy tarde, con arreglo á la idea del que la espera con alegría ó miedo. Vuélvete enseguida á otro lado y verás varios espíritus ilustres, si tu mirada se coloca en la direccion que te demuestro.»

Efectivamente, miré donde ella quiso, y vi cien pequeñas esferas que se hermozeaban mutuamente con sus propios rayos. Mi posicion fué en aquel instante la del que se siente agujoneado de un vehemente deseo y no se atreve á preguntar por no incurrir en imprudencia. Pero la mayor y más resplandeciente de aquellas perlas avanzó para desvanecer mi curiosidad, y oí de su interior (1):

«Si vieras como yo la caridad que vive en nosotros, hubieran sido manifiestos tus pensamientos; mas para que por tu silencio no retardes la llegada al sublime objeto, desvaneceré con antelacion la idea que más te embarga.

«El monte en cuyo declive se halla Casino, fué visitado en tiempos, especialmente en su cima, por hombres extraviados y malos, habiendo sido yo el primero en conducir allí la verdad que tanto nos ensalza aquí (2). Tanto brilló en mi la gracia, que pude arrancar de sus contornos el culto impio; que sedujo todas las ciudades del mundo.

«Esos fuegos todos han sido hombres que se dieron á la vida de la contemplacion, abrasados en el ardor que hace brotar las flores y sagrados frutos. Están aquí Romualdo y Macario (3), como mis hermanos, que se cerraron en claustro con perseverante corazon.»

Yo le repuse: «El cariñoso afecto con que me hablas y que veo en vosotros, me inspira la confianza que el sol á la flor cuando se abre para recibirle; así, te ruego, padre querido, me digas si mi gracia será suficiente para permitirme ver tu faz.»

«Tus buenos deseos, dijo, serán satisfechos en la última

(1) Se refiere al fundador san Benito.

(2) Había un templo dedicado á Apolo.

(3) Ha habido dos Macarios. Romualdo, fundador de la orden camaldulense, en el año 957.

esfera, donde se satisfacen todos los otros y los míos, porque todos los votos son perfectos allí; únicamente en aquel lugar está toda parte, do siempre fué. Aquella esfera no se halla en ningún punto que gire entre los polos, y parte nuestra escala hasta ella por lo que á tu mirada se esconde.

»Jacob observó que la parte superior se encaminaba á las alturas, al parecerle tan llena de ángeles. Mas nadie por pisarla aparta su planta de la tierra; mi orden no sirve ya allí abajo sino para manchar papel. Sus murallas, que antes daban forma á un monasterio, son en la actualidad una caverna, y las cogullas de hoy son sacos de nefanda harina.

»Ni la más ciega usura es tan repugnante á Dios como el fruto de esos tesoros que de tal modo halagan la avaricia de los monges. Cuanto ahorra la Iglesia es propiedad de los que piden en nombre de Dios, y no de parientes y otros malvados.

»La carne mortal es de tal modo delicada, que no se halla buena institución que dure del nacimiento de la encina á la emanación de su fruto. Pedro principió sin oro ni plata, yo con las vigilias y oración, y Francisco creó su orden con la humildad. Si atiendes al origen de cada orden y á la altura que ha llegado, verás lo negro trocado en blanco.

»Mas admirable sería ver corregido este abuso, que lo debió ser el ver retirar las aguas del Jordán y del Océano cuando fué voluntad de Dios.»

Cuando acabó de hablar, fué el alma á incorporarse á su cohorte, que concentrándose, se elevó como torbellino.

Mi grata Señora, con un signo, me impulsó á ascender en pos de ella por la escala; de tal modo su virtud venciera mi naturaleza. Jamás en la tierra hubo movimiento tan veloz como mi vuelo. Ojalá, lector, pudiera volver á alcanzar aquel lauro glorioso, por el que frecuentemente lloro mis pecados, dándome golpes de pecho, como es positivo que no pondrias y apartarias el dedo del fuego más deprisa que lo hice yo al penetrar en el signo Tauro (1).

¡Ah estrellas celestiales! ¡Oh virtuosa luz! de la que recibí mi ingenio, como quiera que sea, entre vosotras nació y se ocultaba el padre de la mortal vida (2) al respirar yo por vez primera el toscano ambiente.

(1) Penetra en la esfera octava, ó la de las estrellas fijas.

(2) El Sol.

Al consentirseme luego la gracia de penetrar en la alta vía que os hace mover, vagué por vuestra morada, y por vosotras devotamente suspira hoy mi alma, para adquirir el valor necesario en el trance que se encuentra.

«Te hallas tan próximo á la verdadera salvación, díjome Beatriz, que es necesario sea penetrante tu mirada; de modo, que antes de proseguir, míres hácia abajo y advertirás cuántos coloqué bajo tu planta, para que tu corazón se presente regocijado ante la bella cohorte que acude tan alegre por esta bóveda eternal.»

Entonces pasé mi vista á través de las siete esferas, y vi de tal suerte á nuestro globo, que no pude menos de sonreír á su triste imágen: venturoso el que le tiene en poco y que no piensa sino en el otro mundo, que es el que merece el nombre de hombre de bien.

Contempla á la hija de Latona (1) inflamada en aquella sombra, que me la presentara, al parecer, densa y dilatada. Pude allí resistir el aspecto de tu hijo ó Hiperion (2), y vi como giran á su alrededor Maya y Dionea (3).

De allí creí ver á Júpiter atemperando á su padre y á su hijo; vi claramente sus cambios, como también el tamaño, velocidad y diámetro respectivos de los siete planetas. Este insignificante punto, que tanto nos envanece, me pareció sólo el efecto de unas cuantas peñas emanadas del fondo del mar, mirando con los Gemelos eternos que me acompañaban.

Luego mi vista volvió á fijarse en los divinos ojos (4).

(1) La Luna.

(2) El Sol, hijo de Hiperion.

(3) Mercurio fué hijo de Maya; Venus, hija de Dionea. Se refiere Dante á las esferas que había recorrido.

(4) De Beatriz.

CANTO VIGÉSIMOTERCERO

Refiere como vió brillar al Cristo sobre los bienaventurados lo mismo que el Sol.—Después vió á Maria, que llevaba un cordero, el cual cantaba con armoniosa voz.

COMO trasunto fiel del ave que en medio de la noche va á posarse junto al nido de sus hijuelos, para tenerlos á la vista y proporcionarles el indispensable alimento (penoso y halagüeño trabajo), y que desde las entrecabiertas ramas eleva fervientes súplicas por la aparición del sol, contemplando con fijeza el nacimiento del alba, del mismo modo estaba atenta mi bella Señora hacia la region menos veloz del Sol (1), mientras que yo, al verla tan suspensa, me parecía al que agujoneado de un vehemente deseo, se calma aguardando; corto, sin embargo, fué este intervalo, puesto que pronto se vió resplandecer el Cielo, entonces dijo Beatriz:

«Aquí están las triunfantes legiones del Cristo, y el fruto proporcionado por la agitacion de estas esferas.»

Creí ver su faz inflamada del todo; de sus ojos manaban raudales de alegría, que no me atrevo á bosquejar. Según Febo sonríe entre las eternas ninfas (2) que irradian el Cielo, así vi yo sobre miles de resplandores un sol, que cual el de aquí abajo, los inflamaba con sus celestiales rayos, y á través de su diáfana luz se me representaba tan visible la brillante sustancia que mi vista no la podia resistir.

«¡Oh amada Beatriz!» exclamé y ella repuso: «Lo que te absorbe es virtud, á la que nada puede resistir. Reside allí el saber y la fuerza que entre el Cielo y la tierra abrieran las sendas que dieron motivo á tantos anhelos.»

Como el fuego que, desgarrando la nube, va dilatándose hasta el extremo de no poderle ésta contener, y contra su ser

(1) El Mediodía.

(2) Alude á las estrellas.

se arroja hácia abajo, así se arrebató mi espíritu ante aquellas maravillas, sin que recuerde lo que fuera de él.

«¡Abre tus ojos y repara lo que soy! Objetos viste que te hicieron soportar mi sonrisa.»

Hallábame yo como el que recuerda una ilusion perdida que en vano procura atraerla, al oír aquella oferta tan digna de aceptacion y que jamás se borraré del libro donde se consigna lo pasado. Aunque las lenguas que Polimnia y sus hermanas alimentaron con su especial leche, se movieran en este momento en mi socorro, no me sería fácil cantar aquella deliciosa sonrisa y la pureza del resplandor que alumbraba á aquella sacrosanta faz. De suerte, que para bosquejar el Paraíso, debe el sacro poema dar un salto cual hombre que en su marcha encuentra una zanja.

Quien contemple el peso de la cuestion y el sér humano que carga con él, seguramente no extrañará el temblor del hombre. No es derrotero para un barquichuelo, ni hay quien medroso vaya en pos de mi atrevida proa.

«¿Por qué te subyuga tanto mi rostro, que no te fijas ni aun en el bello jardín que florece con los rayos del Cristo? Allí está la rosa (1) en la que se encarnó el divino Verbo, y los libros cuyo aroma enseña la recta senda (2).»

De esta manera habló Beatriz, y yo, que no anhelaba más que seguir sus indicaciones, puse á prueba mis párpados otra vez. Como antes, mi vista circundada de sombras, vi una florida pradera, merced á uno de los rayos del sol que atravesaba la rota nube, también vi entonces infinidad de resplandores alumbrados en la altura por refulgentes rayos, sin notar el nacimiento de su luz.

¡Ah divina virtud (3), que así les iluminas, cuál te elevaste para que mis débiles ojos pudieran contemplarte! El nombre de la divina flor (4) que invoco todas las mañanas y las noches, detuvo á mi espíritu para mirar el mas inmenso de aquellos esplendores.

Cuando mi vista me dibujó la hermosura y tamaño de la viviente estrella, que igual vence allá arriba como aquí abajo,

(1) La Virgen. (Rosa Mística)

(2) Los apóstoles

(3) El Cristo.

(4) La Virgen.

desprendiése un resplandor del fondo celeste (1) con la forma de círculo ó corona, y ciñó la estrella girando en torno suyo. La mejor armonía, que mejor pueda halagar el oído aquí abajo, asemejaría el rumor de un trueno, si se comparara con el eco de aquella lira que servía de corona al bello zafir con que el esplendoroso cielo se deleita.

«Soy el angélico amor girando en derredor del sublime gozo, emanado del vientre ó morada de nuestro anhelado; y seguirá girando, reina celestial, en tanto irás en pos de tu Hijo y proseguirás haciendo con tu vista más divina aun la suprema esfera.»

Al acabar de este modo la música circular, todos los resplandores ensalzaron á un tiempo el nombre de María.

El real manto (2) de todas aquellas esferas, que se enardece y anima inmensamente al sople del amor de Dios, tenía su interior orilla tan remota, que aunque puesto sobre nosotros, no me era posible ver claramente su forma; de suerte que mis ojos no tuvieron el vigor necesario para seguir la coronada llama que se elevaba detrás de su divina progenitura. Luego, todos aquellos resplandores se elevaron á un tiempo, haciendo lo que el niño, que satisfecho de mamar, extiende los brazos hácia la joven madre, probando con aquella acción el cariño que le tiene.

Después de haberme hecho comprender con tal claridad la ternura sin límites que profesaban á María, quedáronse delante de mí aquellos resplandores, entonando una tan preciosa *Regina Coeli*, que jamás la olvidará mi mente.

¡Oh! ¡Qué cúmulo de tesoros vi en aquellas ricas arcas, que tan buenos fueron en el mundo para el bello cultivo! Allí se disfruta del caudal que llorando se llevó al destierro de Babilonia (3), donde el oro quedó.

Allí se regocija en su victoria con el alto Hijo de Dios y de María y con el antiguo y nuevo concilio, todo el que posee las llaves de la gloria.

(1) Gabriel el arcángel.

(2) Primer móvil, ó cielo noveno.

(3) San Pedro con los Santos del Antiguo y Nuevo Testamento.

CANTO VIGESIMOCUARTO

Luego de demandar Beatriz al apostólico colegio que sea benigno con Dante, ruega á san Pedro que lo encamine en cuestiones de fe.—El gran Apóstol dirige algunas preguntas al poeta.

An escogitada compañía en la cena del Cordero santo, que os sacia hasta el caso de que sea cumplida siempre vuestra voluntad! ¡Si por gracia del Altísimo prueba éste lo que se desprende de vuestra mesa antes de que la muerte le acorte el plazo, no os olvidéis de su voraz ardor y atemperadle un poco, ya que os sustentáis del manantial del que nace todo lo que él piensa!»

Esto dijo Beatriz, y aquellas alegres almas se trocaron en esferas sobre los polos fijos, brillando cual cometas. A semejanza de las ruedas que en el mecanismo del reloj se mueven de manera que á la vista del curioso parece inmóvil la primera y veloz la última, giraban entre sí aquellos deslumbradores círculos, dándome á conocer la beatitud por la velocidad ó lentitud de su marcha.

Además de lo que ya había notado por su hermosura, vi aparecer un tan hermoso resplandor, que ningún otro se le parecía en claridad, el que giró tres veces alrededor de Beatriz, cantando tan divinamente, que sería inútil querer recordar su canto, ni describirlo podría mi pluma, pues ni la mente ni la palabra tienen para ello la fuerza suficiente.

«¡Oh mi sacrosanta hermana, que con tal devoción te nos acercas! has de saber que con tu efecto ardiente me hiciste desprender de aquella divina esfera (1).» Después de pararse aquel bendito fuego, dirigió su sople hácia mi Señora, manifestándole lo que antes dije.

Ella á su vez repuso: «¡Oh eterna luz del gran personaje á quien Nuestro Señor entregó las llaves de esta inmensa alegría, que él condujo allí abajo; interroga á éste á tu placer

(1) San Pedro, que se dispone á preguntar á Dante sobre fe.

sobre los puntos sencillos ó difíciles respectivos á la fe que te permitió andar sobre el Océano.

«Tú no ignoras si ama, si aguarda ó si crece, puesto que tiene los ojos fijos allí donde se refleja todo; y ya que éste es el reino de los ciudadanos de la sincera fe, será bien que lo hables de él á éste con objeto de glorificarle.»

Como el alumno que se prepara en silencio en tanto que el profesor propone la materia que debe aprobar, mas no resolver, iba yo en pos de razones, interin él hablaba, á fin de poder quedar airoso ante tal examinador. «Explicate, cristiano, me dijo: ¿Qué es fe?»

Inmediatamente levanté la cabeza hácia el resplandor que acababa de interrogarme. Despues me volví á Beatriz, la que me hizo una seña para que vértiese presto el agua de mi manantial interior.

«Asi la gracia que me consiente la confesion con mi primer Primpilar (1), haga que mis ideas sean bien precisas.»

Despues añadí: «Segun lo escribió, padre mio, la pluma verdadera de tu amado hermano (2), que contigo hizo que Roma entrara en el buen redil, la fe es el gérmen de todo lo que se espera, y el argumento de los objetos que no se ven; éste es mi parecer sobre su esencia.»

Aquí me dijo: «Recto es tu juicio, si juzgas bien por qué la puso entre las sustancias y despues entre los argumentos.»

Yo en seguida: «Los objetos profundos que aquí se me manifiestan, se hallan de tal manera escondidos allí abajo á la vista de todos, que sólo subsisten en la creencia, en la que estriba la alta esperanza; hé aquí cómo es en el lugar de sustancia, y cómo sin otra luz es necesario argüir sobre esta creencia, en lugar de argumento.»

Luego oí: «Si cuanto se adquiere allá abajo por la ciencia fuera tan perfectamente entendido, no cabría allí el espíritu del sofisma.» Despues añadió: «Prueba evidente de esto es la liga y el peso de la moneda que en ella cabe. Mas di: ¿la tiené tu bolsa?»

Yo: «La poseo tan reluciente y completa, que no tengo duda respecto á su cuño.»

El sabio resplandor: «Ese tesoro en que se funda vuestra

(1) Primpilar, jefe de la primitiva centuria entre los romanos.

(2) San Pablo.

virtud, ¿de dónde lo adquiriste? Yo: «El copioso rocío del Santo Espíritu que cayó sobre las antiguas y modernas páginas, es el silogismo que me convenció, de modo, que cualquiera otra aclaracion me parecia oscura á su lado.»

Entonces me dijo de nuevo: «¿Cómo tienes por divina palabra la antigua y la moderna proposicion que de tal suerte te han convencido? Yo: «La verdadera prueba son las obras que siguieron por las que la naturaleza jamás enrojé el hierro ni hirió el yunque.»

A lo que me repuso: «Dí, ¿quién corrobora que fuesen tales obras lo que se quiere probar? No hay quien lo jure.—Si el mundo fué convertido al cristianismo, sin efectuar milagros, digo, aquello no dejó de ser un milagro más inmenso que todos los demás.»

«Porque tú penetraste pobre y en ayunas en los campos, á fin de sembrar la buena planta, que fué viña antes, y que ahora se ha vuelto zarza.»

Acabadas estas palabras, la santa y magnífica corte preludió en las esferas: «Alabemos al solo Dios en la melodía que se entona en las alturas.»

El santo varón (1) que al preguntarme habia sabido atraerme tan bien de rama en rama, tanto, que nos aproximábamos ya á las postreras hojas, empezó de nuevo de este modo: «La gracia que se prestó á tu espíritu, te abrió la boca hasta el caso de no poder más, de suerte que apruebo lo que de ella salió. Sin embargo, es preciso explicar tu creencia, y cómo se te ha podido ofrecer.»

«¡Ah, santo padre, que ves lo que creiste con tal firmeza, que venciste el sepulcro luego de salvar otra planta más tierna (2), dije, deseas que diga la fórmula de mi viva creencia y también quieres inquirir el motivo!»

A lo que contesté: «Creo en un Dios solo y eterno, que sin moverse conmueve todo el Cielo, merced al amor y al deseo, y vienen en apoyo de esta creencia, no sólo pruebas físicas y metafísicas, sino otras, tales como la verdad que llovió de aquí para Moisés, los profetas, salmos, Evangelio y todos los que despues de santificados escribisteis.»

(1) San Pedro.

(2) San Pedro penetró en el sepulcro primero que san Juan, sin embargo de llegar éste antes.

«Además, creo en tres eternas personas con una sola esencia, de tal modo una y del mismo modo tres, que á un tiempo admiten *sunt y est*. La mística naturaleza á que me refiero, fué grabada varias veces en mi espíritu por la doctrina evangélica; tal es el fundamento, tal la chispa que se torna en llama y que centellea en mí como estrella en el firmamento.»

A la manera que el señor que al recibir noticias halagüeñas de su siervo le abraza con efusion, el apostólico resplandor que me mandara hablar me circuyó cuando acabé, despues de bendecirme y cantar por tres veces, tanto le satisficieron mis respuestas.

CANTO VIGÉSIMOQUINTO

Luego de oír sus contestaciones, aprueba el Santo las creencias de Dante.—Lo examina Santiago apóstol, respecto de la Esperanza, y le hace tres preguntas.—A la primera responde Beatriz y á las otras dos el poeta.—San Juan evangelista notifica al poeta que su cuerpo mortal quedo en la tierra.

Sí el sacro poema en el que tanta participacion ha tenido el Cielo y la tierra, lo que ha sido motivo de que enflaquezca durante algunos años, triunfa un día de la crueldad que me separa del magnífico aprisco (1) en que dormitaba cordero, contrario de los lobos que la desgarran, si bien poeta de diferente voz y cabellera, tomaré entonces la corona sobre la pila de mi bautismo, pues allí penetré en la fe que muestra á Dios las almas, por la que Pedro circundara mi frente (2)

Enseguida adelantó hacia nosotros un resplandor perteneciente á la propia cohorte de que saliera el primero de los vicarios que Cristo dejara en la tierra; observóme regocijada

(1) Florencia.

(2) Al fin del canto precedente.

mi Señora: «Contempla el varon, por el que allí abajo se peregrina hasta Galicia (1).»

A imitacion de los torceces que al unirse se arrullan, vi yo á aquellos grandiosos principes acogerse mutuamente (2), glorificando el maná que le satisfice en las alturas. Luego de aquel grato cumplimiento, cada uno silencioso *coram me*, se paró, apareciendo tan refulgentes, que oscurecian mi vista.

Sonriente Beatriz, dijo: «Ilustre alma que describiste el regocijo de nuestra basilica, haz que resuene la esperanza en esta mansion. Bien la figuraste tantas veces como Jesús de apareció con todo su resplandor á sus tres discípulos.»

«Alza la frente y está tranquila, pues es necesario que el que aquí llegue del mundo mortal, madure al calor de nuestra llama.» Esto dijo el segundo resplandor. Y entonces alcé la vista hacia aquellas montañas (3), que me la hicieron bajar con su enorme peso.

«Ya que nuestro emperador (4) te concede el don de permitirte entrar antes de tu muerte en el sitio más oculto de su palacio entre sus grandes, á fin de que habiendo examinado la verdad de él, acrecentes en tí y en los otros de allí abajo la esperanza que ha de conseguir su eterna posesion, y pregones lo que es, segun brilla tu espíritu y de donde procede.» Esto dijo el resplandor segundo.

La caritativa mujer que guiara mis alas á semejante altura, dispuso que mi contestacion fuese la siguiente: «La Iglesia de hoy no tiene otro hijo que espere más, segun lo describe el sol que refleja sobre nuestra multitud; por lo que desde Egipto se le consintió venir á Jerusalem, antes de libertarse del servicio.

«Con respecto á los otros dos puntos enunciados por tí, no porque no los ignore, sino para que te repita cómo te es amada aquella virtud, los dejo de su cuenta, porque no le serán dificultosos ni objeto de jactancia; consiéntale la gracia de Dios responder á ellos.»

Como el alumno que con brevedad y alegría responde al profesor respecto á las preguntas que no ignora, á fin de

(1) Santiago, dispuesto á preguntar á Dante sobre la Esperanza.

(2) San Pedro y Santiago.

(3) Los mismos.

(4) Dios.

demostrar sus alcances, dije yo: «La esperanza es la espera positiva de la futura gloria; emanada de la divina gracia y de los anteriores méritos; hé aquí el fulgor que viene en mí de las estrellas, derramándolo el primero en mi corazón el soberano cantor (1) del magnífico Maestro.

«Que aguarden en tí, dijo en sus cantos, los que no ignoran tu nombre;» y quién que atesore mi fe lo ignora? De tal suerte me inundó tu epístola, que estoy lleno de ella, y la hago refluir en los demás.»

Mientras hablaba vi en el centro vivo de aquel fuego oscilar una llama seguida y veloz cual la centella, la que me dijo luego: «El amor en que me abraso aun por la virtud que me acompañara hasta el martirio y hasta dejar el campo de batalla, desea que te hable, puesto que lo esperas; me regocija el que digas lo que te promete la Esperanza.»

Yo: «Las modernas y antiguas Escrituras clasifican la suerte de los espíritus que Dios ha adoptado, y la mía se me presenta terminante. Isaias opina que vestirá cada una en su patria un ropaje doble, siendo su patria esta grata vida, y tu hermano (2) determina con más claridad la revelación, al referirse á las blancas túnicas.»

En el instante de acabar las palabras anteriores, oímos sobre nosotros *Sperant in te*, á que respondieron todos los círculos. Entre ellos brilló un resplandor con tal fortaleza, que si el Cáncer tuviera tal claridad, un día de invierno tendría la duración de un mes.

El luminoso esplendor se dirigió á los otros dos que seguían girando cual convenia á su voraz amor, como se incorpora y principia á bailar una joven graciosa, con la idea de festejar á la bella desposada; y no con la idea de incurrir en ninguna falta.

Interin aquella luz, reunida á las otras, principiaba su canto y movimiento, mi Señora ponía en ellas su vista como esposa inmóvil y silenciosa.

«Es el que reposó en el seno de nuestro Pelicano (3), y desde la cumbre de la Cruz fué escogido para el gran acto.»

Esto dijo mi Señora, sin que dejasen de ser sus miradas

(1) David.

(2) San Juan evangelista.

(3) Jesucristo.

tan atentas como antes de hablar. Como el que mira y cree ver que se eclipsa el sol un poco de tanto mirar acaba por no ver, me quedé yo en vista de aquella llama, en tanto decía: «¿Por qué te deslumbra un objeto que aquí no ocupa su lugar?»

«Mi cuerpo es tierra en la tierra, y esto será con todos los otros, hasta que su número sea idéntico al de los decretos eternos. Sólo los esplendores que alzaron su vuelo ostentan dos vestidos en este dichoso claustro; esto lo repetirás allí abajo.»

Después de estas frases, se paró el inflamado círculo; tan grato era el eco de aquellas tres voces, como el que para que cesen la fatiga ó el riesgo, produce un silbato y paran los remos que azotaban las olas. ¡Qué inmensa fué mi emoción al volverme á Beatriz sin que alcanzara verla, sin embargo de estar á su lado, y en el mundo de las bienaventuranzas!

CANTO VIGÉSIMOSEXTO

Solamente el Cristo y la Virgen subieron en cuerpo y alma al Cielo — Examina san Juan evangelista al poeta sobre la Caridad. — Responden con un himno los bienaventurados á las acertadas contestaciones de Dante. — Adán refiere á Dante la época de su dicha y la de su desventura.

MIENTRAS estaba vacilante con motivo de lo deslumbrado de mi vista, brotó del centro de la llama una voz que llamó mi atención, y que decía: «Mientras recobras la vista que perdiste al contemplarme, será del caso que te desquites hablando; principia por decirme á lo que tu alma atiende, y cree que tu vista está extraviada, y no perdida ó muerta, pues la mujer que te dirige en esta mansion, tiene en la mirada la virtud que tuvo la mano de Ananías (1).»

Y á mi vez le dije: «Que más pronto ó más tarde acuda á mis ojos el remedio, puesto que fueron las puertas por donde

(1) Giró la vista hacia san Pablo.

demostrar sus alcances, dije yo: «La esperanza es la espera positiva de la futura gloria; emanada de la divina gracia y de los anteriores méritos; hé aquí el fulgor que viene en mí de las estrellas, derramándolo el primero en mi corazón el soberano cantor (1) del magnífico Maestro.

«Que aguarden en tí, dijo en sus cantos, los que no ignoran tu nombre;» y quién que atesore mi fe lo ignora? De tal suerte me inundó tu epístola, que estoy lleno de ella, y la hago refluir en los demás.»

Mientras hablaba vi en el centro vivo de aquel fuego oscilar una llama seguida y veloz cual la centella, la que me dijo luego: «El amor en que me abraso aun por la virtud que me acompañara hasta el martirio y hasta dejar el campo de batalla, desea que te hable, puesto que lo esperas; me regocija el que digas lo que te promete la Esperanza.»

Yo: «Las modernas y antiguas Escrituras clasifican la suerte de los espíritus que Dios ha adoptado, y la mía se me presenta terminante. Isaias opina que vestirá cada una en su patria un ropaje doble, siendo su patria esta grata vida, y tu hermano (2) determina con más claridad la revelación, al referirse á las blancas túnicas.»

En el instante de acabar las palabras anteriores, oímos sobre nosotros *Sperant in te*, á que respondieron todos los círculos. Entre ellos brilló un resplandor con tal fortaleza, que si el Cáncer tuviera tal claridad, un día de invierno tendría la duración de un mes.

El luminoso esplendor se dirigió á los otros dos que seguían girando cual convenia á su voraz amor, como se incorpora y principia á bailar una joven graciosa, con la idea de festejar á la bella desposada; y no con la idea de incurrir en ninguna falta.

Interin aquella luz, reunida á las otras, principiaba su canto y movimiento, mi Señora ponía en ellas su vista como esposa inmóvil y silenciosa.

«Es el que reposó en el seno de nuestro Pelicano (3), y desde la cumbre de la Cruz fué escogido para el gran acto.»

Esto dijo mi Señora, sin que dejasen de ser sus miradas

(1) David.

(2) San Juan evangelista.

(3) Jesucristo.

tan atentas como antes de hablar. Como el que mira y cree ver que se eclipsa el sol un poco de tanto mirar acaba por no ver, me quedé yo en vista de aquella llama, en tanto decía: «¿Por qué te deslumbra un objeto que aquí no ocupa su lugar?»

«Mi cuerpo es tierra en la tierra, y esto será con todos los otros, hasta que su número sea idéntico al de los decretos eternos. Sólo los esplendores que alzaron su vuelo ostentan dos vestidos en este dichoso claustro; esto lo repetirás allí abajo.»

Después de estas frases, se paró el inflamado círculo; tan grato era el eco de aquellas tres voces, como el que para que cesen la fatiga ó el riesgo, produce un silbato y paran los remos que azotaban las olas. ¡Qué inmensa fué mi emoción al volverme á Beatriz sin que alcanzara verla, sin embargo de estar á su lado, y en el mundo de las bienaventuranzas!

CANTO VIGÉSIMOSEXTO

Solamente el Cristo y la Virgen subieron en cuerpo y alma al Cielo — Examina san Juan evangelista al poeta sobre la Caridad. — Responden con un himno los bienaventurados á las acertadas contestaciones de Dante. — Adán refiere á Dante la época de su dicha y la de su desventura.

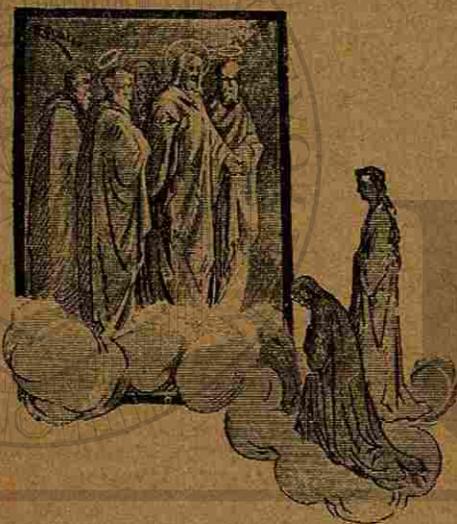
MIENTRAS estaba vacilante con motivo de lo deslumbrado de mi vista, brotó del centro de la llama una voz que llamó mi atención, y que decía: «Mientras recobras la vista que perdiste al contemplarme, será del caso que te desquites hablando; principia por decirme á lo que tu alma atiende, y cree que tu vista está extraviada, y no perdida ó muerta, pues la mujer que te dirige en esta mansion, tiene en la mirada la virtud que tuvo la mano de Ananías (1).»

Y á mi vez le dije: «Que más pronto ó más tarde acuda á mis ojos el remedio, puesto que fueron las puertas por donde

(1) Giró la vista hacia san Pablo.

ella penetrara con la llama que continuamente me inflama. El bien que practica esta regocijada corte es el *alfa* ó el *omega* que me dicta, conforme sea sencillo ó difícil.»

La propia voz que destruyera mi pánico, emanado en mi súbito deslumbramiento, me impulsó el deseo de hablar, al decirme: «Necesario será que te purifiques en más angosta criba; os preciso que indiques quién encaminó tu arco a tal objeto (1).»



Yo repuse: «Los sabios argumentos y la autoridad que de aquí se desprenden, son los que deben haber grabado en mi aquel amor; pues que el bien por sí aviva más el amor, cuanto que es más grande aquel bien.»

»De suerte, que es tan inmensa la ventaja de aquella esencia, que cuanto existe bueno fuera de ella es emanación de su luz, y tendrá más amor el alma del que consideré la verdad fundamental de aquella prueba, dicha verdad me fué probada por el que ostenta el primer amor de todas las eternas sustan-

(1) San Juan, que va á interrogar al poeta sobre el amor.

cias, como me lo demuestran las palabras del verdadero Creador, que hablando de sí propio, dijera á Moisés: Te haré notar el Supremo Bien, y tú me lo manifiestas también principiando el sublime anuncio que proclama los arcanos de las alturas con más eficacia que otro cualquiera heraldo.»

Entonces oí: «En nombre de la humana razón y en el de la autoridad que se halla de acuerdo con ella, reserva para Dios el más grande de todos sus amores. Mas di si te sientes arrastrado á él todavía por otras cadenas, y con cuántos dientes te muerde aquel amor.»

No me fué desapercibida la santa idea del Aguila del Cristo (1), ni el punto hácia el que demandaba mi confesion; de suerte que le contesté: «Cuántas mordeduras pueden contribuir á elevar el alma á Dios, han cooperado á mi caridad; pues la existencia del orbe y la mía, la muerte que arrastró para darme vida, la que aguarda tan fiel como yo, y la viva razón de que ántes hablé, me arrancaron del nocivo amor para conducirme al borde del amor perfecto. Las hojas que cubren el jardín del eternal jardinero me son queridas con arreglo al bien que él les comunica.»

Dichas estas palabras, emanó del cielo un purísimo canto, y mi Señora, con las demás decía: «¡Santo, Santo, Santo!»

Y como el que despierta al fulgor de la luz por el sentido de la vision, que va en pos de la claridad de uno en otra membrana, y que luego despierto, queda horrorizado de lo que contempla, tan súbita es la metamorfosis operada hasta que viene en su socorro la razón, así Beatriz despojó el nublado de mis ojos con la luz de los suyos, que resplandecían á miles de millas.

En el momento vi con más claridad, y con asombro pregunté quién era el cuarto resplandor que ante nosotros veía. Mi Señora dijo: «El alma primitiva (2), creada por la primitiva virtud, considera placentera á su Creador desde el fondo de esos rayos.»

Como el inclinado follaje al soplo del vendaval que por su propia fuerza, pasada la ráfaga, se eleva de nuevo, ergime yo asombrado, en tanto me hablaba Beatriz; y cuando conseguí la satisfacción del deseo de hablar, dije á mi vez:

(1) San Juan.

(2) Adán.

«¡Ah exclusivo fruto que alcanzaste perfecta razon (1), ¡oh viejo padre del que toda esposa es hija y nuera! te ruego humildemente que me hables. Ya ves mi anhelo, que refrendé para escucharte más pronto.»

Algunas veces se agita de tal modo el animal debajo de su piel, que por ella se perciben todos sus movimientos internos; igualmente se hubieran podido notar á través de la mia, segun se me aproximaba por complacerme regocijada y llena de luz el alma primitiva.

Enseguida me dijo: «Sin indicarme tu deseo, lo veo con más exactitud que contemplas tu la cosa que mejor sepas, porque la veo reflejada en el espejo donde se refleja todo. Tú deseas saber cuando me colocará Dios en el elevado jardín en el que te dispuso esa grande escala para ascender, qué espacio me fué amado en aquel jardín, cual fué el motivo de la cólera celeste, el idioma que hablara, y todo cuanto hice.

«Hijo mío, no fué por probar el árbol causa de tu largo destierro, y si unicamente por no cumplir la orden recibida.

«En el punto (2) de donde tu Señora hizo partir á Virgilio, era donde yo anhelé, por el interregno de cuatro mil trescientas dos revoluciones solares, fijar mi residencia; y nueveveintias treinta veces vi girar el sol hacia todas las luces que se hallan en su marcha, en tanto estuve en la tierra.

«La lengua de que me valia fué extinguida antes de que los hombres de Nembrod (3) labraron la obra sin fin. No existe racional efecto de eterna duracion, por motivo de la voluntad del hombre que va renovándose con la influencia celeste.

«El acto de emitir palabras el hombre, es acto natural; mas el que lo verifique de uno ú otro modo, es lo que la naturaleza deja á su criterio. Antes de mi descenso á los infernales torcedores, en la tierra se daba el nombre de *Eli* al Supremo Bien, origen de la dicha que me circunda.

«Despues fué nombrado *Eli*, lo que consistiría en que los usos de los mortales son como las hojas que se marchan de las ramas cediendo su sitio á otras nuevas. En la montaña más elevada sobre la onda llevaba yo una vida sin mancha, que fué

(1) Adán fué creado de 30 años de edad, con perfectas facciones y en el complemento de todos sus sentidos.

(2) El Limbo.

(3) Nembrod, nieto de Can, que alzara la Torre de Babel.

culpable desde la que es primera hora hasta la segunda, al cambiar el sol de lugar á la hora sexta.»

CANTO VIGESIMOSSETIMO

Enfurecese san Pedro contra los malos pastores.— Los Santos desaparecen, elevándose.— Dante también sube con Beatriz á la esfera nocena, titulada el Primer Móvil.— Le son reveladas la naturaleza y virtud de aquella principal esfera.

GLORIA al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo;» este himno fué entonando por todo el Paraíso con tal suavidad, que arrabó todo mi sér. Cuanto veía me pareció una sonrisa del universo; la dulzura penetraba en mí por el oído y por los ojos.

«¡Oh gozo! ¡Oh dicha inefable! ¡Oh dicha llena de amor y de ventura! ¡Oh segura riqueza sin anhelos! Las cuatro antorchas continuaban encendidas ante mí, y la primera continuó á resplandecer, teniendo el aspecto de Júpiter, si él y Marte fuesen aves y trocasen sus plumas.

La Providencia, que es la que reparte aquí el tiempo y el trabajo, había ordenado el silencio á aquellos coros santos, y percibi lo siguiente: «No te sorprenda el que adviertas que cambio de color en tanto te hable, pues verás que tambien lo cambian todos los demás esplendores.

«El que usurpa en la tierra mi lugar, que se halla vacante en presencia del Hijo de Dios (1), convirtió mi cementerio en cloaca de sangre y podredumbre, que para el perverso, despenado de aquí, es allí abajo objeto de consuelo.»

En aquel instante vi que el Cielo se pintaba del color que da el sol al nacer y al ponerse á las nubes opuestas. Como virtuosa mujer que, fija en sí misma, se ruboriza solo al oír la falta ajena, vi cambiar el aspecto de Beatriz, figurándome que debió operarse idéntico eclipse en el Cielo mientras la pasión del Supremo Bien (2). Despues prosiguió de este modo, siendo

(1) Bonifacio VIII, papa.

(2) Jesucristo.

su voz tan diferente, que no podía ser más grande el cambio operado en su ademán:

«La esposa de Cristo (1) no tomó alimento de mi sangre ni de la de Lino, ni de la de Cleto (2), para avezarla á adquirir oro, y si para lograr aquella vida feliz, por lo que Sixto y Pío, Calixto y Urbino vertieron su sangre, luego de tan amargas lágrimas.

»No fué nuestra idea el que parte del pueblo cristiano se sentara á la derecha de nuestros sucesores, y parte á la izquierda, ni que las llaves que me fueran encomendadas se trocaran en lema para una bandera alzada contra los que recibieran el agua bautismal, ni que se utilizasen para sello de privilegios venales y falsos que me ruborizan y me irritan.

»Con la ropa de pastor se visten aquí lobos voraces de todo pasto. ¡Oh Justicia divina! ¿Por qué te adormeces? Los de Cahors y Gascuña (3) se preparan á libar nuestra sangre; ¡ah, magnífico principio! ¿á qué final estabas destinado? Sin embargo, la Providencia, que valida de Escipion, defendió en Roma la honra del mundo, pronto lo amparará según yo opino.

»Y tú, amado hijo, á quien el mortal peso llevará luego allá abajo, abre tu boca y no escondas lo que no esconda yo.»

Así como en nuestra atmósfera fluctúan los helados vapores al tocar el sol el cuerno de la celeste cabra, vi que fluctuaban en el éter los vapores triunfales, antes pasados á nuestro lado. Mi vista siguió su forma hasta que la distancia no le consintió extenderse. Por lo que mi Señora, al advertir que había dejado de mirar á lo alto, me dijo: «Depon tu vista, y repara lo que has girado.»

Desde el momento en que miré por primera vez, advertí que había recorrido el arco completo (4) que dibuja desde el centro al final el primer clima; de suerte que veía más allá de Cadiz el loco paso de Ulises, y más acá la ribera en la que Europa viene á ser de tan agradable peso; y hubiera descubierto algo más de aquel rincón de la tierra, á no avanzar el sol bajo mi planta, separado de un signo y algo más.

(1) La Iglesia.

(2) Lino y Cleto, papas de los tiempos primitivos.

(3) Juan XXI procedía de Cahors, y Clemente V de Gascuña.

(4) Hacia el tropico de Cáncer, con arreglo á Ptolomeo.

El cariñoso espíritu con que venero á mi Señora, ardía con más fuerza que nunca en el anhelo de dirigirla los ojos. Si naturaleza y arte apelaron á encantos á fin de atraer el alma con la vista, pálidos son todos ellos en comparacion del placer celestial que me iluminara al reparar en su sonriente faz. El valor de que me revistiera su mirada, me arrancó del precioso nido de Leda (1), trasladándome más veloz al Cielo.

Sus partes altas y más rápidas eran tan iguales, que en vano querría distinguir la que escogió para que yo la ocupase. Mas Beatriz, que advertía mi deseo, principió á hablar con tal regocijo, que parecía que Dios cifraba en ella su complacencia.

«La naturaleza del orbe, que para el centro de él y hace girar las restantes partes en torno suyo, parten de aquí como de un límite, sin que este cielo posea otro espacio que el divino espíritu al que se inflaman el amor que le hace girar y la virtud que precisa á flover. El resplandor y el amor le describen en círculo y como él los demás; aquel círculo sólo lo entiende quien lo formó. No es determinado su movimiento por otro alguno, pero el de los otros se dirige por éste, tal como la mitad de diez es cinco.

»Ya comprenderás ahora que tiene sus raíces el tiempo en esta maceta y sus hojas en las otras. ¡Ah concupiscencia! ¡Hundes de tal suerte en tu seno á los mortales, que ninguno puede alzar sus ojos fuera de tus hondas!

»Si que florece en los hombres la voluntad, mas la eterna lluvia convierte en endrinos las verdaderas ciruelas. La inocencia y la fe sólo se hallan en los niños, porque desaparecen tan luego ó antes de que el vello asome á las mejillas. Hay joven que todavía tartamudeando, al hallar su lengua suelta, devorará el alimento que le presenten, sin importarle la luna. También existe tartamudo que, amando y oyendo á su madre, luego al hablar en voz alta, desearía verla enterrada.

Por lo que de blanco que era antes el cútis de la bella joven (2), se transforma en negro. Concluya tu asombro al

(1) Signo de Géminis, desde donde los ojos de Beatriz le arrastran al principal móvil, o esfera nona, que no es debido su movimiento á otra alguna, antes bien, lo presta á las demás.

(2) La humana especie, hija del Sol.

comprender que no hay quien rija en la tierra; de suerte, que la humana familia se desvia. Mas antes que salga del invierno el mes de Enero, con motivo de estar allí abajo tan abandonado el centeno, girarán los principales círculos de suerte que la dicha, con tal vehemencia aguardada, volverá la popa hacia donde hoy tiene la proa, y navegará con rectitud la flota. Y el verdadero fruto sucederá á la flor.

CANTO VIGÉSIMOCTAVO

Cuenta Dante haberle sido consentido ver la divina Esencia.— Observa un punto que despide reflejos de más viva luz, en torno del cual van girando nueve círculos.— Beatriz le explica de que manera los nueve círculos se hallaban en relación con las nueve esferas del mundo que siente, diciéndole luego la angélica gerarquía.

LUEGO que la que conduce mi alma al Paraíso me reveló la verdad sobre la actual vida de los infortunados mortales, como advierte en un espejo la llama de una bujía el que se halla detrás antes de verla y fijarse en ella, y según se vuelve á ver si el espejo ha hecho exacta la reproducción, ve que ambas se relacionan como la nota y las palabras, me acuerdo que hice yo, fijándome en los bellos ojos que con el amor formara el lazo que me sujeta, y que al apartarlos apareció en el Cielo lo que se verifica cada vez que observamos su extensión.

Enseguida vi un punto (1) que irradiaba tal luz, que si no los cierro, indudablemente hubiera abrasado mis ojos. La estrella que desde aquí aparece la más tenue, á su lado parecería una luna, como una estrella cerca de otra. Casi parece que dista de su círculo la luz que le traza al ser la corona de vapores más densa, como dista del rededor del punto un círculo de fuego, que gira con tal rapidez, que sobrepujaría en gran manera al movimiento más veloz en dar vuelta al orbe.

Estaba aquel círculo rodeado por otro, y seguían á éste

(1) Dios.

un tercero, un cuarto, un quinto y un sexto círculo, y sobre éstos giraba el sétimo en tan inmensa extensión, que la embajadora de Juno sería asaz angosta para contenerle. Lo mismo sucedía respecto del octavo y noveno (1), siendo el movimiento de aquellos círculos más pausado según se hallaban sus números más alejados del primero; en cambio, lucía más su llama, según se encontraba más apartada de la pura luz, con motivo, á lo que me figuro, de asemejarse más á ella.

Al verme mi Señora presa de semejante inquietud, me dijo: «Si la tierra estuviese dispuesta con el orden de esas ruedas, me satisficaría la razón dada; mas en el mundo sensible son tanto más elevadas las esferas, cuanto más se apartan de su centro. Por lo que, si mi deseo ha de satisfacerse en este celestial y admirable templo que tiene por límites el amor y la luz, he de inquirir por qué el original y la copia giran de distinta manera; esta es la idea que me preocupa y no me explico.

»No es mucho que tus dedos no basten para tal nudo, porque es tanto más apretado cuanto que jamás se tocó.»

Esto observó mi Señora; luego prosiguió: «Ten presente lo que te voy á decir para que satisfagas tu deseo, y sobre ello aguzas tu entendimiento.

»Los círculos materiales son largos y estrechos, con arreglo á la cantidad esparcida sobre todos sus lados. Cuanto mayor es el mérito, más grande es el bien producido; y cuanto mayor un cuerpo, más grande el bien que contiene, si son todas las partes de aquel del mismo modo perfectas.

»De suerte, que este círculo que arrastra en pos de sí todo el orbe, pertenece al que más ama y más sabe (2); por lo que si mides por su virtud en vez de por su extensión, esas sustancias que están en torno tuyo, notarás una proporción gradual y admirable entre un cielo y su inteligencia.»

Claro y puro cual el hemisferio al dulce soplo del Boreas, que disipa y dispersa la niebla densa, á fin de que vuelva á lucir el Cielo sus infinitas bellezas, se quedó mi pensamiento ante la terminante contestación de mi Señora, reflejando en él la certeza como el astro en el Cielo.

Acabadas sus frases, principiaron á centellar los círculos

(1) Los nueve coros que circuyen su punto céntrico, ó sea Dios.

(2) El noveno cielo ó Primer Móvil, pertenece al círculo de los Serafines.

como el hiezo en la frágua abrasadora, produciendo cada chispa otras muchas, cuyo número bien pronto superó al de la multiplicación de las casillas del tablero.

En aquel momento oí cantar *Hossanna* de uno en otro coro hasta el punto fijo que *ubi* les tiene y tendrá por siempre. La que notaba las dudas de mi espíritu, me dijo: «Los círculos primeros te han enseñado los Serafines y los Querubines. Siguen con tal velocidad su atracción, para identificarse en lo posible con el punto de donde derivan, consiguiéndolo con arreglo á lo que descubren desde la mayor elevación.

»Los otros amores que giran á su alrededor se llaman Tronos de la divina mirada, porque acaban el primer ternario (1); has de saber que su regocijo es tal, que su vista penetra en la verdad donde descansa toda inteligencia; de lo que se puede sacar, que el punto de beatitud se deriva de la acción de ver, y no de la de amar que va en pos de ella.

»Y como es el ver el galardón que engendra la gracia y la buena voluntad, va precediéndose por grados. El otro ternario, que germina así en esta perpétua primavera que jamás despoja el nocturno Aries (2), canta eternamente *Hossanna* con tres tonos que resuenan en las tres clases de alegría de que se forma.

»A esta gerarquía corresponden las elevadas diosas, que son las Dominaciones y las Virtudes; el tercer coro es el de las Potencias. Después, en los círculos sétimo y octavo, giran Principados y Arcángeles. El postrero está dedicado á los juegos de Angeles. Todas las miradas de dichos círculos penden de lo alto, y tienen tal influencia abajo, que impulsados, impulsan á todos hácia Dios.

»Dionisio (3) consideró con tal ardor esos círculos, que los clasificó como yo lo hago, mas luego Gregorio se apartó de él, por lo que al penetrar en el Cielo, se rió de sí propio.

»Que un mortal revelara en el mundo una verdad tan escondida, no quiero que te admire (4), pues se la descubrió

(1) La primera de tres gerarquías; cada una tiene tres coros.

(2) El otoño que se encarga de despojar nuestra primavera.

(3) San Gregorio no describe el Cielo como Dante, mas si san Dionisio Areopagita.

(4) San Pablo, que en éxtasis fué elevado al Cielo, y el que enseñó á san Dionisio.

quien aquí la viera con otras muchas cosas verídicas de este círculo.»

CANTO VIGESIMONOVENO

Beatriz instruye á Dante respecto de la creación de los Angeles.—Después habla contra los predicadores y teólogos, que, apartándose del Evangelio, se dician inventando fábulas.—Ultimamente le vuelve á hablar sobre la sustancia de los Angeles

EN el momento que los dos hijos de Latona, tapados con los signos Aries y Libra, forman unidos un círculo con el horizonte (1), y desde el punto en que el zénit los equilibra, hasta que uno y otro, mudando de hemisferio, se sueltan de aquel punto, por idéntico intervalo Beatriz sonreía, contemplando con fijeza el objeto que deslumbraba mi vista.

Luego dijo: «Sin que me interrogues, te diré lo que deseas oír, pues lo he visto donde va á dar todo *ubi* y todo *quando*, no para acrecentar su perfección (que no podría ser), sino para que su resplandor pudiera decir: «Yo existo.»

»El eternal amor se abrió prematuramente en su eternidad: fuera del espacio, á su placer, y creó nueve órdenes de amores; y no porque antes dejase de ser activo, puesto que ni antes ni luego corrió la palabra de Dios sobre las aguas.

»Forma y materia reunidas y proporcionadas, emanaron de aquel acto limpio de imperfecciones, cual salen tres flechas de un arco de triples cuerdas, y como en el vidrio, cristal ó ámbar brilla un rayo, y que desde el punto de arribar á una de aquellas especies, hasta su formación, no media espacio alguno así aquel triple efecto irradió á un tiempo de su Señor y su Dios, sin diferencia en su principio (2).

»A la sazón se concretó y estableció el orden de aquellas

(1) En tanto el sol y la Luna se hallan uno en Oriente y otra en Occidente.

(2) Se debe á Mamiani della Rovere, desterrado como Dante, el haber esclarecido este trabajo con sus consejos.

sustancias, las que cimentaron el mundo en el que se produjo el puro acto. La materia de pureza ocupó el lugar inferior, mas en el centro ligó en nudo tal á la fuerza y la materia, que jamás podrá deshacerse.

«Jerónimo escribió que los Angeles se crearon muchos siglos antes de que fuese hecho el otro mundo; mas esta veracidad, expuesta á tu presencia, se halla consignada en algunos pasajes de los escritores de Santo Espíritu, segun tú mismo lo podrás ver si lo observas con detencion, y hasta la razon lo entiende en parte, ¿cómo se explicaria que los móviles hubieran estado tanto tiempo sin perfeccion? (1)

«Ya sabes dónde, cómo y cuando fueron creados dichos amores; y ya son tres las extinguidas llamas de tu deseo. Al fin del intervalo necesario para contar veinte, una fraccion de aquellos ángeles turbó ya el mundo. La otra siguió fiel y principió con placer la obra de tu admiración, que jamás deja de girar.

«El móvil de la caída lo fué el maldecido orgullo, el que viste aplastado por la gran mole del mundo. Los que aquí observas, en su modestia reconocieron la bondad que tan bien los dispusiera para comprensiones tan elevadas.

«De suerte, que sus obras fueron de tal modo premiadas por la gracia que da luz, que hoy poseen el galardón de una plena y firme voluntad. Quiero que lejos de la duda, tengas el convencimiento de que el recibir la gracia es más meritorio cuanto mayor es el afecto á que se deba.

«De hoy más contemplarás á tu sabor, sin necesitar de otro, este consistorio entero, si te has parado en mis razones. Mas como en las escenas de la tierra se lee que es tal la angélica naturaleza, que comprende, recuerda y quiere, te hablaré todavía para descubrirte la verdad en su pureza, ya que allí abajo se sufre alguna confusion por los errores de tal enseñanza.

«Las sustancias aquellas, luego de complacerse en la imagen de Dios, no quitaron su vista de ese rostro al que nada se esconde; y como por lo propio su vista no fué distraida por otro objeto, de aquí el que no se dividiera su idea y el que no necesiten recordar.

(1) Hubiesen quedado imperfectos, á no poseer el suficiente poder para mover los cielos.

«Por eso allí abajo se sueña despierto, unos creyendo y otros dudando de esta verdad; mas existe en los primeros mayor pecado y baldon. En la tierra jamás, al filosofar, seguís ningún sendero, tanto os dominan la apariencia y sus quiméricas ideas.

«Sin embargo, esta conducta se mira en lo alto menos mal que la que rechaza la Escritura Sacra. No os fijais en la sangre que costó el cimentarla en el mundo, ni en lo grato que es el que va en pos de ella con humildad.

«Únicamente por el bien parecer, se recurre al ingenio y se hacen invenciones que sirven de base á los predicadores, y el Evangelio está callado. Uno dice que la luna retrocedió á la pasion del Cristo, y que se cruzó para que el sol no pudiera descender á la tierra; otro, que se escondió la luz por si propia, de lo que vino que aquel eclipse fuera tan fatal para los españoles y los indios, como para los judios.

«En Florencia son más escasos en número los Lapo y los Bindo (1) de lo que lo son los cuentos que por todas partes durante un año se refieren en los púlpitos; de suerte, que las infelices ovejas regresan á su corral saciadas de verde, sin que por ello les sirva de pretexto su ignorancia.

«Cristo no pudo decir á su primer convento: «Predicad majaderias al mundo,» sino que dió la verdad por texto á sus alumnos, siendo pregonada por ellos con tal energía, que en sus palestras por encender la fe, trocaron el Evangelio en lanzas y yelmos.

«Ahora se predicán asuntos bufos y grotescos, con los que sólo se logra excitar la hilaridad de los oyentes, y al conseguirlo, se hincha la cogulla del que los inventa ó propala. Pero en cambio, se anida tal pajarraco (2) en el fondo de la cogulla misma, que si lo viera la gente, no perdonaria á los que de ella esperan el perdón.

«Y de tal manera se halla la sandez arraigada en la tierra, que sin prueba se confía en toda promesa; de aquí el que ensanché el vientre el puerco de san Antonio, y que tomen cuerpo otros muchos peores que los puercos, pagando con moneda sin cuño.

(1) Lapo en vez de Jacopo, y Bindo por Aldobrandino, son nombres muy generales en Florencia.

(2) El demonio.

»Después de esta digresión, vuelve los ojos hacia el recto sendero, para aligerar éste y el tiempo. La naturaleza de los ángeles acrece de tal suerte un número á cada grado, que no existe palabra ni humana sabiduría capaces de explicarlo. Atendiendo á la revelación de Daniel, notarás que en los milares que refiere no cita número.

»Únicamente la primera luz, que brilla sobre toda su naturaleza investiga su esencia de tantas maneras cuantos son los exploradores á que ella se halla unida. De suerte, que como al acto intuitivo sucede el efecto, la dulzura del amor es en los ángeles más ó menos ardorosa.

»Juzga desde este punto la elevación y extensión del eterno poder, ya que se multiplica en tantos espejos siendo siempre exclusivo.»

CANTO TRIGÉSIMO

Asciende el poeta en compañía de Beatriz al círculo décimo, el Empíreo.—Beatriz se reviste de inmensa hermosura.—Después de una visión sobrenatural, le es permitido al poeta ver el triunfo de los Angeles y bienaventurados.—Su protectora le enseña el número de los escogitados, y le hace ver la grandeza de la ciudad celestial.

TAL VEZ á distancia de seis millas de esta esfera luce la sexta hora (1), y este mundo inclinó ya su sombra casi en horizontal, cuando el centro del cielo que sobre nosotros se alza, principia á ponerse de manera, que distintas estrellas acaban por esconderse en nuestras profundidades: y según va acudiendo la magnífica sierva del Sol, se cierra el cielo de uno en otro resplandor hasta el más grande; de suerte, que aquel triunfo (2) que continuamente se agita en derredor del punto que me deslumbrara, asimilando el contenerse en lo propio que él contiene, mi vista se extinguió gradualmente; así que la aflicción de no ver nada y mi amor, me precisaron á fijar los ojos en Beatriz.

(1) El Mediodía.

(2) El coro angelico.

Si cuanto de ella llevo dicho hasta ahora se pudiera juntar en una balanza, sería poco comparado con este instante.

La preciosidad que noté en ella, no sólo se halla fuera del alcance de lo ideal, sino que me figuro que sólo su Creador puede alcanzarla del todo. Me declaro vencido por este pasaje de mi tema, más que lo fuera autor alguno, ya cómico, ya dramático.

A la manera que el sol al través del párpado que más tiembla, así se obstruye mi espíritu á la idea de aquella dulce sonrisa. Desde el momento que vi su rostro por vez primera acá en la tierra, hasta el en que disfruté de aquella inefable vista, no se ha interrumpido el hilo de mi canto; mas es necesario que mi poema deje de bosquejar aquí la belleza de mi Señora, como lo debe verificar todo artista que arriba al supremo esfuerzo de su arte.

Dejo á la gloria de otra trompa mejor que la mía el dar fin á tan arriesgada empresa, Beatriz contestó con la apostura y la voz de un solícito director:

«Del mayor de los celestes cuerpos hemos ascendido al Cielo de la luz pura (1), luz intelectual que rebosa amor, amor del Bien Supremo lleno de regocijo, regocijo que supera á las dulzuras todas.

»Verás aquí ambas milicias del Paraíso (2), una de ellas con igual aspecto que la notarás en el juicio final.»

Como el rayo que súbitamente disipa las facultades visuales, arrebatando al ojo el poder precisar los más marcados objetos, un nuevo resplandor inundó mi vista, quedándome envuelto de tal suerte entre los crespones de su luz, que no vi cosa alguna.

«El amor que tranquiliza este cielo, recibe siempre con idéntica salutación al que penetra en él, con objeto de preparar la vela para que pueda resistir su fulgor.» Al oír aquellas sucintas frases de Beatriz, sentí que me elevaba sobre mis fuerzas, naciendo en mí una nueva vista, que no pudo destruir ya luz alguna.

Luego vi un resplandor asemejándose á un raudal que deslumbrante se extendía por entre dos orillas cubiertas de bri-

(1) De 1.º Móvil primero al Empíreo.

(2) Milicia de los Angeles leales y la de los escogitados.

llantes bellotitas, del que brotaban encendidas chispas, que cual rubíes venían á caer sobre las flores.

Después, como electrizadas por aquellos aromas, tornaban á zambullirse en aquel asombroso abismo, saliendo unas en tanto entraban otras.

Mi adorada protectora me dijo: «El gran deseo que en este instante te devora y que te empuja á entender lo que estás viendo, me complace tanto cuanto te eleva; será del caso que bebas de esa agua, para que mitigues tu sed devoradora.» Luego prosiguió:

«El agua y los topacios que de ella entran y salen como las márgenes sonrientes, sombras son y noticias de la verdad; no porque estos objetos sean oscuros por sí, sino por que la falta reside en ti, que tu vista no tiene aun la fuerza del atrevimiento.»

Ningun niño se arrojaría más ávido al pecho de su madre al despertar más tarde que de costumbre, que lo verifiqué yo (para trocar mis ojos en mayores espejos), á fin de inclinarme á la corriente donde uno se perfecciona.

En cuanto mis extremos se hubieron humedecido en ella, me pareció que el río se trocaba de largo en circular. Después, como los que bajo el antifaz aparecen distintos de lo que eran antes, y si se lo quitan, vuelven á su ser, así cambiaron las flores, siendo su regocijo tal, que vi con claridad manifestarse en el Cielo ambas cohortes.

¡Ah resplandor de Dios, por el que pude notar el inmenso triunfo del imperio de la verdad, consiénteme el don de poderlo describir como lo logré ver!

En lo alto se ostenta una luz que hace que el Creador sea visible á la criatura, que cifra en verlo su ventura. Dicha luz se esparce en forma circular, pero tan grande, que su diámetro sería sobrado ancho para el sol.

Cuanto de ella se logra ver, no es sino un rayo que refleja en la cumbre del Primer Móvil, que toma de allí su ser, y como en el agua de su base se cree mirar el collado á fin de examinar su aspecto y el tesoro de sus plantas y de sus flores, así suspensas alrededor del río luminoso, vi que se miraban por miles de grados de todas las almas que de la tierra han vuelto allí.

Y si el más ínfimo grado reconcentra en sí tal luz, ¿qué esplendor será el de aquella flor en sus más elevadas hojas?

Mis ojos no se extraviaban ante la magnitud de la rosa, que en su cantidad y calidad sustentaba aquel gran regocijo.

En aquel lugar es igual él cerca que el lejos, pues donde rige Dios sin favoritos ni intermediarios, las leyes naturales no tienen acción. Del centro dorado de la rosa emana un perfume de alabanzas al sol, que produce aquella perpétua primavera.

Mi protectora, haciendo como el que calla queriendo hablar, me impulsó diciéndome: «¡Repara qué inmesa es la reunión de las blancas estolas, y cuánta es la circunferencia de nuestro pueblo! ¡Tan plagadas están nuestras gradas, que son pocos ya los llamados á ellas!

«En el trono que estás viendo, por motivo de la corona puesta sobre él, se sentará, primero que tú concurras á la boda, el alma en tiempos angusta en el mundo del gran Enrique (1), que reformará la Italia, antes de que aquel país se halle preparado á recibirlo.

»La sórdida codicia os embrutece de modo, que os iguala á la criatura que muere de hambre rechazando á la nodriza.

»Entonces será gobernador divino (2) un ser que pública y privadamente llevará un camino contrario á aquel rey. Mas Dios le concederá cortísimo tiempo para ejercer en el oficio santo, siendo arrojado allí donde el mago Simón está por sus obras, por ser él la causa de que se hunda más el Anagní (3).»

(1) Enrique VII.

(2) O sea soberano Pontífice; alude á Clemente V.

(3) Bonifacio VIII.

UNIVERSIDAD DEL NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Vols. 1625 MONTERREY, MEXICO

CANTO TRIGESIMOPRIMERO

Dante sigue contemplando arrobado la gloria del Paraíso. — Volviéndose hacia Beatriz, que torna á ocupar su lugar celestial, le da gracias por el gran favor que le ha dispensado. — Por ruego de san Bernardo se le consiente ver en su dicha á la Reina celestial, la Virgen María.

CUANDO con la forma de una rosa de deslumbrante blancura se presentó á mi vista la santa milicia que el Cristo con su sangre convirtiera en su esposa, la otra milicia que volando ve y entona la gloria del que inflama su amor y cuya magnanimidad luciera tan grande (cual enjambre de abejas, que ya se posa en la flor, ya en el objeto de su trabajo), descendida á la flor bella adornada de otras tantas flores, para marchar todavía desde allí hácia el lugar donde su amor permanece eterno.

Aquellas almas tenían el rostro de viva llama, sus alas eran de oro y el resto de tal blancura, que superaba á la de la nieve. Descendiendo gradualmente á la flor, agitaban sus alas á fin de esparcir el ardor y la paz que acababan de obtener. Y aunque se cruzase entre lo alto y la flor aquella alada familia, no interrumpia el esplendor ni la vista, pues la divina luz entra en el universo con una fuerza tal, si es acreedor á ella, que no puede hallar inconveniente.

Aquel imperio tranquilo y alegre, rico en espíritus antiguos y modernos, tenía los ojos y el amor puestos en un solo objeto. ¡Ah, luz triplicada, que irradiando en una sola estrella, alegras de tal manera la vista de aquellos espíritus, contempla la tempestad que ruge aquí abajo!

Si los salvajes que proceden de las playas que cubre constantemente Helice (1), girando con el hijo que sigue cariñoso, se asombraban al ver á Roma y sus elevados edificios, cuando Letran se alzaba sobre toda obra mortal (2), ¡cuanto más

(1) La Osa Mayor.

(2) San Juan de Letran, la primera iglesia de Roma y del orbe católico.

grande no sería mi sorpresa al cruzar de lo mortal á lo divino, de lo temporal á lo eterno, de Florencia á un inmenso pueblo justo y sabio! Entre mi sorpresa y mi alegría, me contentaba con no oír ni hablar.

Como peregrino que disfruta observando detenidamente el templo en el que acababa de terminar su voto, con idea de explicar luego su arquitectura, contemplaba yo la viva luz, fijándome en las gradas y en los costados. Notaba allí rostros que excitaban á la piedad, hermoseados con la luz elevada y su sonrisa, y embellecidos con todas las gracias.

Ya mi vista se había poseído de la forma del Paraíso, sin haberse parado, sin embargo, en ninguno de sus sitios cuando, impulsado de nuevo deseo, me volví hácia mi Señora. Aguardaba una cosa, y me sucedió otra bien diferente; me figuraba ver á Beatriz, y advertí un anciano vestido como la gloriosa familia.

En sus ojos brillaba la benignidad, y su faz ostentaba la dulzura de un padre cariñoso. «¿En dónde está ella?» le pregunté al punto. El repuso: «Soy enviado por Beatriz á fin de poner término á tu deseo; si te fijas allá arriba al tercer círculo del grado supremo (1), la verás ocupando el trono que su mérito le alcanzara.»

Sin responder alcé la vista, y vi que se hacia una corona en tanto reflejaban en ella los eternos rayos. De lo profundo del Océano hasta la más elevada region do el trueno retumba, hay menor distancia que la que me apartaba de Beatriz; mas nada me apesadumbraba, por llegar su imagen hasta mi con despejada claridad.

«¡Oh mujer, en quien mora mi esperanza, y que por salvarme te dignaste asentar tu planta en el Infierno! cuánto vi y que contribuyó á acrecentar en mi el vigor y la gracia, á tu grandeza y á tu bondad lo debo.

»Desde las cadenas me llevaste á la libertad por cuantos medios y veredas estuvieron á tu mano; así, guarda para mí tus dones, á fin de que mi alma, que ya curaste, sea de tu gracia al desprenderse del cuerpo.»

Acabada la plegaria, aunque tan distante de mí Beatriz, me sonrió, volviéndose despues hácia la eterna fuente.

(1) Los Tronos están en el círculo tercero de la gerarquía primera.

El anciano dijo á su vez: «Para que complementes tu viaje, por lo cual una prez y un santo amor á ti me remiten, pasa tu vista por este jardín, pues que el verle te prestará más valor para ascender hácia el divino rayo.

»La reina celestial, por la que me abraso en perpétuo amor, nos concederá todas las gracias, por ser yo su fidelísimo Bernardo (1).»

Como el que llega de la Croacia por contemplar á nuestra Verónica (2), y que no se sacia de verla con motivo de su remota fama, y más bien se dice en tanto se la muestran: «¡Jesús mío, Jesucristo, verdadero rey, tal era vuestra faz!» Así veía yo el viviente resplandor del que, mientras sus contemplaciones, gozó en la tierra prematuramente de la paz celestial.

Entonces me dijo: «Hijo de la gracia, no entenderás de esta buena venturada vida si prosigues con la frente inclinada.

»Repasa los más remotos círculos, no parando hasta ver el trono de la Reina á quien pertenece este reino.»

Alcé mi vista, y según la parte oriental del horizonte gana por la mañana en resplandor á la en que se pone el sol, las noté yo al extremo un punto del círculo que sobrepujaba en claridad á todos los otros.

Este lábaro de concordia brillaba en el medio, eclipsando el fulgor de las demás llamas, cual eclipsa el de todos los demás puntos del Cielo, aquel donde se espera el carro que tan mal condujera Faetonte.

En aquel centro observé millares de Angeles que la acariciaban con desplegadas alas, ostentando cada uno de ellos una actitud y un esplendor diferentes. A sus festejos y sus cantos vi sonreír una peregrina beldad, que regocijaba la vista de todos los otros Santos.

Aun siéndome dado explicar todas las frases que la imaginación concibiera, no osaría á expresar la más tenue de sus delicias.

Cuando Bernardo observó mi atención hácia el objeto de su amor, volvió sus ojos hácia él con tal afecto, que todavía acrecentó en los míos el ardor con que lo admiraban.

(1) San Bernardo emblema de la vida contemplativa.

(2) La Croacia o todo remoto país.—El santo sudario que se debe á santa Verónica.

CANTO TRIGÉSIMOSEGUNDO

San Bernardo manifiesta á Dante el orden de colocacion de los Santos del Antiguo y Nuevo Testamento.—Sobre todo, le hace fijar en la gloria de la Inmaculada Virgen.

El contemplador (1), en su felicidad, se toma el aire de cicerone, y principia con estas palabras sacrodotales: «La herida que restañara y sanara María el conchó y abrió de nuevo por aquella mujer bella

está á sus plantas (2).

»En la hilera que describen los puestos terceros, están, doves, sentadas debajo de ella, Raquel y Beatriz; también essara y Rebeca; Judit y la bisabuela (3) del chantre, que por la pena de su falta dijo: *Miserere mei*.

»Cuando descendas, verás las otras de uno en otro tronc pues en la rosa te las mencionaré hoja por hoja; del sétimo grado hácia abajo, cual de lo alto hasta dicho grado, van sucediéndose las israelitas, dibujando todas las hojas de la flor, pues con arreglo á la mirada que la fe puso en Cristo, son esas mujeres el marco que separa los sagrados escalones.

»Del lado que la flor está revestida de todas sus hojas, se hallan sentados los que no dudaron de la venida del Cristo, y en el otro, en el que los semicírculos se interrumpen por algunos huecos, se hallan los que volvieron sus ojos hácia el Cristo en tanto estuvo en la tierra.

»Y como en esta parte el trono glorificado de la Reina celestial y los otros sitios inferiores se hallan separados, lo mismo en el opuesto lado del inmenso Juan, que continuamente santo, padeció soledad, martirio é infierno por espacio de dos años (4), se halla separado del de los santos Francisco,

(1) San Bernardo.

(2) Eva.

(3) Ruth.

(4) En el Limbo, esperó dos años al Cristo.

El anciano dijo á su vez: «Para que complementes tu viaje, por lo cual una prez y un santo amor á ti me remiten, pasa tu vista por este jardín, pues que el verle te prestará más valor para ascender hácia el divino rayo.

»La reina celestial, por la que me abraso en perpétuo amor, nos concederá todas las gracias, por ser yo su fidelísimo Bernardo (1).»

Como el que llega de la Croacia por contemplar á nuestra Verónica (2), y que no se sacia de verla con motivo de su remota fama, y más bien se dice en tanto se la muestran: «¡Jesús mío, Jesucristo, verdadero rey, tal era vuestra faz!» Así veía yo el viviente resplandor del que, mientras sus contemplaciones, gozó en la tierra prematuramente de la paz celestial.

Entonces me dijo: «Hijo de la gracia, no entenderás de esta buena venturada vida si prosigues con la frente inclinada.

»Repasa los más remotos círculos, no parando hasta ver el trono de la Reina á quien pertenece este reino.»

Alcé mi vista, y según la parte oriental del horizonte gana por la mañana en resplandor á la en que se pone el sol, las noté yo al extremo un punto del círculo que sobrepujaba en claridad á todos los otros.

Este lábaro de concordia brillaba en el medio, eclipsando el fulgor de las demás llamas, cual eclipsa el de todos los demás puntos del Cielo, aquel donde se espera el carro que tan mal condujera Faetonte.

En aquel centro observé millares de Angeles que la acariciaban con desplegadas alas, ostentando cada uno de ellos una actitud y un esplendor diferentes. A sus festejos y sus cantos vi sonreír una peregrina beldad, que regocijaba la vista de todos los otros Santos.

Aun siéndome dado explicar todas las frases que la imaginación concibiera, no osaría á expresar la más tenue de sus delicias.

Cuando Bernardo observó mi atención hácia el objeto de su amor, volvió sus ojos hácia él con tal afecto, que todavía acrecentó en los míos el ardor con que lo admiraban.

(1) San Bernardo emblema de la vida contemplativa.

(2) La Croacia o todo remoto país.—El santo sudario que se debe á santa Verónica.

CANTO TRIGÉSIMOSEGUNDO

San Bernardo manifiesta á Dante el orden de colocacion de los Santos del Antiguo y Nuevo Testamento.—Sobre todo, le hace fijar en la gloria de la Inmaculada Virgen.

El contemplador (1), en su felicidad, se toma el aire de cicerone, y principia con estas palabras sacrodotales: «La herida que restañara y sanara María el enconó y abrió de nuevo por aquella mujer bella

está á sus plantas (2).

»En la hilera que describen los puestos terceros, están, doves, sentadas debajo de ella, Raquel y Beatriz; también essara y Rebeca; Judit y la bisabuela (3) del chantre, que por la pena de su falta dijo: *Miserere mei*.

»Cuando descendas, verás las otras de uno en otro tronco pues en la rosa te las mencionaré hoja por hoja; del sétimo grado hácia abajo, cual de lo alto hasta dicho grado, van sucediéndose las israelitas, dibujando todas las hojas de la flor, pues con arreglo á la mirada que la fe puso en Cristo, son esas mujeres el marco que separa los sagrados escalones.

»Del lado que la flor está revestida de todas sus hojas, se hallan sentados los que no dudaron de la venida del Cristo, y en el otro, en el que los semicírculos se interrumpen por algunos huecos, se hallan los que volvieron sus ojos hácia el Cristo en tanto estuvo en la tierra.

»Y como en esta parte el trono glorificado de la Reina celestial y los otros sitios inferiores se hallan separados, lo mismo en el opuesto lado del inmenso Juan, que continuamente santo, padeció soledad, martirio é infierno por espacio de dos años (4), se halla separado del de los santos Francisco,

(1) San Bernardo.

(2) Eva.

(3) Ruth.

(4) En el Limbo, esperó dos años al Cristo.

Benito, Agustín y los otros, bajando hasta aquí de uno en otro círculo.

»De suerte, que sorprende la gran Divina Providencia, pues uno y otro adorador de la fe llenarán del propio modo este jardín. Has de entender, que desde la grada que separa por enmedio ambas divisiones, hasta la inferior, no hay ninguno que se halle sentado por propio mérito, y si por el de otro, bajo alguna condición; son almas desprendidas de la Verdad mortal, antes que pudieran escogitar la fe verdadera. remotamente lo notarás en su faz y en sus infantiles voces, «¡Jesús con alguna atención. Dudas ahora y en la duda cae. Y has yo te quitaré los lazos que sujetan tus ideas sutiles. ¿o es posible que en este imperio inmenso suceda un acto

»Ejemplo, como tampoco cabe la tristeza, hambre ó sed, pues bien eterna ley, cuanto contemplas se halla establecido de modo que cada objeto ocupa su sitio, como el anillo el dedo. »aquí que esa cohorte que acudió tan veloz á la vida verdadera, no fué *sine causa* más ó menos grande.

»El rey, por el que se conserva este reino en tal dicha y honro, que ningún deseo puede ir más adelante, al establecer todos los espíritus bajo su grata mirada, los dotó de distinta gracia: te basta el efecto producido. Todo esto os es con claridad corroborado en la Escritura Sacra, por los mellizos que en el vientre materno se agitaron coléricos (1), pues con arreglo al color del cabello, debe la elevada luz otorgar la corona de la gracia; por lo que, sin tener en cuenta sus obras, fueron puestos en distintas gradas, estribando sólo su diferencia en la infusión de la primera gracia.

»En los primeros tiempos era suficiente á salvarse con la inocencia, poseer la fe de los padres. Pasadas las primeras edades, tuvieron los niños necesidad de la circuncisión, para reponer la fuerza de sus alas inocentes.

»Mas llegada la época de la gracia, los inocentes que no habían recibido la perfección del bautismo del *Cristo*, quedaban suspensos en el Limbo. Repara ahora el rostro que se asemeja más al *Cristo*, pues que sólo con su luz te puede preparar á ver el *Cristo*.

Tanta alegría vi florecer sobre él, traída por los santos espí-

(1) Esau, que era rubio, y moreno Jacob.

ritus, creados para velar en aquel océano de dicha, que cuanto hasta allí viera estaba muy lejos de causarme semejante sorpresa, por darme de Dios verídica semejanza.

El amor (1), que descendió al primero entonando *Ave Maria, gratia plena*, tendió sus alas ante él, y la bienaventurada corte respondió por todas partes al divino canto, de suerte, que cada espíritu lo creía más refulgente.

«¡Oh Santo Padre (2), que tiene la bondad de estar aquí abajo por mi causa, abandonando el dulce sitio que ocupas por la eternidad, ¿qué ángel es aquel que con tal regocijo pone su mirada en la de la Reina, y que de tal suerte ama que parece abrazado?» Esta pregunta le dirige á aquel que se hermoseaba con el resplandor de Maria, como se hermosea con el del sol la estrella del alba.

Y me repuso: «La confianza y gracia que puede poseer un ángel, se hallan en él; esta es nuestra voluntad, por haber sido el conductor de la palma á Maria, al querer cargar con nuestras culpas el Hijo de Dios. Ahora, según te vaya hablando, pon tu vista en los grandes ciudadanos de este piadoso y justo reino.

»Los dos que están sentados allí arriba, más dichosos, puesto que se acercan más á la angusta Matrona, casi pueden llamarse las dos raíces de la rosa. El de su izquierda es el padre, que por gustar ávidamente la fruta, hizo libar la copa del dolor á la humanidad entera (3).

»Hacia su derecha ve el padre antiguo de la Iglesia santa, á quien confiara el Cristo las llaves de esta flor sin igual (4). El que viera antes de morir los tiempos borrascosos que había de atravesar la dulce esposa (5), conquistada con la lanza y los clavos, se halla sentado próximo á aquel; estando también cerca el jefe á cuyo mandato vivió del maná el ingrato pueblo, tan variable y obcecado.

»Frente á Pedro puedes ver á Ana, tan subyugada en la contemplación de su Hija, que ni agita los ojos al cantar

(1) El ángel san Gabriel.

(2) San Bernardo.

(3) Adán.

(4) San Pedro.

(5) La Iglesia.

Hossanna. Delante de nuestro primer padre (1) se halla sentada Lucía (2), la que te enviara á Beatriz cuando cerraste los ojos junto al abismo. Mas como ya pasó tu sueño, haremos pausa, asemejándonos al sastre que construye la ropa con arreglo al paño con que cuenta.

«Elevemos en este punto los ojos hácia el amor primero, para que al contemplarle, penetres lo posible en su esplendor. Mas temiendo no retrocedas al querer avanzar, debes conseguir el don con tus plegarias, al agitar las alas; despues seguirás con alma é intencion, haciendo por no separar tu corazón de mi ruego.» Entonces principió esta santa plegaria:

CANTO TRIGÉSIMOTERCERO

San Bernardo pide á la Virgen Maria que alcance para el poeta el don de elevarse hasta la misma vista de Dios.—Luego, iluminado Dante, penetra con la mirada la augusta y magnífica Trinidad, observando en el Verbo la Humanidad junto á la Divinidad.

O Virgen Madre! Hija de tu propio Hijo, la más elevada y humilde de todas las criaturas, término invariable de la voluntad eterna, tú ennobleciste la humanidad, cuyo autor no se desdenó de convertirse en su misma obra.

«En tu seno se inflamó el amor, á cuya llama germinó la voz de eterna paz. Tú significas aquí para nosotros un sol de piedad en su mediodía entre los mortales, vivo raudal de esperanzas. Mujer, eres tan inmensa y poderosa, que el que pretende gracia, sin recorrer á tí, se propone elevarse sin alas.

«Tu magnanimidad no sólo atiende al que implora, sino que suele anticiparse á su demanda. En tí reside la misericordia,

(1) Adán.

(2) Santa Lucía de Sígymsa, emblema de la gracia que da luz.

la piedad, la munificencia y cuanto bueno pueda residir en la criatura; por esta razon, el que desde los abismos del universo hasta aquí vió una en pos de otra las existencias de los espíritus, te ruega le otorgues la indispensable fuerza para alzar su vista hasta el Supremo Bien.

«Yo, que jamás deseé parami con más ardor alcanzar aquella vision cual lo deseo para él, á tí elevo todas mis plegarias, rogándote no sean estériles, para que deshagas las nubes de su mortalidad con tus preces, á fin de que se le muestre el sumo placer.

«Te demando también, oh Reina celestial que logras cuanto quieres, guardes integros sus afectos despues de semejante vista, y que tu influjo venza los impulsos humanos. Repara que Beatriz y los demás bienaventurados unen sus manos á las mías asociándose á mis súplicas.»

Los ojos que el mismo Dios adora (1), puestos en el que oraba por mí, nos hicieron conocer cuán gratas le eran aquellas preces. Luego se alzaron sobre la luz eternal, en que no parece posible pueda ponerse el ojo de la misera criatura.

A medida que me iba aproximando al final de todos mis flotos, se iba extinguiendo en mí la llama de todo anhelo. Bernardo, sonriente, me decía que mirase á las alturas, mas ya me hallaba yo en la actitud que él quería, pues mi vista, más pura cada vez, penetraba por grados en la inmensa luz, que es única y verdadera.

En aquel instante mi vista excedía á mis palabras, pues éstas ceden á presencia de aquella vision, como cede la imaginacion ante lo portentoso. Como el que en sueños distingue lo que cree ver, y que despierto retiene la impresion producida sin acordarse de lo demás, así estoy yo, por haber acabado mi vision casi por completo; y todavía siento fluir en mi alma la dulzura que de ella vino, deshaciéndose cual la nieve al calor del sol, y desapareciendo como por el aire las simples hojas que guardaban los decretos de la Sibila.

«Oh soberana luz, que te levantas sobre las ideas de los mortales, di á mi espíritu algo de lo que tú parecías, haciendo que mi lengua tenga bastante fuerza para dar á las razas venideras un ligero destello de tu gloria! Si consigo recordar tus

(1) Los ojos de la Virgen Maria.

triumfos y hacer que se comprendan en mis versos, siempre se obtendrá algun provecho.

Con la impresion que recibí del vivo resplandor, creo que hubiera cegado; aparté mi vista. Sin embargo, recuerdo que persistí hasta juntar mi mirada al más infinito poder. ¡Oh don celestial por el que tuve el valor de fijar los ojos en la eterna luz que arrobataba mi vista!

Con toda claridad ví un volumen unido por amorosos lazos, que tenia todas las hojas esparcidas por el universo; allí estaban las sustancias, los accidentes y sus cualidades de tal suerte amalgamados, que cuando yo pudiera decir no seria ni una ligera sombra.

Creo que entendí la forma universal de aquel nudo, ya que al mencionarlo me encuentro poseído del más inmenso júbilo. Un pequeño intervalo produce en mí más olvido que el que causarían veinticinco siglos pasados desde la empresa que hiciera admirar á Neptuno la sombra de Argos.

Por esto mi suspendido espíritu admiraba fijo, inmóvil y cuidadosamente, y seguía admirando con progresivo amor. Es tal el efecto que produce aquella luz, que no se puede apartar la vista para fijarse en otra cosa, pues el bien que dimana de la voluntad se junta estrechamente á ella, fuera de la cual es imperfecto lo que allí es magnífico.

Más incapaz será mi palabra para decir lo que recuerdo, que lo sería la de un niño que todavía humedeciese su lengua en el materno pecho; no porque la luz tuviese más de un sencillo aspecto, y que siempre es lo que antes era, sino por causa de mi vista, que al contemplarla, se fortalecía, y según ésta iba cambiando, también se alteraba aquella sola apariencia.

El uno (1) parecia reflejarse en el otro, como el Iris en el Iris, y el tercero asemejaba una llama que de todos lados brotase á un mismo tiempo (2).

¡Cuánta impotencia la de mi voz para dar de ello una ligera idea! Esta tan lejana de lo que ví, que no me basta el decir poco. ¡Oh eterna luz, que moras sola en tí, que sola te entiendes y que así te amas y sonries! Aquel círculo que parecia en tí concebido, como reflejo de luz, en cuanto mis ojos, principia-

(1) El Hijo por el Padre.

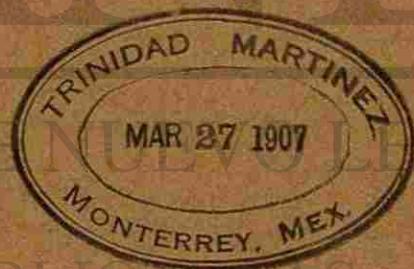
(2) El Espíritu Santo.

ron á recorrerle, me pareció contener en su centro nuestra efigie, con su mismo color, por lo que mi vista penetraba en él por completo.

Como el geometra dedicado exclusivamente á medir el círculo, y no encuentra en su razon la base que le es necesaria, me hallaba yo ante aquella nueva vision. Me propuse ver como estaba la efigie unida y adaptada al círculo, mas mis alas no poseian la necesaria fuerza, á no iluminarme un esplendor que calmó mi anhelo.

Mi elevada imaginacion desfallece aqui; mas mi deseo y voluntad, como ruedas movidas á compás, iban girando al exterior, empujados por el amor que hace mover al sol y á las estrellas.

FIN



	Págs.
Canto XIX.	73
Canto XX.	76
Canto XXI.	79
Canto XXII.	84
Canto XXIII.	88
Canto XXIV.	93
Canto XXV.	96
Canto XXVI.	100
Canto XXVII.	104
Canto XXVIII.	108
Canto XXIX.	113
Canto XXX.	118
Canto XXXI.	122
Canto XXXII.	126
Canto XXXIII.	130
Canto XXXIV.	134

PURGATORIO

Canto I.	141
Canto II.	145
Canto III.	148
Canto IV.	152
Canto V.	156
Canto VI.	160
Canto VII.	164
Canto VIII.	168
Canto IX.	172
Canto X.	175
Canto XI.	179
Canto XII.	183
Canto XIII.	186

INDICE

BIOGRAFÍA...

INFIERNO

	<u>Págs.</u>
Canto I.	3
Canto II.	7
Canto III.	11
Canto IV.	15
Canto V.	19
Canto VI.	24
Canto VII.	28
Canto VIII.	31
Canto IX.	35
Canto X.	39
Canto XI.	42
Canto XII.	46
Canto XIII.	50
Canto XIV.	55
Canto XV.	59
Canto XVI.	62
Canto XVII.	65
Canto XVIII.	69

Págs.

v

	<u>Págs.</u>
Canto XIV.	190
Canto XV.	194
Canto XVI.	197
Canto XVII.	202
Canto XVIII.	205
Canto XIX.	208
Canto XX.	212
Canto XXI.	216
Canto XXII.	220
Canto XXIII.	223
Canto XXIV.	226
Canto XXV.	230
Canto XXVI.	235
Canto XXVII.	238
Canto XXVIII.	242
Canto XXIX.	246
Canto XXX.	251
Canto XXXI.	254
Canto XXXII.	258
Canto XXXIII.	262

PARAÍSO

Canto I.	269
Canto II.	273
Canto III.	276
Canto VI.	279
Canto V.	283
Canto VI.	287
Canto VII.	291
Canto VIII.	294
Canto IX.	298

	Págs.
Canto X	302
Canto XI.	305
Canto XII.	309
Canto XIII.	313
Canto XIV.	316
Canto XV.	320
Canto XVI.	323
Canto XVII.	327
Canto XVIII.	331
Canto XIX.	335
Canto XX.	338
Canto XXI.	342
Canto XXII.	346
Canto XXIII.	350
Canto XXIV.	353
Canto XXV.	356
Canto XXVI.	359
Canto XXVII.	363
Canto XXVIII.	366
Canto XXIX.	369
Canto XXX.	372
Canto XXXI.	376
Canto XXXII.	379
Canto XXXIII.	382

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EC